FAMILIA SIN NOMBRE

JULIO VERNE

CUADERNO PRIMERO

I

ALGUNOS HECHOS, ALGUNAS FECHAS

Se tiene lástima del pobre género humano que se degüella por «algunas aranzadas de hielo» decían los filósofos del siglo XVIII; y esto es lo peor que podían decir tratándose del Canadá, cuya posesión disputaban, en aquella época, los franceses a los soldados de Inglaterra.

Doscientos años antes, Francisco I exclamó, respecto a ciertos territorios americanos reclamados por el rey de España y por el de Portugal: «Me gustaría mucho ver el artículo del testamento de Adán que les lega esa vasta herencia» El rey de Francia no iba tan descaminado en sus pretensiones, puesto que algún tiempo después una parte de aquellos territorios tomaron el nombre de Nueva Francia; y aun cuando los franceses no han podido conservar aquella magnífica colonia americana, la mayor parte da sus habitantes son franceses de corazón y están unidos a la antigua Galia por los lazos de la sangre, por la identidad da raza y por los ins-

tintos naturales, que la política internacional no llegará nunca a desterrar.

En realidad, las «algunas aranzadas de hielo» tan mal calificadas por los filósofos, forman un reino cuya superficie es igual a la de Europa.

Un francés fue el que tomó posesión de aquellos vastos territorios en 1534.

Santiago Cartier, oriundo de Saint-Maló, penetró hasta el centro de dicha comarca, remontando el curso del río, al que se dio el nombre de San Lorenzo, y al año siguiente, el atrevido maluino, llevando adelante su exploración hacia el Oeste, llegó frente a un grupo de cabañas, *Canadá* en idioma indio, en donde se fundó Quebec; después llegó a la aldehuela de Hochelaga, hoy Montreal. Dos siglos más tarde, estas dos ciudades iban sucesivamente a tomar el nombre de capitales, en concurrencia con Kingston y Toronto, cuando para poner fin a sus rivalidades políticas la villa de Otawa fue declarada residencia del Gobierno de aquella colonia americana, que Inglaterra llama en la actualidad *Dominion of Canada*.

Algunos hechos y algunas fechas bastarán para dar a conocer los progresos de este importante Estado desde su fundación hasta el período de 1830-40, durante el que se han desarrollado los acontecimientos que nos proponemos dar a conocer en el presente libro.

En el año 1595, en el reinado de Enrique IV, Champlain, uno de los buenos marinos de aquellos tiempos, volvió a Europa después de su primer viaje a las alturas de que nos ocupamos, durante el cual escogió el sitio en que es había de

fundar la ciudad de Quebec. Formó parte de la expedición de M. de Mons, portador, de patentes para el comercio exclusivo de pieles, que le otorgaban el derecho de conceder terrenos en el Canadá. Champlain, cuyo carácter aventurero no podía acostumbrarse sólo a tratar de negocios, abandonó a su compañero, y remontando de nuevo el curso del río San Lorenzo, edificó a Quebec en 1606.

Hacía ya dos años que los ingleses habían empezado a fundar su primer establecimiento americano, en los límites de la Virginia. Naturalmente, nacieron de aquí los gérmenes de la notable rivalidad entre ambas naciones, y, más aun desde aquella época se manifestaron los indicios de la lucha que Inglaterra y Francia sostuvieron en el Nuevo Mundo.

En el principio, los indígenas tomaron necesariamente parte en las diversas fases de tal antagonismo. Los algonquines y los hurones se declararon por Champlain, en contra de los iroquisos, que formaban causa común con los soldados del Reino Unido. En 1609 éstos fueron batidos en las orillas del lago que ha conservado el nombre del marino francés.

En 1613 y 1615, Champlain verificó otros dos viajes y llegó hasta las regiones casi desconocidas del Oeste, en las orillas del lago Hurón; se marchó de allí y volvió por tercera vez al Canadá. Por fin, después de hacer frente a toda clase de intrigas, fue nombrado gobernador de Nueva Francia en el año 1620.

Con este nombre es creó entonces una sociedad, cuya constitución fue aprobada por Luis XIII en 1628, que se comprometía a llevar al Canadá cuatro mil franceses católicos en el espacio de quince años. Los primeros buques ex-

pedidos por la Sociedad a través del Océano, cayeron en poder de los ingleses, que avanzando después por el valle de San Lorenzo, intimaron a Champlain que se rindiera. El intrépido marino rehusó; pero la falta de recursos y de socorro le impusieron la obligación de capitular, capitulación honrosa en verdad, que entregó Quebec a los ingleses en 1629.

En 1632 Champlain salió de nuevo de Dieppe con tres navíos, volvió a tomar posesión del Canadá, restituido a Francia por el tratado del 13 de Julio del mismo año, fundó nuevas ciudades, estableció el primer colegio canadiense, dirigido los padres jesuitas, y murió el día de Navidad del año 1635 en el país conquistado a fuerza de voluntad y de audacia.

Durante algún tiempo las relaciones comerciales continuaron entre los colonos franceses y los de Nueva Inglaterra, mas aquellos tenían que luchar contra los iroqueses, muy temibles por su número, pues la población europea no excedía aun de dos mil quinientas almas. Así es que la Sociedad, viendo que sus negocios andaban mal, se dirigió en demanda de socorro a Colbert, que envió al marqués de Tracy con una escuadra. Los iroqueses, rechazados al principio, volvieron pronto a la carga, viéndose apoyados por los ingleses, y un horrible degüello de colonos tuvo lugar en las cercanías de Montreal.

Aun cuando en 1665 la población había crecido mucho en número, así como el dominio superficial de la colonia, no había, sin embargo, más que trece mil franceses en el Canadá, mientras que los ingleses tenían ya doscientos mil habitantes de raza sajona en Nueva Inglaterra.

La Acadia, que forma en la actualidad la Nueva Escocia, fue el teatro de una guerra que se extendió después hasta Quebec, de donde fueron rechazados los ingleses en 1690. El tratado de Ryswick, en 1697, aseguró a Francia la posesión de todos los territorios que el atrevimiento de sus descubridores o el valor de sus hijos habían hecho suyos en el Norte de América, y al propio tiempo, las tribus rebeldes, iroqueses, hurones y otras, se pusieron bajo la protección francesa por el convenio de Montreal.

En 1703, el marqués de Vaudreuil, hijo de un primer gobernador del mismo nombre, fue a su vez nombrado para aquel alto puesto en el Canadá, que la neutralidad de los iroqueses hacía más fácil de defender contra las agresiones de los colonos de la Gran Bretaña.

La lucha empezó de nuevo en los establecimientos de Terranova, que eran ingleses, y en la Acadia, que en 1711 se escapó de las manos del marqués de Vaudreuil. Esta separación permitió a las fuerzas angloamericanas reunirse para la conquista del dominio canadiense, en donde los iroqueses, ganados por los ingleses, volvieron a hacerse sospechosos. Entonces fue cuando el tratado de Utrecht, año de 1713 consumó la pérdida de la Acadia, asegurando por treinta años la paz con Inglaterra.

Durante este periodo de calma, la colonia hizo grandes progresos, y los franceses construyeron algunos fuertes para asegurar a sus descendientes la posesión de aquellos terrenos.

En 1721, la población alcanzaba la cifra de veinticinco mil almas, y de cincuenta mil en 1744. Podía creerse que los

tiempos difíciles habían acabado ya; mas por desgracia no era así, pues por causa de la guerra de sucesión de Austria, Inglaterra y Francia volvieron a encontrarse frente a frente en Europa, y por consecuencia en América también. Tuvieron ambas naciones varias alternativas de victorias y de derrotas, hasta que el tratado de Aixla-Chapelle (1747) repuso las cosas en el estado en que estaban cuando el tratado de Utrecht.

Si bien es verdad que la Acadia fue en adelante posesión británica, lo cierto es también que continuó siendo francesa por las generales tendencias y simpatías de sus habitantes; así es que el Reino Unido provocó la emigración anglosajona para asegurar su preponderancia de raza en las provincias conquistadas. Francia procuró hacer lo mismo en el Canadá; mas el éxito no correspondió a sus esfuerzos, y la ocupación de los terrenos del Ohio volvió a poner los rivales enfrente uno de otro.

Entonces fue cuando, delante del fuerte Duquesne, recientemente construido por los compatriotas del marqués de Vaudreuil, Washington apareció al frente de una fuerte columna angloamericana. Pero Franklin, ¿no acababa de declarar que el Canadá no podía ser francés?

Dos escuadras partieron al mismo tiempo de Europa, la una de Francia, y la otra de Inglaterra. Después de una espantosa matanza que ensangrentó la Acadia y los territorios del Ohio, declaróse oficialmente la guerra por la Gran Bretaña el 18 de Mayo de 1756.

En aquel mismo mes, el gobernador señor de Vaudreuil pidió con instancia que le enviasen refuerzos, y el marqués

de Montcalm fue encargado del mando del ejército canadiense, compuesto solamente de cuatro mil hombres. El ministro no pudo disponer de un efectivo más considerable, porque la guerra de América tenía en Francia pocos partidarios, sucediendo lo contrario en el Reino Unido. El principio de la campaña fue favorable al marqués de Montcalm, quien se apoderó del fuerte William-Henry, edificado al Sur del lago Jorge, que es una prolongación del de Champlain. Derrotó a las tropas, angloamericanas en la jornada de Carillon; pero a pesar de estas brillantes victorias, los franceses tuvieron que evacuar el fuerte Duquesne, y perdieron el de Niágara, entregado por una guarnición demasiado débil, a quien, por otra parte, la traición de los indios impidió socorrer a tiempo. El general Wolfe, a la cabeza de ocho mil hombres, oportunamente desembarcados, se apoderó de Quebec en el mes de Septiembre de 1759; y aun cuando los franceses ganaron la batalla da Montmorency, no pudieron evitar una derrota definitiva. Montcalm fue muerto, lo mismo que Wolfe, y los ingleses quedaron, en parte, dueños de las provincias canadienses.

Al año siguiente se hizo una nueva tentativa para recuperar a Quebec, llave del San Lorenzo, mas dicho intento salió mal, y poco tiempo después Montreal se vio obligada a capitular también, a pesar de la enérgica defensa que opusieron los habitantes de la mencionada ciudad.

El 10 de Febrero de 1763 se celebró un nuevo tratado, por el que Luis XV renunció a sus pretensiones sobre la Acadia, en provecho de Inglaterra, cediéndola además, en

exclusiva propiedad, el Canadá y todas sus dependencias. La Nueva Francia no existió ya sino en el corazón de sus hijos.

Pero los ingleses jamás han sabido atraerse a los pueblos que han sometido a su yugo; no saben más que destruirlos, y no se aniquila así como se quiera a una nacionalidad cuando la mayor parte de los habitantes han conservado el amor a su antigua patria y a sus aspiraciones de siempre. En vano la Gran Bretaña organizó tres Gobiernos, Quebec, Montreal y Trois-Rivières; en vano quiso imponer la ley inglesa a los canadienses y obligarlos a prestar un juramento de fidelidad, pues a consecuencia de enérgicas reclamaciones por parte de éstos en 1774, fue aprobado un *bill* que estableció de nuevo en la colonia la legislación francesa.

Si bien el Reino Unido no tenía ya nada que temer por parte de Francia, pronto se encontró enfrente de los americanos, que, atravesando el lago Champlain, se apoderaron de Carillon, de los fuertes San Juan y Federico, y marchando después con el general Montgomery sobre Montreal, se apoderaron de esta ciudad, deteniéndose ante Quebec, que no pudieron asaltar.

Al año siguiente, 4 de Julio de 1776, se proclamó la independencia de los Estados Unidos de América.

Hubo entonces un período lamentable para los franco-canadienses.

Los ingleses tenían gran temor de que la colonia sacudiera su yugo para formar parte de la gran federación y se refugiara bajo la bandera estrellada que los americanos habían desplegado.

No sucedió nada de esto, y séanos permitido sentirlo en interés de los verdaderos patriotas.

En 1791 una nueva Constitución dividió el país en dos provincias: al Alto Canadá, al Oeste, y el Bajo al Este, siendo Quebec la capital. Cada una de estas provincias tuvo un Consejo legislativo nombrado por la Corona y una Cámara elegida por cuatro años por los terratenientes de las ciudades. La población ascendía entonces a ciento treinta y cinco mil habitantes, de los que sólo quince mil eran de origen inglés.

Lo que debían de ser las aspiraciones de los colonos, violentados por la Gran Bretaña, está resumido en el encabezamiento del periódico *El Canadiense,* fundado en Quebec en el año 1806, que decía así: *Nuestras instituciones, nuestro idioma y nuestras leyes.* Combatieron para conquistar este triple *desiderátum,* y la paz, que se firmó en Gante en 1814, puso término a esa guerra, en la que victorias y derrotas fueron casi iguales para ambas partes.

Pero la lucha empezó otra vez entre las dos razas que ocupaban el Canadá de un modo tan desigual; esa lucha principió un el terreno puramente político; los diputados reformistas, siguiendo las huellas de su colega el heroico Papineau, no cesaron de atacar en todas las cuestiones la autoridad de la metrópoli: cuestiones electorales, cuestiones de terrenos concedidos en proporciones enormes a los colonos de origen inglés, etc. Por más que los Gobernadores prorrogasen o disolviesen la Cámara, nada era bastante para amedrentar la oposición. Los realistas, los leales, como se llamaban ellos mismos, tuvieron entonces la idea de derogar

la Constitución de 1791, de hacer del Canadá una sola provincia, para dar más influencia al elemento inglés; de prohibir el uso del idioma francés, que era el oficial en el Parlamento y en los Tribunales; pero Papineau y sus amigos reclamaron con tanta energía, que la Corona renunció a establecer ese detestable proyecto.

A pesar de este acuerdo, las discusiones fueron cada vez más vivas, y las elecciones trajeron consigo serias colisiones. En Mayo de 1831 estalló en Montreal un motín que costó la vida a tres patriotas franco-canadienses. La población, de las villas y del campo se reunió en *meetings, y* una activa propaganda se hizo en toda la provincia. Se publicó un manifiesto en el que se enumeraba en noventa y dos artículos las quejas de la raza canadiense en contra de la anglosajona, y en el que se pedía la acusación del gobernador general, lord Aylmer. Este manifiesto adoptóle la Cámara a pesar de la gran oposición de algunos reformistas, que le encontraban insuficiente. En 1834 hubo nuevas elecciones; Papineau y sus partidarios, fueron reelegidos, y fieles a las reclamaciones de la precedente legislatura, insistieron en que se presentara el Gobernador general ante los Tribunales; pero la Cámara fue prorrogada en Marzo de 1835 y el Ministerio quitó a lord Aylmer, mandando en su puesto al Comisario real, lord Gosford, con otros dos encargados de estudiar las causas de la agitación que reinaba por aquel entonces. Lord Gosford manifestó públicamente las disposiciones conciliadoras de la Corona respecto a sus súbditos en Ultramar, sin poder conseguir que los diputados quisieran reconocer los poderes de la Comisión encargada de informar.

Mientras tanto, merced a la emigración, el partido inglés se reforzó poco a poco en el Bajo Canadá. En Montreal y en Quebec se formaron asociaciones constitucionales para reprimir a los reformistas, y si bien el Gobernador se vio obligado a disolver tales asociaciones, creadas contra la ley, quedaron, sin embargo, prontas para obrar, y se deja ver que el ataque hubo de ser muy fuerte por ambas partes.

El elemento angloamericano, más audaz que nunca, trató por todos los medios posibles de hacer inglés al Bajo Canadá; y como los patriotas estaban decididos a resistir legal o ilegalmente, ocurrieron terribles choques.

La sangre de ambas razas corrió a raudales en el suelo conquistado por la intrepidez de los descubridores franceses.

Tal era la situación del Canadá en el año 1837, en que principia esta historia.

Importa mucho que nuestros lectores conozcan, no sólo el origen del antagonismo que existiera entre los elementos franceses e ingleses, sino también la vitalidad del uno y la tenacidad del otro.

Y además, aquella Nueva Francia ¿no era acaso un pedazo de la patria, como la Alsacia-Lorena, que una brutal invasión iba a arrancarnos treinta años más tarde? Y los esfuerzos intentados por los francocanadienses para recuperar su autonomía, ¿no es un ejemplo que los franceses de Alsacia y de Lorena no deban olvidar jamás?

Para tomar disposiciones en previsión de una insurrección probable, el gobernador, lord Gosford, el comandante general, sir John Colborne, el coronel Gore, y el ministro de

Policía, Gilberto Argall, se reunieron en la tarde del 23 de Agosto.

Los indios designan con la palabra *kebec* toda parte de un río que *se* estrecha de pronto por la proximidad de sus orillas. Esto es lo que ha dado el nombre a la capital, que está edificada en un promontorio al estilo de Gibraltar, y su levanta más arriba del sitio en que el San Lorenzo se ensancha como un brazo de mar. La ciudad alta se halla situada sobre una colina que domina el curso del río; la baja se extiende por la orilla, en donde se han construido los depósitos y los docks. Las calles son estrechas, con las aceras de tablas y la mayor parte de las casas son de madera; existen algunos edificios sin determinado estilo, como el palacio del Gobernador, la casa correo, la de la marina, la catedral inglesa, la francesa, una explanada muy frecuentada por los que gustan pasear, y una ciudadela ocupada por una guarnición bastante importante; tal era entonces la antigua ciudad de Champlain, más pintoresca, seguramente, que ninguna da las modernas del Norte de América.

Desde el jardín del Gobernador, la vista se extendía a lo lejos por el soberbio río, cuyas aguas se separan más abajo, en el sitio llamado «Horquilla de la isla Orleáns»

La tarde era magnífica, y la atmósfera, templada, no se veía turbada por el áspero soplo del Noroeste, tan pernicioso en toda estación cuando azota el valle del San Lorenzo. En la sombra de un *square* se distinguía, alumbrada por la claridad de la luna, la pirámide triangular levantada en recuerdo de Wolfe y de Montcalm, muertos en un mismo día.

Hacía por lo menos una hora ya que el Gobernador general y los otros tres altos personajes que le acompañaban conversaban respecto a la gravedad de una situación qua les obligaba a estar siempre alerta. Los síntomas de un próximo alzamiento eran por demás visibles, y convenía, por lo tanto, que estuviesen prontos a cualquier eventualidad.

-¿De cuántos hombres podéis disponer? acababa de preguntar lord Gosford a sir John Colborne.

-De un número, por desgracia, demasiado corto, respondió el general; y necesito parte de las tropas que componen la guarnición para fuera del condado.

-Precisad el número, comandante.

-Puedo poner a vuestra disposición cuatro batallones y siete compañías de infantería, porque me es imposible quitar hombre ninguno a las guarniciones que ocupan las ciudadelas de Quebec y de Montreal.

-¿Qué artillería tenéis?

-Tres o cuatro piezas de campaña.

-¿Y caballería?

-Sólo un piquete.

-Si tenemos que repartir este efectivo en los condados limítrofes, dijo el coronel Gore, no será. bastante. Es muy probable que tengamos que sentir, señor Gobernador, que vuestra señoría haya disuelto las asociaciones constitucionales formadas por los leales; hubiéramos tenido allí algunos centenares de carabineros voluntarios, cuyo concurso nos hubiera sido de gran utilidad.

-No me era permitido dejarlas organizarse, contestó lord Gosford, pues su contacto con la población hubiera provo-

cado colisiones diarias. Es preciso, que evitemos todo cuanto pueda ocasionar una explosión. Estamos pisando pólvora, y tenemos que andar con zapatillas de orillo.

El Gobernador general no exageraba la gravedad de la situación; era un hombre de gran sentido y de espíritu muy conciliador. Desde su llegada a la colonia había mostrado mucha deferencia para los colonos franceses, teniendo, según ha dicho el historiador Garneau, «cierta alegría irlandesa que se acomodaba muy bien a la canadiense» Y si la rebelión no había estallado todavía, era debido a la circunspección, a la dulzura y a la rectitud que lord Gosford usaba en sus relaciones con sus administrados, pues por naturaleza, lo mismo que por raciocinio, era completamente opuesto a los medios violentos.

La fuerza, decía muchas veces, comprime, pero no reprime. En Inglaterra se olvida demasiado que el Canadá está cerca de los Estados Unidos, y que éstos han acabado por conquistar su independencia. Con gran pesar reconozco que el Ministerio en Londres quiere una política militante, por cuyo motivo, y por el consejo de los comisarios, la Cámara de los Lores y la de los Comunes han adoptado por gran mayoría una proposición que tiende a procesar a los diputados de la oposición, a emplear el dinero del Erario sin comprobación y, a modificar la Constitución de un modo que permita doblar en los distritos el número de electores de origen inglés. Todo esto demuestra poca cordura y dará lugar a que la sangre corra por ambas partes.

Y era de temer, en efecto, pues los últimos acuerdos adoptados por el Parlamento inglés habían producido una

agitación tal, que tarde o temprano tenía que producir grandes disturbios. Se celebraban reuniones clandestinas y *meetings* públicos que servían para sobrexcitar los ánimos, y de esto se pasaría muy pronto a obrar. Los partidarios de la dominación anglosajona y los reformistas se provocaban sin cesar en Montreal, lo mismo que en Quebec, particularmente los antiguos miembros de las asociaciones constitucionales. La policía no ignoraba que se había repartido una proclama revolucionaria en los distritos, los condados y las parroquias, y que habían llegado hasta a ahorcar en efigie al Gobernador general.

Urgía, pues, tomar prontas disposiciones:

-¿Ha sido visto en Montreal el señor de Vaudreuil? preguntó lord Gosford.

-Según noticias, no ha abandonado su residencia de Montcalm, respondió Gilberto Argall; pero sus amigos Farran, Clerc y Vicente Hodge le visitan con mucha frecuencia y están diariamente en relación con los diputados liberales, particularmente con el abogado Gramont de Quebec.

-Si el movimiento estalla, dijo sir John Colborne, no cabe duda de que ellos son los instigadores.

-Si vuestra señoría los mandase prender, añadió el coronel Gore, pudiera suceder que la conspiración se frustrase.

-Si antes no empezaba el motín, respondió el Gobernador general.

Y volviéndose hacia el ministro de Policía:

-Si no me equivoco, dijo, el señor de Vaudreuil y sus amigos han figurado ya en las insurrecciones de 1832 y de 1835.

-Así es, en efecto, respondió sir Gilberto Argall, o, por lo menos, todo lo hace suponer, por más que nos faltan pruebas; por este motivo ha sido imposible perseguirlos, como se hizo cuando la conspiración de 1825.

-Estas pruebas son las que es preciso adquirir a cualquier precio, dijo sir John Colborne; y antes de acabar para siempre con las turbulencias de los reformistas, dejémosles comprometerse aun más. Nada hay tan horrible como la guerra civil, lo sé; pero si es menester llegar hasta este punto, que se haga sin cuartel y que la lucha termine en provecho de Inglaterra.

Hablando de este modo, el comandante de las fuerzas británicas en el Canadá dejaba comprender que conocía muy bien el papel que tenía que representar. Sin embargo, si bien John Colborne era hombro a propósito para reprimir una insurrección con gran rigor, el mezclarse en una oculta vigilancia, que pertenece especialmente a la policía, hubiera repugnado a su espíritu militar, y, por lo tanto, los agentes de Gilberto Argall eran únicamente los encargados de observar sin descanso los movimientos del partido franco-canadiense.

Las ciudades, las parroquias del valle de San Lorenzo, y en particular las de los condados de Verchères, de Chambly, de Laprairie, de la Acadia, da Terrebonne, de Dos Montañas, eran recorridas sin cesar por los numerosos vigilantes del ministro. En Montreal, faltando aquellas asociaciones constitucionales, cuya disolución sentía tanto el coronel Gore, el *Dorie Club,* cuyos miembros formaban entro los leales más decididos, se imponían el deber de reducir a los insurrectos por los medios extremos. Lord Gosford temía con razón

que a cada instante, bien sea de día o de noche, el choque pudiera producirse.

Se comprenda que, a pesar de sus personales tendencias, la camarilla del Gobernador general le empujaba a apoyar a los burócratas (así llamaban a tus partidarios de la autoridad de la Corona), en contra de los de la causa nacional. John Colborne, no gustaba de hacer las cosas a medias, como lo probó más tarde, cuando sucedió a lord Gosford en el gobierno de la colonia. En cuanto al coronel Gore, antiguo soldado condecorado en Waterlóo, decía, qua era necesario obrar militarmente y sin ninguna demora.

El 7 de Mayo del mismo año tuvo lugar una junta de los principales reformistas en Saint-Ours, pueblecillo del condado de Richelieu, en la que acordaron ciertas proposiciones, que fueron el programa político de la oposición franco-canadiense.

Entre otras, conviene que citemos ésta:

«Canadá, como Irlanda, debe reunirse alrededor de un hombre dotado de un odio mortal para la opresión y de un gran amor patrio, y a quien ni promesas ni amenazas pueda quebrantar jamás»

Este hombre era el diputado Papineau, cuyo sentimiento popular la hacía parecerse a O Connell.

Al propio tiempo la Junta decidía «abstenerse, en cuanto posible fuera, de consumir los artículos importados y de no usar más que los productos fabricados en el país, para privar al Gobierno de las rentas que cobraba como derechos impuestos sobre las mercancías extranjeras. »

Lord Gosford se vio obligado a contestar a tales resoluciones, con fecha 15 de Junio, con una proclama prohibiendo toda reunión sediciosa y ordenando a los magistrados y a los oficiales de la milicia que disolviesen todas las que se celebrasen.

La policía maniobraba con incansable insistencia empleando a sus más hábiles agentes y no retrocediendo ante ningún medio, ofreciendo sumas considerables para provocar las traiciones, como lo habían hecho varias veces.

Pero si bien Papineau era conocido por todos como jefe del partido, otro había que trabajaba en la sombra, y con tanto misterio, que los principales reformistas no lo habían visto sino en circunstancias extraordinarias. Una verdadera leyenda se había creado alrededor de tal personaje, y esto le daba una influencia extraordinaria en el espíritu de las masas. Juan-Sin-Nombre; tal se llamaba el individuo a quien nos referimos. No se la conocía más que con este enigmático nombre; de suerte quo nada tenía de extraño que así se tratara de él en la conferencia que celebraba el Gobernador general con sus huéspedes.

-¿Y se han encontrado las huellas de ese Juan-Sin-Nombre? preguntó sir John Colborne.

-Aún no, respondió el ministro da Policía; pero tengo motivos para creer que ha vuelto a aparecer en los condados del Bajo Canadá, y que ha venido recientemente a Quebec.

-¿Y vuestros agentes no han podido prenderle? exclamó el coronel Gore.

-No es tan fácil como creéis, mi General.

-¿Posee ese hombre la influencia que le conceden? repuso lord Gosford.

-Seguramente, respondió el ministro, y puedo asegurar a vuestra señoría que esa influencia es grandísima.

-¿Y quién es ese hombre?

-He aquí lo que jamás se ha podido descubrir, dijo sir John Colborne. ¿No es así querido Argall?

-En efecto, mi General. Nadie sabe quién es, ni de dónde viene, ni adónde va. Ha figurado, casi invisible, en las últimas insurrecciones, así es que no hay duda de que Papineau, Viger, Lacoste, Vaudreuil, Farran, Gramont y todos los demás jefes cuentan con su intervención en el momento, preciso. Ese Juan-Sin-Nombre es casi un ser sobrenatural para los distritos del San Lorenzo, más arriba de Montreal lo mismo que más abajo de Quebec; y si se puede tener fe en la leyenda, ese hombre posee todo cuanto se necesita para arrastrar en pos de sí, lo mismo a los habitantes de las ciudades que a los del campo; es decir, una audacia extraordinaria y un valor a toda prueba. Además, os lo he dicho ya, lo que lo da más fuerza es el misterio, lo desconocido.

-¿Creéis cierto que ha venido hace poco a Quebec? preguntó lord Gosford.

-Los informes de la policía lo hacen suponer por lo menos, respondió Gilberto Argall, y por este motivo he puesto en campaña a uno de mis agentes que ha dado ya muchas pruebas de actividad y de astucia; ese Rip que desplegó tanta inteligencia en el asunto de Simón Morgaz.

-¡Simón Morgaz! dijo sir John Colborne: ¿el que en 1825 entregó a precio de oro y con tanta oportunidad, a sus cómplices en la conspiración de Chambly?...

-El mismo.

-¿Y se sabe lo que ha sido de él?

-Nada, respondió Gilberto Argall, sino que, rechazado por todos los de su raza, por todos los franco-canadienses a quienes había hecho traición, desapareció. Puede ser que haya abandonado el Nuevo Continente o que haya muerto...

-Pues bien; ese medio, que tuvo tan buen éxito con Simón Morgaz, ¿no podría emplearse de nuevo con alguno de los jefes reformistas? preguntó sir John Colborne.

-No lo creo posible, respondió lord Gosford; tan buenos patriotas (pues es menester confesar que lo son) no pueden dejarse seducir por el dinero. Que se declaren enemigos de la influencia inglesa y sueñen para el Canadá con la independencia que los Estados Unidos han conquistado sobre Inglaterra, es desgraciadamente una gran verdad. Pero esperar poderlos comprar, decidirlos a que sean traidores con promesas de dinero o de honores, jamás sucederá así; tengo la firme convicción que no encontraréis entre ellos uno sólo que sea capaz de vender a los demás.

-Lo mismo se decía de Simón Morgaz, respondió con ironía sir John Colborne; sin embargo, entregó a sus compañeros. ¡Y quién sabe si precisamente ese Juan-Sin-Nombre, de quien habláis, no se dejaría comprar!

-No lo creo, mi General, replicó con viveza el ministro de Policía.

-En todo caso, añadió el coronel Gore, bien sea para comprarle o para ahorcarle, lo primero que hay que hacer es apoderarse de su persona, y puesto que ha sido visto en Quebec...

En este momento un hombre apareció en la revuelta de una de las calles del jardín, y se detuvo a unos diez pasos de la asamblea.

El ministro conoció en seguida a su agente, o más bien al maestro de la policía, calificativo a que por todos conceptos era acreedor.

Este hombre, en efecto, pertenecía al Cuerpo de vigilancia de Comeau, jefe de los agentes franco-canadienses.

Gilberto Argall le hizo señas de que se acercara.

-Es Rip, jefe de la casa Rip y Compañía, dijo dirigiéndose a lord Gosford. ¿Permite vuestra señoría que nos diga los informes que haya adquirido?

Lord Gosford hizo con la cabeza una señal de aquiescencia, y Rip se acercó respetuosamente, esperando que Gilberto Argall lo interrogase, cosa que se hizo en los siguientes términos:

-¿Habéis sabido con certeza que Juan-Sin-Nombre ha visitado a Quebec?

-Creo poder afirmarlo a vuestra señoría.

-¿Y cómo es que no está preso ya? preguntó lord Gosford.

-Vuestra señoría tiene que dispensarnos, a mis socios lo mismo que a mí, respondió Rip; nos avisaron demasiado tarde. Anteayer me dijeron que ese hombre iba a visitar una de las casas de la calle del Petit-Champlain, la que está contigua

a la tienda del sastre Emotard, a la izquierda, subiendo los primeros escalones de la susodicha calle. Mandé carear la casa, que está habitada por un tal Sebastián Gramont, abogado y diputado, miembro influyente del partido reformista, pero Juan-Sin-Nombre ni siquiera se había presentado allí, por más que el diputado Gramont ha tenido, con seguridad, relaciones con él. Nuestras pesquisas han resultado completamente inútiles.

-¿Creéis que ese hombre está aún en Quebec? preguntó sir John Colborne.

-No puedo responder afirmativamente a vuestra excelencia, contestó Rip.

-¿No lo conocéis?

-Jamás le he visto, y, en realidad, pocas personas le conocen.

-¿Se sabe, por lo menos, la dirección, que ha tomado a su salida de la ciudad?

-Lo ignoro en absoluto, respondió el polizonte.

-¿Qué idea habéis formado respecto de esto? preguntó el ministro de Policía.

-Que ha debido dirigirse hacia el condado de Montreal, en donde los agitadores parecen concentrarse con preferencia. Si se prepara una insurrección, puede decirse con seguridad que estallará en esa parte del Bajo Canadá. Concluyo de esto que Juan-Sin-Nombre debe de estar oculto en algún pueblecillo cercano a las orillas de San Lorenzo...

-No está mal pensado, dijo Gilberto Argall, y conviene proseguir las pesquisas por dicho lado.

-Pues bien, dad las oportunas órdenes, dijo el Gobernador general.

-Vuestra señoría quedará satisfecho. Rip, mañana, sin más tardar, saldréis de Québec con los mejores agentes que tengáis. A mi vez haré que se vigile con mucho celo al señor de Vaudreuil y a sus amigos, con los que ese Juan-Sin-Nombre tiene seguramente entrevistas más o menos frecuentes. Procurad encontrar sus huellas por cualquier medio hábil; esto es lo que os encarga especialmente el señor Gobernador general.

-Y lo cumpliré fielmente, respondió el jefe de la casa Rip y Compañía. Partiré mañana sin falta.

-Aprobamos, desde luego, añadió Gilberto Argall, todo cuanto hagáis para conseguir la captura de ese peligroso partidario; lo necesitamos muerto o vivo, antes de que subleve con su presencia a la población franco-canadiense. Sois inteligente y celoso en el cumplimiento de vuestras obligaciones; ya habéis dado pruebas de ello, Rip, hace una docena de años, en el asunto Morgaz. Contamos de nuevo con vuestro celo y vuestra inteligencia.

Rip se preparaba a partir, y hasta anduvo algunos pasos hacia atrás, cuando de pronto se detuvo.

-¿Vuestra señoría me permite que le haga una pregunta? dijo dirigiéndose al ministro.

-¿Una pregunta?...

-Sí, señor; y es necesario que se resuelva en seguida, para la regularidad de las escrituras en los libros de la casa Rip y Compañía.

-Hablad, dijo Gilberto Argall.

-¿Se ha puesto precio a la cabeza de Juan- Sin-Nombre?

-Todavía no.

-Es preciso que se haga, dijo sir John Colborne.

-Hecho está, respondió lord Gosford.

-¿Qué precio tiene?... preguntó Rip.

-Cuatro mil piastras.

-Vale seis mil, respondió Rip. Tendré muchos gastos de viaje y propinas que dar para informes especiales.

-Tendréis esa suma, dijo lord Gosford.

-¿Vuestra señoría no se arrepentirá y me dará con gusto lo que he pedido...?

-Si lo ganáis... añadió el ministro.

-Lo ganaré.

Y después de esta afirmación, algo atrevida quizás, el jefe de la casa Rip y Compañía se retiró.

-Ese Rip es un hombre que parece estar siempre seguro de sí mismo, dijo el coronel Gore.

-Y que debe inspirar completa confianza, replicó Gilberto Argall; y además, la prima de seis mil piastras es más que suficiente para excitar su astucia y su celo. El asunto de la conspiración Chambly le valió sumas importantes, y si es aficionado a su oficio, no lo es menos al dinero que le produce. Es menester tomar a ese tipo original cual es, y en verdad que nadie como él es capaz de apoderarse de Juan-Sin-Nombre, si éste es hombre que se deje prender.

El general, el ministro y el coronel se despidieron entonces de lord Gosford. Después sir John Colborne dio orden al coronel Gore de partir inmediatamente para Montreal,

en donde les esperaba su colega el coronel Witherall, encargado de prevenir, para impedirlo, cualquier movimiento insurreccional en las parroquias.

II

DOCE AÑOS ANTES

¡Simón Morgaz! ¡Nombre aborrecido hasta en las humildes aldeas de las provincias canadienses! ¡Nombre entregado a la execración pública! Un Simón Morgaz es el traidor que entrega a sus hermanos y vende a su patria.

Y esto se comprende, sobre todo en aquella Nueva Francia, que no ignora ya *ahora* cuan implacable es el odio que merece el crimen de lesa patria.

En 1825, doce años antes de la insurrección de 1837, algunos franco-canadienses habían sentado las bases de una conspiración cuyo objeto era libertar el Canadá de la dominación inglesa, que les era tan pesada.

Hombres audaces, activos, enérgicos, en buena posición, y siendo hijos, la mayor parte de ellos, de los primeros emigrantes que habían fundado Nueva Francia, no podían habituarse al pensamiento de que fuera definitivo el abandono de su colonia en provecho de Inglaterra. Admitiendo que el país no pudiera volver a manos de los nietos de los Cartier o de los Champlain, que lo habían descubierto en el siglo

XVI, ¿no tenía el derecho de ser independiente? Sí; y para conquistar tal independencia era por lo que aquellos patriotas iban a jugarse la cabeza.

Entre ellos se hallaba el señor de Vaudreuil, descendiente de los antiguos Gobernadores del Canadá en el reinado de Luis XIV, una de aquellas familias cuyos apellidos franceses han dado, en su mayor parte, nombres geográficos a muchos puntos, como puede verse en los mapas del Canadá.

En aquella época, el señor de Vaudreuil tenía treinta y cinco años, habiendo nacido en 1790, en el condado de Vaudreuil, situado entre el San Lorenzo al Sur y el río Outaouais al Norte, en los confines de la provincia del Ontario.

Sus amigos eran, como él, de origen francés, si bien varias alianzas con las familias angloamericanas habían alterado sus nombres patronímicos. Entre ellos se contaban el profesor Roberto Farran, de Montreal, Francisco Clerc, rico propietario de Chataugay y algunos otros que, bien sea por su fortuna o su nacimiento, tenían gran influencia en las poblaciones de las aldeas y de los pueblos.

El verdadero jefe de la conspiración era Walter Hodge, de nacionalidad americano, y que, a pesar de sus sesenta años, conservaba todavía el ardor de su sangre. Durante la guerra de la Independencia había formado parte de aquellos atrevidos voluntarios, de aquellos *skinners,* a los que Washington tuvo que tolerar violencias por demás salvajes, pues sus compañías francas no dejaban un momento de reposo al ejército real.

Ya es sabido que desde fines del siglo XVIII los Estados Unidos excitaban al Canadá para que formara parte de la federación americana, y esto explica el por qué un americano como Walter Hodge había entrado en la conspiración, y hasta que fuera jefe de ella. ¿No era acaso uno de los que habían adoptado como lema estas palabras, que resumen toda la doctrina de Monroe: *La América para los americanos*?

Walter Hodge y sus compañeros no habían cesado de protestar en contra de las exacciones de la Administración inglesa, que se hacían cada vez más insufribles.

En 1822 sus nombres figuraban en la protesta contra la unión del Alto y del Bajo Canadá al lado de los dos hermanos Sanguinet que dieciocho años más tarde debían pagar con la vida su apego a la causa nacional.

Combatieron también con la pluma y con la palabra cuando se trató de reclamar en contra del inicuo reparto de los terrenos, concedidos únicamente a los burócratas para reforzar el elemento inglés, y personalmente lucharon contra los gobernadores Sherbrooke, Richmond, Monk y Maitland; tomaron parte en la Administración de la colonia, y apoyaron todos los actos de los diputados de la oposición.

En 1825 la conspiración, teniendo un objeto determinado, se organizó, dejando aparte a los liberales de la Cámara canadiense. y si bien Papineau y sus colegas Cuvillier, Bedard, Quesnel y otros no tuvieron conocimiento de ella, Walter Hodge podía contar con ellos para asegurar sus consecuencias, en el caso de que saliera bien.

En primer lugar, se trataba de apoderarse de lord Dalhousie, que en 1820 había sido nombrado Gobernador general de las colonias inglesas de la América del Norte.

Éste a su llegada, parecía haberse decidido por una política de concesiones, y merced a su gestión, el Obispo católico de Quebec fue oficialmente reconocido como tal, y Montreal, Rose y Regiópolis tuvieron también cada cual el suyo.

Pero, de hecho, el Gabinete británico rehusaba al Canadá el derecho de gobernarse por sí mismo.

Los miembros del Consejo legislativo, nombrados vitalicios por la Corona, eran todos ingleses de nacimiento y aniquilaban por completo la Cámara elegida por el pueblo. En una población que contaba seiscientos mil habitantes, de los que quinientos veinticinco mil eran franco-canadienses, los empleos pertenecían en las tres cuartas partes a funcionarios de origen sajón, y, en fin, se trataba de nuevo de prohibir el uso legal del idioma francés en toda la colonia.

Para impedir que rigieran estas disposiciones, era necesario un acto de violencia: apoderarse de lord Dalhousie y de los principales miembros del Consejo legislativo, y después de realizar tal golpe de Estado, provocar un movimiento popular en los condados del San Lorenzo, nombrar un Gobierno provisional ínterin se constituyera por elección y poner a las milicias canadienses frente a frente con el ejército inglés. Tal era el objetivo de Walter Hodge, de Roberto Farran, de Francisco Clerc y de Vaudreuil.

La conspiración hubiera tal vez tenido éxito, si la traición de uno de sus cómplices no la hubiese hecho abortar.

A Walter Hodge y a sus partidarios franco-canadienses se había unido un tal Simón Morgaz, cuya situación y origen conviene dar a conocer.

En 1825 éste tenía cuarenta y seis años; era ahogado en un país en el que se cuentan más abogados que clientes, así como más médicos que enfermos; vivía, como es consiguiente, con bastante escasez en Chambly, pequeña villa situada en la orilla izquierda del Richelieu, a más de diez leguas de Montreal y al lado opuesto al San Lorenzo.

Simón Morgaz era un hombre resuelto, cuya energía había llamado la atención cuando los reformistas protestaron contra el modo de obrar del Gabinete británico.

Sus maneras francas y su inteligente fisonomía le hacían simpático a todos, y nadie hubiese podido sospechar jamás qué bajo aquel aspecto seductor aparecería un día el más infame de los traidores.

Simón Morgaz era casado.

Su mujer, más joven que él, tenía entonces treinta y ocho años; se llamaba Bridget Morgaz, y era de origen americano, hija del mayor Allen, cuyo valor había podido apreciarse durante la guerra de la Independencia, pues formaba parte de los ayudantes de Washington. Verdadero tipo de la más absoluta lealtad, hubiera sacrificado su vida a su palabra con la serenidad e imperturbabilidad de un Régulo.

En Albany, Estado de Nueva York, fue donde Simón Morgaz y Bridget se conocieron.

El joven abogado era franco-canadiense de nacimiento, circunstancia que debía tener en cuenta el mayor Allen, que

con seguridad no hubiera concedido la mano de su hija al descendiente de una familia inglesa.

Aun cuando Simón Morgaz no poseía bienes de fortuna, con la parte que tenía Bridget de la herencia de su madre podían vivir, si no en la abundancia, por lo menos con decencia y sin temor a las privaciones.

El casamiento se efectuó en Albany en el año 1806.

La situación de los recién casados hubiera podido ser feliz, y, sin embargo, no sucedió así; no porque Simón Morgaz tratara mal a su esposa, pues experimentó siempre para ella una sincera afección, sino porque le devoraba la pasión del juego. El patrimonio de Bridget fue disipado en pocos años y si bien Morgaz era considerado como buen abogado, su trabajo no bastó a reparar las mermas hechas en su fortuna; su mujer sufrió dignamente las privaciones ocasionadas por la conducta de su marido, a quien no dirigió ningún reproche. Dióle consejos; más ineficaces éstos, arrostró con resignación y con valor el porvenir que se presentaba con muy sombríos colores.

No era para ella sola para quien tenía que temer, pues durante los primeros años de su matrimonio tuvo dos hijos, a los que dieron el mismo nombre de pila, ligeramente modificado, recordando de este modo su origen francés y americano.

El mayor, Joann, habla nacido en 1807; el menor, Juan, en 1808.

Bridget se consagró por entero a la educación de sus hijos; tarea tan dulce para una madre, y que la distraía de sus penas.

Joann era de carácter dulce, y su hermano de temperamento muy vivo; mas ambos ocultaban bajo la dulzura y la viveza una gran energía. Poseían el espíritu serio de su madre, el gusto al trabajo y la rectitud en mirar las cosas, que faltaba a Simón Morgaz. Tenían para con su padre una actitud siempre respetuosa, pero nada de ese abandono natural ni de esa confianza sin reserva, que es la esencia misma de la atracción de la sangre. En cambio experimentaban hacia su madre una adhesión sin límites y un afecto que no desbordaba de sus juveniles corazones sino para llenar el de Bridget.

Madre o hijos estaban unidos por el doble lazo del amor filial y del amor materno, que nada podría romper jamás.

Después del período de la niñez, Joann y Juan ingresaron en el colegio de Chambly, con un año de diferencia en los estudios; figuraban, con justicia, entre los mejores alumnos de las primeras divisiones. Cuando tuvieron doce o trece años entraron en el Instituto de Montreal, en donde se distinguieron siempre por su inteligencia y su aplicación. Sólo faltaban dos cursos para concluir sus estudios, cuando sucedieron los acontecimientos de 1825.

Simón Morgaz y su esposa se habían establecido en Montreal; pero su bufete de abogado decaía cada vez más. Conservaban una modesta casa en Chambly, y en esta se reunían Walter Hodge y sus amigos cuando Morgaz formó parte de la conspiración, cuyo primer acto, después del arresto del Gobernador general, debía ser la instalación de un Gobierno provisional en Quebec.

En la pequeña villa de Chambly, al abrigo de aquella modesta vivienda, los conspiradores creían estar con más seguridad que en Montreal, en donde la vigilancia de la policía se ejercía con extremado rigor. Sin embargo, obraban siempre con gran prudencia, procurando despistar cualquier tentativa de espionaje.

Las armas y municiones de que disponían habían sido depositadas en casa de Simón Morgaz sin despertar la menor sospecha; era, pues, en la casa de Chambly en donde se anudaban los hilos de la conspiración y de donde debía partir la señal del movimiento insurreccional.

El Gobernador y su camarilla, a pesar del sigilo de los conspiradores, tuvieron algún indicio de que un golpe de Estado se preparaba en contra de la Corona, e hicieron vigilar con más cuidado que nunca a aquellos de los diputados que más se señalaban por su pertinaz oposición; pero, bueno es repetirlo, Papineau y sus colegas ignoraban completamente los proyectos de Walter Hodge y de sus partidarios, que habían fijado el día 26 de Agosto para tomar las armas, sorprendiendo a la vez a amigos y a enemigos.

Pero sucedió que en las primeras horas de la noche de la víspera del día señalado para la sublevación, la casa de Simón Morgaz fue invadida por agentes de policía, dirigidos por Rip, en el momento en que los conspiradores se hallaban reunidos en ella.

No tuvieron más tiempo que el preciso para destruir su secreta correspondencia y para quemar la lista de los afiliados. Los agentes se apoderaron de todas las armas ocultas en las cuevas.

Descubierto el complot, Walter Hodge, Roberto Farran, Francisco Clerc, Simón Morgaz, Vaudreuil y unos diez patriotas más, fueron presos y conducidos con buena escolta a la cárcel de Montreal.

He aquí lo que había acontecido.

Existía en aquella época en Quebec un tal Rip, de origen anglo-canadiense, director de una casa dedicada a informes y noticias para uso de los particulares, cuyas cualidades especiales había utilizado muchas veces el Gobierno con gran provecho.

Estas oficinas privadas funcionaban bajo la razón social Rip y Compañía.

Un asunto de policía no era para él sino un negocio de dinero, y lo sentaba en sus libros lo mismo que un comerciante sus mercancías. Tenía una tarifa de precios: tanto por una indagatoria, tanto por una detención, tanto por un espionaje. Era el tal Rip hombre astuto, listo, audaz y que, con cierto manejo, había sabido descubrir muchos secretos particulares.

Con tales indicios no tenemos por qué decir que estaba completamente desprovisto de escrúpulos y que carecía en absoluto de sentido moral.

En 1825, Rip, que acababa de fundar su Agencia, tenía treinta y dos años, y ya, sirviéndose de su facilidad de alterar su fisonomía y de su habilidad para disfrazarse, había podido intervenir en varios negocios con diferentes nombres.

Hacía algunos años que conocía a Simón Morgaz, con el que había trabado relaciones con motivo de algunas causas judiciales. Ciertas circunstancias, que hubieran pasado inad-

vertidas para otro cualquiera que no fuese él, le hicieron pensar que el abogado de Montreal debía de estar afiliado en la conspiración.

Se hizo su sombra, lo copió hasta en los secretos de su vida privada y frecuentó su casa, por más que Bridget no disimulaba la antipatía que le inspiraba.

Una carta sustraída en el correo dio bien pronto a Rip la casi certidumbre de la complicidad del abogado.

El ministro de Policía, informado por el agente del resultado de sus indagaciones, le recomendó que obrara con mucha destreza respecto a Simón Morgaz, utilizando la noticia que se tenía de hallarse apurado de recursos metálicos. Por fin, Rip presentó bruscamente un día a aquel desgraciado estas dos alternativas: ser perseguido como culpable de alta traición, o tomar la enorme suma de cien mil piastras si consentía en entregar el nombre de sus cómplices y los detalles de la conspiración de Chambly.

El ahogado se aterró. ¡Ser traidor a sus compañeros, que tenían fe en él! ¡Venderlos por dinero! ¡Entregarlos al cadalso! Y, sin embargo, sucumbió, aceptó el precio de su infame traición, entregó los secretos del complot después de recibir la promesa de que su inicua venta no sería jamás divulgada, y convinieron en que los agentes de policía le prendieran al mismo tiempo que a Walter Hodge y demás conspiradores, que le juzgarían los mismos jueces y que el castigo que había de serles impuesto, la pena de muerte, sería lo mismo para él. Después le procurarían el medio de evadirse antes de la ejecución de la condena.

Esta odiosa maquinación no sería conocida de este modo sino por el ministro de Policía, el jefe de la casa Rip y Compañía, y el traidor.

Las cosas se hicieron así como se había convenido, y el día indicado por Simón Morgaz los conspiradores fueron sorprendidos inopinadamente en la casa de Chambly.

Walter Hodge, Roberto Farran, Francisco Clerc, Vaudreuil y algunos otros cómplices, incluso Simón Morgaz, comparecieron en el banco de los acusados en 25 de Septiembre de 1825.

A los cargos que les hizo el fiscal (el juez abogado como se le llamaba entonces), los reos no contestaron sino con justos y directos ataques en contra del Gabinete británico. A los argumentos legales opusieron otros sacados del más puro patriotismo. ¿No sabían acaso que estaban condenados de antemano y que nada podía salvarlos?

Los debates duraban ya desde algunas horas y la causa seguía su curso regular, cuando un incidente improvisto dio a conocer la conducta de Simón Morgaz.

Uno de los testigos de cargo, el Sr. Turner, de Chambly, declaró haber visto varias veces al abogado conferenciando con el jefe de la casa Rip y Compañía.

Esto lo reveló todo.

Walter Hodge y Vaudreuil, que desde algún tiempo habían concebido ciertas sospechas, motivadas por el modo de obrar de Simón Morgaz, las vieron confirmadas por la declaración del testigo Turner. Para que la conspiración, organizada con tanto sigilo, hubiera sido descubierta con tanta

facilidad, era preciso que un traidor hubiese denunciado a los autores de ella.

Rip, acosado por preguntas, contestó con evasivas.

Simón Morgaz procuró defenderse de los cargos que pesaban contra él; pero lo que dijo era tan inverosímil, dio explicaciones tan singulares, que la opinión de los conjurados, así como la de los jueces, se dejó traslucir bien pronto.

Un miserable había vendido a sus hermanos, y el traidor era Simón Morgaz.

Entonces un irresistible movimiento de repulsión se produjo en el banco de los acusados, y se propagó entre el público amontonado en la sala del Tribunal.

-Señor presidente, dijo Walter Hodge; pedimos que Simón Morgaz sea expulsado de este banco, honrado con nuestra presencia, deshonrado por la suya... ¡No queremos ser manchados más tiempo con el contacto de ese hombre!

Vaudreuil, Clerc, Farran, todos, en fin, se unieron a Walter Hodge, que ya, fuera de sí, se precipitó sobre Simón Morgaz, quien lo hubiera pasado muy mal, sin la intervención de los guardias que acudieron para defenderle.

La concurrencia hizo causa común con los acusados, y exigió que se expulsara al traidor. El presidente dio orden de que se le llevasen y le encerraran de nuevo en su prisión. La gritería que le acompañó en su salida, y las amenazas de que fue objeto, demostraron que se le tenía por un infame, cuya traición iba a costar la vida a los más ardientes apóstoles de la independencia canadiense.

Y, en efecto, Walter Hodge, Francisco Clerc y Roberto Farran, considerados como los principales jefes de la conspiración de Chambly, fueron sentenciados a muerte.

El día 27 de Septiembre, después de hacer una última llamada al patriotismo de sus conciudadanos, murieron en el cadalso.

En cuanto a los demás acusados, entre los que se hallaba el señor de Vaudreuil, bien sea que estuviesen menos comprometidos, o que el Gobierno no quisiera castigar con la última pena más que a los jefes de más renombre, les perdonaron la vida, y sentenciados a prisión perpetua, no recobraron su libertad hasta 1829, por una amnistía concedida a los reos políticos.

¿Qué fue de Simón Morgaz después de la ejecución?

Una orden que le ponía en libertad le permitió salir de Montreal, y se apresuró a desaparecer.

Pero una reprobación general iba a pesar sobre su nombre, y, por consecuencia, a herir otros desgraciados seres que, sin embargo, no eran responsables de su traición. Bridget fue brutalmente despedida de la morada que ocupaba en Montreal, echada de la casa de Chambly, en donde se había refugiado durante la instrucción de la causa. Tuvo que recoger a sus hijos, que acababan de ser expulsados del colegio, como lo había sido su padre del banco de los acusados.

¿En dónde Simón Morgaz fue a ocultar su infamia cuando su esposa y sus hijos se reunieron a él algunos días después?

En primer lugar, a una pequeña ciudad lejana, y después, fuera del distrito de Montreal.

Sin embargo, la infeliz Bridget no podía creer en la culpabilidad de su marido, ni los hijos en el crimen de su padre. Se habían retirado los cuatro a Verchères, pueblo del condado del mismo nombre, situado en la orilla derecha del San Lorenzo. Esperaban que allí ninguna sospecha los denunciaría a la animadversión pública. Estos desgraciados vivieron entonces con los últimos recursos que les quedaban, pues aun cuando Simón Morgaz había recibido el precio de su traición por conducto de la casa Rip, se guardaba muy bien de sacar ese dinero delante de su mujer o de sus hijos. En su presencia protestaba siempre de su inocencia, maldecía la injusticia de los hombres que pesaba sobre su familia y sobre él, diciendo:

-Si yo hubiese sido traidor, ¿no tendría acaso sumas considerables a mi disposición? ¿Estaría reducido a esta excesiva escasez, esperando la miseria que nos amenaza?

Y Bridget, siempre creyendo en la inocencia de su marido, se alegraba sufriendo unas privaciones que hacían caer por tierra las acusaciones de que su esposo era objeto, y la pobre mujer se decía que las apariencias estaban en contra de él... que no le habían permitido explicarse... que era víctima de un horrible concurso de circunstancias... que un día llegaría en que se justificaría, puesto que era inocente, del crimen horroroso que se le imputaba.

En cuanto a los hijos, tal vez se hubiera podido observar en ellos alguna diferencia en su actitud respecto al jefe de la familia. El mayor, Joann, se apartaba muchas veces de los demás, no atreviéndose siquiera a reflexionar en el oprobio que recaería en adelante sobre su apellido; rechazaba, para

no tener que profundizarlos, los argumentos en pro o en contra que se presentaban en su espíritu. No quería juzgar a su padre, temiendo que su juicio fuera imprudente; cerraba los ojos, se callaba y se alejaba cuando su madre o su hermano hablaban en favor del autor de sus días. Era evidente que el infeliz adolescente temía encontrar culpable al hombre que la había dado el ser.

Juan, por el contrario, obraba de muy diferente modo; creía firmemente en la inocencia del cómplice de Walter Hodge, de Farran y de Clerc, aun cuando se elevaban tantas voces para acusarte. De un carácter más impetuoso que Joann, pero menos dueño de su juicio, se dejaba llevar de sus instintos de cariño filial, asiéndose a ese lazo de la sangre que la naturaleza hace tan difícil de romper.

Cuando algunas veces oía ciertas conversaciones referentes a Simón Morgaz, quería defender a su padre en público, y era precisa la intervención de su madre para impedirlo que se entregara a algún acto de violencia.

La infortunada familia vivía en Verchères con un nombre supuesto, en una profunda miseria material y moral, y no se sabe a qué excesos hubieran llegado los habitantes de la ciudad si hubieran tenido conocimiento de que Simón Morgaz se albergaba en ella.

En todo el Canadá, en las villas, así como en el más mísero villorrio, el nombre del traidor era la más infame de las calificaciones. Se le unía al de Judas, y más especialmente a los de Black y de Dionisio Vitré, sinónimos de traidores desde hacía mucho tiempo ya en el idioma franco-canadiense.

¡Sí! En 1759, ese Dionisio Vitré, un francés, había tenido la infamia de pilotar a la flota inglesa de Quebec, ayudando a arrancar esta capital a la Francia.

¡Sí! En 1797, ese Black, un inglés, había entregado a un proscrito que había confiado en su lealtad, el americano MacLane, comprometido con los insurrectos canadienses, y este generoso patriota había sido ahorcado, y después le cortaron la cabeza y quemaron sus entrañas, arrancadas de su cadáver.

Y ahora, así como habían dicho Black y Vitré, se decía Simón Morgaz; tres nombres entregados a la execración pública.

La presencia de esta familia, cuyo origen no se conocía, que vivía de un modo tan misterioso y apartada por completo del trato de gentes, llamó la atención de los vecinos de Verchères, y empezaron a entrar en sospechas.

Una noche el nombre de Black fue escrito en la puerta de la casa habitada por Simón Morgaz.

Al siguiente día abandonó la población, acompañado de su esposa y de sus hijos. Atravesaron el San Lorenzo, estableciéndose durante algunos días en uno de los pueblos de la orilla izquierda del río; pero fijándose en ellos la atención de los habitantes, salieron también de allí.

No era ya sino una familia errante, objeto de la general reprobación.

Parecía que la Venganza le perseguía con una antorcha encendida en la mano, como la representan en las leyendas bíblicas, siguiendo por todas partes al matador de Abel.

Simón Morgaz y los suyos, no pudiendo fijarse en ninguna parte, atravesaron los condados de la Asunción, de

Terrebonne, de Dos Montañas y de Vaudreuil, caminando hacia el Este, en donde se hallan los pueblos menos populosos; y sin embargo, siempre, tarde o temprano, se les echaba su nombre a la faz.

Dos meses después del juicio del 27 de Septiembre, el padre, la madre, Joann y Juan habían tenido que huir hasta los territorios del Ontario. Tuvieron que partir en seguida de Kingston, en donde los conocieron en la posada que les servía de albergue. Simón Morgaz tuvo que aprovechar las tinieblas de la noche para escapar; en vano Bridget y Juan quisieron defenderle, pues con mucho trabajo pudieron ellos mismos sustraerse a la ira de los habitantes, y Joann estuvo expuesto a perder la vida protegiendo la retirada de su madre y de su hermano.

Se reunieron los cuatro a algunas millas más allá de Kingston, en la orilla del lago, del que resolvieron seguir la margen septentrional para ir a los Estados Unidos, puesto que no hallaban un refugio ni aun en el Alto Canadá, en donde no habían penetrado todavía las ideas reformistas.

Y aun del otro lado de la frontera tenían que temer la misma acogida, porque allí se odiaba el nombre de Black, que había hecho traición a un ciudadano de la federación americana.

Más valía dirigirse a un país desconocido, vivir en medio de una tribu india, en donde el nombre de Simón Morgaz no hubiera llegado aún. Todo fue en vano; él, miserable era echado de todas partes. Lo conocían por doquiera, como si llevara en la frente algún signo infamante que le señalara a la vindicta universal.

Llegaron los últimos días de Noviembre. ¡Qué penoso se hace el andar cuando es preciso arrostrar los malos tiempos, esa brisa glacial y esos rigurosos fríos propios del invierno en el país de los lagos! Cuando atravesaban algún lugar, los hijos compraban algunas provisiones, mientras que el padre daba la vuelta por las afueras. Descansaban, cuando podían, en alguna choza abandonada, y si no en el hueco de alguna roca o debajo de los árboles de los inmensos bosques que cubren aquel terreno.

Simón Morgaz estaba cada vez más sombrío y más huraño; no cesaba de disculparse delante de su familia, como si un invisible acusador, encarnizándose con él, le repitiera a cada instante: «¡traidor!... ¡traidor!...» No se atrevía a mirar cara a cara ni a Bridget ni a sus hijos, por más que aquella procurara darle ánimo con afectuosas palabras, y si bien Joann continuaba guardando. silencio, Juan decía:

-¡Padre... padre!... No te dejes abatir de ese modo. ¡El tiempo te hará justicia contra los calumniadores!... ¡Reconocerán que se han equivocado... que las apariencias te han sido contrarias!... ¿Cómo es posible, padre, que hayas hecho traición a tus compañeros y que hayas vendido a tu país?...

-¡No!... ¡no!... respondía Simón Morgaz con voz tan débil, que apenas se dejaba oír.

La desgraciada familia, errante de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, llegó así hasta el extremo occidental del lago, a algunas millas del fuerte de Toronto. Dando la vuelta al litoral, bastaría bajar hasta el río Niágara, y atravesarlo en el sitio en que desemboca en el lago para llegar a la orilla americana.

¿Era, pues, allí en donde Simón Morgaz quería detenerse? ¿No fuera mejor ir más hacia el Oeste, hasta alcanzar una comarca tan lejana, adonde no hubiera llegado a saberse la noticia de la infamia recaída en su nombre?. Pero ¿cuál era el sitio que buscaba? Ni su mujer ni sus hijos lo sabían; iban siempre andando, y se contentaban con seguirlo sin hacerle ninguna pregunta.

El 3 de Diciembre, cerca del anochecer, aquellos infelices, extenuados por el cansancio y la necesidad, hicieron alto en una cueva, medio obstruida por la maleza y las zarzas; alguna guarida, abandonada quizás por las fieras en aquel momento. Las pocas provisiones que les quedaban habían sido colocadas encima de la arena; Bridget sucumbía bajo el peso del cansancio moral y físico. Era preciso que la familia Morgaz consiguiera de una tribu india, en el pueblo más próximo, algunos días de hospitalidad, que los canadienses le rehusaban sin piedad.

Joann y Juan, acosados por el hambre, comieron un poco de venado frito; pero aquella noche Simón y Bridget no quisieron tomar ningún alimento.

-¡Padre, es preciso que cobres fuerza! dijo Juan.

Simón Morgaz no respondió.

-Padre mío, dijo entonces Joann (esta fue la única vez que le dirigió la palabra desde su salida de Chambly); ¡padre mío, no podemos ir más lejos!... ¡Nuestra madre está incapaz de resistir nuevas fatigas!... ¡Estamos casi en la frontera americana!... ¿Pensáis ir más allá? Simón Morgaz miró a su hijo mayor, pero casi en seguida bajó la vista.

Joann insistió.

-¡Ved en qué situación se encuentra nuestra madre! repuso; no se halla en estado de moverse... ese entorpecimiento va a quitarla la poca energía que le queda... Mañana se verá imposibilitada de levantarse... Mi hermano y yo la llevaremos en brazos, si es necesario; pero es menester que sepamos adónde queréis ir, y que no sea demasiado lejos. ¿Qué decidís, padre mío?

Simón Morgaz no respondió, inclinó la cabeza, y se retiró al fondo de la cueva.

La noche habla llegado; ningún ruido turbaba aquella profunda soledad; espesas nubes cubrían el cielo y amenazaban trasformarlas en niebla. Ni un soplo de aire movía la atmósfera; solamente se dejaban oír a lo lejos, y de vez en cuando, los aullidos de las fieras. Una densa nieve empezó a caer.

El frío se hizo tan vivo, que Juan fue a buscar un poco de leña, que encendió cerca de la abertura de la cueva para que el humo saliera fuera.

Bridget, tendida en un lecho de hierbas que Joann había amontonado, estaba siempre inmóvil. La poca vida que le quedaba se traslucía por una penosa respiración, entrecortada por largos y dolorosos suspiros. Mientras que Joann tenía entre las suyas la mano de su madre, Juan se ocupaba en alimentar la fogata para mantener la temperatura a un grado soportable.

Simón Morgaz acurrucado en el fondo, medio echado, en una actitud desesperada, como si tuviese horror de sí mismo, no se movía siquiera, y los reflejos de la llama alumbraban su fisonomía convulsa.

Después, la llama se apagó poco a poco, y Juan sintió que sus ojos se cerraban, a pesar suyo.

¿Cuántas horas quedó adormecido? No hubiera podido decirlo; pero cuando se despertó, vio que las últimas brasas iban a apagarse.

Se levantó, echó unos puñados de ramas en la lumbre, que avivó soplando con fuerza, y la cueva se iluminó de nuevo.

Al lado uno de otro, Bridget y Joann conservaban la misma inmovilidad. En cuanto a Simón Morgaz, no se hallaba ya allí.

¿Por qué había abandonado el sitio en que descansaban su esposa y sus hijos?

Juan, presa de horroroso presentimiento, iba a lanzarse fuera de la cueva, cuando sonó una detonación.

Bridget y Joann se incorporaron bruscamente; ambos habían oído el tiro, que sonó a muy corta distancia.

Bridget lanzó un grito de espanto, se levantó, y sostenida por sus hijos salió de la cueva.

No habían dado veinte pasos cuando vieron un cuerpo tendido encima de la nieve.

Era el de Simón Morgaz. El miserable acababa de tirarse un pistoletazo en medio del corazón.

Estaba muerto.

Joann y Juan retrocedieron aterrados. El pasado se levantaba delante de ellos ¿Sería verdad que su padre era culpable, o en un acto de desesperación había querido concluir con una existencia que le era tan difícil de soportar?

Y Bridget, echada encima del cuerpo de su marido, le apretaba entre sus brazos.

No quería creer en la infamia del hombre de quien llevaba el nombre.

Joann levantó su madre, conduciéndola a la cueva, en donde su hermano y él depositaron el cadáver de su padre en el sitio que ocupaba pocas horas antes.

Una cartera cayó del bolsillo del muerto; Joann la recogió, y, al abrirla, un paquete de *banknotes* se escapó de ella.

Era el precio de la traición.

Era el dinero a cambio del cual Simón Morgaz había entregado a los jefes de la conspiración de Chambly. La madre y los hijos no podían dudar ya. Joann y Juan se arrodillaron al lado de Bridget.

¡Qué cuadro tan imponente! Delante del cadáver del traidor, que se había hecho justicia, sólo quedaba una familia infamada, cuyo nombre iba a desaparecer con el que le había deshonrado.

III

UN NOTARIO DE RAZA HURONA

Grandes eran los motivos que obligaron al gobernador general, a sir John Colborne, al ministro de Policía y al coronel Gore a conferenciar en el palacio de Quebec, en vista de las medidas que urgía tomar para reprimir la turbulencia de los patriotas.

En efecto; una terrible insurrección iba muy pronto a sublevar la población francocanadiense.

Pero si lord Gosford y sus amigos se preocupaban, y con razón, de lo que podía suceder, esto no parecía turbar en lo más mínimo a un joven que en la mañana del 3 de Septiembre despachaba en el bufete del Sr. Nick, notario, Plaza del Mercado del Buen Socorro, en Montreal.

Despachar no es tal vez la palabra adecuada al absorbente trabajo a que se hallaba entregado en aquel momento (nueve de la mañana) el segundo pasante Lionel Restigouche, cuya veloz pluma iba dejando en pos de sí una serie de líneas desiguales y de letra muy menuda, que no es parecía en nada a la que se usa en las actas notariales. En algunos momentos,

cuando la mano de Lionel descansaba para, fijar alguna idea indecisa, su mirada se dirigía vagamente por la entreabierta ventana hacia la columna levantada en medio de la plaza de Santiago Cartier, en honor de almirante Nelson. Sus ojos se animaban entonces, su frente se ponía radiante y su pluma empezaba de nuevo a correr sobre el papel, mientras que movía ligeramente la cabeza, como si hubiera llevado el compás bajo la influencia de un ritmo regular.

Lionel, tenía apenas diecisiete años; su cara, casi femenil todavía, de tipo enteramente francés, era encantadora, con sus cabellos rubios, algo largos tal vez, y unos ojos azules cómo el agua de los grandes lagos canadienses.

No tenía ni padre ni madre, pero puede decirse que el Sr. Nick le servía de ambos, pues este estimable notario le quería como si fuera hijo suyo. Lionel se hallaba solo en el bufete.

En aquella hora los demás empleados estaban ocupados en varias diligencias fuera de la casa, y ningún cliente se había presentado todavía, a pesar de que el estudio del Sr. Nick era uno de los más frecuentados de la ciudad.

Así es que Lionel, casi seguro de que no vendrían incomodarle, estaba muy tranquilo, y acababa de adornar su nombre con una magnífica rúbrica debajo del último renglón, cuando oyó que le interpelaban:

-¡Eh! ¿Qué haces ahí, muchacho?

Era el Sr. Nick, a quien el joven pasante no había oído llegar, absorto como estaba en su trabajo de contrabando.

El primer movimiento de Lionel fue el de abrir la cartera que tenía delante para deslizar en ella el papel de que se

trata; pero el notario se apoderó con presteza del pliego sospechoso, contra la voluntad del muchacho, que procuraba en vano recuperarlo.

-¿Qué es esto, Lionel? preguntó; una minuta... una copia de contrato...

-Sr. Nick, creed que...

El notario se puso las gafas, y con el ceño arrugado recorrió la hoja de papel con aire estupefacto.

-¡Qué es lo que veo! exclamó. Renglones desiguales... blanco por un lado... blanco por el otro... ¡Tanta tinta desperdiciada y tan buen papel gastado sin provecho en márgenes inútiles¡

-Sr. Nick, respondió Lionel ruborizándose hasta las orejas; esto se me ha ocurrido... por casualidad.

-¿Qué es lo que se te ha ocurrido por casualidad?

-Esos versos.

-¡Versos!... ¿Haces versos ahora? ¿No basta acaso la prosa para redactar un acta?

-Es que no se trata de un acta, señor Nick.

-¿De qué se trata, pues?

-De una poesía que he escrito para el concurso de la Lira Amical.

-¡La Lira Amical! exclamó el notario. ¿Imaginas acaso, Lionel, que es para figurar en el concurso de esa Sociedad *parnásica*, o de otra cualquiera, por lo que te he admitido en mi estudio? ¿Es para que te entregues a tus ardores poéticos por lo que te he nombrado mi segundo pasante? Entonces, tanto vale que pases el tiempo remando en una canoa en el San Lorenzo, o que pasees como un *dandy* por las calles de

Montreal o por el parque de Santa Elena. ¡Vaya, vaya! ¡Un poeta en el Notariado! ¡Una cabeza de pasante con una aureola! Esto es lo bastante para que huyan todos los clientes.

-No os enfadéis, Sr. Nick, respondió Lionel con tono de pesadumbre. ¡Si supierais qué bien se acomoda la poesía con nuestro melodioso idioma francés, que tanto se presta al ritmo, a las cadencias a la armonía!... Nuestros poetas Lemay Elzear Labelle, Francisco Mons, Chapemann, Octavio Cremazie...

-Los Sres. Cremazie, Chapemann, Labelle, Lemay, no ocupan, que yo sepa, el importante puesto de segundo pasante, n tienen, además de casa y mesa, un sueldo de seis piastras mensuales, pagadas por mí, añadió el Sr. Nick. Tampoco tienen que redactar contratos de venta ni testamentos, y, por consiguiente, pueden hacer versos a su antojo.

-Sr. Nick, una vez no es costumbre...

-Pues bien, sea... por una vez; ¿has querido ganar el premio de la Lira Amical?

-He tenido, es verdad, esa loca presunción, Sr. Nick.

-¿Y puedo saber el asunto de que trata tu poesía? Será sin duda alguna invocación ditirámbica a Tabellionoppe, la musa del perfecto notario.

-¡Oh! exclamó el joven, protestando con un gesto.

-Vamos a ver; ¿cómo se llama esa máquina de asonantes y consonantes?

-¡El fuego fatuo!

-¡El fuego fatuo exclamó el Sr. Nick. ¿Diriges tus versos a los fuegos fatuos?

Y sin duda el notario iba a combatir los *djinns,* los *elfes*, los *brownies, los trasgos, los duendes,* las *ondinas y todas* las poéticas figuras de la mitología escandinava, cuando el cartero llamó a la puerta y apareció en el umbral.

-¡Ah, sois vos, amigo mío¡ dijo el señor Nick: os había tomado por un fuego fatuo.

-¡Un fuego fatuo, Sr. Nick! respondió el cartero. ¿Me parezco acaso a...?

-No, no; os parecéis a un cartero que me trae una carta.

-Aquí está, Sr. Nick.

-Gracias, amigo.

El cartero se retiró en el momento en que el notario, viendo el sobre de la carta, la abría con viveza.

Lionel pudo entonces recuperar su pliego de papel, y, doblándolo, se lo metió en el bolsillo.

El notario leyó la carta con extremada atención, y después volvió el sobre para mirar el timbre y la fecha de salida. Llevaba el sello de San Carlos, pequeña población del condado de Verchères, y la fecha del 2 de Septiembre, es decir, la víspera. Después de reflexionar algunos instantes, el notario empezó de nuevo su filípica contra los poetas:

-¡Ah! Haces sacrificios a las musas, Lionel... Pues bien; para castigarte, vas a acompañarme a Laval, y tendrás tiempo, durante el viaje, de hilvanar versos.

-¿Hilvanar, Sr. Nick?

-Es necesario que dentro de una hora nos hallemos en camino, y si encontramos fuegos fatuos en el llano, les dirigirás toda clase de cumplidos.

Diciendo estas palabras, el notario entró en su despacho particular, mientras que Lionel se preparaba para aquella corta excursión, que no le desagradaba, pensando que llegaría tal vez a inspirar a su principal ideas más justas acerca de la poesía en general y de los hijos de Apolo, aun cuando éstos sean pasantes de notario.

El Sr. Nick era en el fondo un hombre excelente, muy apreciado por la seguridad de su juicio y el valor de sus consejos. Su amable fisonomía; su cara larga y casi siempre risueña; su cabeza adornada de un cabello muy rizado, negro en otro tiempo y blanco en el presente; sus ojos grises, llenos de alegría; su boca, que dejaba ver una magnífica dentadura; sus labios sonrientes, sus maneras afables, y, en fin, su constante buen humor, hacían de él una personalidad en extremo simpática.

Un detalle que es menester tener en cuenta: debajo del cutis bronceado y hasta rojizo del Sr. Nick, se adivinaba que la sangre india corría por sus venas.

Así era, en efecto, y el notario no lo ocultaba.

Descendía de los más antiguos pueblos del país, de aquellos que poseían el suelo antes de que los europeos hubiesen atravesado el Océano para conquistarlo. En aquella época, muchos casamientos se contrajeron entre la raza francesa y la indígena. Los Saint-Castin, los Enaud, los Nepisigny, los Entremont y otros formaron ramas nuevas, y hasta se hicieron soberanos de algunas tribus salvajes.

Así, pues, el notario, Nick era hurón por sus antepasados, es decir, que pertenecía a una de las cuatro grandes familias de la rama india; y aun cuando tenía derecho a llevar el

nombre retumbante de Nicolás Sagamore, se le llamaba más frecuentemente Nick. Se contentaba con éste, y no valía menos por ello.

Se sabía, además, que su raza no estaba extinguida, y, en efecto, uno de sus innumerables primos, jefe de Pieles Rojas, reinaba en una de las tribus huronas, establecida al Norte del condado de Laprairie, al Oeste del distrito de Montreal.

No hay por qué admirarse si esta particularidad se encuentra todavía en el Canadá. Últimamente vivía en Quebec un honrado notario que, por su nacimiento, tenía el derecho de blandir el *tomahawl* y de lanzar el grito de guerra a la cabeza de una partida de iroqueses. Felizmente el Sr. Nick no pertenecía a esta tribu de pérfidos indios que las más de las veces hicieron alianza con los opresores; si hubiera sido así, lo habría ocultado cuidadosamente. Pero no; pertenecía a la raza de aquellos hurones que fueron siempre amigos de los franco-canadienses, no teniendo, pues, que ruborizarse por su origen.

El joven Lionel estaba orgulloso de vivir al lado de su principal, retoño de los grandes jefes del Norte de América, y no esperaba más que una ocasión para celebrarlo en sus versos.

No siendo ni franco-canadiense ni anglo-americano, el Sr. Nick había observado siempre, en Montreal, una prudente neutralidad entre ambos partidos políticos. Todos lo estimaban y recurrían a sus buenos consejos, que no rehusaba a nadie. Es preciso, creer, sin embargo, que los instintos característicos de su sangre se habían modificado en él, pues

hasta aquella época jamás había sentido despertarse en su corazón el ardor guerrero de los de su raza.

No era más que notario, un perfecto notario, plácido y conciliador; además, no parecía haber experimentado nunca el deseo de perpetuar el nombre de los Sagamores, puesto que no se había casado, ni pensaba hacerlo.

Según hemos manifestado ya, el señor Nick se preparaba a partir en compañía de su segundo pasante para un viaje bastante corto, puesto que su anciana sirvienta Dolly recibió la orden de esperarlo para la hora de comer.

La ciudad de Montreal está edificada en la costa meridional de una de las islas del San Lorenzo, que tiene una longitud de diez a once leguas, por cinco o seis de latitud, y que ocupa una vasta extensión formada por un ensanche del río Outaouais. En dicho sitio fue en donde Santiago Cartier descubrió la población india de Hochelaga, que en 1640 fue concedida por el rey de Francia a la congregación de San Sulpicio.

La ciudad, que tomó su nombre del Monte Real que la domina, está situada en una posición muy favorable para el desarrollo de su comercio, y contaba ya más de 6.000 habitantes en el año 1760.

Se extiende al pie de una pintoresca colina, de la que han hecho un parque magnífico, y que participa, con otro formado en el islote de Santa Elena, de la ventaja de atraer gran número de paseantes.

Un soberbio puente tubular, de tres kilómetros de largo, que no existía en 1837, une ahora la ciudad con la orilla derecha del río.

Montreal se ha hecho una gran ciudad, de aspecto más moderno que Quebec, y, por lo tanto, menos pintoresca.

Se pueden visitar con algún interés las dos catedrales, la anglicana y la católica, el Banco, la Bolsa, el hospital general, el teatro, el convento de Nuestra Señora, la Universidad protestante de Mac-Gill y el Seminario de San Sulpicio. Pero esta ciudad no es demasiado grande para los ciento cuarenta mil habitantes que se albergan en ella, y entre los que el elemento sajón forma sólo una tercera parte; proporción bastante elevada si se la compara a la de las demás villas canadienses.

Al Oeste se encuentra el barrio inglés o escocés, que los habitantes del país llaman *las falditas*; al Este, el barrio francés. Ambas razas tenían entra sí muy poco trato, pues en 1837 el comercio, la industria y la banca eran monopolio de banqueros, industriales o comerciantes de origen británico.

La magnífica vía fluvial que presenta el San Lorenzo asegura la prosperidad de aquella hermosa ciudad, la que pone en comunicación, no solamente con los diferentes condados del Canadá, sino también con Europa, sin que sea necesario embarcarse en Nueva York, en provecho de los buques del antiguo continente.

A semejanza de los ricos negociantes de Londres, los de la población de que nos ocupamos separan la habitación de la familia de la casa de comercio, y cuando acaban su trabajo se dirigen hacia los barrios del Norte por las pendientes del Monte Real y de la avenida circular que rodea su base. Allí se elevan casas particulares, que parecen palacios, y hermosísimos hoteles en medio de jardines.

Fuera de estos barrios opulentos, los irlandeses están, si así puede decirse, confinados en su *Gheto* de Santa Ana, situado en la desembocadura del canal de Lachine, en la orilla derecha del San Lorenzo.

El Sr. Nick poseía una buena fortuna, y hubiera podido retirarse todas las noches, como lo hacen las notabilidades comerciales, a una de aquellas aristocráticas moradas de la villa alta, debajo de los frondosos árboles de San Antonio. Pero era de esos notarios de antigua raza, cuyo horizonte se limita por las paredes de su estudio y que justifican el nombre de *guardanotas,* vigilando día y noche los contratos, minutas y papeles de familia confiados a sus cuidados.

El descendiente de los Sagamores vivía, pues, en su antigua casa de la plaza del Mercado del Buen Socorro. De allí salió, en la mañana del 3 de Septiembre, con su segundo pasante para ir a tomar el coche que hacía el servicio de Montreal a la isla Jesús, separadas por uno de los brazos intermedios del San Lorenzo.

En primer lugar, el notario se fue al Banco, por anchas calles llenas de lujosas tiendas y esmeradamente cuidadas por los ediles montrealeses.

Llegado que hubo delante del edificio, dijo a Lionel que lo esperara, entró en la sala de la caja central, volvió un cuarto de hora después, y se dirigió hacia la oficina del coche público.

Este era una de esas vagonetas de dos caballos que se llaman *buggies* en lenguaje canadiense. Esta especie de vehículos, suspendidos sobre buenos muelles, tienen el movimiento bastante suave, están construidos con mucha solidez

para resistir la dureza de los caminos, y cabe en ellos media docena de viajeros.

-¡Ah! ¡Es el Sr. Nick! exclamó el conductor del coche, divisando al notario, que siempre y en todas partes era bien acogido.

-Yo mismo, acompañado de mi pasante, respondió el descendiente de los hurones, con el tono de buen humor peculiar en él.

-¿Estáis bueno, Sr. Nick?

-Sí, Tom, es de desear que gocéis tan buena salud como yo, porque así no os arruinaréis comprando medicamentos...

-Ni tendré que pagar al médico, respondió Tom.

-¿Cuándo partimos? preguntó el notario.

-Al instante.

-¿Hay otros viajeros más que nosotros?

-Todavía no, replicó Tom; pero tal vez venga alguno en el último momento...

-Así lo deseo, Tom, porque me gusta hablar durante el viaje, y para esto es indispensable tener compañía.

Sin embargo, parecía probable que los deseos del Sr. Nick no se verían cumplidos por esta vez, pues los caballos estaban enganchados, Tom hacía chasquear su látigo y nadie se presentaba para ocupar los asientos vacíos.

El notario se sentó en el fondo del vehículo al lado de Lionel. Tom echó una última mirada arriba y abajo de la calle, montó después en el pescante, recogió las riendas, y arreando a los caballos, el coche echó a andar en el momento que algunas personas que pasaban y conocían al Sr. Nick (¡quién no conocía a aquel hombre excelente!) le de-

seaban un feliz viaje, a lo que respondió saludando con la mano.

El mayoral guió hacia los barrios altos en dirección al Monte Real; el notario miraba a diestra y siniestra con tanta atención como Tom, aunque con diferente motivo; pero parecía que aquel día nadie tenía necesidad de ir al Norte de la isla ni de conversar con el Sr. Nick. No; Ni siquiera se presentaba un solo compañero de viaje, y, sain embargo, el coche había llegado al paseo circular, desierto todavía a aquella hora, entrando en él al trote de los caballos.

En aquel momento, un individuo avanzó hacia el vehículo, haciendo señas a cochero para que detuviera los caballos.

-¿Tenéis algún asiento desocupado? preguntó.

-Uno y *tret* también, respondió Tom, que, según su costumbre, dio a este diptongo la pronunciación canadiense, como hubiera podido decir: *il fait-fret,* por hace frío.

El nuevo viajero tomó asiento en el banco enfrente de Lionel, después de saludar al Sr. Nick y a su pasante. El coche echó a andar de nuevo, y algunos minutos después dio la vuelta al Monte Real, y desaparecieron a la vista los tejados de hierro estañado de las casas de la ciudad, que resplandecían al sol como otros tantos espejos plateados.

El notario vio con gran satisfacción que el recién llegado se sentara frente a él; porque podría, por lo menos, distraerse durante las cuatro leguas que separan. Montreal del brazo superior del San Lorenzo. Pero parecía que el viajero no estaba de humor de hablar, porque después de haber mirado con alguna atención al notario y a Lionel, se recostó en su

rincón, y con los ojos medio cerrados, parecía absorberse en sus reflexiones.

Era un joven de unos veintinueve años apenas. Su talle esbelto, su enérgica fisonomía, su cuerpo lleno de vigor, su resuelta mirada, sus varoniles facciones y su frente despejada, rodeada de negro cabello, hacían de él el más cumplido y hermoso tipo de la raza franco-canadiense.

¿Quién era? ¿De dónde venía?

El Sr. Nick, que conocía a todo el mundo, no le había visto jamás, y, sin embargo, examinándole con alguna detención, le pareció que aquel joven, a pesar de que estaba ahora en la primavera de su vida, había debido pasar por duras pruebas y se había criado en la escuela de la desgracia.

Bastaba ver su traje para conocer que pertenecía al partido que luchaba por la independencia nacional, pues vestía, poco más o menos, como aquellos intrépidos aventureros, a los que dan todavía el nombre de *corredores de los bosques*. Llevaba en la cabeza la *tuque* azul, y su traje se componía de una especie de capote cruzado sobre el pecho, de un pantalón de una tela gris muy basta, sujeto a la cintura por una faja encarnada, productos todos del país.

Nuestros lectores no habrán olvidado que el uso de esas telas indígenas equivalía a una protesta política, puesto que excluía los productos fabriles importados de Inglaterra. Era una de las mil maneras que tenían los patriotas de desafiar la autoridad metropolitana, y este ejemplo databa de muy atrás.

En efecto, ciento cincuenta años antes, los habitantes de Boston, para demostrar su odio a la Gran Bretaña, prohibieron el uso del té. Lo mismo que éstos, los canadienses no

querían aprovecharse de ningún producto que fuese fabricado en el Reino Unido, para diferenciarse de los leales.

En cuanto al Sr. Nick, como neutral, llevaba una levita de procedencia inglesa y un pantalón fabricado en el país; pero en el patriótico traje de Lionel no había entrado un solo hilo que no hubiera sido hilado en el territorio por cuya independencia tantos en aquel momento suspiraban. El coche corría con bastante rapidez por aquel suelo asaz desigual de las llanuras que se desarrollan a través de la isla de Montreal hasta el curso del San Lorenzo. El tiempo parecía muy largo al Sr. Nick, tan locuaz por naturaleza; y como el desconocido no parecía dispuesto a tomar la palabra, el notario no tuvo más remedio que contentarse con hablar con Lionel, esperando que su compañero de viaje concluiría por mezclarse en la conversación.

-¡Vamos, Lionel, dijo, ¿y ese fuego fatuo?

-¿Qué fuego fatuo?... respondió el joven pasante.

-Por más que me canse la vista, no veo rastro de él en la llanura.

-Porque es de día, Sr. Nick, contestó Lionel, muy decidido a responder en tono de chanza.

-Puede ser que cantando la antigua copla de antaño:

¡Vamos, alegría, compadre trasgo!
¡Vamos, alegría, querido vecino!...

Pero no, el compadre no responde. A propósito, Lionel: ¿conoces tú el medio de librarse de las diabluras de los fuegos fatuos?

-Sí, señor; basta preguntarles cuál es la fecha de Navidad, y como la ignoran, hay tiempo de huir mientras buscan una respuesta.

-Veo que estás al corriente de las tradiciones. Pues bien; mientras que uno de ellos nos intercepta el camino, si hablásemos algo del que tienes escondido en el bolsillo...

Lionel se ruborizó.

-¡Queréis, Sr. Nick!... replicó.

-Sí, muchacho, quiero que me lo leas; esto nos entretendrá un rato.

Y dirigiéndose al taciturno viajero:

-¿No os incomodará oír leer versos, caballero? preguntó sonriendo.

-De ningún modo, respondió el joven.

-Se trata de una poesía que mi pasante ha hecho para tomar parte en el concurso de la Lira Amical. Estos muchachos no dudan de nada... Vamos, joven poeta, ensaya tu pieza, como dicen los artilleros.

Lionel, muy satisfecho por tener un oyente que acaso fuera más tolerante que el notario, sacó el pliego azulado de su bolsillo y leyó lo que sigue:

EL FUEGO FATUO. Este fuego impalpable y caprichoso, -que en tinieblas se presenta y luce, -y que en las sombras de la noche, -ni en el mar ni en la arena, -deja detrás de él rastro alguno.

Este fuego que súbito se apaga, -es rojo, es blancuzco o es morado. -Para saber qué cosa fuera, -preciso sería de él apoderarse. -¿Cómo coger un fuego fatuo?

-Sí, dijo el Sr. Nick, alcánzale y aprisiónale en una jaula. Continúa, Lionel.

Se afirma (¿será como se cree?) que es hidrógeno del suelo. -Mas quiero creer que en su vuelo-viene de una lejana estrella, de Vega, de la Lira o de Algo!

-Lo que más te acomode, muchacho, dijo el notario con un movimiento de cabeza. Eso es cosa tuya.

Lionel prosiguió:

¿No será más bien el aliento-de un silfo, de un trasgo o de un genio-que brilla, vuela y se apaga-cuando se despierta la naturaleza-con los rayos Alegres del astro matutino?

¿O la luz de la linterna-del alto espectro que va a sentarse-en el tejado de rastrojo del lagar,-cuando la luna, pálida y opaca-sale al horizonte por la noche?

¿O tal vez el alma luminosa-de una loca que va buscando-la paz fuera del mundo malo,-y pasa como una espigadora-que nada encuentra en el campo?

-¡Perfecto! exclamó el Sr. Nick. ¿Has concluido ya con tus descriptivas comparaciones?

-¡Oh! no, señor, respondió el joven pasante.

Y continuó en estos términos:

¿Será un efecto de espejismo-producido por el movimiento del aire.-En el horizonte ya menos claro,-o al final de una tormenta,-la luz de un último relámpago?

¿Será la luz de un bólido,-de un meteoro icario,-que en su curso aéreo era luminoso y sólido,-y del que nada queda ya?

¿O en los campos en que alumbra-los surcos con pálido reflejo,-algún misterioso rayo-caído de una aurora polar, -como nocturna mariposa?

-¿Qué os parece todo éste galimatías de trovador, caballero? preguntó el notario a su compañero de viaje.

-Que vuestro joven pasante no carece de imaginación, y que tengo curiosidad por saber a lo que podrá comparar todavía su fuego fatuo.

-Continúa, pues, Lionel.

Éste, que se ruborizó algún tanto por el cumplido del desconocido, prosiguió con voz vibrante:

¿Sería, acaso, en esas horas fúnebres -en que los vivos duermen cansados,-el pabellón de arrugados pliegues-que aquí abajo-el ángel de tinieblas-enarbola en nombre de los difuntos?

-¡Brrr...! hizo el Sr. Nick.

¿O en medio de las noches sombrías, -cuando el momento ha llegado,-será la señal convenida-que la tierra, del seno de las sombras,-envía al cielo hacia lo desconocido?

Y que, como un fuego de marea,-a los espíritus que se agitan a través-de los vagos espacios abiertos,-indica la celeste entrada-de los puertos del inmenso universo?

-¡Bien, joven poeta! dijo el viajero.

-Sí, no está del todo mal, añadió el señor Nick. ¿De dónde sacas tú todo esto?... ¿Pero supongo que ya has concluido?

-Todavía no, respondió Lionel, que prosiguió con voz cada vez más acentuada:

Pero si es el amor, ¡oh niña!-que le mueve a lo lejos ante tu vista,-déjale solo entregado a su placer; guarda tu corazón. Ese fuego brilla,-brilla mucho, pero no quema.

-¡Burladas las muchachas! exclamó el notario. Mucho me hubiera sorprendido que no se hablara algo de amor en estos acordes anacreónticos. Después de todo, es cosa propia de su edad. ¿No sois de mi parecer, caballero?

-En un todo, respondió el desconocido, e imagino que...

El joven interrumpió la frase viendo a un grupo de hombres apostados en la orilla del camino, y a uno de éstos que hacía señas al cochero para que se detuviera.

Éste paró los caballos, y aquellos se acercaron al coche.

-Me parece que es el Sr. Nick, dijo uno de aquellos individuos, descubriéndose con cortesía.

-Y vos sois el Sr. Rip, respondió el notario, que añadió por lo bajo: ¡Demonio, desconfiemos!

Felizmente para él, ni el Sr. Nick, ni su pasante, ni tampoco el jefe de la Agencia, notaron la súbita transformación que sufrió la fisonomía del desconocido cuando oyó pronunciar el nombre de Rip. Su cara palideció, no con la palidez del espanto, sino por el horror; visiblemente tuvo el pensamiento de echarse sobre el agente...; pero habiendo vuelto la cabeza, llegó a dominarse.

-¿Os dirigís a Laval, señor notario? repuso Rip.

-Así es, en efecto, Sr. Rip; voy allá para unos asuntos que me detendrán algunas horas, y espero estar de vuelta en Montreal esta misma noche.

-Como más os convenga.

-¿Y qué hacéis por aquí? preguntó el notario. ¿Vigiláis siempre por cuenta del Gobierno? ¡Cuántos malhechores habréis preso ya! Pero ¡bah! por más que se encierren muchos, es semilla que se multiplica, como las malas hierbas. En verdad, mejor sería que se hiciesen hombres de bien.

-Tenéis razón, Sr. Nick; pero carecen de vocación para ello.

-¡La vocación! Siempre os gusta bromear, Sr. Rip. ¡Estáis sobre la pista de algún criminal?

-Criminal para unos, héroe para los demás, respondió el agente. Eso depende del modo de mirar las cosas.

-¿Qué queréis decir?

-Que han notado en la isla la presencia de ese famoso Juan -Sin-Nombre...

-¡Ah, ah! Sí, los patriotas, en efecto, lo califican de héroe, y no sin motivo; mas según parece, Su Graciosa Majestad no es de esa opinión, puesto que el ministro Gilberto Argall os ha encargado de buscarlo.

-Así es Sr. Nick.

-¿Y decís que ese misterioso revolucionario ha sido visto en la isla Montreal?

-Así lo pretenden, por lo menos, contestó Rip; pero empiezo a dudar de ello.

-¡Oh! Si es verdad que haya venido, debe haberse ido ya, replicó el notario, o no estará mucho tiempo. ¡Juan-Sin-Nombre no es fácil de prender!

-Es un verdadero fuego fatuo, dijo el joven viajero dirigiéndose al pasante.

-¡Ah! ¡Bien! ¡Muy bien!... exclamó el Sr. Nick. ¡Saluda, Lionel, y da las gracias! A propósito, Sr. Rip, si encontráis, por casualidad, un fuego fatuo en vuestro camino, procurad cogerle para entregárselo a mi pasante, pues esa llama errante tendrá sumo gusto en oír cómo la trata un discípulo de Apolo.

-Lo haría con mil amores, Contestó Rip, si no tuviésemos que volver en seguida a Montreal, en donde tengo que recoger noticias e instrucciones.

Después, volviéndose al desconocido:

-¿El señor os acompaña?

-Hasta Laval... respondió éste.

-Adonde tengo prisa de llegar, añadió el notario. Hasta la vista, Sr. Rip, y si no me es posible desearos buena suerte en cuanto a la captura de Juan-Sin-Nombre, cosa que apesadumbraría demasiado a los patriotas, por lo menos os deseo muy buenos días.

-Y yo feliz viaje, Sr. Nick.

Los caballos partieron al trote, y Rip, con sus compañeros, desaparecieron en un recodo del camino.

Algunos instantes después, el notario decía al joven, que se había recostado de nuevo en su rincón:

-¡Sí! Es menester esperar que Juan-Sin-Nombre no se dejará prender. Hace mucho tiempo que se le busca...

-¡Ya pueden buscarle! exclamó Lionel; este bribón de Rip perderá en ello su fama de hábil polizonte.

-¡Chitón, Lionel, esto no nos importa!

-Ese Juan-Sin-Nombre está acostumbrado, por lo visto, a despistar a la policía, dijo el joven viajero.

-Así es, en efecto, caballero; si se dejara prender, sería una gran pérdida para el partido franco-canadiense.

-Los hombres de acción no faltan, señor Nick; uno más o menos...

-No importa, contestó el notario. Ha oído decir, que sería una desgracia; pero como no me ocupo nunca de política, ni Lionel tampoco, más vale no hablar de ello.

-Hemos sido interrumpidos en el momento en que vuestro joven pasante se entregaba a su inspiración poética.

-Inspiración que había acabado, supongo...

-No, señor, respondió Lionel, dando las gracias con una sonrisa a su benévola auditor.

-¡Cómo! ¿tienes aliento todavía? exclamó el notario. He aquí un fuego fatuo que ha sido ya silfo, *djinn*, trasgo, espectro, alma luminosa, espejismo, relámpago, bólido, rayo, pabellón, fuego de marea, chispa amorosa, y no es bastante. En verdad que me estoy preguntando lo que puede ser todavía.

-Tengo también gran curiosidad por saberlo, replicó el viajero.

-En ese caso, prosigue, Lionel, prosigue, hijo mío, y concluye de una vez, si es que esta nomenclatura tiene fin.

Lionel, acostumbrado a las bromas de su principal, no se conmovió por tan poco, y continuó su lectura:

Seas lo que fueres, relámpago, soplo, alma,-para mejor penetrar tus secretos, ¡oh fuego caprichoso! yo quisiera-poder absorberme en tu llama-.para seguirte por do quiera.

Cuando en la copa de los árboles-vienes a posar tu alada frente-o discretamente llamado, -cuando acaricias los mármoles-del camposanto...

-¡Triste, muy triste! murmuró el notario.

O cuando andas por las bordas-del, navío batido en el flanco,-por los golpes del tifón silbando,-deslizándote por el velamen,-como una blanca gaviota.

Y la unión sería completa-si el destino quisiera un día -que yo pudiera, como me gustaría,- ¡nacer contigo, loquilla llama,-y morir contigo, fuego fatuo!

-¡Ah, muy bien! exclamó el Sr. Nick. He aquí un final que me gusta. Puede cantarse:

Loquilla llama,-fuego fatuo.

¿Qué os parece, caballero?

-Que este joven poeta reciba mi enhorabuena, y le deseo sinceramente alcance el premio de poesía en el concurso de la Lira Amical. Pero, suceda lo que quiera, sus versos me han hecho pasar momentos muy agradables, y nunca el viaje me ha parecido más corto.

Lionel, muy confuso, bebía, sin embargo, a grandes tragos la copa de alabanzas que le tendía el joven, y el Sr. Nick, en el fondo, se mostraba muy satisfecho por los elogios dirigidos a su pasante predilecto.

Mientras tanto el coche había andado a buen paso, y apenas daban las once cuando llegó al brazo septentrional del río.

En esa época, los primeros *steam-boats* habían hecho ya su aparición en el San Lorenzo; no eran ni potentes ni rápidos; recordaban más bien, por sus dimensiones, esas chalupas de vapor, a las que se da en la actualidad en el Canadá el nombre de *tug-boat*, o, con más frecuencia, el de *toc*.

En algunos minutos ese *toc* transportó al Sr. Nick, a su pasante y al viajero a través del San Lorenzo, cuyas aguas verdosas se mezclaban todavía con las negras del río Outaouais.

Allí se separaron, después de saludarse y de cambiar apretones de manos; y mientras el desconocido se dirigía hacia las calles de Laval, el notario y Lionel, dando la vuelta a la ciudad, se fueron hacia el Este de la isla de Jesús.

IV

LA VILLA DE MONTCALM

La isla de Jesús, situada entre los dos brazos superiores del San Lorenzo, pero de menos extensión que la de Montreal, encierra cierto número de parroquias y circunscribe en su perímetro el condado de Laval, cuyo nombre es también el de la grande Universidad de Quebec, en recuerdo del primer Obispo del país canadiense.

Laval es igualmente el nombre de la principal ciudad de la isla de Jesús, situada en la orilla meridional; y aun cuando la morada del señor de Vaudreuil formaba parte de esta parroquia, se hallaba, sin embargo, a una legua de distancia, según se sigue el curso del San Lorenzo.

Era una casa de aspecto muy agradable, rodeada por un parque de unos cincuenta acres, cubiertos de praderas y de magnífico, arbolado, limitado, por la orilla del río.

Su arquitectura, así como su ornamentación, se diferenciaban mucho de la anglosajona, consistente en el seudogótico, tan usado en la Gran Bretaña; pues el gusto francés dominaba allí como soberano, y si no hubiera sido por la marcha rápida y ruidosa de las aguas del San Lorenzo que mugía a sus pies, se hubiera podido creer que la villa Montcalm (así se llamaba) se hallaba en las orillas del Loira, a algunas leguas de Chenonceaux o de Amboise.

Mezclado en las últimas insurrecciones reformistas del país, el señor de Vaudreuil había figurado en la conspiración a la que la traición de Simón Morgaz dio tan trágico desenlace con la muerte de Walter Hodge, de Roberto Farran, de Francisco Clerc y con la prisión de los demás conjurados. Algunos años más tarde, una amnistía dio a éstos la libertad, y el señor de Vaudreuil volvió a su posesión de la isla de Jesús.

La villa Montcalm estaba edificada en la orilla del río; los primeros peldaños de su terrado anterior, a los que una elegante marquesita abrigaba en parte delante de la fachada, se bañaban en la corriente del indicado río. En las tranquilas sombras del parque, la brisa procuraba una frescura que hacía muy soportable los calurosos días del verano canadiense. Cualquier aficionado a la caza o a la pesca hubiera tenido mucha diversión en aquella comarca, pues el pescado era abundante en las caletas del San Lorenzo, en el que las lejanas ondulaciones de la sierra de los Laurentidas formaban,

en la orilla izquierda, un ancho marco de verdura, y las llanuras de la isla estaban pobladas de toda clase de caza.

Aquella parte del país había conservado, como si se llamara todavía Nueva Francia, las costumbres todas del siglo XVII. Un autor inglés, Russel, ha dicho con mucha razón: «El Bajo Canadá es una Francia de los tiempos en que ondeaba en ella la bandera blanca flordelisada.» Y un escritor francés, Eugenio Réveillaud, ha escrito: «Es el asilo del antiguo régimen. Es una Bretaña o una Vendée de hace sesenta años, que se prolonga más allá del Océano. Los habitantes de aquella parte del continente americano han conservado con celoso cuidado las costumbres, las ingenuas creencias y las supersticiones de sus padres.»

Esto sucede aún en la época actual, y la raza francesa se conserva en toda su pureza en el Canadá, sin mezcla alguna de sangre extranjera.

De vuelta a la villa de Montcalm hacia 1829, el señor de Vaudreuil se encontraba con todas las condiciones necesarias para ser feliz; y aun cuando su fortuna no era considerable, le aseguraba un bienestar, del que hubiera podido disfrutar con sosiego, si su patriotismo, siempre ardiente, no la hubiese colocado de nuevo en medio de las agitaciones de la política militante.

En la época en que principia esta historia, el dueño de la villa de Montcalm tenía cuarenta y siete años. Sus cabellos grises le hacían parecer tal vez de más edad; pero su mirada vivísima, sus ojos de un azul oscuro y muy brillante, su estatura más que mediana, su robusta constitución, que le aseguraba una salud a toda prueba, su fisonomía simpática y

llena de agrado, y su porte noble, sin altanería, hacían de él el tipo por excelencia del gentilhombre francés. Representaba el verdadero descendiente de aquella audaz nobleza que atravesó el Atlántico en el siglo XVIII; el hijo de los fundadoras de la más hermosa de las colonias ultramarinas, que la odiosa indiferencia de Luis XV abandonó a las exigencias de la Gran Bretaña.

El señor de Vaudreuil era viudo hacía unos diez años. La muerte de su esposa, a quien amaba sinceramente, dejó en su vida un gran vacío, concentrando entonces toda su afección en su hija única, en la que revivía el alma valiente y generosa de la que le había dado el ser.

Clary de Vaudreuil tendría unos veinte años cuando principiaron los sucesos que nos proponemos relatar. Su talle elegante, su espesa cabellera, casi negra, sus grandes ojos, muy ardientes, su fresca y sonrosada tez y su fisonomía algo grave, la hacían más hermosa que linda, más imponente que atractiva, como sucede con ciertas heroínas de Fenimore Cooper. Era fría y reservada por costumbre, o, para explicarnos mejor, toda su vida estaba concentrada en el único amor que había experimentado hasta entonces: el amor a su país.

Y, en efecto, Clary de Vaudreuil era una verdadera patriota.

Durante el período de los movimientos insurreccionales que se produjeron en 1832 y en 1834, siguió de cerca las diversas fases de la rebelión. Los jefes de la oposición la consideraban como la más valiente de las numerosas jóvenes cuya adhesión era sin límites respecto a la causa nacional; así

es que cuando los amigos políticos de su padre se reunían en la villa de Montcalm, Clary tomaba parte en sus conferencias, no mezclándose en ellas sino con pocas palabras, siempre discretas; pero escuchaba, observaba y despachaba la correspondencia que se sostenía con los Comités reformistas. Todos los franco-canadienses tenían en ella la más absoluta confianza, porque la merecía, y la más respetuosa amistad, de la que era digna.

Sin embargo, hacía poco tiempo que en aquel corazón apasionado otro amor había llegado a confundirse con el que experimentaba por su país; amor ideal, vago, que no conocía siquiera al que lo inspiraba.

En 1831 y 1834 un personaje misterioso había venido a representar un papel importantísimo en medio de las tentativas de rebelión de aquella época. Había arriesgado su cabeza con inaudita audacia, con un valor y un desinterés muy propios para herir las imaginaciones sensibles, y desde entonces, en todo el Canadá, su nombre era repetido con entusiasmo, o más bien lo que le quedaba de él, puesto que no se la llamaba más que Juan-Sin-Nombre. En los días de motín surgía de repente en lo más recio de la pelea, y concluida la lucha, desaparecía; pero se conocía que obraba en la sombra y que no cesaba de trabajar preparando el porvenir.

En vano la policía procuró por todos los medios posibles descubrir su retiro; la casa Rip y Compañía no tuvo mejor éxito, por lo que tuvieron que desistir de su empeño hasta más propicia ocasión. Nada se sabía respecto al origen de este hombre, ni de su pasado, ni de su vida presente; pero no podía desconocerse que su influencia era todopoderosa

en la población franco-canadiense; así es que había pasado al estado legendario, y los patriotas esperaban siempre que aparecería algún día tremolando la bandera de la independencia.

Tal era el héroe anónimo cuyos actos habían hecho tan profunda impresión en el espíritu de Clary de Vaudreuil. Sus más íntimos pensamientos eran siempre para él; la invocaba como a un ser sobrenatural, entregándose por completo a esa mística comunidad. Amando a Juan-Sin-Nombre con el más ideal de los amores, le parecía que amaba aún más a su país; encerraba con cuidado dicho sentimiento en su corazón, y cuando su padre la miraba, a través de las sombras del parque, pasearse allí pensativa, no podía sospechar que soñaba con el joven patriota, que era para ella el símbolo de la revolución canadiense.

Entre los amigos políticos que más a menudo se reunían en la villa Montcalm, eran de los más íntimos algunos cuyos parientes habían formado parte, con el señor de Vaudreuil, en el complot de 1825.

Entro éstos, conviene citar a Andrés Farran y William Clerc, cuyos hermanos, Roberto y Francisco, habían perecido en el cadalso el 28 de Septiembre de 1825; luego, Vicente Hodge, hijo de Walter Hodge, el patriota americano muerto por la independencia del Canadá, después de haber sido entregado con sus compañeros por Simón Morgaz. Al par que éstos, frecuentaba la morada del señor de Vaudreuil un abogado de Quebec, el diputado Sebastián Gramont, el mismo en cuya casa había sido falsamente señalada a la agencia Rip la presencia de Juan-Sin-Nombre.

El más ardiente entre los miembros de la oposición era, con seguridad, Vicente Hodge, que contaba treinta y dos años de edad. De sangre americana por su padre, y francés por su madre, muerta de pesar poco tiempo después del suplicio, Vicente Hodge no había podido vivir al lado de Clary sin admirarla primero y amarla después, cosa que de ningún modo hubiera desagradado al señor de Vaudreuil, pues aquel joven era un hombre distinguido, simpático y de modales muy finos, por más que tuviera el porte del *yankee* de las fronteras. En cuanto a firmeza en los sentimientos, en los afectos y en un valor a toda prueba, Clary Vaudreuil no hubiera podido escoger un marido más digno de ella; pero la joven ni siquiera había notado, las preferencias de que era objeto. Entre Vicente Hodge y ella no podía existir sino un lazo: el del patriotismo.

Apreciaba las cualidades del amigo de su padre; pero no podía amarle, puesto que su vida, sus pensamientos y sus aspiraciones todas pertenecían a otro, al desconocido que ella esperaba y que aparecería un día delante de su vista.

El señor de Vaudreuil y sus amigos observaban con atención el movimiento de los espíritus en las provincias canadienses, conociendo que la opinión estaba en extremo sobrexcitada respecto a los leales. No se tramaba todavía, como en el año 1825, un complot entre personajes políticos, en contra del Gobernador general. No. Era más bien, una conspiración universal en estado latente, y para que la rebelión estallara, bastaría que un jefe llamase a sí a los liberales, sublevando las parroquias de todos los condados. No cabía duda de que entonces los diputados reformistas, el señor de

Vaudreuil y sus amigos, formarían en las primeras filas de los insurrectos.

Y jamás las circunstancias se habían mostrado más favorables para una revolución. Los reformistas, faltos de paciencia ya, dejaban oír violentas protestas y denunciaban las exacciones del Gobierno, que se decía autorizado por el Gabinete británico para disponer de los fondos públicos sin la aprobación de la Cámara. Los periódicos, entre otros *El Canadiense*, fundado en 1806, y *El Vindicator,* de creación más reciente, disparaban bala rasa, permítase la frase, contra la Corona y sus agentes. Publicaban los discursos pronunciados en el Parlamento o en los comicios populares por los Papineau, los Viger, los Quesnel, los Saint Real, los Bourdages y tantos otros que rivalizaban en talento y audacia en sus patrióticas acusaciones. Así las cosas, bastaría una chispa para provocar una explosión popular; esto lo sabía muy bien lord Gosford, y los partidarios de la reforma no lo ignoraban tampoco.

En la mañana del día 3 de Septiembre el cartero llevó a la villa Montcalm una carta depositada la víspera en el correo de Montreal, por medio de la que se avisaba al señor de Vaudreuil que sus amigos Vicente Hodge, Andrés Farran y William Clerc habían sido invitados a reunirse con él en la tarde del presente día. El señor de Vaudreuil no conocía la letra, y la firma sólo decía: *Un hijo de la Libertad.*

El padre de Clary quedó muy sorprendido por esta comunicación y por el modo de hacerla. La víspera había visto a sus amigos en Montreal y se habían separado sin citarse para el siguiente día. ¿Habrían recibido también ellos una

carta de igual procedencia que la suya, citándolos en la villa Montcalm? Así debía de ser; pero ¿no podía tornarse que fuera alguna maquinación de la policía? Esta desconfianza era demasiado justificada por la traición de Simón Morgaz.

Fuese lo que fuese, el señor de Vaudreuil no tenía más que esperar la llegada de sus amigos, que le explicarían sin duda lo que no comprendía de aquella cita singular. Este fue el parecer de Clary después de enterarse del contenido de la carta, cuya letra examinaba con suma atención. ¡Extraña disposición de su espíritu! Allí en donde su padre presentía una asechanza de sus adversarios políticos para sus amigos y para él, la joven creía, por el contrario, en alguna poderosa intervención para la causa nacional. ¿Iba a mostrarse por fin la mano que cogería los hilos de una nueva sublevación, que la dirigiría llevándola a buen fin?

-Padre mío, dijo, tengo confianza.

Sin embargo, como la cita era para la tarde, el señor de Vaudreuil quiso ir antes a Laval para ver si le daban alguna noticia que motivara la urgencia de la proyectada conferencia, y además para recibir a Vicente Hodge y a sus compañeros cuando desembarcaran en la isla Jesús. Pero en el momento en que iba a dar la orden de enganchar, un criado anunció que una visita acababa de llegar a la villa Montcalm.

-¿Quién es? preguntó con viveza el señor de Vaudreuil.

-He aquí su tarjeta, respondió el criado mostrándosela.

El amo leyó el nombre inscrito en el trozo de cartulina, y exclamó:

-¡Es el excelente Sr. Nick! Sea bien venido. Hacedle entrar en seguida.

Un instante después, el notario se hallaba en presencia del señor de Vaudreuil y de su hija.

-¡Vos por aquí, Sr. Nick! dijo el dueño de Montcalm.

-En persona, y pronto a presentaros mis respetos, así como a la señorita Clary, respondió el notario.

Y apretó la mano que le tendía el señor de Vaudreuil, después de haber dirigido a la joven uno de esos saludos oficiales de que los notarios parecen haber conservado la tradición.

-He aquí, Sr. Nick, una visita inesperada, pero no menos agradable.

-Agradable sobre todo para mí, respondió el descendiente de los hurones. ¿Cómo estáis de salud, señorita... y vos, señor de Vaudreuil? Vuestro aspecto me dice que os encontráis perfectamente. Se conoce que el aire que se respira en esta villa es muy sano. Será preciso que me lleve un poquito a mi casa del Mercado del Buen Socorro.

-De vos depende hacer una buena provisión, Sr. Nick; venid a vernos más a menudo.

-Quedaos con nosotros algunos días, añadió Clary.

-¡Y mi estudio y mis actas! exclamó el locuaz notario. No me dejan tiempo para gozar de los placeres campestres. Los testamentos no, porque se vive tantos años en el Canadá, que creo llegará un día en que nadie se muera. ¡Es increíble el número de octogenarios y aun de centenarios que existen por aquí! ¡Esto pasa los límites ordinarios de la estadística!... Pero los casamientos no me dejan un instante de reposo. Y a propósito: dentro de mes y medio estoy citado en Laprairie, casa de uno de mis clientes, de los mejores por

cierto, para hacer el contrato de boda de su decimonono retoño.

-Ese debe ser mi arrendador Tomás Harcher, replicó el señor de Vaudreuil.

-El mismo, y precisamente en vuestro cortijo de Chipogán es donde me esperan.

-¡Qué familia tan hermosa, Sr. Nick!

-En verdad que sí; y estoy aún muy lejos de acabar con las actas referentes a ellos.

-Pues bien, Sr. Nick, dijo Clary, es probable que nos veamos en Chipogán, pues Tomás Harcher ha insistido de tal modo en que asistamos al casamiento de su hija, que mi padre y yo, si nada nos detiene en Montcalm, queremos darle ese gusto.

-Que lo será también mío, respondió el notario, pues sabéis desde hace mucho tiempo que experimento una gran alegría siempre que tengo el gusto de veros. Sólo tengo que reconveniros por una cosa, señorita Clary.

-¡A mí! ¿Por qué, Sr. Nick?

-Porque siempre me recibís como amigo, pero nunca me hacéis llamar como notario.

La joven se sonrió por aquella insinuación; mas casi en seguida sus facciones tomaron de nuevo su habitual gravedad.

-Y sin embargo, dijo el señor de Vaudreuil, además del carácter de amigo, mi querido Nick, habéis venido hoy con el de notario a la villa Montcalm...

-Es verdad, es verdad, respondió el Sr. Nick; pero no es por cuenta de la señorita Clary. En fin, esto sucederá algún

día, pues todo llega. A propósito, señor de Vaudreuil; tengo que deciros que no he venido solo...

-¡Cómo, Sr. Nick! ¿Habéis traído un compañero y le dejáis en la antesala? Voy a dar la orden de que le hagan entrar.

-No, no. No os incomodéis. Es sencillamente mi segundo pasante; un muchacho que hace versos; ¿habéis visto cosa igual? y corre detrás de los fuegos fatuos.

¿Qué os parees de un pasante poeta o un poeta pasante, señorita Clary? Como deseo hablaros en particular, señor de Vaudreuil, le he dicho que fuera a pasearse por el parque.

-Bien está, Sr. Nick; pero, de todos modos, voy a mandar que se sirva algún refresco a ese joven poeta.

-Es inútil, porque no bebe más que néctar, y como no lo tengáis de la última cosecha...

El señor de Vaudreuil no pudo menos de reírse de las bromas del excelente hombre a quien conocía tantos años, y cuyos consejos le habían sido siempre tan útiles para la dirección de sus asuntos personales.

-Os dejo con mi padre, Sr. Nick, dijo entonces Clary.

-Os ruego que os quedéis, señorita, replicó el notario. Sé que puedo hablar delante de vos hasta de cosas que se relacionen con la política; a lo menos lo supongo yo, pues no ignoráis que no me mezclo nunca...

-Bien, bien, Sr. Nick, interrumpió el Señor de Vaudreuil, Clary asistirá a nuestra conversación; pero sentémonos: de este modo hablaremos con más comodidad.

El notario se instaló en uno de los sillones de bambú, mientras que el dueño de la casa y su hija tomaban asiento en un sofá enfrente de él.

-Y ahora, amigo Nick, permitidme preguntaros el motivo de vuestra venida a la villa Montcalm.

-Para entregaros esto, respondió el notario.

Y sacó de su bolsillo un fajo de *banknotes*.

-¡Dinero!... exclamó el señor de Vaudreuil, no pudiendo ocultar su extremada sorpresa.

-Sí, dinero, buen dinero; y, que os guste o no, una suma bastante crecida.

-¿Una crecida suma decís?

-Miradlo. Cincuenta mil piastras, en bonitos billetes que tienen curso legal.

-¿Y este dinero es para mí?

-Para vos, sólo para vos.

-¡Quién me lo envía!

-Me es completamente imposible decíroslo, por la sencilla razón de que no lo sé.

-¡A qué uso está destinado!

-Lo ignoro.

-¿Y cómo os han encargado de remitirme una cantidad tan considerable?

-Leed.

El notario presentó a su interlocutor una carta, que no contenía más que estos renglones:

«El Sr. Nick, notario en Montreal, se servirá remitir al presidente del Comité reformista de Laval, en la villa

Montcalm, el restante de la suma que salda nuestra cuenta con él.

»2 de Septiembre de 1887.

J. B. J. »

El señor de Vaudreuil miraba al notario sin comprender nada de este envío, que indudablemente era para él.

-¿De dónde viene esa carta? preguntó.

-De San Carlos condado de Verchères.

Clary había cogido la carta y examinaba cuidadosamente la letra, pensando que podía haber sido escrita por la misma mano que la que avisaba a su padre de la llegada de sus amigos Vicente Hodge, Clerc y Farran...

Pero no; ninguna semejanza existía en la letra de ambas cartas, cosa que Clary hizo notar a su padre.

-¿No sospecháis siquiera, Sr. Nick, preguntó la joven, quién pueda ser el firmante de esta misiva, que oculta su nombre bajo las iniciales J. B. J?

-De ningún modo, señorita Clary.

-Y, sin embargo, ésta no es la primera vez que estáis en relación con esa misma persona.

-En efecto...

-Aún diré más; con esas mismas personas, pues la carta no dice mi, sino *nuestra cuenta,* lo que da lugar a pensar que esas iniciales pertenecen a tres nombres diferentes.

-Así es, respondió el Sr. Nick.

-Observo también, dijo el señor de Vaudreuil, que puesto que se trata de un saldo de cuenta, es que anteriormente habéis dispuesto...

-Señor de Vaudreuil, replicó el notario, he aquí todo cuanto puedo, es más, cuanto debo deciros.

Y después de reflexionar algunos instantes antes de entrar en materia, el señor Nick contó lo que sigue:

-En 1825, un mes después del juicio que costó la vida a algunos de vuestros amigos más queridos, Señor de Vaudreuil, y a vos la libertad, recibí un pliego certificado, que contenía en *banknotes* la enorme suma de cien mil piastras. El pliego de que se trata había sido puesto en el correo de Quebec, y encerraba una carta concebida en estos términos:

«Esta suma de cien mil piastras se deposita en manos del Sr. Nick, notario en Montreal, para que la emplee según avisos que recibirá ulteriormente. Se cuenta con su discreción para que no hable a nadie del depósito que se le confía ni del uso que más tarde pueda hacer de él.»

-¿Y estaba firmada? Preguntó, Clary.

-J. B. J respondió el Sr. Nick.

-¡Las mismas iniciales! Dijo el señor de Vaudreuil.

¡Las mismas! repitió Clary.

-Sí, señorita, y, cómo bien podéis pensarlo, me quedé muy sorprendido del misterio que encerraba ese depósito; pero siéndome imposible devolver esa suma al cliente desconocido que me la había entregado, y pareciéndome inoportuno, y aun indigno, notificarlo a la autoridad, coloqué ese dinero en el Banco y esperé.

Clary y su padre escuchaban al señor Nick con la más viva atención. ¿No había dicho el notario que pensaba que aquel dinero pudiera muy bien destinarse a un fin político? Y, en efecto, ya veremos cómo no se equivocaba.

-Seis años más tarde, repuso, se me pidió una suma de veintidós mil piastras mediante una carta firmada con esas enigmáticas iniciales, rogándome la mandara inmediatamente a Berthier, en el condado del mismo nombre.

-¿A quién? preguntó el señor de Vaudreuil.

-Al presidente del Comité reformista, y poco tiempo después estalló la rebelión que sabéis. Pasaron cuatro años, y recibí otra carta prescribiéndome el envío de veinte mil piastras a Santa Martina, al presidente del Comité de Chateauguai. Un mes más tarde se produjo la violenta reacción que señaló las elecciones de 1834, dando por resultado la prorrogación de la Cámara y la demanda de que es presentara ante los Tribunales el gobernador lord Aylmer.

El señor de Vaudreuil reflexionó algunos instantes respecto a lo que acababa de oír, y después, dirigiéndose al notario, exclamó:

-¿De modo que, amigo Nick, creéis que existe cierta relación entre esas diversas manifestaciones y el envío del dinero a los Comités reformistas?

-Yo, señor de Vaudreuil, replicó el notario, nada creo. No soy hombre político, sino un funcionario público. Nada he hecho sino restituir las sumas que tenía en depósito, según me lo han indicado. Os digo las cosas tal como han pasado, y os dejo el cuidado de sacar las consecuencias.

-Está muy bien, mi prudente amigo respondió el señor de Vaudreuil sonriendo. No es comprometeros; pero si habéis venido hoy a la villa Montcalm...

-Ha sido para hacer por tercera vez lo que ya he hecho dos. Me han avisado esta mañana, día 3 de Septiembre, pri-

mero, que disponga de la suma que me quedaba, o sea cincuenta mil piastras; y segundo, que la entregase al presidente del Comité de Laval; por lo que, siendo el señor de Vaudreuil presidente del susodicho Comité, he venido a traerle aquella suma. ¿A qué uso está destinado ese dinero? No lo sé, ni deseo saberlo. Entre las manos del mencionado presidente he dejado aquella cantidad, y si no la he mandado por el correo, si he preferido traerla yo mismo, ha sido para aprovechar la ocasión de hacer una visita a mi amigo el señor de Vaudreuil y a su hija la señorita Clary.

El Sr. Nick concluyó su discurso sin que nadie le interrumpiese, y después de decir lo que quiso, se levantó, y, acercándose a la puerta de cristales que daba al terrado, se puso a examinar las embarcaciones que bajaban o remontaban el río.

El señor de Vaudreuil, entregado a profundas reflexiones, guardaba silencio, y un mismo trabajo de deducciones se hacía en el espíritu de su hija; no era dudoso para ellos que ese dinero, con tanto misterio depositado en la caja del Sr. Nick, había sido empleado en parte para las necesidades de la causa nacional, y que se reservaba a lo que quedaba el mismo destino, en previsión de un próximo movimiento. Este envío de dinero, coincidiendo con el recibo de la carta firmada por *Un hijo de la Libertad,* por la que se comprendía que acababa de convocar en la villa Montcalm a los más íntimos amigos del señor de Vaudreuil, ¿no parecía que hubiese en esto una singular conexión?

La conversación se prolongó todavía durante algún tiempo, y no podía ser de otro modo, dada la verbosidad del

notario. Hablaron de lo que el señor de Vaudreuil sabía tan bien o mejor que Nick; esto es, de la situación política, sobre todo respecto al Bajo Canadá. Y estas cosas, no dejaba de repetirlo, las relataba con la mayor reserva, pues no le gustaba mezclarse en lo que no le importaba; lo que decía era para que el señor de Vaudreuil desconfiara, porque la vigilancia de la policía era muy activa en las parroquias del condado de Montreal.

Y a propósito de esto, el notario dijo:

-Lo que las autoridades temen, sobre todo, es que un jefe venga a ponerse al frente de un movimiento popular, y que éste sea precisamente el famoso Juan Sin Nombre.

Al oír estas últimas palabras, Clary se levantó y se asomó a la ventana abierta, por la que se veía el parque.

-¿Conocéis a ese audaz agitador amigo Nick? preguntó el señor de Vaudreuil.

-Nunca lo he visto, respondió el notario, ni he visto tampoco a nadie que le conozca; pero no hay duda de que existe. Me lo figuro, como suelen pintarnos los héroes en las novelas; un joven de alta estatura, de nobles facciones, de simpática fisonomía y de voz seductora, como no sea algún buen patriarca, en el límite de la vejez, arrugado y cascado por la edad; porque con esos personajes no se sabe nunca a qué atenerse.

-Sea lo que fuere, respondió el señor de Vaudreuil, ¡ojalá tenga pronto el pensamiento de ponerse a nuestra cabeza, y le seguiremos tan lejos como quiera llevarnos!...

-¡Eh, señor de Vaudreuil, puede ser que suceda antes de mucho tiempo! exclamó el Sr. Nick.

-¿Qué decía? preguntó Clary volviendo con viveza al centro del salón.

-Digo, señorita Clary... o, más bien, no digo nada... Es más cuerdo.

-Insisto, repuso la joven, ¡Hablad... hablad, os lo ruego! ¿Qué sabéis?

-Lo que otros saben también, respondió el Sr. Nick; que Juan-Sin-Nombre ha vuelto a aparecer en el condado de Montreal; así se dice, por desgracia.

-¡Por desgracia!, repitió Clary.

-Sí; pues si es cierta la noticia, temo mucho de que nuestro héroe no pueda escapar a la vigilancia de la policía. Hoy mismo, atravesando la isla de Montreal, he encontrado a los agentes que el ministro Gilberto Argall ha lanzado sobre las huellas de Juan-Sin-Nombre, y he visto entro ellos al jefe de la casa Rip y Compañía.

-¿Cómo... Rip? dijo el señor de Vaudreuil.

-El mismo, respondió el notario. Es un hombre, hábil, atraído sin duda por una. buena prima. Si, llega a apoderarse de Juan-Sin-Nombre la condena de este joven patriota... sí, decididamente debe ser joven, su condena es cierta, y el partido nacional contará una víctima más.

A pesar de su fuerza de espíritu, Clary palideció de repente, sus ojos se cerraron, y apenas si pudo comprimir los latidos de su corazón. El señor de Vaudreuil, muy pensativo, iba y venía por el salón.

El Sr. Nick, queriendo borrar el penoso efecto producido por sus últimas palabras, añadió:

-Después de todo, es un hombre de una audacia poco común, que ha sabido hasta ahora sustraerse a las más severas pesquisas. En el caso de que corriera peligro de ser aprehendido, todas las casas del condado le darían asilo, todas las puertas se abrirían delante de él, incluso la del estudio del Sr. Nick, si se presentaba a pedirle refugio, aun cuando el Sr. Nick no quiera mezclarse para nada en la política.

Después de estas palabras, el notario se despidió del señor y de la señorita de Vaudreuil, pues no tenía tiempo que perder si quería estar de vuelta en Montreal para la hora de comer, esa hora regular y siempre bienvenida, en la que cumplía con uno de los actos más importantes de su existencia.

El señor de Vaudreuil quiso dar orden de que enganchasen un carruaje para llevar al Sr. Nick y a su pasante hasta Laval, pero, como hombre prudente, el notario rehusó, diciendo que más valía que no se supiera nada de su visita a la villa Montcalm; que, a Dios gracias, tenía buenas piernas, que una legua más o menos no era cosa para cansar a uno de los mejores andarines del notariado canadiense. Y luego, ¿no corría por sus venas la sangre de los Sagamores? ¿No descendía de aquellos robustos indios, cuyos guerreros seguían durante meses enteros el sendero de la guerra, etc., etc.?

En fin, el Sr. Nick llamó a Lionel, que sin duda corría por las calles del parque detrás del sagrado batallón de las musas, y ambos, remontando la orilla izquierda del San Lorenzo, tomaron de nuevo el camino de Laval.

Después de tres cuartos de hora de marcha llegaron al sitio en que atracaba el *toc*, en el momento en que desembar-

caban los Sres. Vicente Hodge, Clerc y Farran que se dirigían a la villa Montcalm.

Cruzándose con ellos, el notario fue saludado con un inevitable y cordial «buenos días, Sr. Nick.» Después de atravesar el río subió otra vez al coche de Tom, llegó a su casa del Mercado del Buen Socorro en el instante preciso en que su anciana sirvienta, mistress Dolly, ponía la humeante sopa en la mesa.

El Sr. Nick se sentó en seguida en su ancho sillón, y Lionel se colocó enfrente de él, mientras el buen señor tarareaba:

Nacer contigo, loquilla llama,
Morir contigo, fuego fatuo.

-Sobro todo, añadió, si te tragas algunos versos durante la comida, ten mucho cuidado con las espinas.

V

EL DESCONOCIDO

Cuando Vicente Hodge, William Clerc y Andrés Farran llegaron a la villa Montcalm, el señor de Vaudreuil los recibió solo, pues Clary acababa de subir a su habitación.

Puesta a la ventana, que estaba abierta de par en par, la joven dejaba vagar su mirada a través de la campiña, cuyo horizonte se hallaba limitado por la sierra de los Laurentidas. El recuerdo del ser misterioso de que acababan de hablar, ocupaba por entero su pensamiento. Lo habían visto en la comarca, y como se le perseguía con actividad en la isla de Montreal, quizás trataría de buscar un refugio en la de Jesús, para lo cual le bastaba atravesar uno de los brazos del río y en tal caso iría tal vez a pedir asilo a la villa Montcalm, pues no podía dudar de que allí tenía amigos que se considerarían muy felices al acogerte. Pero ¿no se expondría a mayores peligros albergándose en la quinta del señor de Vaudreuil, presidente del Comité reformista? La morada de éste debía de ser particularmente vigilada, y, sin embargo, Clary tenía el presentimiento de que Juan-Sin-Nombre iría, aunque no

fuera más que por un día, por una hora. Y con la imaginación sobrexcitada, deseosa de encontrarse sola, había abandonado el salón antes de que los amigos de su padre fuesen introducidos en él.

William Clerc y Andrés Farran, ambos de la misma edad que el señor de Vaudreuil, habían sido oficiales de la milicia canadiense. Separados de su empleo después del juicio del 25 de Septiembre, que había mandado al patíbulo a sus dos hermanos, condenados ellos mismos a prisión perpetua, recuperaron la libertad merced a la amnistía, que había aprovechado también el señor de Vaudreuil. El partido nacional veía en ellos a dos hombres de acción que no pensaban en otra cosa sino en arriesgar por segunda vez su vida tomando de nuevo las armas. Eran enérgicos, acostumbrados a la fatiga por el hábito que tenían de grandes cacerías a través de los bosques y de los llanos del condado de los Tres Ríos, en donde poseían vastas propiedades.

En cuanto Vicente Hodge hubo apretado la mano del señor de Vaudreuil, le preguntó si sabía que Farran, Clerc y él habían sido convocados por escrito.

-Sí, respondió, el padre de Clary; y sin duda la carta que cada uno de vosotros ha recibido está firmada, como la que se me ha dirigido, por *Un hijo de la libertad*...

-Así es, respondió Andrés Farran.

-¿No te parece que esto encierra alguna asechanza de nuestros enemigos? preguntó William Clerc al señor de Vaudreuil. Reuniéndonos aquí ¿no querrán sorprendernos en flagrante delito de conspiración?

-El Consejo legislativo no ha prohibido todavía, que yo sepa, a los canadienses el derecho de reunión, respondió el señor de Vaudreuil.

-No, dijo Andrés Farran; pero, en fin, ¿quién puede ser el firmante de estas cartas tan sospechosas, como si fueran anónimas, y por qué no ha puesto en ellas su verdadero nombre?...

-Es muy singular, en efecto, repuso el señor de Vaudreuil; y lo es tanto más, cuanto que ese personaje, quien quiera que sea, no dice siquiera si tiene intención de presentarse a la cita que nos ha dado, pues la carta que he recibido me avisa sencillamente que llegaríais los tres esta tarde a la villa Montcalm.

-Lo mismo que en las nuestras, añadió William Clerc.

-Reflexionándolo bien, dijo Vicente Hodge, no es verosímil que nos haya convocado no teniendo intención de asistir a nuestra conferencia, y mi parecer es que vendrá.

-Pues bien, que venga, replicó Farran; en primer lugar, veremos qué clase de hombre es, escucharemos las comunicaciones que se propone hacernos, y después lo despediremos si no nos conviene entrar en relaciones con él.

-Vaudreuil, dijo William Clerc: ¿tiene tu hija conocimiento de esa carta? ¿Qué piensa de ella?

-Nada malo ni sospechoso, William.

-¡Esperemos, pues! repuso Vicente Hodge.

En todo caso, si el firmante de las cartas tenía intención de acudir a la cita dada por él, era indudable que había querido tomar ciertas precauciones, puesto que por lo visto sería

de noche cuando llegase a la villa Montcalm, cosa muy prudente en las actuales circunstancias.

La conversación del señor de Vaudreuil y de sus amigos no podía tener más objeto que la situación política tan tirante a consecuencia de las opresivas disposiciones que manifestaba el Parlamento inglés. Comprendían que tal estado de cosas no podía durar, y a propósito de esto, el señor de Vaudreuil notificó a sus amigos que, en su cualidad de presidente del Comité de Laval, había recibido por el conducto del señor Nick una suma considerable, destinada, de seguro, para hacer frente a las necesidades de la causa nacional.

Mientras se paseaban por el parque esperando la hora de comer, Vicente Hodge, William Clerc y Andrés Farran confirmaron al señor de Vaudreuil lo que le había dicho el notario. Los agentes de Gilberto Argall no se daban punto de reposo, y no solamente el personal de la Agencia Rip y Compañía, sino muchos individuos de la policía regular, recorrían los campos y las parroquias de los condados, haciendo cuanto era posible para encontrar las huellas de Juan-Sin-Nombre, pues el Gobierno temía, y con fundamento, que bastara la presencia de este personaje para provocar una sublevación. Era fácil, por consiguiente, que el desconocido pudiera informar respecto de esto al señor de Vaudreuil.

A eso de las seis todos volvieron al salón, adonde Clary acababa de bajar. William Clerc y Andrés Farran le hicieron un paternal saludo que autorizaba su edad y su intimidad, mientras que Vicente Hodge, más reservado, apretó respe-

tuosamente la mano que la joven le tendía, y ofreciéndole el brazo, pasaron todos al comedor.

La comida se sirvió con abundancia, pero con modestia, y en las condiciones en que se servía en aquella época, lo mismo en las más humildes que en las más ricas moradas canadienses. Se componía de peces del río, de caza de los vecinos bosques, de legumbres y de frutas cogidas en el huerto de la villa.

En la mesa no se trató del desconocido, esperado con tanta impaciencia, pues la prudencia aconsejaba no hablar de tales cosas delante de los criados, por más que éstos eran fieles servidores y estaban desde hacía mucho tiempo al servicio de la familia Vaudreuil.

Después de comer, Clary, atraída por la suavidad de la temperatura y la hermosura de la tarde, se sentó debajo de la marquesina.

El San Lorenzo acariciaba los primeros escalones del terrado, bañándolos con sus aguas, que la quietud del aire inmovilizaba en la sombra. El señor de Vaudreuil y sus amigos fumaban paseándose por delante de la barandilla, y apenas si cambiaban alguna que otra palabra en voz baja.

Eran algo más de las siete; la noche empezaba a oscurecer el valle, y mientras que el largo crepúsculo se retiraba hacia el Oeste, las estrellas aparecían poco a poco en la opuesta zona.

Clary miraba tan pronto hacia arriba como hacia abajo el curso del San Lorenzo. El desconocido ¿vendría por la vía fluvial? Así debía de ser si no quería dejar huellas de su paso, porque era fácil a una ligera embarcación deslizarse entre las

hierbas y las cañas que crecían en la orilla, y una vez llegado al pie del terrado el misterioso personaje, podría penetrar en la casa sin ser visto de nadie, y abandonarla después sin que ninguno de los criados notara su presencia.

Sin embargo, como podía suceder que el visitador nocturno no viniera por el San Lorenzo, el señor de Vaudreuil dio orden de que hiciesen entrar inmediatamente a cualquier persona que es presentase en la villa. Una lámpara encendida en el salón no dejaba ver sino una luz muy tenue, que se filtraba a través de las cortinas de las ventanas, ocultas en parte, por los opacos cristales de la marquesina, y, por consiguiente, no era posible observar desde fuera nada de lo que pasara en el salón.

No obstante, si es verdad que todo estaba tranquilo por el lado del parque, no sucedía lo mismo en el río, en el que aparecían de cuando en cuando algunas embarcaciones, que tan pronto se acercaban a la orilla derecha como a la izquierda, se aproximaban unas a otras o se separaban, y en las que rápidas palabras se cambiaban entre los que las ocupaban, alejándose después en distintas direcciones.

El señor de Vaudreuil y sus amigos observaban con atención aquellas idas y venidas, cuyo móvil. comprendían.

-Son polizontes, dijo William Clerc.

-Sí, respondió Vicente Hodge; vigilan el río con más cuidado que nunca.

¡Y tal vez también la villa Montcalm!

Estas últimas palabras habían sido pronunciadas en voz muy baja; pero no por el señor de Vaudreuil, ni por su hija, ni por sus amigos.

En el mismo instante, un hombre, oculto entre las altas hierbas que crecían al pie de la barandilla, apareció a la derecha de la escalera, que subió en seguida, con paso rápido, penetró en el terrado, quitóse el gorro que cubría su cabeza, e inclinándose ligeramente dijo:

-Soy *El Hijo de la Libertad* que os ha escrito, señores.

El señor de Vaudreuil, Clary, Vicente Hodge, Clerc y Farran, sorprendidos por aquella brusca aparición, procuraban ver la cara del hombre que acababa de introducirse en la villa de un modo tan singular, pues su voz les era tan desconocida como su persona.

-Señor de Vaudreuil, repuso el recién llegado; me dispensaréis el modo de presentarme en vuestra casa, cuando sepáis que es de gran importancia el que no me vean llegar aquí, así como también lo es el que no me vean salir.

-Venid, pues, caballero, respondió el amo de la casa.

Y todos entraron en el salón, cuya puerta cerraron en seguida.

El hombre que acababa de llegar a la villa Montcalm no era otro que el joven viajero en cuyo compañía el Sr. Nick y su pasante habían recorrido el trayecto que existe entre Montreal y la isla Jesús. El señor de Vaudreuil y sus amigos observaron, así como el notario lo había hecho ya, que pertenecía a la raza franco-canadiense.

He aquí lo que había hecho después de despedirse del Sr. Nick en la entrada de las calles de Laval.

Se dirigió, en primer lugar, hacia una modesta taberna de los barrios de la ciudad, y allí, recostado en un rincón esperando la hora de comer, recorrió los periódicos que pu-

sieron a su disposición. Su cara impasible no dejaba traslucir ninguna de las impresiones que le producían la lectura de aquellos diarios, redactados entonces con mucha violencia en pro o en contra de la Corona.

La reina Victoria acababa de subir al trono, sucediendo a su tío Guillermo IV, y se discutía, en apasionados artículos, las modificaciones que el nuevo reinado impondría al gobierno de las provincias del Canadá. Pero aun cuando fuese una mano femenina la que empuñaba el cetro del Reino Unido, era de temer que se hiciera muy pesado para la colonia ultramarina.

Hasta las seis de la tarde el joven se quedó en la taberna, en donde se hizo servir de comer, y a las ocho se puso de nuevo en camino.

Si un espía la hubiera seguido entonces, le hubiese visto dirigirse hacia el ribazo del San Lorenzo, deslizarse entre las malezas en dirección a la villa Montcalm, en donde llegó tres cuartos de hora después, esperando el momento oportuno para presentarse, y ya sabemos cómo intervino en la conversación del señor de Vaudreuil y de sus amigos.

Y ahora, en aquel salón, con las puertas y las ventanas cerradas, podían hablar sin temor de ser oídos.

-Caballero, dijo entonces el señor de Vaudreuil dirigiéndose a su nuevo huésped: ¿no os extrañaréis si en primer lugar os pregunto quién sois?

-Os lo he dicho ya, señor de Vaudreuil; soy, como lo sois todos, un Hijo de la Libertad.

Clary hizo un gesto involuntario de contrariedad, pues esperaba, un nombre, y no tal calificativo, tan común en

aquella época entre los partidarios de la causa franco-canadiense. ¿Persistiría dicho joven en conservar el incógnito en la villa Montcalm?

-Caballero, dijo entonces Andrés Farran: si nos habéis citado aquí será sin duda para que conferenciemos sobre cosas de cierta importancia. Pues bien; antes de explicarnos con más claridad, encontraréis muy natural que deseemos saber con quién vamos a hablar.

-Hubierais dado pruebas de ser muy imprudente si no me hubieseis dirigido esta pregunta, respondió el joven, y no sería yo digno de perdón si rehusara contestaros.

Y sacó de su bolsillo una carta, que presentó al señor de Vaudreuil.

Esta carta informaba a éste de la visita del desconocido, en quien sus partidarios y él podían tener completa confianza, aun en el caso en que les ocultara su nombre. Estaba firmada por uno de los principales jefes de la oposición en el Parlamento, por el abogado Gramont, diputado en Quebec, correligionario político del señor de Vaudreuil; el abogado añadía que si el joven pedía hospitalidad por algunos días, o en Montcalm, el señor de Vaudreuil podía concedérsela en interés de la buena causa.

El amo de la villa comunicó aquella carta a su hija, a Clerc, a Farran, y después dijo:

-Caballero, estáis en vuestra casa y podéis permanecer en ella todo el tiempo que os plazca.

-Todo lo más dos días, señor de Vaudreuil, respondió el joven, pues dentro de cuatro es preciso que me reúna con mis compañeros en la embocadura del San Lorenzo. Os doy

gracias por la acogida que me hacéis, y os ruego me prestéis toda vuestra atención.

El desconocido tomó entonces la palabra. Habló con mucha precisión del estado actual de los espíritus en las provincias canadienses, y afirmó que el país estaba pronto a sublevarse contra la opresión de los leales y de los agentes de la Corona pues acababa de verlo por sí mismo haciendo una campaña de propaganda reformista, durante varias semanas, en los condados del Alto San Lorenzo y del Outaouais. Dijo que dentro de algunos días iba a recorrer por última vez las parroquias de los condados del Este para concluir de anudar los elementos de una próxima insurrección, que se extendería desde la embocadura del río hasta los territorios del Ontario. A este levantamiento general, ni lord Gosford con los representantes de la autoridad, ni el general Colborne con algunos miles de uniformes colorados que formaban el efectivo del ejército anglo-canadiense, podrían oponer fuerzas suficientes, y el Canadá, así lo creía firmemente, sacudiría por fin el yugo de sus opresores.

-Una provincia arrancada a su país añadió, es lo mismo que un hijo arrancado de los brazos de su madre. Debe de se objeto de continuas reclamaciones y de perpetuas luchas; es un hecho que no puede olvidarse jamás. Diciendo todo esto el desconocido hablaba con una sangre fría que demostraba cuan dueño de sí era siempre y en todas partes; y, sin embargo, se dejaba ver el fuego que abrasaba su alma y el ardiente patriotismo que inspiraban sus pensamientos. Mientras que entraba en minuciosos detalles respecto a lo que había hecho y a lo que iba a hacer, Clary no apartaba su mirada de él;

todo le inducía a creer que tenía delante de ella al héroe en quien su imaginación encarnaba la revolución canadiense.

Cuando los señores de Vaudreuil, Vicente Hodge, Clerc y Farran estuvieron al corriente de sus trabajos, el joven añadió:

-Todos estos partidarios de nuestra autonomía, señores, necesitarán un jefe, y éste surgirá cuando llegue la hora de ponerse a su cabeza; mientras tanto, es preciso que se forme un Comité de acción para concentrar los esfuerzos individuales. ¿El señor de Vaudreuil y sus amigos aceptan formar parte de ese Comité? Habéis sufrido todos ya, bien sea en vuestras familias o en vuestras personas, por la causa nacional, que ha costado la vida a nuestros mejores patriotas, a vuestro padre Vicente Hodge, a vuestros hermanos William Clerc y Andrés Farran...

-¡Por la traición de un miserable, caballero! respondió Vicente Hodge.

-¡Sí!... ¡de un miserable! repitió el joven.

Y Clary creyó sorprender una ligera alteración en su voz, tan clara hasta entonces.

-Pero, añadió, ese traidor murió.

-¿Estáis cierto de ello?... preguntó William Clerc.

-¡Ha muerto! replicó el desconocido, que no titubeó en responder de un modo afirmativo respecto a un hecho del que nunca había podido tenerse corteza.

-¡Muerto!... ¡Ese Simón Morgaz!... ¡Y no he sido yo quien ha hecho justicia!... exclamó Vicente Hodge.

-Amigos míos, no hablemos más de ese traidor, dijo el señor de Vaudreuil, y dejadme responder a la proposición

que se nos está haciendo. Caballero, repuso volviéndose hacia su huésped: lo que nuestros amigos o parientes han hecho ya, estamos prontos a hacerlo también. Arriesgaremos nuestra vida como arriesgaron la suya, y, por consiguiente, podéis disponer de nosotros; nos comprometemos a hacer de la villa de Montcalm el centro de los esfuerzos de que habéis tomado la iniciativa. Estamos en comunicación cotidiana con los diferentes Comités del distrito, y a la primera señal acudiremos todos indefectiblemente. ¿Vuestra intención es, según habéis dicho, partir dentro de un par de días para recorrer las parroquias del Este? Sea; cuando volváis nos encontraréis prontos a seguir al jefe, quien quiera que sea, que despliegue la bandera de la independencia.

-Vaudreuil ha hablado en nombre de todos, añadió Vicente Hodge. ¡No tenemos más que un pensamiento: el de libertar nuestro país de las garras de sus opresores, asegurándole el derecho de ser autónomo!

-Y sabrá conquistarlo esta vez, dijo Clary de Vaudreuil adelantándose hacia el desconocido.

Pero éste acababa de dirigirse a la puerta del salón que daba al terrado.

-¡Escuchad, caballeros! dijo.

Un sordo rumor, que no se podía definir, se oía en dirección a Laval.

-¿Qué será? preguntó William Clerc.

-¿Estallará ya algún motín? replicó Andrés Farran.

-¡Dios quiera que no sea así! murmuró Clary. ¡Sería obrar demasiado pronto!

-Tenéis razón, respondió el desconocido.

-Pero ¿qué puede ser eso? preguntó el señor de Vaudreuil. ¡Escuchad! Ese ruido se aproxima.

-¡Se oye como una tocata de clarines! replicó Andrés Farran.

Y, en efecto, el sonido de algunos instrumentos de cobre, atravesando el espacio, llegaba por intervalos regulares hasta la villa Montcalm. ¿Sería acaso un destacamento que se dirigiera hacia la morada del señor de Vaudreuil?

-Éste abrió la puerta de salón, y sus amigos le siguieron al terrado.

Todas las miradas se volvieron hacia el Oeste, pero ninguna claridad sospechosa se divisaba de aquel lado, siendo, por lo tanto, evidente que aquel rumor no se propagaba a través de las llanuras de la isla Jesús. Y, sin embargo, el ruido, cada vez más cercano, llegaba hasta la villa al mismo tiempo que el sonido de las trompetas.

-¡Allí, allí es!... dijo Vicente Hodge.

Y señalaba con el dedo el curso del San Lorenzo, remontando hacia Laval. En aquella dirección, algunas antorchas esparcían una claridad poco acentuada todavía, reflejada en las aguas ligeramente brumosas del río.

Dos o tres minutos pasaron, y después, una embarcación que bajaba con la marea atravesó el río entre los remolinos y se aproximó a un ribazo, a un cuarto da milla hacia arriba. La barca contenía, unas diez personas, cuyo uniforme fue fácil conocer merced a la luz de las antorchas. Era un constable, acompañado por unos cuantos agentes de policía.

De vez en cuando la embarcación se detenía, y en seguida, una voz, precedida de una llamada de trompeta, se

elevaba en el aire; pero todavía era imposible oír distintamente lo que decía desde la villa de Montcalm.

Debe de ser un pregón, dijo William Clerc.

-Y es preciso, que publique algo importante, replicó Andrés Farran, para que lo haga a estas horas.

-Esperemos un momento, dijo el señor de Vaudreuil, y no tardaremos en saber...

-¿No os parece prudente que volvamos al salón? dijo Clary dirigiéndose al desconocido.

-¿Para qué retirarnos, señorita? respondió éste. Lo que las autoridades creen preciso anunciar, debe ser bueno de oír.

Mientras tanto, la barca, empujada por los remos y seguida por algunas canoas que le servían de comitiva, había avanzado hasta delante del terrado.

Sonó la trompeta, y he aquí lo que esta vez el señor de Vaudreuil y sus amigos oyeron distintamente:

«Proclamación del lord Gobernador general de las provincias canadienses.

«Hoy 3 de Septiembre de 1837.

Se ha dispuesto precio a la cabeza de Juan-Sin-Nombre, que de nuevo ha aparecido en los condados del Alto San Lorenzo. Se ofrecen seis mil piastras a cualquiera que le detenga o le mande detener.

Por orden de lord Gosford,

El ministro de Policía,
GILBERTO ARGALL.»

Después del pregón, la barca se movió de nuevo siguiendo la corriente del río.

Los señores de Vaudreuil, Farran, Clerc y Vicente Hodge se quedaron inmóviles en el terrado, envuelto en las tinieblas de la noche. Ni un solo movimiento se había escapado al joven desconocido mientras que la voz del constable repetía las palabras de la proclama. Clary solamente, casi sin conciencia de lo que hacía, había dado algunos pasos acercándose a él.

El señor de Vaudreuil fue el primero que tomó la palabra.

-¡Otra prima ofrecida a los traidores! dijo; mas espero que, para el buen nombre de las provincias canadienses, será en vano esta vez.

-¡Bastante es, y demasiado también, que se haya podido encontrar un Simón Morgaz! exclamó Vicente Hodge.

-¡Que Dios proteja a Juan-Sin-Nombre! dijo, Clary con voz profundamente conmovida.

Hubo algunos instantes de silencio.

-Entremos, y vámonos a descansar, dijo el señor de Vaudreuil. Voy a conduciros a vuestra habitación, añadió dirigiéndose al joven patriota.

-Mil gracias os doy, señor de Vaudreuil, pero me es de todo punto imposible quedarme por más tiempo en esta morada...

-¿Y por qué?

-Cuando, apenas hace una hora, acepté la hospitalidad que me ofrecisteis, no me encontraba en la situación en que me coloca la proclama que acabamos de oír.

-Explicaos con más claridad, caballero.

-Mi presencia aquí no serviría más que para comprometeros, puesto que el Gobernador general acaba de poner precio a mi cabeza. ¡Soy, Juan-Sin-Nombre!

Y éste, después de haberse inclinado se dirigía hacía el ribazo, cuando Clary, deteniéndole con un gesto:

-Quedaos, dijo.

VI

EL SAN LORENZO

El pintoresco valle del San Lorenzo es quizá uno de los más vastos que las convulsiones geológicas hayan dibujado en la superficie del globo. M. de Humboldt, le atribuye una superficie de doscientas setenta mil leguas cuadradas, superficie poco más o menos igual a la de Europa entera. El río, en su caprichoso curso, sembrado de islas, lleno de pendientes y de caídas, atraviesa ese rico valle que forma el Canadá francés por excelencia. Esos territorios, en que se establecieron los primeros individuos de la nobleza emigrante, están repartidos en la actualidad en condados y distritos. En la embocadura del San Lorenzo, en aquella ancha bahía, se hallan el archipiélago de la Magdalena, las islas del cabo Bretón y del príncipe Eduardo y la gran isla de Anticosti, que las cuestas de tan diversos aspectos del Labrador, de Terranova y de la Acadia o Nueva Escocia, abrigan contra los temibles vientos del Atlántico septentrional.

Hacia mediados de Abril es cuando empiezan a deshacerse los hielos amontonados por el riguroso y largo período

invernal del clima canadiense; entonces el San Lorenzo se hace navegable, y los navíos de gran tonelaje pueden remontarlo hasta la región de los lagos, esos mares de agua dulce que se desarrollan a través de aquel poético país que con tanta justicia han llamado el *país de Cooper*. En dicha época el río, teniendo flujo y reflujo, se anima cual una rada en los momentos de levantarse un bloqueo. Buques de vela, steamers, *steam-boats,* balsas cargadas de maderas, barcos pilotos, de cabotaje y de pesca, buques de recreo y canoas de todas clases, se deslizan en la superficie de sus aguas, libres ya de su espesa corteza.

Es la vida por medio año, después de una muerte de seis meses.

El 13 de Septiembre, a eso da las seis de la mañana, una embarcación con aparejos de balandra dejaba el puertecito de Santa Ana, situado en la embocadura del San Lorenzo, en la orilla meridional y en la parte redonda del golfo. La tripulación de esa barca se componía de cinco de esos pescadores que ejercen su fructuosa profesión en las partes del río que más corriente tiene, cerca de Montreal, hasta los remansos, y que después de tender sus redes o sus cañas allí en donde el instinto profesional los guía, se van a vender la pesca que han cogido de pueblo un pueblo, o más bien de casa en casa, pues ambas orillas del río están cubiertas por una serie apenas interrumpida de habitaciones hasta el límite Oeste de la provincia.

Un extranjero hubiera, sin fijarse mucho en ello, conocido que esos pescadores eran de Acadia, por las formas de su lenguaje y por la pureza de su tipo conservado en esa

Nueva Escocia, en donde tanto se ha desarrollado la raza francesa. Remontando la escala de las edades, se encontraría con seguridad entre sus antepasados a algunos de aquellos proscritos que medio siglo antes habían sido diezmados por las tropas reales, y de los que Longfellow ha cantado las desgracias en su encantador poema *Evangelina*. En cuanto al oficio de pescador, es tal vez, el mejor mirado en el Canadá, y sobre todo en las parroquias de la ribera, en la que se cuenta de diez a quince mil barcas pescadoras y más de treinta mil marinos que explotan las aguas del río y de sus afluentes.

La embarcación de que hemos hablado antes contenía un sexto pasajero, que, aun cuando iba vestido como sus compañeros, no tenía de pescador más que el traje. Nadie hubiera podido sospechar que bajo aquel disfraz se ocultaba el joven que durante cuarenta y ocho horas había sido el huésped de los dueños de la villa Montcalm. Era, en efecto, Juan-Sin -Nombre.

Durante su estancia en aquella morada se cuidó mucho de no descubrir el incógnito que ocultaba su nombre y su familia. Juan fue el único que le dieron el señor y la señorita de Vaudreuil.

En la tarde del mismo día 3 de Septiembre, después de acabada su conferencia, los señores Vicente Hodge, William Clerc y Andrés Farran se retiraron para marcharse a Montreal; y dos días después de su llegada a la villa, Juan se despidió del señor de Vaudreuil y de su hija.

¡Cuántas horas pasaron, durante esta corta hospitalidad, hablando de la nueva tentativa que iba a verificarse para arrancar al Canadá a la dominación inglesa! ¡Con qué pasión

oía Clary al joven proscrito glorificar la causa que les era tan querida a ambos! Él abandonó poco a poco la frialdad que demostró en un principio; tal vez sufriera la influencia del alma ardiente de la joven, cuyo patriotismo concordaba tan bien con el suyo.

En la tarde del 5 de Septiembre Juan dejó al señor y a la señorita de Vaudreuil para tomar de nuevo su vida errante y acabar la campaña de propaganda reformista en los condados del Bajo Canadá. Antes de separarse, acordaron los tres reunirse otro día en el cortijo de Chipogán, en casa de Tomás Harcher, de cuya familia, según veremos, formaba parte el denodado patriota. ¿Pero la joven y él se volverían a ver, siendo así que tantos peligros amenazaban su cabeza?

Nadie en la finca, excepción hecha de sus dueños, había sabido que fuese Juan-Sin-Nombre el que había estado cuarenta y ocho horas hospedado en la villa Montcalm; y además, el jefe de la casa Rip y Compañía, lanzado sobre falsas huellas, no había podido descubrir su retiro. Juan, por lo tanto, pudo sin peligro abandonar en secreto la villa, atravesar el San Lorenzo en la barca de paso al extremo de la isla Jesús y llegar al interior del territorio por la frontera americana, con el fin de atravesarla, si necesario fuese para su seguridad. Como en medio de las parroquias del río alto era donde se hacían las pesquisas, y con razón, puesto que Juan acababa de recorrerlas, alcanzó, sin que nadie le conociera ni lo persiguiera, el río San Juan, cuyo curso sirve en parte de límite a Nueva Brunswick; allí, en el puertecito de Santa Ana, le esperaban los atrevidos compañeros asociados a su obra, y en los que podía confiar sin reserva alguna.

Estos eran cinco hermanos: los mayores gemelos, Pedro y Remigio, de treinta y dos años de edad, y los tres restantes, Miguel, Tony y Santiago, de veintinueve, veintiocho y veintisiete respectivamente, cinco de los numerosos hijos de Tomás Harcher y de su mujer Catalina, domiciliados en el condado de Laprairie y arrendatarios del cortijo de Chipogán.

Algunos, años antes, después de la insurrección de 1831, Juan-Sin-Nombre, perseguido de cerca por la policía, encontró asilo en aquella alquería, que ignoraba perteneciera al señor de Vaudreuil. Tomás Harcher recibió al fugitivo, le admitió en su familia como a hijo, sabiendo que daba asilo a un patriota, pero ignorando que ese patriota, era Juan-Sin-Nombre.

Mientras permaneció en el cortijo, Juan, a quien se lo conocía sólo con este nombre se unió estrechamente con los hijos mayores de Tomás Harcher, pues sus sentimientos eran en un todo iguales a los suyos, siendo intrépidos partidarios de la reforma y encerrando en su corazón ese odio instintivo contra todo lo que pertenecía a la raza anglosajona, *lo que olía a inglés*, como se decía entonces en el Canadá.

Cuando el joven patriota abandonó a Chipogán, se embarcó con los cinco hermanos, que recorrían el río desde Abril hasta Septiembre. Para todo el mundo era pescador; esto le daba entrada en todas las casas de las parroquias de la ribera; así es como pudo burlar constantemente las pesquisas de la policía y preparar un nuevo movimiento insurreccional.

Antes de su llegada a la villa Montcalm había recorrido los condados del Outaouais, en la provincia del Ontario, y

ahora, remontando el río desde su embocadura hasta Montreal, daría las últimas instrucciones a los habitantes de los condados del Bajo Canadá, que tantas veces repetían, acordándose de los franceses de antaño: «¡Cuándo volveremos a ver a nuestra buena gente!»

La embarcación acababa de dejar el puerto de Santa Ana, y aun cuando la marea empezaba a bajar, una fresca brisa que soplaba del Este permitía navegar contra la corriente, con ayuda de la vela mayor, la flecha y los foques, mandados izar por Pedro Harcher, patrón del *Champlain*, que así se llamaba la barca pescadora.

El clima del Canadá, menos templado que el de los Estados Unidos, es muy cálido en verano y muy frío en el invierno, por más que su territorio se halle en la misma latitud que Francia. Esto consiste probablemente en que las aguas templadas del *Gulf-stream*, apartadas de su litoral, no moderan los excesos de su temperatura.

Durante la primera quincena de Septiembre el calor fue sumamente fuerte, y las velas del *Champlain* se hinchaban a impulsos de una brisa ardiente.

-El día será rudo hoy, dijo Pedro, sobre todo si el viento cae a la hora de la siesta.

-Sí, respondió Miguel; y ¡ojalá el demonio se llevara los mosquitos y los cínifes negros, cuya picadura es insufrible! Los hay a millares en esta playa de Santa Ana.

-Hermanos, pronto terminarán los calores y gozaremos de las dulzuras del verano indio.

El que acababa de dar a sus compañeros esa fraternal calificación, era Juan. Y tenía razón alabando la hermosura

del *indian summer* del Canadá, que se verifica más particularmente en los meses de Septiembre y de Octubre.

-¿Pescamos esta mañana, le preguntó Pedro Harcher, o continuamos remontando el río?

-Echemos las cañas hasta las diez, respondió Juan. Después vamos a vender el pescado a Matane.

-Entonces demos una bordada hacia la punta de Mons, replicó el patrón del *Champlain*. Las aguas son allí mejores, y volveremos sobre Matane durante la pleamar.

Tendieron las escotas, y la embarcación orzó, bien apoyada por la brisa, mientras que la corriente la empujaba por la cala, y se dirigió en línea oblicua hacia la punta de Mons, situada en la orilla septentrional del río, cuya anchura mide en ese sitio nueve o diez leguas.

Después de una hora de navegación, el *Champlain* disminuyó su velocidad, y con el foque barloventado empezaron a pescar. La barca se encontraba en el centro de aquel magnífico remanso, rodeado por una zona de terrenos cultivables que se extiende al Norte hasta la base de las primeras ondulaciones de la sierra de los Laurentidas, al Sur hasta los montes Nótre-Dame, cuyos picos más elevados dominan en mil trescientos píes de altura el nivel del mar.

Pedro Harcher y sus hermanos eran muy hábiles en su oficio, que ejercían en todo el curso del río. En medio de las más rápidas corrientes y las barras de Montreal, cogían multitud de sábalos por medio de haces de ramaje.

En los alrededores de Quebec pescaban salmones y otros peces, arrastrados en la época de la cría, a las aguas

más dulces del alto río. Era muy raro que su pesca no fuese en extremo fructuosa.

Durante aquella mañana, la cata fue abundantísima, y varias veces las redes se llenaron de tal modo, que estuvieron a punto de romperse; así es que a eso de las diez, el *Champlain,* abriendo sus velas, puso la proa al Noroeste para navegar hacia Matane.

Y, en efecto, les convenía dirigirse cuanto pudieran a la ribera meridional, pues al Norte las aldeas y los pueblos, están muy lejos unos de otros, y la población es muy escasa en aquella árida región. Y esto se comprende, siendo, dicho territorio formado por un amontonamiento de rocas caóticas; el rendimiento de los vegetales es casi nulo, si se exceptúa el valle del Saguenay, que es terreno de aluvión, por el que corre el sobrante de las aguas del lago San Juan, y los ricos bosques que cubren alguna parte del polo.

Lo contrario sucede al Sur; allí la tierra es muy fecunda, las parroquias tienen más importancia, los pueblos son más numerosos, y, como lo hemos dicho ya, aquella ribera parece un panorama de habitaciones que se desarrolla desde las bocas del San Lorenzo hasta la altura de Quebec. Si los viajeros, son atraídos por pintoresco del valle del Saguenay o de la Malbaie, los bañistas canadienses o americanos, particularmente aquellos que huyen de la ardiente temperatura de la Nueva Inglaterra, buscando las frescas zonas del gran río, frecuentan con preferencia su orilla meridional.

Al mercado de Matane llevó el *Champlain* sus primeras cargas de pescado. Juan y dos de los hermanos Harcher,

Miguel y Tony, fueron de puerta en puerta ofreciendo el producto, de su pesca.

Si alguien se hubiese fijado en ciertos detalles, hubiera podido observar que Juan se quedaba en algunas de aquellas casas más tiempo del que necesitaba en realidad su tráfico; que penetraba en lo interior de las habitaciones, y que hablaba algunas palabras, no con los criados, sino con los amos, y también que en ciertas viviendas de modestas condiciones entregaba a veces más dinero que el que sus compañeros recibían como precio de su mercancía.

Lo mismo sucedió, durante varios días en los diversos pueblos de la costa meridional, en Rimouski, en Bic, en Trois-Pistoles y en la playa de Caconna, una de las estaciones balnearias más preferidas en aquella orilla del San Lorenzo.

En la Rivière-du-Loup, pequeña ciudad en la que Juan se detuvo en la mañana del 17 de Septiembre, el *Champlain* recibió la visita de los agentes encargados de la vigilancia especial del río; pero nada sucedió, porque hacía algunos años ya que figuraba Juan en el rol de la balandra como uno de los hijos de Tomás Harcher, y jamás hubiera sospechado la policía que, debajo del traje de pescador acadiense, se ocultaba el proscrito cuya cabeza valía ahora seis mil piastras para cualquiera que la entregase.

Luego, cuando los agentes terminaron su visita, dijo Pedro Harcher:

-Tal vez fuera mejor que buscásemos un refugio en la orilla opuesta.

-Ese es también nuestro parecer, dijo Miguel.

-¿Y por qué? preguntó Juan. ¿Nuestra harca ha parecido acaso sospechosa a esos hombres? ¿Ha ocurrido alguna novedad durante la visita? ¿O es que pueden dudar de que yo pertenezca a la familia Harcher, como tú y como tus hermanos?

-¡Pues me parece que perteneces a ella de verdad! exclamó Santiago, el más joven de los cinco, y que poseía un carácter muy alegre. Nuestro buen padre tiene tantos hijos, que uno más no le estorbaría mucho, y bien podría equivocarse en el número.

-Además, añadió Tony, te quiero como si lo fueras en realidad, y nosotros como si una misma sangre corriera por nuestras venas.

-Y así sucede Juan. ¿No somos, como tú, de raza francesa? dijo Remigio.

-Es cierto, respondió Juan. Sin embargo, creo que nada tenemos que temer por parte de la policía.

-¡Nadie se arrepiente nunca por haber tenido prudencia! replicó Tony.

-No, sin duda, respondió Juan, y si es únicamente la prudencia el motivo que induce a Pedro a proponer que atravesemos el río...

-¡Por prudencia, sí, replicó el patrón del *Champlain,* porque el tiempo va a cambiar!

-Eso ya es otra cosa, contestó Juan.

-Mira, repuso Pedro. La borrasca de Noreste no tardará en levantarse, y tengo así como un presentimiento de que ya a ser muy dura. Lo adivino. ¡Oh! hemos arrostrado otras muchas, pero es menester pensar en nuestra barca, y no

quiero exponerla a que se pierda en las rocas de la Rivière-du-Loup o de Kamouraska.

-¡Pues bien, sea! respondió Juan. Alcancemos la orilla del Norte por el lado de Tadousac, si es posible, y desde allí remontaremos la corriente del Saguenay hasta Chicoutini; no perderemos ni mucho tiempo ni gran trabajo.

-¡Vamos pronto, entonces! Exclamó Miguel. Pedro tiene razón, ese bribón de Noreste no tardará en llegar, y si tomara al *Champlain* por el costado hacíamos cien veces más camino hacia Quebec que el que hay basta Tadousac.

Las velas fueron orientadas lo mejor posible, y poniendo la proa en dirección del Norte, la balandra empezó a ir en contra del viento, que se alargaba cayendo poco a poco.

Las tempestades de Noreste no son allí, desgraciadamente, raras, aun en el verano: bien sea que no duren sino dos o tres horas, o que se desencadenen durante una semana entera, traen siempre consigo, las heladas brumas del Golfo e inundan el valle con lluvias torrenciales.

Eran los ocho de la noche. Pedro Harcher no se había equivocado a la vista de ciertas nubes, agudas como flechas, diciendo que iba a haber borrasca y que el tiempo apremiaba para buscar un abrigo en la orilla septentrional.

Cinco o seis leguas, a lo sumo, separan Rivière-du-Loup de la embocadura del Saguenay; pero costó mucho trabajo recorrerlas. Un golpe de aire se lanzó como una tromba en el *Champlain* cuando estaba, a la tercera parte del camino, haciéndose preciso reducir el velamen al bajo rizo; y, sin embargo, la balandra se vio acometida de tal modo por el viento, que hubo temores de que los mástiles se rompiesen al

nivel del puente. La superficie del río, agitada como debía serlo el mar en el Golfo, se levantaba en olas enormes, que pegaban contra la roda del *Champlain* y lo cubrían por completo. Era, un tiempo muy duro para una embarcación de una docena de toneladas; pero su tripulación tenía mucha sangre fría y era hábil en la maniobra.

Varias veces había arrostrado grandes tempestades cuando se aventuraba a navegar entre Terranova y el cabo Bretón, y era permitido, por lo tanto contar con sus cualidades marineras, como con la solidez de su casco.

Sin embargo, Pedro Harcher se vio muy apurado para llegar a la embocadura del Saguenay y tuvo que luchar durante tres horas mortales, y cuando llegó el reflujo, si bien favoreció la marcha de la balandra, hizo también más temible el choque de las olas.

Quien no haya presenciado una de esas borrascas del Noreste a través del valle del San Lorenzo, desenvuelto en tanta anchura, no puede imaginarse su extremada violencia. Son un verdadero azote para los condados situados más abajo de Quebec.

Felizmente el *Champlain,* después de haber hallado el abrigo de la orilla septentrional, pudo refugiarse, antes de que cerrara por completo la noche, en la embocadura del Saguenay.

La borrasca no duró más que algunas horas; así es que al amanecer del 19 de Septiembre, Juan pudo continuar su campaña remontando el Saguenay, cuyo curso se desarrolla al nivel de aquellos altos acantilados de los cabos de la Trinidad y de la Eternidad, que miden mil ochocientos pies de

altura. Aquel pintoresco país ofrece a las miradas los más hermosos sitios, las más extrañas vistas de la provincia canadiense, y entre otras, aquella maravillosa bahía, de *¡Ha-H!* nombre onomatopéyico que le ha dado la admiración de los viajeros.

El Champlain llegó a Chicoutini, en donde Juan pudo entrar en relación con los miembros del Comité reformista, y al día siguiente, aprovechando la marea de la noche, tomó la dirección de Quebec.

Pero Pedro Harcher y sus hermanos, no olvidaban que eran pescadores de oficio, y todas las noches tendían sus redes y sus cañas, y a la madrugada arribaban a los numerosos pueblos de ambas orillas. De este modo recorrieron la ribera septentrional, de un aspecto casi salvaje, a lo largo del condado de Charlevoix, desde Tadoussac hasta la bahía de San Pablo, los pueblos de La Malbaie, San Ireneo, Nuestra Señora de los Desplomamientos, cuyo nombre significativo está por demás justificado por su situación en medio de un caos de rocas. Visitaron también las costas de Beauport y de Beaupré, en donde Juan trabajó con utilidad para el partido, desembarcando en Chateau Richer y después en la isla de Orleáns, situada más abajo de Québec.

En la orilla meridional el *Champlain* hizo escala sucesivamente en San Miguel y en la Punta Levis. En estos últimos tuvieron que tomar ciertas precauciones, por la excesiva vigilancia que se ejercía en aquella parte del río, y, tal vez hubiera sido más prudente no detenerse en Quebec, adonde llegó la balandra a la caída de la tarde del 22 de Septiembre; pero Juan estaba citado con el abogado Sebastián Gramont,

uno de los más ardientes diputados de la oposición canadiense.

Cuando la oscuridad se hizo completa, Juan se dirigió hacia los barrios altos y llegó, por la calle del Petit-Champlain, a la casa de Sebastián Gramont.

Las relaciones del joven patriota con el abogado tenían ya algunos años de fecha, pues el diputado, de treinta y seis años de edad, se había mezclado en todas las manifestaciones políticas de los últimos años, y en particular en 1835, en las que figuró personalmente. De esto resultó que ambos se conocieran y simpatizaran, pero Juan- Sin- Nombre no descubrió nunca nada ni de su origen ni de su familia, y Sebastián Gramont no sabía más que, llegada la hora propicia, el joven se pondría a la cabeza de los insurrectos; así es que, no habiéndole vuelto a ver desde la tentativa que abortó en 1835, le esperaba con la mas viva impaciencia.

Cuando Juan llegó, fue cordialmente acogido.

-No puedo estar aquí más que algunas horas, dijo.

-Entonces, respondió el abogado, empleémoslas en hablar del pasado y del presente.

-¡Del pasado!... ¡no! repuso Juan. De presente... del porvenir... sobre todo de porvenir.

Sebastián Gramont, desde que conocí a Juan, había reflexionado muchas veces respecto a la conducta de éste, y sospechaba que existía en la vida del joven patriota un sufrimiento del que no adivinaba la causa, pues guardaba con él una reserva tal, que hasta evitaba darle la mano cuando se veían. El abogado no le preguntó nunca nada, diciéndose que cuando conviniera a su amigo confiarle sus secretos,

estaría siempre pronto para escucharle y consolarle, si necesario fuese.

Durante las pocas horas que estuvieron juntos, ambos no hablaron más que de la situación política. El abogado participó a Juan el estado de los espíritus en el Parlamento, y éste a su vez puso a Sebastián Gramont al corriente de las medidas ya tomadas, en previsión de un próximo levantamiento; la formación de un Comité de concentración en la villa Montcalm, los resultados de su viaje en el Alto y el Bajo Canadá, no quedándole ya sino recorrer el distrito de Montreal para acabar su campaña propagandista.

El abogado le escuchó con extremada atención y auguró favorablemente de los progresos que la causa nacional había hecho durante las últimas semanas, pues no existía ni una aldea ni un pueblo en el que no se hubiera repartido dinero para comprar armas y municiones, y que no esperara la señal de la insurrección para tomar en ella parte activa.

Juan supo entonces cuáles eran las últimas disposiciones adoptadas por las autoridades de Quebec.

-En primer lugar, mi querido Juan, le dijo Sebastián Gramont, ha corrido el rumor de que estuvisteis aquí hará cosa de un mes. Muchas pesquisas se hicieron para descubrir vuestro retiro, y hasta vinieron a mi casa, en donde decían que habíais estado. A ese propósito recibí la visita de varios agentes, y entre otros la de cierto Rip...

-¡Rip! exclamó Juan con voz ahogada, como si este nombre hubiera quemado sus labios al pronunciarlo.

-Sí; el jefe de la casa Rip y Compañía respondió Sebastián Gramont, y no olvidéis que ese polizonte es de los más peligrosos.

-¡Peligroso! murmuró Juan.

-Es preciso que desconfiéis de él, añadió Sebastián Gramont.

-¡Desconfiar! replicó Juan. ¡Sí, hay que desconfiar, porque es un miserable!

-¿Le conocéis?

-Le conozco, replicó Juan que había recuperado su sangre fría; pero él a mí no.

-¡Esto es lo más importante! añadió el abogado, algo sorprendido por la actitud de Juan.

Pero éste, llevando la conversación a otro terreno, interrogó al abogado respecto a la marcha de la política en el Parlamento durante las últimas semanas.

-En la Cámara, respondió el abogado, la oposición ha llegado al período álgido. Papineau, Cuvillier, Quesnal y Bourdage atacan todos los actos del Gobierno. Lord Gosford quisiera prorrogar la Cámara, pero comprende que esto daría lugar a una sublevación.

-¡Dios quiera que no lo haga antes de que estemos prontos! replicó Juan. ¡Ojalá los jefes no precipiten imprudentemente las cosas!

-Se les avisará, y no harán nada que pueda contrariar nuestros proyectos. No obstante, en previsión de un próximo movimiento, han sido tomadas ciertas medidas por el Gobernador general; sir John Colborne ha concentrado las tropas de que pueda disponer, de modo que pueda man-

darlas a toda prisa a los principales pueblos de los condados del San Lorenzo, en donde, según dicen, ha de principiar la lucha

-Allí y en otros veinte puntos a la vez; así lo espero por lo menos, respondió Juan. Importa que la población canadiense se levante en masa en el mismo día y a la misma hora, y que los burócratas sean agobiados por el número. Si el movimiento no fuera más que local, se correría el riesgo de que le ahogaran en su principio, y en esta convicción, para generalizarlo, he recorrido las parroquias del Este y del Oeste, y voy a visitar las del Centro. Pienso partir esta misma noche.

-Partid, pues, amigo Juan; pero no echéis en olvido que los soldados y los voluntarios de sir John Colborne están con intención y estratégicamente acantonados alrededor de Montreal, al mando de los coroneles Gore y Witherall. Allí será, sin duda, en donde tengamos que sufrir el más temible choque.

-Todo estará combinado para que obtengamos ventaja desde los primeros tiros, respondió Juan. Precisamente, el comité de la villa Montcalm está muy bien situado en previsión de una común acción, y conozco la energía del señor de Vaudreuil que lo dirige, y además en los condados de Verchères, de San Jacinto, de Laprairie, cercanos al de Montreal, los más ardientes Hijos de la Libertad han comunicado a los habitantes de las ciudades, de los pueblos y de las aldeas, el fuego de su patriotismo.

-El mismo clero lo aviva también, replicó Sebastián Gramont. En público y en particular, en los sermones como

en las conversaciones, nuestros sacerdotes predican en contra de la tiranía anglosajona. Hace algunos días que, aquí mismo, en la catedral, un joven predicador se ha atrevido a hacer un llamamiento al sentimiento nacional, y sus palabras han tenido tal resonancia, que el ministro de Policía ha querido mandarlo prender. Mas por prudencia, lord Gosford, deseoso de atraerse al clero canadiense, se ha opuesto a tal rigor, contentándose con obtener del Sr. Obispo que ese sacerdote saliese de la ciudad (como lo ha hecho), y ahora prosigue su misión en las parroquias del condado de Montreal. Es un verdadero tribuno de la cátedra sagrada; posee una elocuencia que arrastra las masas y no le detiene ninguna consideración personal. Seguramente que ese joven sacrificaría, en pro de la causa nacional, su libertad y hasta su vida.

-¿Y decís que ese sacerdote de quien habláis es joven? preguntó Juan.

-Apenas tendrá treinta años.

-¿A qué Orden pertenece?

-A los sulpicianos.

-¿Y cómo se llama?

-El abate Joann.

¿Evocó este nombre un recuerdo en el espíritu de Juan? Sebastián Gramont debió pensarlo así porque el joven patriota quedó silencioso durante algunos instantes, y después se despidió del abogado y se marchó, no obstante las instancias de éste para que se quedase en su casa hasta el día siguiente.

-Mil gracias, mi querido Gramont, dijo. Importa mucho que me reúna a mis compañeros antes de la medianoche, porque tenemos que partir durante la marea alta.

-Id, pues, Juan, respondió el abogado. Que vuestra, empresa tenga o no éxito, siempre seréis uno de los que más habrán trabajado en favor del país.

-¡Nada habré hecho mientras esté bajo el yugo de Inglaterra! exclamó el joven patriota; y si algún día llegara a libertarle, aun a costa de mi vida...

-Os debería eterno agradecimiento, respondió Gramont.

-¡Nada me debería!

Tras estas palabras, ambos amigos se separaron, y después de volver al Champlain, que estaba anclado a poca distancia de la orilla, Juan y sus compañeros siguieron la corriente hacia Montreal.

FIN DEL CUADERNO PRIMERO

CUADERNO SEGUNDO

I

DESDE QUEBEC A MONTREAL

A media noche, la balandra había andado ya algunas millas. Pedro Harcher maniobraba con toda seguridad en medio de la noche, alumbrada por la luna llena, aun cuando tenía que correr algunas bordadas, porque el viento, que soplaba del Oeste, no era más que una fresca brisa.

El *Champlain* no se detuvo hasta poco tiempo antes de amanecer. Ligeras brumas ocultaban a la vista, en aquel momento, las anchas praderas que se hallaban más allá de los ribazos; pero pronto la cima de los árboles, agrupados más allá, salió por encima de esos vapores que el sol empezaba a disolver, y el curso del río se hizo más visible.

Numerosos pescadores habían empezado ya su faena, arrastrando sus redes y sus cañas a remolque de esas pequeñas embarcaciones que no abandonan casi nunca el alto curso del San Lorenzo o sus afluentes de la derecha y de la izquierda. El *Champlain* se perdió en medio de esta flotilla,

entregada a sus matutinas ocupaciones, entre las riberas de los condados de Port-Neuf y de Lothinière.

Los hermanos Harcher se pusieron también al trabajo, después de haber echado el ancla del lado septentrional. Necesitaban algunas banastas de pescado para ir a venderlo en los pueblos en cuanto la marea permitiese remontar el río a pesar de la corriente.

Durante la pesca, algunas canoas hechas con cortezas de árboles, abordaron al *Champlain*. Eran dos o tres de esos esquifes tan ligeros que pueden llevarse al hombro cuando hay que pasar los *portages*, o sea el espacio en que una corriente de agua no se puede atravesar por causa de las rocas que obstruyen el paso, las caídas o saltos que ofrecen una barrera infranqueable, las corrientes demasiado rápidas y las ollas que turban con tanta frecuencia los ríos canadienses.

Los tripulantes de estas canoas eran la mayor parte de raza india; venían a comprar pescado, que transportaban después a las aldeas y pueblos del interior, en donde penetraban sus embarcaciones por los múltiples ríos de su territorio.

Varias veces también fueron canadienses los que se aproximaron al *Champlain*. Hablaban algunos minutos con Juan, dirigiéndose después a la orilla para cumplir la misión que les había sido confiada. Si los hermanos Harcher no hubiesen buscado en la pesca, durante aquella mañana, más que la ganancia o el placer, su ambición hubiese quedado ampliamente satisfecha, pues redes y cañas hicieron maravillas cogiendo un sinnúmero de solios, tencas y otras especies

que abundan en los ríos del. Canadá, los *maskinongis* y *touradis*, muy apreciados en el Norte de América.

Pescaron también bastante cantidad de esos peces *blancos* que buscan con afán, por la fineza de su carne, las personas de gusto delicado. Por lo tanto, se haría buena acogida en los pueblos a los pescadores del *Champlain*, y así sucedió, en efecto.

Los favorecía además un tiempo magnífico; ese tiempo especial, si así puede decirse, del feliz e incomparable valle del San Lorenzo. ¡Qué delicioso aspecto presentaban los campos desde los ribazos del río hasta el pie de la sierra de los Laurentidas! Y, según la poética expresión de Fenimore Cooper, eran más hermosos que nunca por haberse revestido de su librea otoñal, verde y amarilla, que duraría basta los primeros fríos.

El *Champlain* arribó en primer lugar en el límite del condado de Port-Neuf, situado en la orilla izquierda. En el pueblo de este nombre, así como en los de Santa Ana y de San Estanislao, nuestros pescadores hicieron negocios bastante buenos, por más que en algunos puntos el *Champlain* dejara más dinero que el que recogía como producto de la pesca; pero los hermanos Harcher no pensaban siquiera en quejarse.

Durante los dos días siguientes, Juan navegó así de una a otra orilla. En el condado de Lothinière, en la ribera derecha, estuvo en Lothinière y en San Pedro de los Bosquecillos; en el condado de Champlain, en la opuesta orilla, en Batiscan; después, volviendo otra vez a la derecha, visitó Gentilli, Doucette, y los principales reformistas recibieron

sus órdenes. En Nicolet se puso en relación con uno de los personajes más influyentes, ardoroso partidario de la causa nacional; éste era el señor Aubineau, juez de paz y comisario del distrito. Allí, como en Quebec, Juan tuvo noticia de que el abate Joann acababa de recorrer las parroquias del condado de Nicolet, y de que sus predicaciones habían inflamado los espíritus hasta tal punto, que los habitantes deseaban empuñar las armas para libertar la patria. Después el Sr. Aubineau le enteró minuciosamente de cuanto le hacía falta en municiones y armas para el día de la insurrección.

-Pronto recibiréis todo lo necesario, le dijo Juan. Un tren de maderas ha debido salir de Montreal la noche pasada, y no puede tardar en llegar aquí; trae fusiles, pólvora y plomo. Estaréis, por consiguiente, armados desde luego; pero no os mováis antes de tiempo, y si fuera preciso, podéis comunicaros con el Comité de la villa Montcalm, en la isla Jesús, escribiendo a su presidente.

-¿No es éste el señor de Vaudreuil?

-EL mismo.

-Seguiré vuestras órdenes.

-¿No me habéis dicho, repuso Juan, que el abate Joann había estado en Nicolet?

-Aquí se hallaba hará unos cinco o seis días.

-¿Sabéis hacia dónde se ha dirigido?

-Al condado de Verchères, y en seguida, si no me equivoco, irá al de Laprairie.

Juan se despidió del juez de paz y volvió a bordo del *Champlain*, al mismo tiempo que los hermanos Harcher se retiraban después, de haber vendido todo el pescado que

poseían. Atravesaron entonces el río en línea oblicua, navegando hacia el condado de San Mauricio.

En la embocadura del río de este nombre se eleva uno de los más antiguos pueblos del país; el burgo de los Tres-Ríos, situado al principio de un valle fertilísimo. En aquella época acababan de establecer allí una fundición de cañones dirigida por una Sociedad franco-canadiense, que no empleaba sino obreros del mismo origen.

Esta fundición, recientemente creada, estaba aún en su periodo de organización: algunos meses más tarde, los reformistas hubieran podido, tal vez, abastecerse allí de esas bocas de fuego, de las que desgraciadamente carecían. Sin embargo, era posible que, trabajando día y noche, pudiesen oponer a la artillería de las tropas reales los primeros cañones fundidos en San Mauricio. Juan tuvo respecto de esto una importante conferencia con los jefes del Comité de aquella ciudad, pues si las piezas se fabricasen con tiempo, no faltarían brazos para servirlas..

Al salir de los Tres-Ríos, el *Champlain* siguió a la izquierda la ribera del condado de Maskinongi, arribó a la pequeña ciudad del mismo nombre y después desembocó, en la noche del 24 al 25 de Septiembre, en un ensanche bastante grande del San Lorenzo, que llaman el lago de San Pedro.

Allí se desarrolla, en efecto, una especie de lago de cinco leguas de longitud, sirviéndole de límite, río arriba, una serie de islotes que se extienden desde Berthier, pueblo del condado del mismo nombre, hasta Lorel, que pertenece al de Richelieu.

En dicho sitio los hermanos Harcher tendieron sus redes, o más bien las pusieron en reata, y, servidos por la corriente; continuaron remontando el río con pequeña velocidad.

Espesas nubes cubrían el cielo, y la oscuridad era tan profunda, que se hacía imposible distinguir las orillas ni en el Sur.

Un poco antes de media noche, Pedro Harcher, de guardia en la proa, divisó una luz que brillaba en lontananza.

-Será sin duda el farol de un buque que sigue la corriente, dijo Remigio, quien había ido a juntarse con su hermano.

-¡Atención a las redes! replicó Santiago; hay treinta brazas fuera y se perderían si ese buque nos cogiera de costado.

-Pues bien, naveguemos a estribor, dijo Miguel; a Dios gracias, el espacio no nos falta..

-No, respondió Pedro; pero el viento no nos ayuda y vamos a perder el rumbo.

-Más valiera recoger las redes, dijo Tony; sería más seguro...

-Tienes razón, no perdamos tiempo, replicó Remigio.

Los hermanos Harcher se preparaban a retirar sus artefactos a bordo, cuando Juan les dijo:

-¿Estáis ciertos de que lo que veis es un buque que se deja conducir por la corriente?

-No, puedo asegurarlo, respondió Pedro; pero, sea lo que fuere, se aproxima con mucha lentitud y la luz está muy cerca del agua.

-Tal vez sea una *cage*... dijo Santiago.

-Si así fuera, replicó Remigio, es un motivo más para evitarla. Difícil sería desenredarnos si nos cogiese. ¡Vamos, recojamos pronto!

Y, en efecto, el *Champlain* hubiera con seguridad perdido sus redes, si los hermanos Harcher no se hubiesen apresurado a subirlas a bordo sin darse siquiera el tiempo de sacar los peces enredados entre las mallas. No había un instante que perder, pues la luz se encontraba apenas a doscientas o trescientas brazas de distancia.

Se llaman *cages* en el Canadá, a las balsas de madera compuestas de sesenta o setenta *cribs*, es decir, secciones a manera de trenes, cuyo conjunto comprende por lo menos mil pies cúbicos. Desde el día; en que el deshielo permite navegar por él río, numerosos *cages* bajan hacia Montreal o Quebec, procedentes de aquellos inmensos bosques del Oeste, que son una de las inagotables riquezas de la provincia canadiense.

Esas *cages*, esas balsas enormes; se forman con troncos de árboles escuadrados en el bosque por el hacha del leñador, o con vigas y tablas aserradas en las fábricas establecidas, utilizando las caídas de las Calderas en el río Outaouais.

Millares de esos trenes bajan así desde Abril hasta mediados, de Octubre, evitando las corrientes demasiado fuertes o los saltos del agua, por medio de resbaladeros construidos sobre el fondo de estrechos canales de rápida pendiente. Si bien algunas de estas *cages* se detienen en Montreal para proveer al cargamento de los buques que transportan aquellas maderas a los mares de Europa, la mayor parte siguen hasta Quebec, pues es donde está el centro de

explotación de los buques, cuyo rendimiento suma cada año veinticinco o treinta millones de pesetas en provecho del comercio canadiense.

Esos trenes de madera son un gran estorbo para la navegación por el río, sobre todo cuando penetran en alguno de los brazos intermedios, cuya anchura suele ser muy reducida. Abandonados a la corriente del reflujo, mientras dura es casi imposible dirigirlos. Los buques, barcas pescadoras y otros tienen que tener, pues, el cuidado de separarse de su paso si no quieren arriesgar un abordaje que les causaría serias averías. Se comprende por qué los hermanos Harcher no titubearon en recoger sus redes, tendidas al paso de la *cage*, que la calma les impedía evitar.

Santiago no se había equivocado; era, en efecto, una balsa que bajaba el río. Un farol, colocado a proa, indicaba el rumbo que seguía, y no estaba más que a unas veinte brazas de distancia cuando nuestros pescadores acabaron de recoger sus redes.

Entonces, en medio del silencio de la noche, una voz bien timbrada entonó esa antigua canción del país, que es, según hace notar el Sr. Reveillaud, un verdadero canto nacional, si bien (preciso es confesarlo), lo es más por el tono que por las palabras. Era fácil conocer por su acento y por el modo de pronunciar con la boca muy abierta el diptongo *ai*, que el cantor, que no era otro que el patrón de la *cage*, era canadiense de origen francés.

He aquí lo que cantaba:

Volviendo de las bodas

estaba muy cansado,
y a la clara fuente
me fui a descansar...

Juan conoció sin duda la voz del que cantaba, porque acercándose a Pedro Harcher en el momento en que el Champlain dejaba caer sus remos para apartarse de la *cage*:

-Aborda, le dijo.

-¿Que aborde?... replicó Pedro.

-¡Sí!... ¡es Luis Lacasse !...

-¿Vamos a conversar con él?...

-Cinco minutos nada más, respondió Juan. No tengo más que decirle algunas palabras.

En un instante Pedro Harcher, después de un golpe dado en el timón, se aproximó al tren de madera, en el que amarró al *Champlain* por la proa.

El cantor, viendo esa maniobra, interrumpió su canción para gritar:

-¡Eh, los de la balandra!... ¡Tened cuidado!

-¡No hay peligro, Luis Lacasse! respondió Pedro Harcher; es el *Champlain*.

De un salto Juan acababa de subir al tren de maderas, reuniéndose con el patrón, que le dijo en cuanto pudo conocerle, merced a la luz del farol:

-Siempre estoy pronto a serviros, señor Juan.

-Gracias, Lacasse.

-Contaba encontraros en el camino y estaba decidido a esperar al *Champlain* en mi próxima parada durante la marea alta; pero puesto que estáis aquí...

-¿Está todo a bordo? preguntó Juan.

-¡Todo, y bien oculto entre los maderos y las vigas!... Está muy bien arreglado, os lo aseguro, añadió Luis Lacasse, sacando un eslabón para encender su pipa.

-Los aduaneros, ¿han practicado algún registro?

-Sí... en Verchères... Se quedaron lo menos media hora charla que te charla... Pero nada han visto... está todo como en una caja...

-¿Cuánto?... preguntó Juan.

-Doscientos fusiles.

-¿Y sables?

-Doscientos cincuenta.

-¿De dónde vienen?...

-Del Vermont. Nuestros amigos los americanos han trabajado bastante y no nos cuesta muy caro, sólo que han tenido mucho que hacer para transportarlo hasta el fuerte Ontario, en donde nos lo han entregado; pero ya se vencieron todas las dificultades.

-¿Y las municiones?...

-Llevo tres toneles de pólvora y algunos miles de balas. Si cada una de ellas mata a un hombre, pronto veremos el Canadá limpio de uniformes encarnados. ¡Serán comidos por los comedores de ranas, como nos llaman los anglosajones!

-¿Y sabes, preguntó Juan, a qué parroquia están destinadas esas armas y municiones?

-Perfectamente, respondió el marinero. ¡No temáis, no hay miedo de que me sorprendan! Durante la noche, en la marea más baja, anclaré mi *cage*, y unas canoas vendrán a buscar cada cual su parte.

Pero os advierto que no voy más allá de Quebec, donde tengo que cargar mis maderas, a bordo del *Moravian*, con destino a Hamburgo.

-Está entendido, respondió Juan. Antes de llegar a Quebec ya habrás entregado los últimos fusiles y el último barril de pólvora.

-Entonces todo va bien.

-Dime, Luis Lacasse, ¿tienes confianza en los hombres que te acompañan?

-Como en mí mismo. Son verdaderos Juan Bautista; mas no se quedarán atrás cuando haya que tirar tiros.

Juan le entregó entonces cierta cantidad de piastras, que el bravo marinero dejó caer, sin contarlas, en el bolsillo de su ancha blusa.

Después, vigorosos apretones de mano se cambiaron con la tripulación de la balandra.

Juan se embarcó de nuevo en el *Champlain*, que se alejó en dirección a la orilla izquierda, y mientras que la balsa seguía la corriente, se oyó de nuevo la voz sonora de Luis Lacasse, que repetía:

Y a la clara fuente me fui a descansar.

Una hora más tarde la brisa volvió con la pleamar, y el *Champlain* penetró entre esos numerosos islotes que sirven de límite al lago San Pedro, y siguió sucesivamente el litoral de los condados Joliete y de Richelieu, situados enfrente uno de otro. Después hizo escala en los pueblos de la ribera, de los condados de Montcalm y de Verchères, cuyas mujeres

tan valerosamente se batieron a fines del siglo XVII para defender un fuerte atacado por los salvajes.

Juan visitó a los jefes reformistas, y pudo asegurarse por sí mismo del estado de ánimo de los habitantes. Le hablaron varias veces de Juan-Sin-Nombre, cuya cabeza estaba pregonada. ¿En dónde estaría en la actualidad? ¿Aparecería cuando empezara la lucha? Los patriotas contaban con él, y, a pesar de la orden del Gobernador general, podía, sin temor alguno, venir al condado, donde, bien fuera por una hora o por veinticuatro, todas las casas se abrirían para recibirle.

Ante esas muestras de una adhesión que podía llegar hasta el último sacrificio, Juan se sentía profundamente conmovido. ¡Sí; era esperado como un Mesías por la población canadiense! Pero se contentaba con responder:

-No sé en dónde se halla Juan-Sin-Nombre; pero cuando llegue el día de la lucha, estará donde deba estar.

A la mitad de la noche del 26 al 27 de Septiembre, el *Champlain* llegó al brazo meridional del San Lorenzo, que separa la isla de Montreal de la ribera Sur.

La balandra tocaba entonces al término de su viaje, y los hermanos Harcher iban a desarmarla dentro de pocos días para la estación invernal, que hace completamente impracticable la navegación en el río. Después, Juan y ellos se irían al condado de Laprairie, al cortijo de Chipogán, donde debía reunirse toda la familia para la celebración del casamiento proyectado.

Entre la isla de Montreal y la orilla derecha, el brazo del San Lorenzo está formado por varias corrientes muy rápidas que se pueden considerar como una de las curiosidades del

país. En aquel sitio se desarrolla una especie de lago, semejante al de San Pedro, donde el Champlain encontró la *cage* del patrón Luis Lacasse. Se le llama el Salto de San Luis, y está situado enfrente de Lachina, pequeño burgo edificado más arriba que Montreal, y que es el sitio predilecto de los montrealeses para pasar el verano. Este lago parece un mar tumultuoso, en el que desembocan las aguas de uno de los brazos del Outauais. Espesos bosques cubren la orilla derecha; alrededor de un pueblo de iroqueses convertidos al cristianismo, el Caughnawaga, cuya pequeña iglesia levanta su modesta flecha poco más arriba que la copa de los árboles.

En esta parte del río, si la subida es difícil, la bajada lo es mucho más, puesto que basta una falsa maniobra para precipitar una embarcación en medio de las corrientes. Pero los marineros, acostumbrados a tan peligrosos pasos, y sobre todo, los pescadores que cogen allí sollos a millares, son muy hábiles en la maniobra en medio de aquellas aguas furiosas.

Con la condición de no apartarse de la orilla meridional y de sirgar, no es imposible llegar a Laprairie, capital del condado del mismo nombre, en donde el *Champlain* tenía costumbre de invernar.

A eso del medio día, Pedro Harcher se encontraba un poco más abajo de Lachina. ¿De dónde le viene ese nombre, que es del vasto Imperio asiático? Pues sencillamente de los primeros navegantes del San Lorenzo, que al llegar cerca del país de los grandes lagos, creyeron hallarse en el litoral del Océano Pacífico, y, por consiguiente, cerca del reino de los Celestes.

El patrón del *Champlain* maniobró, por lo tanto, para llegar a la orilla derecha del río, que alcanzó a eso de las cinco de la tarde, cerca del límite que separa el condado de Montreal del de Laprairie.

En aquel momento le dijo Juan:

-Voy a desembarcar, Pedro.

-¿No vienes con nosotros hasta Laprairie? preguntó Pedro Harcher.

-No; es necesario que visite la parroquia de Chambly, y desembarcando en Caughnawaga, tendré menos camino que recorrer para llegar allí.

-Es arriesgarte mucho, dijo Pedro, y no te veré alejarte sin inquietud. ¿Por qué nos dejas, Juan? Espera siquiera un par de días y partiremos juntos después de desarmar la balandra.

-No puede ser, hermano, repuso Juan; tengo precisión de estar en Chambly esta misma noche.

-¿Quieres que dos de nosotros te acompañemos?

-No; vale más que vaya sólo.

-¿Y te quedarás mucho tiempo en Chambly?

-Algunas horas nada más, Pedro; pienso salir de allí mañana al amanecer.

Y como Juan no parecía deseoso de entrar en explicaciones respecto a lo que iba a hacer en aquella ciudad, Pedro no insistió, contentándose con añadir:

-¿Te esperamos en Laprairie?

-Es inútil. Haced cuanto tengáis que hacer sin inquietaros por mi ausencia.

-¿En dónde nos encontraremos?

-En el cortijo de Chipogán.

-Ya sabes, repuso Pedro, que debemos estar allí todos en la primera semana de Octubre.

-No lo he olvidado.

-No faltes a la cita, Juan, pues sabes que tu ausencia apesadumbraría mucho a mi padre, a mi madre y a todos. Nos esperan para una fiesta de familia, y puesto que te dices hermano nuestro, es preciso que te halles allí para que la familia esté completa.

-Iré con oportunidad, Pedro.

Juan apretó la mano de los hijos Harcher, después bajó al camarote, se puso el traje que llevaba el día de su visita a la villa Montcalm, y se despidió de sus buenos compañeros.

Un momento después saltó al ribazo, y dando un último adiós, desapareció debajo de los árboles, cuyas espesuras rodean el pueblecillo iroqués.

Pedro, Remigio, Miguel, Tony y Santiago se pusieron en seguida a la maniobra, y no sin grandes esfuerzos y rudas fatigas llegaron a halar su barca contra la corriente, aprovechando los remolinos que se formaban detrás de las puntas.

A las ocho de la noche, el Champlain estaba sólidamente amarrado en una pequeña caleta, al pie de las primeras casas del burgo de Laprairie.

Los hermanos Harcher habían acabado su campaña de pesca, después de haber recorrido durante seis meses doscientas leguas, subiendo y bajando las aguas del gran río.

II

UN ANIVERSARIO

Eran las cinco de la tarde cuando Juan dejó el *Champlain*. Tres leguas, poco más o menos, le separaban de la ciudad de Chambly, hacia donde se dirigía.

¿Qué iba a hacer en Chambly? ¿No había acabado ya su obra de propaganda en los condados del Suroeste antes de su llegada a la villa Montcalm? Sí; pero esa parroquia no había recibido todavía su visita. ¿Por qué motivo? Nadie hubiera podido adivinarlo. No había hablado de ello a persona alguna, y apenas si se lo decía a él mismo. Iba allí, hacia Chambly, como si alguna cosa le atrajera y le rechazara a la vez, teniendo, sin embargo, conciencia del combate que se libraba en su corazón.

Doce años habían transcurrido desde que Juan abandonó el pueblo en que había nacido; y como nunca le habían vuelto a ver, con seguridad no le conocerían. Y él mismo, después de tan larga ausencia, ¿no habría olvidado la calle en donde jugaba cuando niño, ni la casa en que se había deslizado su infancia?

No. Esos recuerdos de los primeros años de su vida no podían haberse borrado de su memoria. Al salir del bosque se encontró en medio de las praderas que recorría en otros tiempos, cuando se dirigía a la barca para atravesar el San Lorenzo. No era un extranjero quien atravesaba ese territorio; era un hijo del país, que no titubeó un solo instante para tomar caminos de travesía o para evitar algunos recodos, a fin de abreviar el trayecto que tenía que recorrer; y seguramente que al llegar a Chambly no dejaría de reconocer la plazoleta en donde se elevaba la casa paterna; la estrecha callejuela que seguía, por lo regular, para retirarse por la noche; la iglesia a que le llevaba su madre, y el colegio en que había empezado sus estudios antes de que le llevasen a Montreal.

Juan quería volver a ver estos sitios, de los que se había alejado durante tantos años. En los momentos en que iba a jugar su cabeza en una suprema lucha, sintió irresistible deseo de volver allí, adonde su miserable existencia había empezado para él. No era Juan-Sin-Nombre el que se presentaba a los reformistas del condado; era el niño que volvía, quizá por última vez, al pueblo que le había visto nacer.

Juan andaba con paso rápido para llegar a Chambly antes de que cerrase la noche y salir antes del amanecer. Absorto en sus dolorosos recuerdos, su mirada no se detenía en nada de lo que en otro tiempo hubiera fijado su atención. Ni las parejas de antes que corrían por el bosque, ni los pájaros de mil colores que gorjeaban entre el ramaje, ni la caza que

andaba por los surcos, nada era capaz de distraerle en su ensimismamiento.

Cuando encontraba algún labrador ocupado todavía en las faenas agrícolas, se desviaba de su camino para no tener que contestar a su cordial saludo; quería pasar sin ser visto a través de los campos, y volver a ver Chambly sin que le conociesen.

Eran las siete cuando divisó la punta del campanario de la iglesia, que sobresalía por encima de los árboles. Aun media legua, y se encontraría en su pueblo. El sonido de las campanas, traído por el aire, llegaba a sus oídos, y en vez de exclamar:

-¡Sí, soy yo¡... ¡Yo, que quiero hallarme en medio de cuanto he amado!... ¡Vuelvo al nido!...¡Vuelvo a la nada de mi infancia!...

Se callaba, preguntándose asustado:

-¿Qué vengo a hacer aquí?

Sin embargo, por los sonidos no interrumpidos de las campanas, Juan comprendió que no eran las oraciones las que tocaban en aquel momento. ¿Para qué fiesta llamaban a los feligreses de Chambly a una hora tan avanzada?

-¡Tanto mejor! se dijo Juan. Estarán todos en la iglesia. No tendré que pasar por delante de las puertas abiertas; así nadie me verá ni me hablará. Y puesto que a nadie quiero pedir hospitalidad, nadie sabrá tampoco que he venido aquí.

Esto se decía, y proseguía su camino. En algunos momentos quería volverse; pero no, una fuerza invencible le empujaba hacia adelante.

Cuanto más se acercaba Juan a Chambly, más fijaba su atención en lo que le rodeaba, y a pesar de los cambios operados en el país durante los últimos doce años, no dejaba de reconocer las casas, los cercados y las alquerías establecidas en las cercanías de la ciudad.

Llegado que hubo a la calle principal, se deslizó a lo largo de las casas, cuyo aspecto era tan francés, que cualquiera hubiera creído hallarse en la cabeza de partido de una bailía del siglo XVII. Aquí vivía un amigo de su familia, en cuya casa Juan pasaba algunas veces los días de asueto. Allí moraba el cura de la parroquia que le había dado sus primeras lecciones: ¿Vivirían todavía aquellas buenas gentes? Después distinguió un vasto edificio a su derecha; era el colegio adonde iba todas las mañanas, que se elevaba a algunos centenares de pasos, subiendo a la parte alta de Chambly.

Aquella calle llegaba a la plaza de la iglesia, en uno de cuyos ángulos estaba situada su casa paterna, con la fachada a la plaza, y a la espalda un jardín que llegaba hasta los árboles agrupados alrededor de la ciudad.

La noche era bastante oscura, pero la puerta entreabierta de la iglesia dejaba ver en el interior bastante gente, alumbrada por la araña suspendida en la bóveda.

Juan, no teniendo ya temor de ser conocido, admitiendo que hubiesen conservado de él algún recuerdo, tuvo un instante el pensamiento de entrar en aquella iglesia, de asistir a los oficios de la noche, de arrodillarse en aquellos bancos en que había rezado; pero se sintió atraído hacia el lado opuesto de la plaza, y dirigiéndose a la izquierda, llegó por fin al ángulo formado por la casa de su familia.

Se acordaba perfectamente de ella; allí era donde estaba edificada. Todos sus detalles se presentaban a su imaginación; la puerta enrejada, que cerraba un pequeño patio delante; el palomar, que dominaba el tejado, a la derecha; las cuatro ventanas del piso bajo, la puerta en medio, el balcón de la izquierda en el primer piso, donde había visto tantas veces a su madre en medio de las flores que le adornaban. Quince años tenía cuando salió de Chambly, y a esa edad todas las cosas quedan ya profundamente grabadas en la memoria. No podía dudarlo; en aquel sitio tenía que estar la casa construida por sus antepasados en los principios de la colonia canadiense.

Y, sin embargo, ningún edificio se veía allí. Un solar lleno de ruinas, y nada más. Ruinas siniestras, ocasionadas, no por el tiempo, sino por alguna violenta acción. La duda era imposible, pues se veían piedras calcinadas, trozos de pared renegridos, pedazos de vigas medio quemados y montones de cenizas, blancos en aquellos momentos, decían bastante que en una época, relativamente remota, la casa había sido pasto de las llamas.

Un horrible pensamiento atravesó el espíritu de Juan.

¿Quién había encendido aquel fuego? ¿Sería obra de la casualidad, de una imprudencia, o de la mano de un justiciero?

Juan, irresistiblemente arrastrado, penetró en las ruinas y holló con los pies las cenizas amontonadas en el suelo.

Algunos murciélagos, asustados por el ruido de sus pasos, empezaron a revolotear alrededor de su cabeza. Era indudable que nadie entraba allí nunca. ¿Por qué dejaban

subsistir aquellas ruinas en una parte de las más frecuentadas de la ciudad? ¿Cómo es que después del incendio ni siquiera se habían tomado el trabajo de quitar los escombros?

En los doce años que faltaba de allí, Juan no había oído decir nunca que la casa paterna había sido destruida y que no quedaba de ella más que un montón de piedras ennegrecidas por el fuego.

Inmóvil, no cabiéndole el corazón en el pecho, pensaba en aquel triste pasado, y en el presente, más triste aún.

-¡Eh! ¿Qué hacéis ahí, caballero? le gritó un anciano que acababa de detenerse, yendo hacia la iglesia.

Juan, no habiéndole oído, no respondió.

-¡Eh! repuso el buen hombre. ¿Sois sordo? No os quedéis ahí, pues si os vieran, sería muy posible que oyeseis algo que no os gustaría.

Juan salió de las ruinas, entró en la plaza, y dirigiéndose a su interlocutor, le preguntó:

-¿Es a mí a quien habláis?

-Sí, señor. Está prohibido entrar en ese sitio.

-¿Por qué?

-¡Porque es un lugar maldito!

-¡Maldito! murmuró Juan.

Pero esto fue dicho en voz tan baja, que el anciano no pudo oírlo.

-¿Sois forastero, caballero?

-Sí, respondió Juan.

-¿Y sin duda hará muchos años que no habéis venido aquí?

-Sí... muchos.

-Entonces no es extraño que no sepáis... Creedme... seguid mi consejo... No volváis a entrar allí.

-Pero... ¿por qué?

Porque basta que piséis esas cenizas para que quede empañada vuestra honra. ¡Esa fue la casa del traidor!...

-¿Del traidor?

-¡Sí, de Simón Morgaz!

El desgraciado lo sabía bastante bien.

De la morada que había querido ver por última vez, y de donde su familia había sido echada doce años antes, que él creía existiera todavía, no quedaban más que algunos trozos de pared. La habían quemado, y la tradición la había infamado de tal modo, que nadie osaba acercarse a ella y ningún habitante de Chambly pasaba por delante de ella sin maldecirla. ¡Sí; doce años habían pasado, y allí, lo mismo que en las demás provincias canadienses, nada había podido disminuir el horror que inspiraba el nombre de Simón Morgaz!

Juan, con la vista inclinada al suelo, las manos temblorosas, se sentía desfallecer, y si no hubiera sido por la oscuridad; el anciano hubiera notado el rubor de la vergüenza impreso en la cara del joven.

El anciano repuso:

-¿Sois canadiense?

-Sí, contestó Juan.

-¡Entonces no podéis ignorar el crimen cometido por Simón Morgaz!

-¿Quién lo ignora en el Canadá?

-Nadie, en verdad, caballero. ¿Sois de los condados del Este?

-Sí; de allí soy: del Nuevo Brunswick.

-Está lejos, muy lejos... Tal vez no supierais que esa casa había sido destruida.

-¡No! Una desgracia... sin duda...

-Nada de eso, caballero, nada de eso, repuso el anciano. Tal vez hubiera sido mejor que cayera en ella el rayo, lo que hubiera sucedido un día u otro, puesto que Dios es justo. Pero se han adelantado a su justicia, y al día siguiente en que Simón Morgaz fue echado de Chambly con su familia, prendiéronla fuego: Después, para que sirviera de ejemplo y para que no se olvide jamás la traición de aquel malvado; han dejado las ruinas en el estado en que las estáis viendo, y está prohibido acercarse a ellas; pero no era necesaria esa prohibición, pues tal es el horror que este sitio inspira, que nadie es capaz de entrar en él.

Juan, completamente inmóvil, escuchaba aquel relato, que le partía el corazón. La animación con que hablaba el anciano demostraba bien el odio que se conservaba a todo cuanto había pertenecido a Simón Morgaz.

Allí adonde iba el joven a buscar recuerdos de su familia, no los hallaba más que de vergüenza.

El anciano, hablando, se había alejado poco a poco de la casa maldita, y se dirigía hacia la iglesia. La campana acababa de lanzar sus últimas notas a través del espacio; el oficio iba a empezar, y algunos cantos se dejaban oír ya, interrumpidos por largos silencios.

El buen hombre dijo entonces:

-Voy a dejaros, caballero, como no sea que me acompañéis a la iglesia; si así es, oiréis un sermón que producirá gran efecto en la parroquia.

-No puedo acompañaros, respondió Juan; tengo que estar en Laprairie al amanecer.

-En ese caso, no tenéis tiempo que perder, caballero; los caminos están seguros, porque de algún tiempo a esta parte los agentes de policía recorren día y noche el condado de Montreal, persiguiendo a Juan-Sin-Nombre, que seguramente no cogerán, porque Dios es tan bueno que no nos negará esa gracia que le pide el país entero, pues contamos con ese joven héroe, caballero, para libertar nuestra patria del yugo que la oprime. Si se pueden creer los rumores que corren, hallará aquí buenos patriotas prontos a seguirle.

-Lo mismo sucede en todos los condados, respondió Juan.

-¡Aquí más que en ninguna parte, porque tenemos que borrar la mancha que nos ha dejado Simón Morgaz!

El anciano, según se ve, era bastante hablador; pero iba ya a despedirse de Juan, deseándole un feliz viaje, cuando éste le detuvo, diciéndole:

-Amigo mío, ¿habéis conocido a la familia de ese Simón Morgaz?

-Sí, señor; mucho. Tengo setenta años, y tenía cincuenta y ocho cuando sucedió lo que sabéis ya. He vivido siempre en este país, que lo era también suyo, y jamás, jamás hubiera pensado que dicho señor Simón fuera capaz de tal cosa. ¿Qué ha sido de él? ¡No lo sé! Tal vez haya muerto... Tal vez se haya expatriado, bajo un nombre supuesto, para que no le

echaran el suyo al rostro. ¡Pero su pobre mujer, sus hijos! ¡Ah, desgraciados, qué lástima me inspiran!... La señora Bridget, tan buena, tan generosa, aun cuando no gozaba más que de una mediana fortuna... ¡Ella que era tan querida de todos... ella que encerraba en su corazón el más ardiente patriotismo!... ¡Cuánto ha debido sufrir aquella pobre mujer; cuánto ha debido sufrir!

Imposible es pintar lo que pasaba en el alma de Juan, oyendo hablar de su madre y de todas las desgracias de su vida, enfrente de las ruinas de la casa destruida, en la que se efectuó el último acto de la traición, y en donde fueron presos los compañeros de Simón Morgaz. Era más de lo que puede soportar la naturaleza humana, y era preciso que Juan estuviera dotado de una extraordinaria energía para contenerse y no dejar escapar de su pecho un grito de angustia.

Y el anciano proseguía:

-Lo mismo que a la madre he conocido también a los hijos. Se parecían mucho a ella. ¡Ah, qué lástima de familia!... ¿En dónde estarán? Todos aquí los queríamos mucho por su buen carácter, su franqueza, su excelente corazón. El mayor era ya muy serio y muy estudioso; el pequeño, más alegre y más determinado, tomaba siempre el partido del más débil contra el más fuerte. Este se llamaba Juan, y el otro Joann, precisamente lo mismo que el joven sacerdote que va a predicar.

-¡El abate Joann! exclamó Juan.

-¿Le conocéis?

-¡No, amigo mío, no! He oído hablar de sus sermones.

-Pues bien; si no le habéis visto nunca, caballero, se os presenta la ocasión de conocerle. Ha recorrido todos los condados del Oeste, y por todas partes se han apresurado para oírle. Si podéis retrasar por una hora vuestra partida, veréis el entusiasmo que despierta en los ánimos.

-Os sigo, pues, respondió Juan.

Y ambos entraron en la iglesia, costándoles algún trabajo hallar un sitio en donde colocarse.

Las preces habían concluido, y el predicador acababa de subir al púlpito.

El abate podía tener unos treinta años, a lo sumo. Su fisonomía era apasionada, su mirada penetrante, su voz sonora y persuasiva; se parecía a su hermano, siendo, como él, imberbe. En ellos se hallaban las características facciones de su madre. Viéndole, lo mismo que escuchando sus palabras, se comprendía la influencia que el abate Joann ejercía sobre el público, atraído por su fama. Orador de la fe católica y de la fe nacional, era un apóstol, en el verdadero sentido de la palabra, un hijo de esa fuerte raza de misioneros, capaces de verter toda su sangre por confesar sus creencias.

El predicador empezó su sermón. En todo cuanto decía respecto a Dios, se adivinaba lo que quería decir en pro de su país. Sus alusiones al estado actual del Canadá eran propias para apasionar a sus oyentes, cuyo patriotismo no esperaba más que una ocasión para manifestarse. Sus gestos, su palabra y su actitud, producían sordos estremecimientos, entre la gente que llenaba la iglesia, cuando invocaba el socorro divino contra los expoliadores de las libertades públicas. Parecía que su vibrante voz sonaba como un clarín, y que su

brazo extendido agitaba, desde lo alto del púlpito, la tan deseada bandera de la independencia.

Juan, oculto en la sombra, escuchaba; le pareció que hablaba él por la boca de su hermano; y es que las mismas ideas, las mismas aspiraciones, movían a aquellos dos seres, tan iguales por el corazón. Ambos luchaban por su país, cada cual a su manera; el uno por la palabra, el otro por sus actos, igualmente prontos los dos a toda clase de sacrificios.

En aquella época, el clero católico poseía en el Canadá una influencia real, desde el doble punto de vista social e intelectual, considerándose allí a los sacerdotes como personas sagradas. Era la lucha de las antiguas creencias católicas, traídas por el elemento francés desde el origen de la colonia, con los dogmas protestantes que los ingleses procuraban introducir en todas las clases de la sociedad. Los feligreses se reconcentraban en derredor de sus curas, verdaderos jefes en sus parroquias; y la política, que tendía a desprender las provincias canadienses de las manos anglosajonas, no era extraña a aquella alianza del clero y de los fieles.

El abate Joann, lo sabemos ya, pertenecía a la orden de los sulpicianos; pero lo que el lector ignora tal vez, es que esa orden, poseedora de una parte del territorio, desde el principio de la conquista saca de él, aun en la actualidad, importantes rentas. Varias servidumbres, creadas principalmente en la isla de Montreal, en virtud de derechos señoriales que le habían sido concedidos, por Richelieu, se ejerce siempre en provecho de la Congregación. De esto resulta que los sulpicianos forman en el Canadá una corporación tan honrada como poderosa, y que los sacerdotes, siendo los propieta-

rios más ricos del país, son, por lo mismo, los que gozar de más influencia.

El sermón, más bien pudiéramos decir la arenga patriótica del abate Joann, duró unos tres cuartos de hora, y entusiasmó de tal modo a sus oyentes, que, si no hubiese sido por la santidad del lugar, ruidosos y prolongados aplausos se hubieran escuchado.

La fibra nacional había sido profundamente conmovida por la elocuente palabra de aquel orador sagrado.

Causará tal vez extrañeza el que las autoridades no pusieran freno a aquellas predicaciones en que la propaganda reformista se hacía desde la cátedra del Espíritu Santo; pero semejante extrañeza desaparecerá al considerar que era difícil encontrar en ellas una provocación directa a la insurrección, y que el púlpito gozaba de una libertad que el Gobierno no quería atacar sino con gran reserva.

Concluido el sermón, Juan se retiró a un rincón de la iglesia, mientras que la gente salía. ¿Quería, tal vez, darse a conocer a Joann, apretarle la mano y cambiar con él algunas palabras antes de reunirse con sus compañeros en el cortijo de Chipogán? Sí; sin duda. Ambos hermanos no se habían visto hacía algunos meses, porque cada cual iba por su lado para cumplir la misma obra de patriótica abnegación.

Juan esperaba, pues, detrás de los primeros pilares de la nave, cuando un gran tumulto estalló fuera; eran gritos, vociferaciones y hasta aullidos. Parecía así como una especie de ira popular que se manifestaba con extraordinaria violencia. Al mismo tiempo, grandes luces iluminaban el espacio y su reflejo penetraba hasta el interior de la iglesia.

La turba de oyentes salió, y Juan, arrastrado a pesar suyo, los siguió hasta en medio de la plaza.

¿Qué pasaba allí?

Delante de las ruinas de la casa del traidor acaban de encender una gran fogata. Algunos hombres, ayudados por niños y por mujeres, avivaban el fuego echándole brazadas de leña seca.

Y a la par que gritos de horror, estas palabras de odio se oían por doquier:

-¡A la hoguera el traidor! ¡A la hoguera Simón Morgaz!

Y en aquel instante, una especie de maniquí, vestido con harapos, fue arrastrado hacia las llamas.

Juan comprendió.

La población de Chambly procedía, en efigie, a la ejecución del miserable, lo mismo que se hace todavía en Londres, en cuya población se arrastra por la calle la imagen de Guy Fawkes, el criminal héroe de la conspiración *des Poudres*.

Aquel día era el 27 de Septiembre; era el aniversario del inolvidable en que Walter Hodge y sus compañeros Francisco Clerc y Roberto Farran habían muerto en el cadalso. Sobrecogido de horror, Juan quiso huir. Pero no pudo moverse; parecía que sus pies habían echado raíces en el suelo. Allí veía a su padre, injuriado, golpeado, manchado por el lodo que le tiraba aquella turba presa del delirio del odio, y le parecía que todo aquel oprobio recaía sobre él, Juan Morgaz.

En aquel momento el abate Joann apareció, y la gente se apartó para dejarle paso.

Él también había comprendido el sentido de esa manifestación popular, y en aquel instante conoció a su hermano, cuya cara lívida le apareció entre el reflejo de las llamas, mientras cien voces gritaban la odiosa fecha del 27 de Septiembre, y el nombre aborrecido de Simón Morgaz.

El abate Joann no fue dueño de sí; extendió el brazo, y se lanzó hacia la hoguera en el momento en que iban a echar en ella el maniquí.

-¡En nombre del Dios de misericordia, exclamó, tened piedad de la memoria de aquel desgraciado! ¡Dios perdona todos los crímenes!

-¡No tiene perdón para los qué hacen traición a su patria y a los que combaten por ella! respondió uno de aquellos energúmenos.

Y en un instante el fuego devoró, como lo había hecho en los demás aniversarios, la efigie de Simón Morgaz.

Los clamores redoblaron, y no cesaron sino cuando las llamas hubieron de apagarse.

En la sombra, nadie pudo ver que Juan y Joann se habían reunido, y que allí, agarrados de las manos, ambos bajaban la cabeza.

Después, sin pronunciar una palabra, abandonaron el teatro de tan horrible escena y huyeron de la ciudad de Chambly, a la que no habían de volver.

III

LA CASA CERRADA

En el condado de San Jacinto, que confina con el de Montreal, y a seis leguas de San Dionisio, se halla situado el burgo de San Carlos, en la orilla Norte del Richelieu.

Bajando este río, uno de los mayores afluentes del San Lorenzo, se llega a la pequeña ciudad de Sorel, en donde el *Champlain* había hecho escala durante su última campaña de pesca.

En la época en que pasa nuestro relato, una casa aislada se elevaba a algunos centenares de pasos antes del recodo que da de pronto nueva dirección a la calle principal de San Carlos, antes de llegar a las primeras casas.

Era una modesta y triste habitación, que no se componía más que de un piso bajo, el cual no tenía más aberturas que una puerta y dos ventanas. Un patio pequeño se encontraba delante de la fachada principal; pero estaba tan descuidado, que las hierbas crecían en él a su antojo, haciéndole poco menos que intransitable:

Por lo regular, la puerta estaba cerrada, y las ventanas no se abrían nunca. Si la luz del día penetraba en el interior de aquella casa, era únicamente por otras dos ventanas abiertas en la fachada opuesta y que daban a un jardín reducidísimo, cercado de alta pared, cubierta por largas plantas parietarias, y en uno de cuyos ángulos se veía un pozo con brocal de mampostería.

En aquel jardín crecían diversas verduras, entre las que vegetaban árboles frutales, perales, avellanos y manzanos, sin más cuidados que los de la naturaleza.

Un corralito, tomado del jardín y contiguo a la casa, encerraba cinco o seis gallinas, que daban la cantidad suficiente de huevos para el consumo diario.

El interior de aquella morada no contenía más que tres habitaciones con gran modestia amuebladas, sin otra cosa que lo más estrictamente necesario. Una de aquellas piezas, la primera o, la izquierda de la entrada, servía de cocina, y las demás, a la derecha, eran los cuartos de dormir. El estrecho corredor que las dividía establecía una comunicación entre el patio y el jardín.

¡Sí! Aquella casa era humilde y miserable, pero se conocía que sus moradores querían vivir en tales condiciones de miseria y humildad. Los habitantes de San Carlos no se equivocaban pensándolo así; pues si algún mendigo llamaba a la puerta de la Casa Cerrada (así la llamaba el pueblo), jamás sucedía que se fuera sin recibir una corta limosna. La Casa Cerrada hubiera podido llamarse Casa Caritativa, porque se ejercía allí la caridad a todas horas.

¿Quién vivía allí?

Una mujer, siempre sola, siempre vestida de negro, y cubierta con el largo velo de crespón de las viudas. Raras veces dejaba su casa, como no fuera los domingos, para asistir a los oficios, o si alguna compra indispensable la obligaba a salir, en cuyo caso esperaba, para verificarlo, que anocheciese, se dirigía por las calles más oscuras, siguiendo a lo largo de las casas, entraba en la tienda, hablaba en voz baja muy pocas palabras, pagaba sin regatear, y volvía a su morada con la vista fija en el suelo e inclinando la cabeza como una pobre criatura que tuviera vergüenza de que la vieran.

Cuando iba a la iglesia, era a la misa del alba, colocándose en el rincón más oscuro; allí se arrodillaba, y reconcentrándose en sí misma, debajo de los pliegues de su velo negro, su inmovilidad era espantosa, y hubiérasela podido creer muerta si dolorosos suspiros no se hubieran escapado de su pecho.

Que aquella mujer no padeciera los horrores de la miseria, ya se comprendía; pero era, con seguridad, un ser muy desgraciado.

Una o dos veces, algunas buenas almas se habían acercado a ella para ofrecerle sus servicios, dirigiéndole palabras de simpatía; pero ella, recogiendo más estrechamente contra su cuerpo su traje de luto, se echaba vivamente hacia atrás, como si temiera inspirar horror a aquellas personas compasivas.

Nadie conocía, pues, en San Carlos a la extranjera, mejor pudiera decirse a la reclusa. Doce años antes había llegado allí para ocupar aquella casa que habían comprado para ella a muy bajo precio, pues el Municipio, a quien pertenecía,

deseaba vender tal inmueble, y hasta entonces no había encontrado comprador.

Un día se supo en el pueblo que la nueva propietaria había llegado de noche a su morada, en la que nadie la había visto entrar.

¿Quién la había ayudado a transportar su modesto mobiliario?

Nadie lo sabía.

Tampoco tomó sirvienta para el cuidado de la casa.

Su vida cenobítica no había variado en lo más mínimo desde su aparición en San Carlos. Las paredes de la Casa Cerrada eran las de un claustro, cuya entrada estaba prohibida a todos.

Los habitantes del pueblo no procuraron tampoco penetrar los secretos de la existencia de aquella mujer. Durante los primeros días que siguieron a su instalación, se admiraron, sí, de su modo de vivir; algunas suposiciones se hicieron respecto a la dueña de la Casa Cerrada, pero luego dejaron de ocuparse de ella; y como se mostraba siempre caritativa con los pobres del país, esto le valió la estimación general.

Alta, encorvada más bien por el dolor que por la edad, la forastera podría tener en la actualidad unos cincuenta años. Debajo del velo, que la envolvía medio cuerpo, se ocultaba una cara que debía de haber sido bella, una frente despejada, y grandes y rasgados ojos negros. Sus cabellos eran completamente blancos, y su mirada como impregnada por las huellas de lágrimas, largo tiempo detenidas.

En lo presente, el carácter de aquella fisonomía, en otro tiempo dulce y sonriente, presentaba una energía sombría y una implacable voluntad.

Sin embargo, si la curiosidad pública se hubiera aplicado con más cuidado a vigilar la Casa Cerrada, hubiera adquirido la prueba de que no estaba prohibida la entrada a toda visita, pues tres o cuatro veces al año, siempre de noche, la puerta se abría tan pronto para uno como para dos forasteros, que no descuidaban ninguna precaución para llegar o para marcharse sin que nadie los viera.

¿Quedaban allí algunos días, o solamente algunas horas?

Nadie lo hubiera podido decir.

Partían antes del amanecer, y ninguno de los vecinos del pueblo pudo sospechar nunca que aquella mujer tuviese relaciones fuera del lugar.

Esto fue lo que precisamente sucedió hacia las once de la noche del 30 de Septiembre de 1837.

La carretera que después de atravesar el condado de San Jacinto de Oeste s Este, pasa por San Carlos, y sigue más allá, estaba desierta a aquella hora avanzada. Una profunda oscuridad reinaba en el pueblo, cuyos vecinos, descansaban de las faenas diarias, y, por lo tanto, ninguno de éstos pudo ver a dos hombres bajar por el camino en dirección a la Casa Cerrada, levantar el picaporte de la reja que daba al patio, y llamar a la puerta de un modo que debía de ser una señal de reconocimiento.

Esta se abrió, y se cerró en seguida.

Ambas visitas entraron en la primera habitación de la derecha, alumbrada solamente por una mariposa, cuya débil luz no podía filtrarse al exterior.

La mujer no dio a conocer que se sorprendía por la llegada de aquellos dos hombres, que la apretaron entre sus brazos, besándola en la frente con afecto filial.

Eran Juan y Joann, y la indicada mujer su madre, Bridget Morgaz.

Doce años antes, después de la expulsión de Simón Morgaz, echado de Chambly por sus compatriotas, nadie dudó de que aquella desgraciada familia hubiese abandonado el Canadá, expatriándose, bien sea en alguna de las provincias de la América del Norte o del Sur, o en cualquier punto lejano de Europa. El dinero percibido por el traidor le permitiría vivir cómodamente, sea el que fuera el sitio escogido para su residencia, y de este modo, mudando de nombre, no sería en lo sucesivo el blanco del desprecio general.

Mis lectores saben que las cosas no habían sucedido así. Una noche Simón Morgaz se hizo justicia, y nadie sabía que sus restos descansaban en un sitio oculto de la ribera septentrional del lago Ontario.

Bridget Morgaz y sus hijos habían comprendido todo el horror de su situación; si bien ellos eran inocentes del crimen de su esposo y de su padre, las preocupaciones son tales, que en ninguna parte podían esperar ni piedad ni perdón. En el Canadá, como en cualquier punto del globo, su nombre sería objeto de una reprobación universal. Resolvieron, pues, despojarse de él, sin pensar siquiera en tomar otro.

¡Qué necesidad tenían de ello aquellos míseros, para quienes la vida no podía ser ya sino una serie de vergüenzas!

Sin embargo, ni la madre ni los hijos se expatriaron; antes de dejar para siempre el Canadá, les quedaba que llenar una misión, y aun cuando hubieran de sacrificar a ella su vida, resolvieron cumplirla los tres juntos.

Lo que querían aquellos tres generosos seres era reparar el mal que Simón Morgaz había hecho a su país. Sin la traición provocada por el odioso agente Rip, la conspiración de 1825 hubiera tenido grandes probabilidades de éxito; porque después de apresar al Gobernador general y a los jefes del ejército inglés, las tropas no hubieran podido resistir el empuje de la población franco-canadiense, que se hubiera levantado en masa. Pero una delación infame había entregado el secreto de la conspiración, y el Canadá permaneció en poder de sus opresores.

Pues bien: Juan y Joann prosiguieron la obra interrumpida por la traición de su padre: Bridget, cuya energía hizo frente a su espantosa situación, les demostró que éste era y debía ser el único objeto de su existencia, y así lo comprendieron aquellos dos hermanos, que no tenían entonces más que diecisiete y dieciocho años respectivamente, consagrándose desde aquel momento a ese trabajo de reparación.

Bridget, resuelta a vivir con lo poco que la quedaba de su perdido patrimonio, no quiso guardar el dinero encontrado en la cartera del suicida, que no podía ni debía emplearse sino en las necesidades de la causa nacional. Se depositó en secreto en manos del notario Nick, de Montreal, en las con-

diciones que ya sabemos. Juan, sin embargo, conservó una parte para distribuirla directamente entre los reformistas.

Así es como en 1831 y en 1835 los comités recibieron las cantidades necesarias para la compra de armas y municiones; en 1837, el resto de aquel depósito, considerable todavía, acababa de entregarse al Comité de la villa Montcalm, que tenía por presidente al señor de Vaudreuil.

Esto era ya cuanto quedaba del precio de la traición.

Sus hijos venían de vez en cuando, y siempre sigilosamente, a ver a Bridget. encerrada en la casa de San Carlos, pues hacía algunos años que cada cual había escogido una vía diferente para llegar al mismo objeto.

Joann, el mayor de los dos, habíase dicho que todas las felicidades de la existencia le estaban para siempre prohibidas, y por la influencia de ideas religiosas, desarrolladas todavía más por la amargura de su situación, quiso ser sacerdote, pero sacerdote militante. Entró en la Orden de los Sulpicianos, con la intención de apoyar con su palabra los imprescriptibles derechos de su país. Una elocuencia natural, sostenida por el más ardiente patriotismo, le atraía las simpatías de los habitantes de las ciudades y del campo; en los últimos tiempos su fama se había engrandecido mucho, estando ya en todo su apogeo.

Juan trabajaba en pro del partido reformista, no con la palabra, sino con sus actos.

Aun cuando las rebeliones de 1831 y de 1835 no habían tenido feliz éxito, no por eso se amenguó su reputación de ardiente patriota. Las masas le consideraban como el jefe misterioso de Los Hijos de la Libertad, que no aparecía más

que en el momento en que tenía que pagar con su persona, desapareciendo después para proseguir su obra.

Ya sabemos a qué altura había llegado en el partido de la oposición liberal; parecía que la causa de la independencia estaba en las manos de un solo hombre, de aquel Juan-Sin-Nombre, como se llamaba él mismo, y que únicamente de él esperaban los patriotas la señal de una nueva insurrección.

La hora se aproximaba, y por tal motivo ambos hermanos, a quienes la casualidad acababa de reunir en Chambly, vinieron a la Casa Cerrada para abrazar a su madre, quizá por última vez.

Y ahora estaban sentados a su lado; los tres, agarrados de las manos, hablaban en voz baja; Juan y Joann le decían todo cuanto habían hecho, y que la lucha sería terrible, como lo es siempre toda lucha suprema.

Bridget, entregada por completo a los sentimientos que desbordaban de su corazón, se dejaba mecer por la esperanza de que el crimen del padre sería, por fin, redimido por sus hijos, y entonces tomó la palabra.

-Hijos queridos, dijo, necesito participar de vuestra esperanza, y creer en el éxito...

-Sí, madre, tengamos confianza, respondió Juan. Dentro de pocos días el movimiento se iniciará...

-¡Quiera Dios concedernos el triunfo debido a las causas santas! añadió Joann.

-¡Ojalá Él nos ayude, repuso Bridget, para que pueda tener el derecho de rogarle por!...

Nunca, no, nunca los labios de esta desgraciada mujer habían podido formular una plegaria para el alma del que fue su esposo.

-¡Madre mía, dijo Joann, madre mía!

-Y tú, hijo mío, repuso Bridget, ¿has rezado por tu padre; tú, sacerdote del Dios misericordioso?

Joann inclinó la cabeza sin responder.

Bridget repuso:

-Hijos míos: hasta aquí ambos habéis cumplido con vuestro deber; pero, no lo olvidéis; sacrificando hasta vuestra vida, si es preciso no habréis hecho más que lo que debéis, y si nuestro país os es deudor algún día de su independencia, el nombre que llevábamos antes, ese nombre de Morgaz...

-No puede existir ya, madre mía, replicó Juan; no hay rehabilitación posible para él. Es tan imposible devolverle su honra, como la vida a los patriotas que la traición de mi padre llevó al cadalso. Lo que Joann y yo hacemos no es para borrar la infamia unida a nuestro nombre. ¡Eso es imposible! No es este trato el que hemos hecho. Nuestros esfuerzos no tienden más que a un objeto, y éste es reparar el daño hecho a nuestro país, no el que se nos ha hecho a nosotros mimos. ¿No es así, Joann?

-Sí, respondió el joven sacerdote. Si Dios puede perdonar, sé que eso está prohibido a los hombres; pues mientras la honra sea una de las leyes humanas, nuestro nombre será siempre objeto de pública reprobación.

-¡Jamás podrán olvidar!... dijo Bridget, besando a sus dos hijos en la frente, como si quisiera borrar una señal indeleble.

-¡Olvidar! exclamó Juan. Vuelve a Chambly, madre mía, y verás si, el olvido...

-Juan, interrumpió Joann con viveza;¡cállate!

-¡No, hermano mío! Es preciso que nuestra madre sepa... Tiene la suficiente energía para saberlo todo; no es conveniente dejarla con la esperanza de una habilitación que es de todo punto imposible.

Y Juan, en voz baja y con palabras entrecortadas por la emoción, contó a su madre lo que había presenciado en Chambly, cuna de la familia Morgaz, delante de las ruinas de la casa paterna.

Bridget escuchaba sin que una, lágrima brotase de sus ojos; la infeliz mujer ni siquiera podía llorar ya.

¿Era verdad, pues, que semejante situación no tenía salida? ¿Era posible que aquella traición, aunque horrible, no podría olvidarse, y que la responsabilidad de dicho crimen cayera sobre unas cabezas inocentes? ¿Estaba escrito en la conciencia humana que semejante mancha, impresa en el nombre de una familia, no podría borrarse jamás?

Durante algunos instantes no se oyó palabra alguna en aquella triste estancia. Madre e hijos no se miraban siquiera; sus manos se había desunido, sufrían horriblemente pensando que, lo mismo que en Chambly, serían en todas partes, y siempre, unos parias, unos *outlaws*, rechazados por la sociedad entera.

A las tres de la madrugada Juan y Joann pensaron ya en despedirse de la infeliz reclusa, porque no querían exponerse a ser vistos; ni convenía tampoco que nadie supiera que la puerta de la Casa Cerrada se había abierto aquella noche para

las únicas personas que habían pisado su umbral. La intención de ellos era la de separarse a la salida del pueblo, porque importaba que no los viesen juntos por el camino que tenían que seguir para recorrer el condado.

Ambos hermanos se levantaron de su asiento; en el momento de una separación que podía ser eterna, conocían cuan fuerte era el lazo que los unía unos a otros. Felizmente, Bridget ignoraba que habían puesto precio a la cabeza de Juan; si bien su hermano lo sabía, tan terrible noticia no había llegado todavía a la Casa Cerrada. Juan, por no aumentar las penas de su madre, no quiso decírselo; y además, ¿necesitaba acaso saberlo para temer no volver a ver a su hijo?

El instante tan temido por cada uno de aquellos tres desgraciados seres, había llegado.

-¿Adónde vas, Joann?... le preguntó Bridget.

-A las parroquias del Sur, respondió el joven sacerdote; allí esperaré que llegue el momento de reunirme con mi hermano cuando esté a la cabeza de los patriotas canadienses.

-¿Y tú, Juan?

-Voy al cortijo de Chipogán, en el condado de Laprairie, contestó el valiente reformista. Allí es donde volveré a encontrar a mis compañeros para que tomemos las últimas disposiciones... en medio de una de esas fiestas de familia que nos están prohibidas, madre mía; esas buenas gentes me han acogido como si fuese su hijo; darían basta su vida por mí; y, sin embargo, si supieran quién soy yo, que nombre es el mío... ¡Ah! ¡Cuán míseros somos, pues nuestro solo contacto es una mancha! Pero ni ellos, ni nadie, sabrán nunca...

Juan cayó de nuevo en su asiento, ocultó la cara en las manos, agobiado por la vergüenza que se le hacía cada día más pesada.

.-¡Alza, hermano! dijo Joann. ¡Esta es la expiación! ¡Cobra ánimo para sufrir! ¡Levántate y partamos!

-¿En dónde volveré a veros, hijos míos? preguntó la pobre madre.

-Aquí ya no, respondió Juan. Si triunfamos, dejaremos los tres el país. Iremos lejos... muy lejos, a un sitio en el que no podamos ser conocidos. ¡Si devolvemos al Canadá su perdida independencia, que no sepa nunca que lo debe a los hijos de un Simón Morgaz! ¡No, que no lo sepa nunca!

-¿Y si todo se pierde? repuso Bridget.

-En ese caso, madre mía, no nos veremos ni aquí ni en ninguna parte. ¡Habremos muerto!

Ambos jóvenes abrazaron por última vez a su madre, y la puerta se abrió, volviéndose a cerrar enseguida.

Juan y Joann anduvieron juntos un centenar de pasos, y después se separaron, mas no sin echar una postrera mirada hacia la Casa Cerrada, en donde la pobre madre rogaba a Dios por sus hijos.

IV

EL CORTIJO DE CHIPOGÁN

Este cortijo, situado a siete leguas de la ciudad de Laprairie, en el condado del mismo nombre, ocupaba una eminencia de terreno en la orilla de un riachuelo tributario del San Lorenzo. El señor de Vaudreuil poseía allí, en una superficie de cuatrocientos a quinientos acres, una propiedad bastante hermosa y de buenos rendimientos, administrada por el arrendador Tomás Harcher.

Delante de la casa-habitación, del lado del río, se extendían vastos campos, un verdadero juego de damas de verdes praderas, rodeadas de esas cercas enrejadas que se llaman en el Reino Unido *fewies*. Era una excelente muestra del dibujo regular, sajón o americano, en todo su rigor geométrico. Cuadros y más cuadros de barreras que cerraban esos hermosos cultivos, que prosperaban merced a los ricos elementos de una tierra negruzca, cuya espesa capa, de tres o cuatro pies, descansa, por lo regular, sobre otro terreno arcilloso. Esto es lo que compone el suelo canadiense hasta los primeros estribos de la sierra de los Laurentidas.

Entre estos cercados, cultivados con minucioso cuidado, crecían diversas clases de cereales que el cultivador cosecha en las temperaturas medias de Europa, trigo, maíz, cáñamo, lúpulo, tabaco, etc. Abundaba también allí ese arroz silvestre llamado avena loca, que se multiplicaba en los campos medio encharcados que se hallaban en la orilla del riachuelo y cuyo grano cocido da una excelente sopa.

Hermosos pastos de suculentas hierbas se desarrollaban detrás de la casa hasta el límite de un bosque de frondosos árboles, plantados en una ondulación del suelo, y cuya superficie era tan grande, que la vista no alcanzaba a su término. Estos pastos eran más que suficientes para la alimentación del ganado del cortijo de Chipogán, y Tomás Harcher hubiera podido arrendar algunas praderas para que pastaran en ellas toros, vacas, bueyes, carneros, puercos, sin contar esos caballos tan vigorosos de la raza canadiense, tan buscados por americanos que tienen criaderos.

Los bosques no eran de menos importancia en los alrededores del cortijo, pues cubrían en otros tiempos todos los territorios limítrofes al San Lorenzo, desde su remanso hasta la vasta región do los lagos. Pero desde algunos años atrás, ¡cuántos claros se habían hecho por las manos de los hombres! ¡Qué árboles tan soberbios, cuya copa se balancea muchas veces a ciento cincuenta pies de altura, caen todavía bajo los golpes del hacha, turbando el silencio de los inmensos bosques en que pululan los pitorreales, los ruiseñores, las alondras, los verdecillos, las aves de paraíso, de deslumbrador plumaje, y también los encantadores canarios, que son mudos en las provincias del Canadá! Los *lumbermen*, o sea los

leñadores, tienen un fructuoso, pero sensible trabajo, derribando robles y arces, fresnos, castaños y abedules, álamos y olmos, chopos y nogales, pinos, ojaranzos y otros, los que, descortezados solamente, o aserrados, forman esos trenes de maderas que bajan la corriente del río.

Si a fines del siglo XVIII uno de los más famosos héroes de Cooper, Nataniel Bumpoo, llamado Ojo de halcón, Larga carabina o Media de cuero, se lamentaba ya de la tala de los árboles, ¿no diría de esos despiadados devastadores lo que se dice de los arrendadores que agotan la fecundidad terrestre por costumbres viciosas? ¡Han asesinado el suelo!

Conviene observar, sin embargo, que este reproche no hubiera podido aplicarse al gerente del cortijo de Chipogán. Tomás Harcher era demasiado práctico en su oficio, era servido por un personal demasiado inteligente, y tomaba con demasiada honradez los intereses de su amo para merecer jamás esa calificación de asesino del terreno. Su granja pasaba, con razón, por un modelo de explotación agronómica en una época en que la rutina hacía ley, como si la agricultura canadiense estuviese atrasada en doscientos años.

El cortijo de Chipogán era, pues, uno de los mejor cuidados del distrito de Montreal. Los métodos de amielga impedían que la tierra se empobreciese; no se contentaban con dejarla descansar en barbechos, sino que se variaban las siembras, lo que daba excelentes resultados. En cuanto a los árboles frutales colocados en un huerto que encerraba las diversas especies que prosperan en Europa, eran podados y cuidados con esmero. Todos daban exquisitas frutas, menos el albaricoquero y el melocotonero, que dan mejores resulta-

dos en el Sur del Ontario que en el Este de la provincia de Quebec. Pero las demás castas honraban al arrendador, en particular los manzanos, que producen esas frutas de pulpa rojizas transparente, conocida con el nombre de *famosas*. Respecto a las legumbres y a las verduras, coles de varias clases, calabazas, melones, batatas y mirtilas de los bosques, cuyo fruto negruzco es un excelente postre, se recogía lo bastante para abastecer dos veces a la semana el mercado de Laprairie.

En suma, con los centenares de fanegas de trigo y otros cereales cosechados en Chipogán, el rendimiento de las frutas y de las verduras y la explotación de algunos acres de bosque, aquel cortijo aseguraba al señor de Vaudreuil una importante renta, merced a los cuidados de Tomás Harcher y de su familia.

El clima del Canadá es muy favorable para el cultivo.

En vez de lluvia es nieve lo que cae desde fines de Noviembre hasta últimos de Marzo, y ésta protege la verde alfombra de los prados; aquel frío, seco y vivo, es preferible a continuos aguaceros, pues deja los caminos practicables para los trabajos del suelo. En ningún punto de la zona templada se encuentra igual rapidez en la vegetación, puesto que los trigos sembrados en Marzo están maduros en Agosto, y los pastos se siegan en Junio y en Julio; así es que, entonces como en la actualidad, si algún porvenir está asegurado en aquel país, es sobre todo el de los agricultores.

La casa y sus dependencias estaban aglomeradas en un recinto de empalizadas de unos doce pies de altura, y una sola puerta, fuertemente ajustada a sus montantes de piedra,

daba paso a estos edificios. Excelente precaución para los tiempos, poco remotos todavía, en que eran de temer los ataques de los indígenas, que viven ahora en buena inteligencia con la población rural; y hasta a dos leguas al Este, en el pueblo de Walhatta, prosperaba la tribu hurona de los mahogannis, algunos de los cuales visitaban muchas veces a Tomás Harcher para cambiar los productos de su cacería con otros del cortijo.

El edificio principal se componía de una larga construcción de dos pisos, un cuadrilátero regular, que contenía el número suficiente de habitaciones para la familia Harcher. Una vasta sala ocupaba la mayor parte del piso bajo, entre la cocina y la despensa por un lado, y del otro el departamento reservado especialmente para el arrendador, su mujer y los hijos más pequeños.

En una esquina, en el mismo patio que se hallaba delante de la casa y por detrás comunicando con el huerto, las dependencias formaban una escuadra, apoyándose en las empalizadas del recinto. En estas se encontraban las cuadras, los establos, las cocheras y los graneros. Luego se veían los corrales, en los que pululaban esos conejos de América, cuya piel, dividida en tiras y tejida, sirve para hacer una tela de mucho abrigo; y muchas de esas gallinas de los prados, llamadas *fasanielles*, que se multiplican con más abundancia en el estado doméstico que en el salvaje.

La gran sala del piso bajo era sencilla, pero cómodamente amueblada con enseres de fabricación americana. Allí era en donde la familia almorzaba, comía y pasaba las veladas. Lugar muy conveniente para los Harcher de todas las

edades que gustaban de encontrarse juntos después que habían concluido sus cotidianas ocupaciones. Nadie se admirará, pues, de que una biblioteca de libros usuales ocupase el primer lugar, y el segundo un piano, en que tocaban los domingos, muchachas y muchachos, valses o rigodones franceses, que bailaban cada cual a su vez.

La explotación de este cortijo exigía, no hay que dudarlo, un numeroso personal, y Tomás Harcher lo había encontrado en su propia familia, no habiendo en Chipogán ni un solo criado asalariado.

Tomás Harcher tenía cincuenta años en dicha época; descendía de aquellos atrevidos pescadores que un siglo antes fueron los primeros colonos de la Nueva Escocia; era, por consiguiente, de origen francés, y había nacido en Acadia. Constituía el tipo perfecto del cultivador canadiense, de aquel que llaman en la campiña norteamericana, no el aldeano, sino el *habitante*.

Era el arrendador de Chipogán de alta estatura, y tenía los hombros anchos, lo mismo que el pecho, los miembros vigorosos, la cabeza fuerte, los cabellos apenas tenían canas, la mirada viva, los dientes blancos y firmes, la boca grande, como conviene a todo el que por causa de su trabajo necesita copioso alimento, y poseía también una amable y franca fisonomía, que le atraía buenas amistades en los pueblos circunvecinos; tal era, en suma, el buen Tomás Harcher, lo que no impedía que fuera también buen patriota, enemigo implacable de los anglosajones, siempre pronto a cumplir con su deber en defensa de la patria.

En vano hubiera buscado el arrendador en todo el valle del San Lorenzo una compañera mejor que su esposa Catalina, de edad entonces de cuarenta y cinco años, fuerte como su marido, y como él también joven aún de cuerpo y de espíritu: tenía, en verdad, algo de rudeza en las facciones y en el porte; pero era buena y trabajadora, en fin, la *madre*, como él era el *padre*, en toda la acepción de la palabra.

Ambos formaban, como vulgarmente se dice, una hermosa pareja, y gozaban de tan perfecta salud, que prometían contarse más adelante entre los numerosos centenarios cuya longevidad honra al clima canadiense.

Hubieran podido reprochar tal vez una cosa a Catalina Harcher; mas todas las mujeres del país lo merecen como ella, si se han de creer los comentarios de la opinión pública. En efecto, si las canadienses son buenas mujeres de gobierno, es con la condición de que sus maridos cuiden de la casa, hagan las camas, pongan la mesa, desplumen los pollos, ordeñen las vacas, hagan la manteca, monden las patatas, enciendan el fuego, frieguen la vajilla, vistan a los niños, barran la casa, limpien los muebles y hagan la colada. Sin embargo, Catalina no llevaba hasta ese extremo el espíritu de dominación que hace al esposo el esclavo de su mujer en la mayor parte de las casas de la colonia. No; para que seamos justos, es preciso que reconozcamos que tomaba su parte del trabajo diario, y Tomás Harcher se sometía con gusto a su voluntad y a sus caprichos. ¡Y qué hermosa familia le había dado su Catalina, desde Pedro, el patrón del *Champlain*, hasta el último bebé, que contaba sólo algunas semanas, cuyo bautizo iba a celebrarse aquel día!

Ya es cosa sabida que en el Canadá la fecundidad de los matrimonios es extraordinaria, pues son bastante comunes las familias en que se cuentan doce y hasta quince hijos, y las de veinte no son tampoco raras. Se citan algunas que han tenido más de veinticinco; pero ya no son familias, sino tribus que se desarrollan bajo la influencia de costumbres patriarcales.

Si Ismael Busch, el anciano gastador de Fenimore Cooper, uno de los personajes de la novela *La Pradera*, podía mostrar con orgullo a los siete hijos, sin contar las hijas, nacidos de su casamiento con la robusta Ester, ¡qué superioridad tenía sobre él Tomás Harcher, padre de veintiséis hijos, que gozaban de perfecta salud en el cortijo de Chipogán!

Quince varones y once hembras, de todas edades, desde tres semanas hasta treinta años. De los quince varones, cuatro casados, y de las once hembras, dos en poder de marido. De estos matrimonios habían nacido diecisiete nietos, y todos ellos, incluyendo a Tomás y a su mujer, formaban un total de cincuenta y dos miembros, en línea recta, de la familia Harcher.

Conocemos a los cinco mayores, que eran los que componían la tripulación del *Champlain*, los adictos compañeros de Juan.

Inútil es perder el tiempo enumerando los nombres de los demás, o dar a conocer la originalidad de sus caracteres; baste saber que hijos, hijas, yernos y nueras, vivían todos en el cortijo, trabajaban bajo la dirección del jefe de la familia, ocupados unos en las faenas del campo, en las que no faltaba

que hacer, y otros en la explotación de los bosques hacían el oficio de *lumbermen*, no faltándoles nunca ocupación.

Dos o tres de los mayores cazaban en los montes que rodeaban el cortijo, abasteciendo sin gran trabajo la inmensa mesa de familia, pues en esos territorios abundan los *orignaus*, los *caribous*, especie de rengíferos de gran talla, los bisontes, los gamos, los corzos, los antas, sin hablar de la caza menor de pelo o de pluma, ocas, ánades, chochas, perdices, somormujos, becadas, codornices y gallinetas.

Es cuanto a Pedro Harcher y a sus hermanos, Remigio, Miguel, Tony y Santiago, en la época en que el frío les obligaba a abandonar la pesca, venían a pasar el invierno al cortijo y se dedicaban a la caza de pieles. Se les citaba entre los más intrépidos *squatters*, los más infatigables corredores de bosques, y vendían pieles más o menos preciosas en los mercados de Montreal y de Quebec. En aquellos tiempos, los osos negros, los linces, los gatos silvestres, las martas, los carcajúes, los bisontes, las zorras, los castores, los armiños, las nutrias y las ratas de almizcle no habían emigrado todavía a las comarcas del Norte, y se ganaba mucho con el comercio de peletería cuando no había necesidad de ir a buscar fortuna hasta las lejanas orillas de la bahía de Hudson.

Se comprende que para albergar esa familia de padres, hijos y nietos, un cuartel no hubiera sobrado; y era, en efecto, un verdadero cuartel el edificio que dominaba con sus dos pisos las dependencias del cortijo de Chipogán. Se reservaban, además, algunas habitaciones para los huéspedes que de vez en cuando visitaban a Tomás Harcher, amigos del mismo condado, arrendadores de los cortijos cercanos al

suyo, *viajeros*, es decir, marineros de esos que dirigen los trenes de maderas por los afluentes del río; y, en fin, el departamento reservado exclusivamente al señor de Vaudreuil y a su hija cuando venían a visitar a la familia de su arrendador.

Y precisamente acababan de llegar aquel día, 5 de Octubre.

No eran solamente las relaciones de amo a dependiente las que existían entre Tomás y el dueño del cortijo, sino un recíproco afecto, amistad por una parte, adhesión sin límites por la otra, que nada había desmentido durante el transcurso da muchos años. Además, estaban ligados por la comunidad de su patriotismo, pues el arrendador, lo mismo que el amo, hubieran sacrificado gustosos su vida a la causa nacional.

En aquel día la familia toda estaba reunida. Hacía tres que Pedro y sus hermanos, después de desaparejar el *Champlain* en el muelle de Laprairie, habían venido a la alquería para pasar en ella el invierno, como lo tenían por costumbre. Sólo faltaba el hijo adoptivo, y el no menos querido de los habitantes de Chipogán.

Pero se le esperaba de un momento a otro, y para que Juan faltase a aquella fiesta de familia hubiera sido preciso que el agente Rip le hubiese apresado, y la noticia de su arresto se sabría ya.

Y es que Juan tenía que cumplir con un deber que estimaba tan ineludible como Tomás Harcher.

No estaba muy lejano todavía el tiempo en que el señor de la parroquia era padrino de todos los hijos de sus arrendatarios, lo que sumaba por centenares los ahijados. Pero el

señor de Vaudreuil no había apadrinado más que dos en la descendencia de Tomás, y esta vez era Clary la que iba a ser madrina de su vigésimosexto hijo, y Juan el padrino. La joven se sentía muy feliz con aquel lazo que los uniría uno a otro durante breves instantes.

Y no era solamente un bautizo lo que iba a celebrarse en el cortijo de Chipogán.

Cuando sus cinco hijos mayores llegaron, Tomás Harcher les dijo:

-Sed bien venidos, muchachos, pues llegáis en el momento oportuno.

-Como siempre, padre, respondió Santiago.

-No, mejor que nunca; pues si estamos reunidos hoy para el bautizo del *bebé*, mañana, Clemente y Cecilia harán su primera comunión, y pasado mañana se celebrará la boda de vuestra hermana Rosa con Bernardo Miquelon.

-¡Qué bien se porta la familia! replicó Tony.

-Si, muchachos, no anda mal, exclamó el arrendador, y ¡quién sabe si todavía no os convocaré el año que viene para alguna ceremonia del mismo género!

Y Tomás Harcher soltó una sonora carcajada, mientras que Catalina abrazaba a sus cinco vigorosos retoños, los primeros nacidos de ella.

El bautizo no debía verificarse hasta las tres de la tarde; Juan tenía tiempo todavía de llegar antes de la hora de la ceremonia, y en cuanto se presentase, toda la familia iría en procesión hasta la iglesia parroquial, distante como una media legua.

Tomás, su mujer, sus hijos, hijas, yernos, nueras y nietos, llevaban sus mejores trajes, de los que no se despojarían regularmente en tres días. Las mujeres vestían corpiño blanco, saya de vistosos colores y el pelo suelto. Los muchachos habían dejado la chaqueta de trabajo y el gorro normando que usan por lo regular para ponerse el traje de los días festivos, que consiste en una especie de capote de tela negra, faja de colores y zapatos plegados de piel de vaca del país.

La víspera, el señor y la señorita de Vaudreuil, después de atravesar el San Lorenzo, enfrente de Laprairie, en una barca que hacía este servicio, encontraron, al desembarcar, a Tomás Harcher que los esperaba con un carruaje enganchado con dos buenos trotones.

Durante el trayecto de tres leguas que tenían que recorrer para llegar al cortijo, el señor de Vaudreuil se apresuró a advertir a su arrendador que estuviese alerta, porque la policía no debía ignorar que había salido de la villa Montcalm con su hija, y que era muy posible que le vigilasen de un modo especial.

-Estaremos con cuidado, nuestro amo, respondió Tomás Harcher, en boca de quien esa locución nada tenía de servil.

-¿No habéis visto hasta ahora ninguna cara sospechosa en los alrededores de Chipogán?

-No; ni siquiera uno de esos *canouaches*...; perdonad la palabra.

-Y vuestro hijo adoptivo, preguntó Clary, ¿ha llegado ya al cortijo?

-Todavía no, señorita, y esto me causa cierta inquietud.

-¿Desde que se separó de sus compañeros en Laprairie no habéis tenido noticias de él?

-Ninguna.

Y desde que el señor y la señorita de Vaudreuil estaban instalados en las dos habitaciones más hermosas del cortijo, nada se había sabido del joven patriota.

Todo estaba pronto para la ceremonia del bautizo, y si Juan no llegaba aquella tarde, no sabrían qué hacer.

Tomás y Catalina hablaron entonces de ese inexplicable retraso.

-¿Qué haremos si no llega antes de las tres? preguntó el arrendador.

-Esperaremos, respondió sencillamente Catalina.

-¿Esperar? ¿Qué?

-Seguramente que no será la llegada de un vigésimo séptimo hijo, replicó la cortijera.

-Tanto más, repuso Tomás, cuanto que, sin que puedan tildarnos, bien puede ser que no llegue nunca.

-¡Bromead, Sr. Harcher, bromead!

-¡No hago tal! Pero si Juan tardara demasiado, será necesario, tal vez, pasarla sin él.

-¡Pasarse sin él! exclamó Catalina. Nada de eso; y cómo tengo empeño en que sea el padrino de uno de nuestros hijos, esperaremos que venga para bautizar a éste.

-Sin embargo; ¿y si no viniera? dijo Tomás, que no quería que el bautizo se aplazara indefinidamente. ¿Si algún negocio le imposibilita para?...

-No hagas malos pronósticos, Tomás, interrumpió la buena mujer, y ten un poco de paciencia, ¡qué demonio! Si no se bautiza hoy, se bautizará mañana.

-¡Bueno! Mañana, Clemente y Cecilia, el decimosexto y la decimaséptima, harán su primera comunión.

-Pues bien, será para pasado mañana.

-Pasado mañana se celebrará la boda de nuestra hija Rosa con el buen Bernardo Miquelon.

-¡Basta ya, Tomás? Si es preciso, todo se hará a un tiempo, porque cuando quiere la suerte que nuestro hijo tenga un padrino como Juan y una madrina como la señorita Clary, no sé por qué quieres apresurarte a darle otros.

-¿Y qué dirá el señor cura, que nos espera hoy? replicó a su intratable cónyuge.

-Eso corre de mi cuenta, repuso Catalina; nuestro párroco es un excelente hombre, y además no perderá su diezmo, ni querrá disgustar a tan buenos feligreses como nosotros.

El hecho es que pocos vecinos habían dado tanto que hacer al señor cura como Tomás y Catalina con sus veintiséis hijos.

Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba, más viva era la inquietud, pues si bien, la familia Harcher ignoraba que su hijo adoptivo era Juan-Sin-Nombre, el señor de Vaudreuil y su hija lo sabían, y todo lo temían para él.

Así es que quisieron saber por Pedro en qué circunstancias el joven patriota se había separado de sus hermanos y de él cuando abandonó el *Champlain*.

-Ha desembarcado en el pueblo de Caughnawaga, respondió el mayor de los hijos Harcher.

-¿Qué día?

-El 26 de Septiembre, a eso de las cinco de la tarde.

-Entonces hace ya nueve días que se separó de vosotros, dijo el señor de Vaudreuil.

-Si, nueve días cabales.

-¿Y no os dijo lo que pensaba hacer?

-Su intención, respondió Pedro, era visitar él condado de Chambly, adonde no había ido todavía durante nuestra campaña de pesca.

-Sí, comprendo la razón que le asiste, pero siento que se haya aventurado solo en un terreno que debe de vigilar mucho la policía.

-Quise que Santiago y Tony le acompañasen, replicó Pedro; pero rehusó.

-¿Y qué pensáis de todo esto, Pedro? preguntó la señorita Vaudreuil.

-Mi opinión es que Juan había formado hace tiempo el proyecto de ir a Chambly, sin hablar de ello con nadie; y como habíamos convenido desembarcar en Laprairie para volver todos juntos al cortijo después de desaparejar el *Champlain*, no nos ha dicho nada hasta llegar a Caughnawaga.

-Y cuando os dejó, ¿se comprometió a estar aquí para el bautizo?

-Sí, señorita, respondió Pedro; sabe que tiene que apadrinar con vos el *bebé*, y que aun cuando no fuera así, sabe también que sin su presencia la familia Harcher no estaría completa.

Ante promesa tan formal, convenía esperar con paciencia.

No obstante, si el día concluía sin que Juan hubiese parecido, los temores estarían por demás justificados, porque para que un hombre determinado como él no viniera en el día señalado, es que la policía debía de haberse apoderado de su persona, y en ese caso el señor de Vaudreuil y su hija, demasiado lo sabían, estaba perdido sin remedio.

En ese instante la puerta que daba a patio se abrió, y un salvaje apareció en el umbral.

¡Un salvaje! Así se llama todavía en el Canadá a los indios, hasta en los actos oficiales, como llaman también *sauvageneses* a sus mujeres, que, llevan el nombre de *squaw* en lengua iroquesa o hurona.

Aquel salvaje era un hurón de pura raza; esto se conocía en su cara imberbe, en sus salientes y cuadrados pómulos y en sus ojos pequeños y vivos. Su alta estatura, su mirada penetrante, el color de su piel y la disposición de su cabellera, formaban el tipo perfecto de los indígenas del Oeste de América.

Si bien es cierto que los indios han conservado las costumbres de las antiguas tribus, el hábito de aglomerarse en sus pueblos, una tenaz pretensión en reservarse ciertos privilegios que no les niega la autoridad, y una propensión natural a vivir apartados de las *caras pálidas*, lo es también que se han *modernizado* algún tanto, sobre todo en cuanto al vestido, y solamente en ciertas circunstancias es cuando visten todavía su traje de guerra.

El hurón que acababa de presentarse en la puerta del cortijo vestía, poco más o menos, según la moda canadiense, y pertenecía a la tribu de los Mahogannis, que ocupaba un pueblo de mil cuatrocientos a mil quinientos fuegos en el Norte del condado. Esta tribu, lo hemos dicho ya, tenía ciertas relaciones con el cortijero de Chipogán, que recibía siempre con mucha cordialidad a los que se presentaban en su casa.

-¡Eh! ¿Qué se os ofrece, hurón? exclamó el cortijero, cuando el indio, después de acercarse, le dio con toda solemnidad el tradicional apretón de mano.

-Tomás Harcher se servirá, sin duda, responder a la pregunta que voy a hacerle, replicó el hurón, con esa voz gutural peculiar a los de su raza.

-No tengo inconveniente en hacerlo así, contestó Tomás, si mi respuesta puede interesaros.

-Mi hermano me escuchará, y hará después lo que más le convenga.

Esa forma de lenguaje, en que el salvaje no hablaba si no en tercera persona, su aire digno y su actitud para pedir, probablemente, un informe de los más sencillos, bastaban para conocer en él uno de los descendientes de las cuatro grandes naciones que poseían en otros tiempos el territorio del Norte de América, que se dividían entonces en Algonquines, Hurones, Montagnais e Iroqueses, que comprendían estas diversas tribus: Mohawks, Oneidas, Onondagas, Tuscaroras, Delawares, Mohicanes, que se ven figurar más particularmente en los relatos de Fenimore Cooper. En la

actualidad no quedan más que algunos restos diseminados de aquellas antiguas razas.

Después de un instante de silencio, el indio, dando a su gesto una amplitud característica, tomó de nuevo la palabra.

-Según se nos ha dicho, mi hermano conoce al notario Nicolás Sagamore, de Montreal.

-Tengo ese honor, hurón.

-¿No debe venir aquí un día de éstos?

-En verdad que sí.

-¿Podría decirme mi hermano si ha llegado ya?

-Todavía no, respondió Tomás Harcher. No le esperamos hasta mañana, para hacer el contrato de boda de mi hija, Rosa y de Bernardo Miquelon.

-Doy las gracias a mi hermano por sus informes.

-¿Tenéis alguna comunicación importante que hacer al Sr. Nick?

-Muy importante, respondió el hurón. Mañana los guerreros de la tribu saldrán de Walhatta y vendrán a hacerle una visita.

-Siempre seréis bien recibidos en el cortijo de Chipogán, respondió Tomás Harcher.

Después de apretar de nuevo la mano del cortijero, el hurón se retiró con gravedad.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora desde que el indio se marchó, cuando la puerta se abrió de nuevo. Esta vez era Juan el que llegaba, y su presencia fue acogida por unánimes gritos de alegría.

Tomás, Catalina, sus hijos y sus nietos se precipitaron al encuentro del joven, que necesitó algún tiempo para respon-

der a los agasajos de toda esa buena gente, tan feliz en volverle a ver. Los apretones de manos y los abrazos duraron más de cinco minutos.

Como la hora apremiaba, el señor de Vaudreuil, Clary y Juan no pudieron decirse más que unas cuantas palabras; pero puesto que habían de pasar tres días juntos en el cortijo, tendrían tiempo sobrado para hablar de sus negocios.

Tomás Harcher y su mujer tenían mucha prisa para ir a la iglesia, porque el señor cura había esperado ya bastante, y puesto que el padrino y la madrina estaban ya reunidos, no había que demorar la partida.

-¡En marcha, en marcha! gritaba Catalina, que iba de uno a otro, riñendo y mandando a la vez. Vamos, hijo mío, dijo a Juan ofrece el brazo a la señorita Clary. ¿Y Tomás? ¡En dónde está Tomás... ¡Nunca acaba!... ¡Tomás!...

-¡Ya estoy aquí, mujer!

-¿Llevarás tú el niño?

-Está convenido.

-¡Cuidado con dejarle caer!

-¡No tengas miedo! He llevado ya veinticinco al señor cura; por consiguiente, tengo costumbre...

-¡Está bien! dijo Catalina cortándole la palabra. ¡En marcha!

La comitiva salió del cortijo en el orden siguiente: Tomás Harcher iba delante con el niño en brazos y Catalina a su lado; el señor de Vaudreuil, su hija y Juan, los seguían; detrás de éstos, la familia entera, que comprendía tres generaciones, en las que las edades estaban de tal modo entremezcladas, que el niño que iban a bautizar tenía ya entre

los hijos de sus hermanos o hermanas cierto número de sobrinos y sobrinas de mucha más edad que él.

El tiempo era bastante hermoso; sin embargo, en esa época del año la temperatura hubiese sido bastante baja si, en un cielo sin nubes, el sol no hubiera enviado a la tierra sus cálidos rayos.

La comitiva penetró por debajo de los árboles en un sinuoso sendero, en cuyo final se divisaban las puntas del campanario de la iglesia. Una alfombra de hojas secas cubría el suelo, y los colores tan variados del otoño se mezclaban en la cima de los castaños, los abedules, los robles, los olmos y los álamos, que mostraban en parte sus desnudas ramas entre los juncos, que conservaban sus verdes, penachos.

Durante el trayecto, algunos arrendadores de las cercanías, amigos de Tomás, se fueron uniendo a la familia; las filas engrosaban cada vez más, y seguramente que no bajarían de cien personas las que llegaron a la iglesia, porque además de los mencionados, algunos forasteros, bien sea por curiosidad o porque no tuvieran otra cosa que hacer, siguieron la comitiva para ver aquel bautizo.

Pedro Harcher fijó su atención en uno de éstos, cuya actitud le pareció sospechosa, pues estaba cierto de que ese intruso no era del país, no habiéndole visto nunca, y hasta se le figuró que procuraba grabar en su memoria la fisonomía de los habitantes del cortijo; tanta era la fijeza con que los miraba.

Pedro no se equivocaba, y tenía mucha razón en desconfiar de aquel hombre, que era nada menos que uno de los

polizontes que habían recibido la orden de vigilar al señor de Vaudreuil desde su salida de la villa Montcalm.

Rip, lanzado sobre la pista de Juan-Sin-Nombre, que se suponía oculto en los alrededores de Montreal, había destacado a este agente con expreso mandato de vigilar, no solamente al señor de Vaudreuil, sino también a todos los miembros de la familia Harcher, muy conocida por sus opiniones reformistas.

El señor de Vaudreuil, su hija y Juan, que marchaban al lado unos de otros, conversaban respecto al retraso que éste había sufrido para llegar al cortijo.

-Hemos sabido por Pedro, dijo Clary, que le habéis dejado para ir a visitar a Chambly y a las parroquias circunvecinas.

-Así es, en efecto, respondió Juan.

-¿Llegáis directamente de ese punto?

-No; he tenido que ir al condado de San Jacinto, de donde no he podido volver tan pronto como hubiese querido, porque he tenido que dar un rodeo por la frontera...

-¿Los agentes habían acaso encontrado vuestras huellas? preguntó el señor de Vaudreuil.

-Sí, respondió Juan; pero he podido, sin gran trabajo, hacérselas perder una vez más.

-Cada hora de vuestra vida encierra un peligro, repuso la señorita de Vaudreuil; ni un solo instante vuestros amigos dejan de temblar por vos; desde que habéis dejado la villa Montcalm nuestras inquietudes han sido continuas.

-Ese es el motivo, respondió Juan, que me hace desear concluir cuanto antes con esta existencia que tengo que dis-

putar sin cesar al enemigo, para obrar con él frente a frente. ¡Sí, es tiempo ya de que principie la lucha; y eso no tardará, os lo aseguro! Pero, en este momento, olvidemos el porvenir por el presente; esto es como una tregua antes de la batalla. Aquí, señor de Vaudreuil, no soy más que el hijo adoptivo de esta buena y honrada familia.

La comitiva había llegado, y apenas bastaría la iglesia para contener toda la gente que había seguido a la familia Harcher.

El párroco estaba de pie en el umbral, cerca de la modesta pila que servía para las ceremonias bautismales de los innumerables recién nacidos de la parroquia.

Tomás Harcher presentó, no sin cierto orgullo, al vigésimosexto retoño, nacido de su matrimonio con la no menos orgullosa Catalina.

Clary de Vaudreuil y Juan se colocaron uno al lado del otro para sostener al niño mientras que el cura le ungía.

-¿Cómo ha de llamarse?... pregunté.

-Juan, como su padrino, respondió Tomás Harcher, tendiendo la mano al joven.

Tenemos que hacer constar que las costumbres francesas de antaño se conservan todavía en las ciudades y pueblos de las provincias canadienses, y particularmente en las parroquias rurales; el único sueldo que percibe el clero católico es el diezmo, que se compone de la vigésimasexta parte de todos los frutos de la tierra. Y a consecuencia de una tradición curiosa y enternecedora a la vez, no es solamente de las cosechas de lo que se extrae ese diezmo.

Así es que Tomás Harcher no se admiró cuando, acabada la ceremonia, el cura dijo en voz alta:

-Este niño pertenece a la Iglesia, Tomás Harcher; si bien es el ahijado del padrino y de la madrina que habéis escogido, es también mi pupilo. ¿No son los hijos la cosecha del matrimonio? Pues bien; lo mismo que me da la vigésimasexta gavilla de trigo, pertenece también a la Iglesia vuestro vigésimosexto hijo.

-Reconocemos su derecho, señor cura, respondió Tomás Harcher, y mi mujer y yo nos sometemos de buen grado a su voluntad.

Llevaron entonces al niño a la casa rectoral, en donde le recibieron con gran alegría.

Conforme a la tradición del diezmo, el pequeño Juan pertenecía a la iglesia, y, por lo tanto, los gastos de su crianza y de su educación eran de cuenta de la parroquia.

Y cuando la comitiva se puso de nuevo en camino para volver al cortijo de Chipogán, los gritos de júbilo retumbaron a centenares en honor de Tomás y de Catalina Harcher.

V

EL ÚLTIMO DE LOS SAGAMORES

A primera hora del siguiente día una nueva comitiva salió del cortijo para ir a la iglesia, observándose el mismo recogimiento a la ida y la misma alegría a la vuelta.

Los adolescentes Clemente y Cecilia Harcher, el primero con su traje negro, que le hacía parecer un hombrecito, y la segunda con su vestido blanco que le daba apariencia de novia, figuraban entre los niños de los cercanos cortijos que iban a hacer su primera comunión. Si los demás habitantes no eran tan ricos en progenitura como Tomás Harcher, tenían, sin embargo, un número muy respetable de retoños. El condado de Laprairie era, en verdad, bendito por el Señor, y hubiera podido luchar, en cuanto a la fecundidad de sus mujeres, con los pueblos de Nueva Escocia.

Aquel día Pedro no vio al forastero, cuya presencia la víspera le había causado cierta inquietud. En efecto, aquel agente se había marchado. ¿Habría sospechado algo respecto a Juan? ¿Habría ido a dar cuenta al jefe de la policía de Montreal? Pronto se sabría sin duda.

Cuando la familia estuvo de vuelta en el cortijo, no tuvo más que sentarse para almorzar, pues todo estaba pronto, merced a las múltiples amonestaciones que Tomás Harcher había recibido de Catalina. El cortijero había tenido que ocuparse sucesivamente de la mesa, de la despensa, de la cueva y de la cocina; se entiende, con ayuda de sus hijos, que tuvieron su buena parte en los regaños maternos.

-¡Bueno es que se acostumbren! solía decir Catalina. Cuando se casen sabrán lo que tienen que hacer.

-¡Excelente aprendizaje, en verdad!

Pero si tanto habían tenido que hacer para el almuerzo de aquel día, ¿qué sería para la comida del siguiente? Sería necesario poner una mesa para cien convidados, por lo menos, contando con los parientes y amigos del novio, y no olvidando tampoco al notario Nick y a su segundo pasante, que se esperaban para la firma del contrato.

Sería una boda sin igual, en la que Tomás pretendía rivalizar con el arrendador Camacho, de cervantesca memoria.

Pero eso se quedaba para el otro día, pues en el presente no se trataba mas que de hacer buena acogida al notario, que uno de los hijos Harcher tenía que ir a buscar a Laprairie a las tres en punto, con el *buggie* de familia.

A propósito del Sr. Nick, Catalina, creyó de su deber recordar a su marido que aquel tenia muy buen apetito y que era a la vez muy delicado para comer, que por consiguiente no entendía (esa era su manera de amonestar a su gente), que no entendía que el bueno del notario no estuviese servido a medida de sus deseos.

-¡Descuida! respondió el cortijero; puedes estar tranquila mi buena Catalina.

-No lo estoy del todo, respondió la matrona, ni lo estaré hasta que acaben las fiestas, porque en el último momento siempre falta algo, y no lo entiendo así.

Tomás Harcher se fue a sus quehaceres repitiendo:

-¡Tengo una excelente mujer!... ¡Algo machacona tal vez! ¡No entiendo esto!... ¡No entiende lo otro!... Y, sin embargo, no es sorda.

Desde la víspera el señor de Vaudreuil y Clary habían conversado largo tiempo con Juan respecto a su viaje a través de los condados del Bajo Canadá, y a su vez el joven patriota había sido puesto al corriente de lo que el Comité de Montcalm había hecho desde su partida. Andrés Farran, William Clerc y Vicente Hodge habían vuelto con frecuencia a la villa Montcalm, en donde el señor de Vaudreuil recibió también la visita de Sebastián Gramont, el abogado. Después éste habíase vuelto a Quebec para reunirse con los principales diputados de la oposición.

Después del almuerzo, que fue servido a la vuelta de la iglesia, el señor de Vaudreuil quiso aprovechar la salida del coche que iba en busca del notario para irse a la ciudad a conferenciar con el presidente del Comité de Laprairie, volviendo con el Sr. Nick para la firma del contrato de boda.

La señorita de Vaudreuil y Juan le acompañaron por ese bonito camino de Chipogán, sombreado por altísimos olmos, y que sigue por la orilla de un riachuelo de hermosa corriente, que es tributario del San Lorenzo.

Anduvieron así media legua, siendo alcanzados por el *buggie*, en el que subió el señor de Vaudreuil al lado de Pedro Harcher, y el vehículo desapareció pronto al trote rápido de los caballos.

Juan y Clary volvieron entonces sobre sus pasos a través de los bosques umbríos y tranquilos, cuyos árboles estaban agrupados en la ribera. Nada estorbaba su marcha, pues las malezas y las ramitas de los matorrales en los bosques canadienses, en vez de arrastrarse por el suelo siempre crecen en línea recta. De cuando en cuando el hacha de un leñador retumbaba al pegar contra el tronco de añosos árboles; algunos tiros se dejaban oír a lo lejos, o aparecían algunos gamos huyendo de los cazadores; pero ni éstos ni los leñadores salían de la espesura, y en medio de una soledad profunda la señorita de Vaudreuil y Juan caminaban hacia el cortijo.

Pronto iban a separarse... ¿En qué sitio volverían a verse? El corazón de ambos jóvenes se apretaba pensando en su próxima separación.

-¿No pensáis volver a la villa Montcalm? preguntó Clary.

-La casa del señor de Vaudreuil debe de ser objeto de particular vigilancia, respondió Juan, y, en su mismo interés, más vale que nuestras relaciones queden ignoradas.

-Sin embargo, podéis encontrar un asilo en Montcalm...

-No; más fácil es burlar las persecuciones en medio de una gran ciudad, y en ese caso más seguridad me ofrecerían las casas de Vicente Hodge, de Andrés Farran o de William Clerc, que la villa Montcalm...

-¡Pero no mejor acogida! replicó la joven.

-Lo sé, y nunca olvidaré que durante los pocos días que he pasado a vuestro lado, el señor de Vaudreuil y vos, señorita, me habéis tratado como hijo y como hermano.

-Hemos cumplido con un deber sagrado, respondió Clary. ¡Estar unidos por un mismo sentimiento patriótico es estarlo también por la sangre! Hasta me parece que siempre habéis formado parte de mi familia. Y ahora, si estáis solo en el mundo...

-¡Solo en el mundo! repitió Juan inclinando la cabeza. ¡Sí, solo... solo!...

-Pues bien; después del triunfo de nuestra causa, nuestra morada será la vuestra. Mientras no llegue ese dichoso día, comprendo que busquéis un retiro más seguro que Montcalm; lo encontrareis con seguridad, porque ¿cuál es el canadiense que no abriría su puerta a un proscrito?...

-Ninguno es capaz de tal cosa, lo sé, replicó Juan; ninguno tampoco sería capaz de venderme...

-¡Venderos! exclamó la señorita de Vaudreuil. ¡No!... ¡El tiempo de las traiciones se acabó! ¡Ya no se encuentra en todo el Canadá ni un Black ni un Simón Morgaz!...

Este nombre, pronunciado con horror, hizo subir el rubor de la vergüenza a la frente del joven, que tuvo que volver la cabeza para ocultar su turbación.

Clary de Vaudreuil de nada se enteró; pero al fijar después su mirada en el rostro de su compañero, vio que expresaba un sufrimiento tan grande, que le dijo llena de solícita inquietud:

-¡Dios mío!... ¿Qué tenéis?

-¡Nada... no es nada! respondió Juan. Palpitaciones que me atacan alguna que otra vez..., y durante las que parece que mi corazón va a estallar... Pero ya se acabó.

Clary le miró fijamente, como para leer hasta el fondo de su pensamiento.

El joven repuso entonces, para mudar el curso de una conversación tan dolorosa para él:

-Lo más prudente será refugiarme en un pueblo de uno de los condados más cercanos, desde el que seguir comunicándome con el señor de Vaudreuil y sus amigos.

-Sin alejaros mucho de Montreal, sir embargo, dijo Clary.

-No, pues es muy probable que la insurrección principie en las parroquias próximas a esa ciudad. Y, además, poco importa adónde vaya yo.

-El cortijo de Chipogán puede ser que sea para vos el asilo más seguro, repuso Clary.

-¡Sí... tal vez!...

-Sería difícil descubrir vuestro retiro en medio de la numerosa familia de nuestro arrendador...

-Sin duda; pero si por desgracia esto sucediera, podrían resultar de ello graves consecuencias para Tomás Hacher. ¡Ignora, que yo soy Juan-Sin-Nombre, cuya cabeza está pregonada!...

-¿Creéis, pues, replicó Clary con viveza, que si lo supiera titubearía?...

-No, no, repuso Juan. Sus hijos y él son buenos patriotas; los tengo bien probados durante nuestra campaña de propaganda. Pero no quisiera que Tomás Harcher fuese víc-

tima de su afecto por mí, y si la policía me encontrara en su casa, le apresaría. Pues bien, no: me entregaría antes.

-¡Entregaros! murmuró Clary con una voz que expresaba dolorosamente lo que pasaba en su alma.

Juan bajó la cabeza, porque comprendía demasiado bien de que naturaleza era el sentimiento a que se entregaba a pesar suyo, y el lazo que le unía más y más a Clary de Vaudreuil. Y, sin embargo, ¿podía él amar a aquella joven? ¡El amor de un hijo de Simón Morgaz! ¡Qué oprobio! ¡Y qué traición también, puesto que no le había dicho a que familia pertenecía!... ¡No!... ¡Era preciso huir, no volverla a ver jamás!... Y cuando fue dueño de sí mismo, dijo:

-Mañana, durante la noche, abandonaré el cortijo de Chipogán y no volveré a aparecer hasta la hora de la lucha. ¡Entonces ya no tendré que ocultarme!

La cara de Juan, que se había animado un instante, tomó de nuevo su calma habitual.

Clary le miraba con una indefinible expresión de tristeza. Hubiera querido conocer mejor la vida del joven patriota. Pero ¿cómo interrogarle sin herirle, tal vez, con alguna pregunta indiscreta?

Sin embargo, después de tenderle la mano, que él apenas rozó con la suya, le dijo:

-Juan, perdonadme si mi simpatía para vos me hace abandonar una reserva que debiera guardar. Existe un misterio en vuestra vida, un pasado lleno de desgracias... ¡Juan, habéis sufrido mucho!...

-¡Muchísimo! respondió el joven.

Y como si esta confesión hubiera sido involuntaria, añadió en seguida:

-¡Sí, mucho he sufrido, puesto que todavía no he podido hacer a mi país todo el bien que tiene derecho a esperar de mí!

-¡El derecho de esperar de vos!... replicó la señorita de Vaudreuil. ¡El derecho de esperar de vos!...

-Sí, de mí, replicó Juan, como de todos los canadienses, cuyo deber es sacrificarse para devolver a su país su perdida independencia.

La joven comprendió cuántas angustias se ocultaban en ese arranque de patriotismo. Hubiera querido conocerlas, participar de ellas, para suavizarlas tal vez. Pero ¿qué podía hacer ella, persistiendo Juan en no responder más que con evasivas?

Sin embargo, Clary creyó poder añadir, sin faltar a la reserva que le imponía la situación del joven:

-Juan, tengo la esperanza de que la causa nacional obtendrá el triunfo.

Ese triunfo lo deberá, sobre todo, a vuestros sacrificios, a vuestro valor y al ardor que habéis sabido inspirar a sus partidarios. Entonces tendréis derecho a su agradecimiento.

-¡Su agradecimiento, Clary de Vaudreuil! exclamó Juan alejándose por un brusco movimiento. ¡No, jamás!

-¡Jamás!... Si los franco-canadienses que habréis hecho libres, os piden que seáis su jefe...

-Rehusaré.

-No podréis.

-¡Rehusaré, os digo! repitió Juan con tono tan afirmativo, que Clary se quedó cortada.

Entonces el joven repuso con más dulzura:

-Clary de Vaudreuil, no podemos prever el porvenir; espero, sin embargo, que los acontecimientos favorecerán nuestra causa. Pero lo mejor que pudiera sucederme sería el sucumbir defendiéndola...

-¡Sucumbir vos!... exclamó la joven cuyos ojos se llenaron de lágrimas. ¡Sucumbir Juan!... ¿Y vuestros amigos?

-¡Amigos yo, amigos!

Y su actitud era la de un miserable cubierto de oprobio ante la humanidad entera.

-Juan, repuso la señorita de Vaudreuil; habéis sufrido horriblemente, y sufrís todavía. Y lo que hace vuestra situación más dolorosa es no poder... no... no querer confiaros a nadie, ni siquiera a mí, que tanta parte tomaría en vuestras penas. Pues bien; sabré esperar, y en cambio no os pido más que una cosa, y es que creáis en mi sincera amistad.

-¡Vuestra amistad! murmuró Juan.

Y dio algunos pasos hacia atrás, como si sólo su amistad hubiese podido empañar la honra de la joven.

Sin embargo, ¿no hubiera encontrado en la intimidad de la señorita de Vaudreuil los únicos consuelos que le hubieran ayudado a soportar el peso de su horrible existencia? Durante el poco tiempo que había pasado en la villa Montcalm, su corazón se había sentido invadido por esa ardiente simpatía que inspiraba a la joven, y que él experimentaba para ella. ¡Pero no! ¡Era imposible, desgraciado! Si algún día Clary llegara a saber de quién era hijo... ¡le rechazaría horrorizada!

¡Un Morgaz! No le quedaba más recurso que hacer lo que había dicho a su madre en el caso en que Joann y él sobreviviesen a esta última tentativa: desaparecer. ¡Sí! Después de cumplir con su deber, la deshonrada familia se iría lejos; tan lejos, que jamás se volvería a oír hablar de ella. Silenciosa y tristemente, Clary y Juan volvieron al cortijo.

A eso de las cuatro de la tarde, un gran tumulto se oyó delante de la puerta del patio; era el coche que volvía, saludado por los gritos de alegría de los convidados; en él veníani, con el señor de Vaudreuil, el notario y su joven pasante.

¡Qué recibimiento se hizo al amable notario de Montreal! Acogida en verdad de que era merecedor; tan felices eran por su visita en el cortijo de Chipogán.

-¡Felices días, Sr. Nick, muy felices! exclamaban los hijos mayores, mientras que los medianos le daban abrazos y los pequeños se agarraban a sus piernas.

-Si, amigos míos, yo soy, dijo sonriendo; yo en cuerpo y alma. Pero haya calma; no es necesario romper mi traje, para aseguraros de mi identidad.

-¡Vamos, chiquillos, basta ya! exclamó Catalina.

-En verdad que estoy encantado de veros y de verme también en casa de mi querido cliente Tomás Harcher.

-Señor Nick, ¡qué bueno sois! os agradezco infinito el haberos incomodado para venir aquí, respondió el cortijero.

-¡Bah! De más lejos hubiera venido si hubiese sido necesario, hasta de más allá del fin del mundo, del sol, de las estrellas. ¡Sí, Tomás, de las estrellas!

-Es demasiado honor para nosotros, señor Nick, dijo Catalina, indicando a sus once hijas que hicieran una reverencia.

-Y para mí un placer. ¡Ah, señora Catalina, os conserváis siempre hermosa!... Veamos. ¿Cuándo dejaréis de rejuvenecer?

-¡Nunca, nunca! exclamaron a una los quince hijos de la arrendadora.

-Es preciso que os dé un abrazo, señora Catalina, repuso el Jovial notario: ¿Me lo permitís? dijo a Tomás después de haber aplicado dos sonoros besos en las mejillas de su vigorosa esposa.

-Todos los que queráis, respondió el cortijero, y más aún, si así os place.

-Ahora te toca A ti, Lionel, dijo el señor Nick dirigiéndose a su pasante. Abraza a la señora Catalina.

-Con mucho gusto, respondió el joven, que recibió dos abrazos a cambio del suyo.

-Vaya, repuso el notario, espero que será muy alegre la boda de la encantadora Rosita, que tantas veces he tenido en mis rodillas cuando era niña. ¿En dónde está?

-Aquí estoy, Sr. Nick, respondió la joven, rebosando salud y buen humor.

-Sí, en verdad, es encantadora, repitió el notario; demasiado encantadora para que no la bese en ambos carrillos, dignos del nombre que lleva.

Y así lo hizo; pero esta vez con gran pesar de Lionel, que no fue invitado a participar de esa buena suerte.

-¿En dónde está el novio? preguntó entonces el Sr. Nick. ¿Habrá olvidado acaso que se firma hoy el contrato? ¿Dónde está el novio, dónde está?

-Presente, respondió Bernardo Miquelon.

-¡Ah, hermoso muchacho! ¡Bien plantado, exclamó. De buena gana le abrazaría también para concluir...

-Hacedlo, si así os place, Sr. Nick, respondió el joven abriendo los brazos.

-Bueno, respondió el notario sacudiendo la cabeza; me parece que Bernardo Miquelon tendrá más placer en recibir un abrazo de Rosita que dos de los míos. Por lo tanto, muchacha, abraza muy fuerte a tu futuro marido, de mi parte.

Lo que Rosa, algo confusa, hizo con aplauso de toda la familia.

-¡Eh! Ahora que me acuerdo, exclamó Catalina. Debéis necesitar tomar algo, señor Nick, y vuestro pasante también.

-Tengo mucha sed, mi buena Catalina.

-Muchísima es la mía también, añadió Lionel.

-Vamos, Tomás, ¿qué haces ahí mirándonos? Corre a la despensa y trae un buen *toddy* para el Sr. Nick y otro para ese joven. ¡Habré de decírtelo otra vez!...

No; una sola bastaba, pues el cortijero echó a correr hacia la despensa, seguido de dos o tres de sus hijas.

Mientras preparaban el refresco, el señor Nick, que acababa de ver a Clary de Vaudreuil, se acercó a ella.

-Querida señorita, la dijo, en la última visita que os hice en Montcalm, nos citamos para el cortijo de Chipogán, y soy en extremo feliz...

La frase del notario fue interrumpida por una exclamación de Lionel, cuya sorpresa era muy natural, porque se encontró de pronto enfrente del joven desconocido que algunas semanas antes había acogido con tanta benevolencia sus ensayos poéticos.

-Si no me equivoco, sois el señor... el señor... repetía.

El señor de Vaudreuil y Clary es miraron, dominados por viva inquietud. ¿Cómo era que Lionel conocía a Juan? Y si lo conocía, ¿sabría acaso lo que la familia Harcher ignoraba todavía, es decir, que aquel huésped del cortijo de Chipogán fuese Juan-Sin-Nombre, perseguido por los agentes de Gilberto Argall?

-En efecto, dijo el notario volviéndose hacia el joven patriota. Os reconozco, caballero, hemos viajado juntos al principio del mes de Septiembre, un día que mi pasante y yo tomamos el coche para irnos a la villa Montcalm.

-No os equivocáis, Sr. Nick, respondió Juan; y con mucho gusto, creedlo, os vuelvo a ver aquí, en compañía de nuestro joven poeta...

-¡Cuya poesía ha sido premiada con una mención honorífica por la Lira Amical! exclamó el notario. Tengo decididamente la honra de poseer en mi estudio un poeta para emborronar mis actas.

-Recibid mi más cumplida enhorabuena, mi joven amigo, dijo Juan. No he olvidado vuestro encantador estribillo:

Nacer contigo, loquilla llama;
morir contigo, fuego fatuo.

-¡Ah! ¡Mil gracias, caballero! respondió Lionel, muy orgulloso por los elogios que le valían esos dos versos, impresos en la memoria de un inteligente.

Oyendo este cambio de corteses palabras, el señor y la señorita de Vaudreuil se tranquilizaron respecto al joven proscrito.

El notario les refirió entonces en qué circunstancias se habían encontrado en el camino de Montreal a la isla de Jesús. Juan fue presentado como hijo adoptivo de la familia Harcher, y la explicación acabó con sendos apretones de manos por ambas partes.

Catalina seguía gritando con voz imperiosa:

-¡Vamos, Tomás, vamos!... ¿Acabarás? ¿Cuándo vas a traer esos dos *toddys*?... ¿Quieres que el Sr. Nick y el joven Lionel se mueran de sed?

-Ya voy, Catalina, ya voy, respondió el cortijero. No te impacientes, mujer.

Y Tomás, apareciendo en el umbral, invitó al notario a pasar al comedor.

Si el Sr. Nick no se hizo rogar, tampoco Lionel.

Ambos tomaron asiento en la mesa, provista de bonitas tazas y de servilletas de sin igual blancura, refrescaron con el *toddy*, agradable bebida compuesta de ginebra, azúcar y canela, a la que acompañaban dos soberbias tostadas. Este piscolabis les permitiría esperar la hora de la comida.

Después, cada cual se ocupó de los últimos preparativos para la gran fiesta del siguiente día, que daría que hablar mucho tiempo, sin duda, en el cortijo de Chipogán.

El notario iba de uno a otro, teniendo una palabra amable para cada cual, mientras el señor de Vaudreuil, Clary y Juan hablaban de cosas más serias, paseándose debajo de los árboles del jardín.

A las cinco de la tarde, parientes y convidados se reunieron en la gran sala para la firma del contrato de boda. No tenemos por qué decir que el Sr. Nick era quien iba a presidir esa importante ceremonia, en la que desplegaría toda la dignidad y gracia notarial de que era capaz.

En aquel momento, diversos regalos fueron entregados a los futuros esposos, pues todos los hermanos y cuñados habían comprado algo en provecho de Rosa Harcher y de Bernardo Miquelon. Tanto las alhajas como los utensilios para uso más práctico, bastarían con seguridad para empezar la vida matrimonial. Además, aun cuando Rosa sería en adelante la señora de Miquelon, no por eso pensaba en dejar el cortijo. Bernardo y los hijos, que seguramente no faltarían, era un nuevo personal que sería bien acogido en la morada de los Harcher.

Los presentes de más valor fueron ofrecidos por el señor y la señorita de Vaudreuil. Para Bernardo Miquelon, una carabina de caza que hubiera podido rivalizar con el arma favorita de Media de Cuero, y para Rosita, un collar que la hizo parecer más encantadora todavía.

En cuanto a Juan, entregó a la hermana de sus bravos compañeros un cofrecillo provisto de todos esos finos enseres de costura, de bordar en blanco y en tapicería, que hacen las delicias de una mujer trabajadora.

Y a cada nuevo regalo los gritos de sorpresa se unían a los aplausos que retumbaban en la sala, y que llegaron a su colmo cuando el Sr. Nick colocó solemnemente en el dedo de los novios el anillo de desposados, que él había comprado en casa del mejor joyero de Montreal, y cuyo círculo de oro llevaba grabado el nombre de Rosa y de Bernardo.

Después leyó el contrato en alta o inteligible voz; como se dice en estilo notarial. Los concurrentes se enternecieron algún tanto cuando el Sr. Nick dio parte de que el señor de Vaudreuil, para demostrar su afecto a Tomás Harcher, y en recompensa de sus buenos servicios, añadía una suma de quinientas piastras al dote de la novia.

¡Quinientas piastras cuando, medio siglo antes, una joven provista de un dote de cincuenta pesetas pasaba en las provincias canadienses por un magnifico partido!

-Ahora, mis buenos amigos, dijo el notario, vamos a proceder a la firma del contrato; los novios los primeros, después los padres, luego el señor, de Vaudreuil y su hija; los demás...

-Todos, todos firmaremos, exclamaron con tal alboroto, que el Sr. Nick se quedó ensordecido:

Y entonces, grandes y pequeños, parientes y amigos, fueron uno tras otro a poner su rúbrica en el acta que aseguraba el porvenir de los jóvenes cónyuges.

Esto necesitó bastante tiempo, pues además de las familias de los contrayentes, bastante numerosas, los que pasaban por delante del cortijo, atraídos por la algazara, entraban y firmaban también el acta, a la que sería preciso añadir pliegos sin fin, por poco que aquello continuase. ¿Y

por qué no hubiera acudido todo el pueblo en masa, y también todo el condado, puesto que Tomás Harcher ofrecía a la elección de los firmantes las bebidas más variadas, *cok-tails, vight caps, tom-jerries, hot-scotchs*, y sobre todo ese *whisky* que corre tan naturalmente por las gargantas canadienses, como el San Lorenzo hacia el Atlántico?

El Sr. Nick se preguntaba, pues, cuándo acabaría la ceremonia, lo cual no era impedimento para que ese hombre dignísimo y en extremo alegre, dirigiese una broma a cada cual mientras que Lionel pasaba la pluma de uno a otro, haciendo observar que pronto habría que tomar una nueva, pues aquella se usaba con la interminable firma, que se alargaba más y más.

-¿No hay más? preguntó el Sr. Nick.

-Aún quedan por firmar, exclamó Pedro Harcher, que habíase adelantado hasta el umbral para ver si pasaba alguien por el camino.

-¿Quién viene todavía? preguntó el notario.

-Una tribu de hurones.

-¡Que entren, que entren! replicó el señor Nick. Sus firmas honrarán a los novios. ¡Qué contrato, amigos míos, qué contrato! ¡Centenares he escrito durante mi vida, pero ninguno ha reunido en su última hoja el nombre de tanta buena gente!

En aquel momento los salvajes aparecieron y fueron acogidos por alegres gritos de bienvenida. No fue necesario invitarlos para qué entrasen en el patio, porque allí era adonde venían, en número de unos cincuenta entre hombres y mujeres. Entre ellos, Tomás Harcher conoció al que se había

presentado la víspera para preguntar si el Sr. Nick se hallaba en el cortijo.

¿Por qué habían salido aquellos hurones de Walhatta, su pueblo? ¿Por qué venían con gran ceremonia a visitar al notario de Montreal?

Era por un motivo de suma importancia, que pronto conoceremos.

Estos hurones ostentaban su traje de guerra, cosa que no hacen sino en ocasiones solemnes. Su cabeza iba adornada con plumas multicolores; sus largos y espesos cabellos flotaban sobre sus hombros, de los que caía el manto de lana de vivísimos colores; llevaban en el torso una casaca de piel de gamo, y los pies envueltos en cuero original; todos iban armados con esos largos fusiles que, desde hace muchos años, han reemplazado en las tribus indias al arco y la flecha de sus antepasados. Pero, sin embargo, el hacha tradicional, el tomahawk de guerra, pendía siempre de la correa de fibra de corteza de árbol que les ceñía la cintura.

Además, un detalle que acentuaba, todavía más la gravedad del asunto que los traía al cortijo de Chipogán, es que una capa de pintura fresca aún cubría su rostro. El azul, el negro de humo y el bermellón ponían un extraño relieve a su nariz aguileña, a su boca grande, adornada con dos filas de dientes encorvados y regulares, a sus pómulos salientes y cuadrados, a sus ojos pequeños y vivos, cuya negra órbita relucía como una brasa.

A esta comisión de la tribu se habían unido algunas mujeres de Walhatta, sin duda las más jóvenes y lindas entre las Mahogannias. Estas *squaws* llevaban un corpiño de tela

bordada, cuyas mangas dejaban en descubierto el antebrazo; una falda de deslumbrantes colores y *mitasses* en cuero de caribou, guarnecidos de púas de erizo, y atadas en las piernas; y sus pies, cuya pequeñez hubiera podido envidiar una francesa, iban aprisionados en unos suaves *mocassins*, adornados con cuentas de vidrio de diferentes colores.

Estos indios habían doblado, si es posible, el aire de gravedad peculiar en ellos.

Avanzaron ceremoniosamente hasta el umbral de la sala en que se hallaban el señor y la señorita de Vaudreuil, el notario, Tomás y Catalina Harcher, mientras que los demás concurrentes se amontonaban en el patio.

Y entonces el que parecía jefe de esa tropa, un hurón de alta estatura, de unos cincuenta años de edad, teniendo en la mano una capa da fabricación indígena, dijo con voz grave al arrendador:

-¿Nicolás Sagamore está en el cortijo de Chipogán?

-Está, respondió Tomás Harcher.

-¡Aquí estoy! exclamó el notario, muy sorprendido por aquella visita hecha a su persona.

El hurón se volvió entonces hacia él, levantó fieramente la cabeza, y con tono todavía más imponente dijo:

-¡El jefe de nuestra tribu acaba de ser llamado por el gran Wacondah, el Mitsimanitou de nuestros padres! ¡Cinco lunas hace ya que recorre los felices territorios de las cacerías! ¡El heredero directo de su sangre es ahora Nicolás, el último de los Sagamores, y a él pertenece en adelante el derecho de enterrar el *tomahawk* de paz o de desenterrar el hacha de guerra!

Un largo silencio, producido por la estupefacción, acogió esta inesperada arenga. Bien se sabía en el país que el señor Nick era hurón de origen, y que descendía de los grandes jefes de la tribu de los Mahogannis; pero nadie, hubiera podido figurarse nunca, y él menos que nadie, que el orden hereditario le llamase para tomar el mando de una tribu india.

En medio del silencio, que ninguno de los presentes se había atrevido a interrumpir, el indio prosiguió en estos términos:

-¿Cuándo querrá mi hermano venir a sentarse al fuego del Gran Consejo de su tribu, revistiéndose con el manto tradicional de sus antepasados?

El que llevaba la palabra en nombre de la Comisión no dudaba, en modo alguno, de que aceptara el notario de Montreal el mando que se le ofrecía, y lo presentaba el manto mahoganni.

Y como el Sr. Nick, no sabiendo lo que le pasaba, no se decidía a contestar, se oyó una exclamación, a la que se unieron otras cincuenta a la vez:

-¡Honor! ¡Honor a Nicolás Sagamore!

Lionel, el joven pasante, era el que había dado ese grito de entusiasmo. Estaba orgulloso por lo que la sucedía a su principal, pensando que el brillo de su posición recaería algún tanto sobre sus pasantes, en particular, sobre él; y alegrándose con la idea de que marcharía en adelante al lado del gran jefe de los Mahogannis, no pudo contenerse y vitoreó a su principal.

El señor de Vaudreuil y su hija no pudieron disimular una sonrisa viendo la cara estupefacta del notario. ¡Pobre hombre! Mientras que el cortijero, su mujer, sus hijos y sus amigos le felicitaban sinceramente, no sabía a quién atender.

Entonces el indio preguntó de nuevo, y de un modo que no daba lugar a dudas:

-¿Consiente Nicolás Sagamore en seguir a sus hermanos al *wigwam* de Walhatta?

El Sr. Nick se quedó con la boca abierta, pues de ninguna manera pensaba en dejar su notaría para ir a reinar sobre una tribu hurona, y, por otra parte, no quería herir con una negativa la susceptibilidad de los indios de su misma raza, que le llamaban a tal honra por derecho de sucesión.

-Mahogannis, dijo por fin, yo no esperaba... ¡No soy digno, en verdad!... ¡Comprendedme... amigos míos... no estoy aquí sino como notario!...

Balbuceaba, buscaba las palabras, y no encontraba nada concreto que responder.

Tomás Harcher vino a apoyarle.

-Hurones, dijo: el Sr. Nick es aquí notario, por lo menos hasta que termine la ceremonia del casamiento. Si le conviene después dejar el cortijo de Chipogán para volver con sus hermanos a Walhatta, queda en libertad para hacerlo.

-¡Sí... eso es, después de la boda! exclamaron los concurrentes, que querían a toda costa que se quedara el notario.

El hurón movió suavemente la cabeza, y después de tomar el parecer de los demás diputados, dijo:

-Mi hermano no puede titubear; la sangre de los Mahogannis, que corre por sus venas, le impone derechos y deberes que no querrá desatender...

-¡Derechos... derechos... pase! murmuró el Sr. Nick. ¡Pero deberes!...

-¿Acepta mi hermano? respondió el indio.

-¡Si acepta!... exclamó Lionel: ¡ya lo creo! Y para dar fe de sus sentimientos, es preciso que se revista al instante con el manto real de los Sagamores.

-¡Este imbécil no se callará! repetía entre dientes el notario.

Y con mucho gusto hubiera calmado con un puntapié el entusiasmo intempestivo de su pasante.

El señor de Vaudreuil comprendió que el Sr. Nick no quería más que ganar tiempo; así es que, dirigiéndose al indio, le dijo que, de seguro, el descendiente de los Sagamores no pensaba en sustraerse a los deberes que le imponía su nacimiento, pero que necesitaba algunos días, tal vez algunas semanas, para arreglar sus negocios en Montreal, y que, por lo tanto, no convenía apremiarle.

-Esto es obrar con cordura, respondió el hurón; y puesto que mi hermano acepta, reciba, pues, como prenda de su compromiso, el *tomahawk* del gran jefe, llamado por el Wacondah para cazar en las felices praderas, y que le coloque en su cintura.

EL Sr. Nick tuvo que tomar el arma favorita de las tribus indias, y completamente aturrullado, no teniendo cinturón, se lo colocó en el hombro de un modo lastimoso.

La diputación hizo oír entonces el ¡*hugh*! tradicional de los salvajes de Far-West, especie da aclamación afirmativa, usada en el lenguaje indio.

Aun cuando su principal le pareciera en extremo contrariado por una situación que no daría poco que reír en el colegio de los notarios canadienses, Lionel no cabía en el de alegría, porque su naturaleza poética le hacía entrever que sería llamado un día a celebrar, en versos líricos, los altos hechos de los Mahogannis y el canto de guerra de los Sagamores; sin embargo, le asaltaba el temor de no encontrar un consonante a *tomahawk*.

Los hurones iban a retirarse, aun cuando sintieran que el Sr. Nick, teniendo que llenar sus funciones de notario, no saliera del cortijo con ellos, cuando Catalina tuvo una idea, que no le agradeció seguramente el descendiente de los Sagamores.

-Mahogannis, dijo la buena mujer: una boda es la que nos reúne aquí a parientes y amigos. ¿Queréis quedaros en compañía de vuestro nuevo jefe? Os ofrecemos con gusto la hospitalidad, y mañana tomaréis parte en el festín en que Nicolás Sagamore ocupará el sitio de honor.

Atronadores aplausos estallaron después que Catalina Harcher formuló esta invitación; aplausos que se prolongaron a porfía cuando los indios aceptaron el convite que se les ofrecía con tanta amabilidad.

Tomás Harcher no tenía más que añadir unos cincuenta cubiertos a la mesa; pero esto no ofrecía inconveniente alguno, porque la sala era tan vasta, que bastaba y aun sobraba para contener ese aumento de convidados.

El Sr. Nick, no pudiendo evitarle, tuvo que resignarse y recibir el abrazo de los guerreros de su tribu, que de buena gana hubiera enviado a todos los demonios.

Al anochecer, muchachos y muchachas se pusieron a bailar toda suerte de *gigues*, como se decía entonces en el Canadá, y en particular los corros, acompañados de este alegre estribillo:

Bailemos en redondo,
dondo, dondo;
bailemos en redondo;

y también los *scotch-reelo*, de origen escocés, tan en boga a principios del siglo.

Y de este modo terminó el segundo día de fiesta en el cortijo de Chipogán.

VI

EL FESTÍN

El gran día había llegado ya: el último de las consecutivas fiestas de bautizo; primera comunión y casamiento, que habían llenado de alegría a los hospedados en Chipogán.

El enlace de Rosa Harcher y de Bernardo Miquelon, después de verificarse civilmente por la mañana; se celebraría seguidamente en la iglesia, y por la tarde la comida de boda reuniría a los convidados, cuyo número se había aumentado considerablemente por circunstancias ya conocidas.

Y en verdad que era hora que todo acabara; porque si no, hubiera podido suceder que todos los habitantes del condado de Laprairie, y aun del distrito de Montreal; hubiesen ocupado un sitio en la hospitalaria mesa de Tomás Harcher.

Al día siguiente los invitados se separarían. El señor y la señorita de Vaudreuil volverían a la villa Montcalm; Juan abandonaría el cortijo, para no aparecer ya sino el día en que tuviera que capitanear al partido reformista; en cuanto a sus compañeros del *Champlain*, continuarían con su oficio de

cazadores, corredores de los bosques, que ejercían, como hemos dicho ya, en la estación invernal, esperando la hora de unirse a su hermano adoptivo, mientras que la familia proseguiría los acostumbrados trabajos del cortijo. Los hurones irían a preparar en Walhatta la entrada triunfal de Nicolás Sagamore para el día en que por vez primera éste fuera a fumar el *calumet* en el hogar de sus antepasados.

Según hemos visto ya, el Sr. Nick se hallaba poco satisfecho de los homenajes que se le prodigaban, estando muy decidido a no abandonar su estudio de notario para ocupar el sitio de jefe de tribu; había hablado en este sentido con el señor de Vaudreuil y con Tomás Harcher. El buen hombre estaba de tal modo pasmado por lo que le sucedía, que era muy difícil no reírse de aquella aventura.

-No os riáis así, repetía sin cesar. ¡Bien se conoce que no tenéis vosotros un trono pronto a abrirse bajo vuestros pies!

-Amigo Nick, no hay que tomarlo en serio, respondía el señor de Vaudreuil.

-Dadme un medio para evitarlo.

-Esas buenas gentes no insistirán en sus pretensiones cuando se convenzan de que no os apresuráis a ir al wigwam de los Mahogannis.

-¡Ah, qué poco los conocéis! exclamaba el señor Nick; ¡no insistir ellos! Pues son capaces de ir a buscarme en Montreal... harán demostraciones de que no podré escapar... sitiarán mi puerta... y ¿qué dirá mi vieja Dolly?... ¡Ya veréis cómo concluiré por pasearme con *mocassins* en los pies y con plumas en la cabeza!

Y el excelente notario, que ninguna gana tenía de reír, acababa por participar de la hilaridad de sus interlocutores..

Pero con su pasante sí que se ponía furioso; pues, por pura malicia, Lionel le trataba como si hubiese aceptado formalmente la sucesión del difunto hurón. Ya no le llamaba Sr. Nick, no le hablaba sino en tercera persona, usando el enfático lenguaje de los indios, y según conviene a todos los guerreros de las Praderas, le había dado a escoger entre los apodos de *Cuerno de orinal o de Lagarto sutil*, que bien valían los de halcón o Larga Carabina.

A eso de las once de la mañana se formó en el patio del cortijo la comitiva que debía acompañar a los nuevos esposos a la iglesia, cosa bien digna de inspirar al joven poeta, si la musa de Lionel no le hubiese arrastrado en adelante a más altas poesías.

A la cabeza marchaban Bernardo Miquelon y Rosa Harcher, agarrada la una del dedo meñique del otro, ambos encantadores y radiantes de alegría. Detrás de éstos el señor y la señorita de Vaudreuil, al lado de Juan; después los parientes más próximos, padres, madres, hermanos, hermanas, y, por fin, el Sr. Nick y su pasante, escoltados por los miembros de la diputación hurona.

El notario no había podido sustraerse a ese honor, no faltándole, con gran pesar de Lionel, más que el traje indígena, lo pintarrajado del torso y los dibujos de la cara, para representar dignamente la raza de los Sagamores.

La ceremonia se verificó con toda la pompa correspondiente a la posición que la familia Harcher ocupaba en el país. Las campanas tocaron a vuelo, hubo mucho canto,

mucho rezo, muchas detonaciones de armas de fuego, y en ese ruidoso concierto de tiros los hurones hicieron su parte con un a propósito y un conjunto tal, que hubieran merecido los aplausos de Nataniel Bumpoo, el célebre amigo de los mohicanos.

Luego la comitiva llegó al cortijo procesionalmente, Rosa Miquelon del brazo de su marido, sin que ningún incidente desagradable viniera a turbar la alegría de aquella familia.

Al llegar a casa de Tomás Harcher, cada cual se fue por donde mejor le convino, teniendo el Sr. Nick algún trabajo para separarse de sus hermanos Mahogannis, para ir a respirar más a gusto en la sociedad de sus amigos de raza canadiense; y más aburrido que nunca, no cesaba de repetir el señor de Vaudreuil:

-¡En verdad que no sé cómo desembarazarme de estos salvajes!

Mientras cada cual se divertía a su manera, si alguno estuvo en extremo ocupado, regañado desde las doce a las tres, hora en que había de servirse la comida de boda conforme a las antiguas costumbres, ese fue el buen Tomás Harcher; pues si bien Catalina y sus hijas se apresuraron a prestarle ayuda, los cuidados que ofrecía un festín de aquella importancia no le dejaron un minuto de reposo. Y, en efecto, no sólo era preciso contentar muchos estómagos, sino que era necesario satisfacer gustos muy diferentes; así es que el menú comprendía la variedad ordinaria, y extraordinarios de los manjares que produce el suelo canadiense.

En la inmensa mesa, en la que ciento cincuenta convidados iban a sentarse, estaban dispuestas otras tantas cucharas y tenedores envueltos en blanquísima servilleta, y un vaso de metal. Ningún cuchillo se veía allí, por la sencillísima razón de que cada cual había de usar su navaja; tampoco había pan, pues la galleta amasada con azúcar de arce es la única admitida en las comidas de boda. Manjares cuya nomenclatura vamos a indicar, unos fríos, estaban colocados ya en la mesa, mientras que los calientes se servirían uno después de otro.

En primer lugar, se sirvieron soperas llenas de hirviente sopa, que despedía gratísimo olor; después pescados fritos o cocidos cogidos en las aguas del San Lorenzo y de los lagos, truchas, salmones, anguilas, carpas, peces blancos, sábalos, *touradis* y *maskinongis*; patos, pichones, codornices, chochas, becadas, guisos de ardillas; después, como platos de más resistencia, pavos, gansos, avutardas, aves engordadas en el corral del cortijo, unas doradas en el vivo fuego de los asadores, otras nadando en un jugo sustancioso; detrás de esto, pasteles calientes rellenos con ostras, picadillo de carne adornado con grandes cebollas, piernas de carnero, lomos asados de jabalíes, sagamites de origen indígena, lonchas de gamo en parrillas, y, por último, dos maravillas de caza que debieran atraer al Canadá los golosos de ambos mundos, la lengua de bisonte, tan apreciada por los cazadores de las Praderas, y la joroba del susodicho rumiante, asada en su envoltorio natural y sazonada con plantas odoríferas. A todo esto hay que añadir las salseras llenas de *relishs* de veinte clases diferentes, verdaderas montañas de verduras y legumbres

maduradas en los últimos días del verano indio; bollos de todas clases, y, sobre todo, buñuelos, en cuya hechura sobresalían las hijas de Catalina Harcher; frutas variadas cogidas en el jardín del cortijo, y, en fin, cien frascos de diferentes formas y tamaños llenos de sidra, cerveza y vino, sin contar el aguardiente, el ron y la ginebra, reservados para las libaciones de los postres.

La vasta sala del festín nupcial había sido artísticamente decorada en honor de Rosa y de Bernardo Miquelon. Frescas guirnaldas de hojas y flores adornaban las paredes; algunos arbustos parecían haber crecido a propósito en los ángulos; centenares de ramos de flores, colocados delante de las ventanas, embalsamaban el aire, y fusiles, pistolas, carabinas, todas las armas de una familia que contaba en su seno a tantos cazadores, formaban acá y allá brillantes panoplias.

Los nuevos cónyuges ocupaban el centro de la mesa, formando herradura. A ambos lados de los recién casados se hallaban la señorita y el señor de Vaudreuil, Juan y sus compañeros del *Champlain*. Enfrente, entre Catalina y Tomás Harcher, presidía el Sr. Nick, acompañado de los principales guerreros de su tribu, deseosos, sin duda, de ver cómo funcionaba su nuevo jefe; y respecto a esto, Nicolás Sagamore estaba dispuesto a demostrar un apetito digno de sus ascendientes.

En contra de la tradición, y merced a la circunstancia excepcional de la fiesta de familia que se estaba celebrando, los niños habían sido admitidos a la mesa de los mayores, en derredor de la que circulaba un verdadero escuadrón de ne-

gros, que se habían buscado para el servicio especial de la comida.

A las cinco ya se había dado el primer asalto. A las seis hubo una suspensión de hostilidades, no para dar el tiempo necesario para sepultar a los muertos, sino para que los vivos cobrasen nuevos bríos, y entonces fue cuando empezaron los brindis en honor de los nuevos esposos y de la familia Harcher en general.

Después empezaron las alegres canciones de boda, pues según antiguas costumbres, en toda reunión, en la comida lo mismo que en la cena, señoras y caballeros tienen por costumbre cantar alternativamente antiguas y alegres canciones francesas, alusivas a la fiesta que se celebra.

Lionel recitó un gracioso epitalamio, compuesto por él para la circunstancia.

-¡Bravo, Lionel, bravo! exclamó el señor Nick, que había ahogado en su vaso los fastidios ocasionados por su futura soberanía.

El buen hombre estaba muy orgulloso en su fuero interno por el éxito que obtenía su joven poeta, y propuso un brindis a la salud del galante laureado de la Lira Amical.

Esta proposición fue aceptada con alegría por todos los invitados, y los vasos se chocaron con estrépito, levantados hacia Lionel, feliz y confuso a la par por la ovación que le hacían; así es que se creyó obligado a responder al brindis de su principal con otro concebido en estos términos:

-¡A Nicolás Sagamore! ¡Honor a esa última rama del noble tronco al que el Gran Espíritu se ha servido confiar el destino de los hurones! Los aplausos estallaron de nuevo, los

mahogannis se levantaron en derredor de la mesa, blandiendo sus *tomahawks* como si estuviesen a punto de lanzarse contra los iroqueses, los mungos o cualquier otra tribu enemiga del Far-West.

El Sr. Nick, con su buena cara tan plácida, parecía de un carácter demasiado pacifico para gobernar tan belicosos guerreros, y pensaba en aquel momento que esa aturdido de Lionel bien hubiera debido callarse.

Cuando concluyó la algazara producida por el brindis del joven pasante, los convidados atacaron con nuevos bríos el segundo servicio.

En medio de estas ruidosas manifestaciones, Juan, Clary de Vaudreuil y su padre hablaban con entera libertad y en voz baja. Al anochecer iban a separarse; y si bien el presidente del Comité reformista y su hija no debían partir del cortijo hasta la mañana siguiente, Juan había resuelto verificarlo aquella misma noche para buscar un asilo más seguro que Chipogán.

-Sin embargo, le dijo el señor de Vaudreuil; no es probable que la policía tenga la ocurrencia de buscar a Juan-Sin-Nombre entre los miembros de la familia Harcher.

-¡Quién sabe si sus agentes han descubierto ya mis huellas! respondió Juan, como entregado a tristes presentimientos; y si me descubrieran aquí, cuando el buen Tomás y sus hijos supiesen quien soy...

-¡Os defenderían! respondió Clary con viveza; ¡se harían matar por vos hasta el último!

-Lo sé, repuso Juan; y entonces, en recompensa de la hospitalidad que me han dado, dejaría detrás de mí la ruina y

la desgracia. ¡Tomás Harcher y sus hijos se verían obligados a huir por haberme defendido! ¡Dios sabe hasta dónde llegarían las represalias! Os lo digo en verdad; tengo ganas, muchas ganas de marcharme de aquí.

-¿Por qué no volvéis en secreto a la villa Montcalm? dijo entonces el señor de Vaudreuil. Los peligros que queréis evitar a la familia Harcher estoy yo en el deber de arrostrarlos, y estoy pronto a hacerlo así. En mi posesión estaréis bien guardado.

-La señorita Clary me lo ha ofrecido ya, respondió Juan; pero yo he debido rehusar.

-Sin embargo, repuso el señor de Vaudreuil insistiendo; esto sería muy conveniente en cuanto a las últimas medidas que tenéis que tomar, pues todos los días podríais conferenciar con los miembros del Comité, y en seguida que el movimiento estallara, Farran, Clerc, Vicente Hodge y yo estaríamos pronto a seguiros. ¿No es probable que la sublevación principié en el condado de Montreal?

-Así lo creo, en efecto, o por lo menos en uno de los limítrofes; eso dependerá de las posiciones que ocupe el ejército de nuestros opresores.

-Pues bien, dijo Clary; ¿por qué no aceptáis la proposición de mi padre? ¿Tenéis intención de recorrer todavía las parroquias del distrito? ¿No habéis concluido vuestra campaña propagandista?

-Está acabada, respondió Juan; sólo me queda dar la señal.

-¿Qué esperáis para darla? preguntó el señor de Vaudreuil.

-Una circunstancia que acabará de exasperar a los patriotas en contra de la tiranía anglosajona, replicó Juan, y ésa se producirá muy pronto. Dentro de unos días los diputados de la oposición negarán al Gobernador general el derecho, que pretende tener, para disponer de los fondos públicos sin la autorización de la Cámara. Además, sé a ciencia cierta que el Parlamento inglés tiene intención de adoptar una ley que permita a lord Gosford revocar la Constitución de 1791, en cuyo caso los canadienses de origen francés no encontrarían ya ninguna garantía en el régimen representativo de la colonia, que, sin embargo, tan poca libertad de acción les deja ya. Nuestros amigos, y con éstos los diputados liberales, procurarán resistir a este exceso de poder, siendo probable que lord Gosford, para poner freno a las reclamaciones de los reformistas, dé un decreto de disolución, o por lo menos de prorrogación de la Cámara. Aquel día el país se sublevará en masa, y no nos quedará más que dirigirle.

-No es dudoso, en efecto, respondió el señor de Vaudreuil, que tal provocación por parte de los leales origine una rebelión general. Pero ¿el Parlamento inglés se atreverá a llegar a ese extremo? Y si ese atentado en contra de los derechos de los franco-canadienses se verifica, ¿estáis seguro de que sea pronto?

-Esto sucederá dentro de muy pocos días, dijo Juan. Sebastián Gramont me lo ha asegurado así.

-Y, hasta ese momento, ¿cómo os arreglaréis para escapar?...

-Sabré despistar a los agentes de policía.

-¿Tenéis preparado un asilo?

-Lo tengo.

-¿Estaréis en seguridad en él?

-Más que en ninguna parte.

-¿Lejos de aquí?

-En San Carlos, pueblo del condado de Verchères.

-Sea como queráis, dijo el señor de Vaudreuil; nadie puede juzgar mejor que vos lo que las circunstancias exigen, y si os parece que debéis tener secreto el sitio de vuestro retiro, no insistimos; pero no olvidéis que a cualquier hora del día o de la noche la villa Montcalm está abierta para recibiros.

-Lo sé, señor de Vaudreuil, y por ello os doy las gracias.

En medio de las incesantes aclamaciones de los invitados y del tumulto, siempre creciente, nadie se había enterado de esta conversación, sostenida en voz baja y que no había sido interrumpida más que por algún alegre brindis, por una picante contestación o por una copla dirigida a los nuevos esposos. Y ahora parecía ya tocar a su fin, después de las últimas palabras cambiadas entre Juan y el señor de Vaudreuil, cuando una postrer pregunta de Clary provocó una respuesta de naturaleza a sorprender al padre y a la hija.

¿A qué sentimiento obedeció la joven haciendo esa pregunta?

Era, si no una sospecha, por lo menos el pesar de que no inspiraba todavía bastante confianza a Juan, puesto que éste conservaba aún con ella cierta reserva.

Debía de ser así, pues la joven le dijo:

-¿De modo que hay en alguna parte una casa más hospitalaria que la nuestra para ofreceros un asilo?

-Más hospitalaria... no; tanto, sí, respondió Juan con viva emoción.

-¿Y cuál es?

-¡La casa de mi madre!

Juan pronunció estas palabras con un sentimiento tal de afecto filial, que la señorita de Vaudreuil se sintió profundamente enternecida. Era la primera vez que Juan, cuyo pasado estaba envuelto en el misterio, hacía alusión a su familia. No estaba, pues, solo en el mundo, como podían creerlo sus amigos; tenía a su madre, que vivía escondida en el pueblo de San Carlos, y sin duda Juan iba a verla de vez en cuando para disfrutar al lado de la que le había dado el ser de algunos momentos de reposo y de tranquilidad, y ahora esperaría en la casa materna el instante propicio para lanzarse a la lucha.

Clary nada contestó; su pensamiento estaba fijo en aquella lejana morada. ¡Ah! ¡Qué alegría hubiese experimentado en conocer a la madre del joven proscrito! Se le figuraba que había de ser una mujer heroica, como su hijo, una buena patriota, que hubiera amado, o más bien que amaba ya, y la joven tenía la certidumbre de que la vería algún día. ¿No estaba su vida indisolublemente ligada en adelante a la de Juan-Sin-Nombre? ¿Quién podría romper este lazo? ¡Sí! En el momento de separarse de él, tal vez para siempre, se daba cuenta del poder del sentimiento que a ambos unía. :

La comida de boda tocaba a su término, y la alegría de los comensales, sobrexcitada por las libaciones de los postres, se propagaba en diversas formas. Felicitaciones para los recién casados partían de diferentes puntos de la mesa, pro-

duciendo un tumulto en extremo alegre, que dejaba oír de cuando en cuando estas exclamaciones:

-¡Honra y felicidad para los jóvenes esposos!

-¡Vivan Bernardo y Rosa Miquelon!

Y bebían también a la salud del señor y de la señorita de Vaudreuil, de Catalina y de Tomás Harcher.

El buen notario había aprovechado bien el festín; y si no pudo conservar la fría dignidad de un mahogannis, es porque esto era en absoluto contrario a su naturaleza franca y comunicativa. Es menester confesar que también los representantes de su tribu se habían despojado algún tanto de su aparatosa gravedad con la influencia de los manjares y del buen vino. Chocaban sus vasos, según las costumbres francesas, para vitorear a la familia Harcher, que los hospedaba en aquel día.

En ese momento, Lionel, que no podía estarse quieto, circulaba en derredor de la mesa dirigiendo un cumplido a cada uno de los invitados, y entonces se le ocurrió la idea de dirigirse al Sr. Nick, diciéndole con voz enfática:

-¿Nicolás Sagamore no pronunciará un discreto discurso en nombre de la tribu de los Mahogannis?

Merced a la feliz disposición de espíritu en que se hallaba; el notario no acogió mal la proposición de su joven pasante, aun cuando éste hubiese usado el lenguaje de los indios.

-¡Cómo, Lionel, crees tú!

-Creo, gran jefe, que ha llegado el momento de que toméis la palabra para felicitar a los recién casados.

-Puesto que ese es tu parecer; respondió el Sr. Nick, voy a ensayar.

Y el excelente hombre, levantándose, reclamó silencio con un gesto lleno de dignidad hurona.

El orden se restableció en seguida.

-Jóvenes esposos, dijo; un antiguo amigo de vuestra familia no puede separarse de vosotros sin expresaron su agradecimiento por...

De repente el notario se detuvo; la frase empezada quedó en suspenso: sus miradas, que denotaban una profunda sorpresa, estaban fijas en la puerta. Un hombre se hallaba de pie en el umbral, sin que nadie hubiera advertido su presencia.

El Sr. Nick acababa de conocer a aquel hombre, y exclamaba con un acento en que la sorpresa se mezclaba a la inquietud:

-¡El Sr. Rip aquí!

VII

TIROS A LOS POSTRES

El jefe de la casa Rip y Compañía no estaba acompañado esta vez por sus propios agentes, sino por una docena de los de Gilberto Argall y unos cuarenta voluntarios del ejército real que ocupaban la entrada principal del patio.

Era muy probable, además, que la casa estuviera cercada.

¿Se trataba de una simple visita domiciliaria, o era una detención lo que amenazaba al jefe de la familia Harcher?

En todo caso, era preciso un motivo de excepcional gravedad para que el ministro de Policía juzgara necesario mandar un destacamento tan numeroso al cortijo de Chipogán.

Al nombre de Rip, pronunciado por el notario, el señor de Vaudreuil y su hija se sintieron aterrorizados, pues sólo ellos sabían que Juan-Sin-Nombre se hallaba en aquella sala, y que Rip estaba particularmente encargado de su busca y de su captura. ¿Qué podían pensar, sino que el polizonte había

descubierto por fin el retiro del joven patriota, y que venía a prenderle?

Si Juan caía entre las manos de Gilberto Argall, estaba perdido sin remedio.

Juan, conteniéndose por un esfuerzo supremo de voluntad, ni siquiera se estremeció; apenas si su cara adquirió algo más de palidez. Ningún movimiento, ni aun involuntario, había podido denunciarlo a sus perseguidores, y, sin embargo, acababa de reconocer a Rip, con quien se había encontrado el día en que fue con el Sr. Nick y Lionel desde Montreal a la isla Jesús. ¡Rip, el agente lanzado en su persecución hacía más de dos meses! ¡Rip, el provocador, que había sido la causa de la infamia recaída en su familia, empujando a la traición a su padre Simón Morgaz!

No obstante, conservó toda su sangre fría, no dando a conocer el odio que hervía en su corazón, mientras que el señor de Vaudreuil y su hija temblaban a su lado.

Pero si bien es verdad que Juan conocía a Rip, éste no conocía a aquel. El agente ignoraba que el viajero que había entrevisto un instante en el camino de Montreal fuese el patriota cuya cabeza estaba pregonada; lo único que sabía era que Juan-Sin-Nombre debía de hallarse en el cortijo de Chipogán, y he aquí cómo pudo encontrar sus huellas.

Algunos días antes el joven había sido visto a cinco o seis leguas de San Carlos, después de haberse marchado de la Casa Cerrada, y señalado como sospechoso a su salida del condado de Verchères. Notando que estaba descubierto, tuvo que huir hacia el interior de dicho condado, y no sin

riesgo de caer muchas veces en manos de la policía, llegó a refugiarse en el cortijo de Tomás Harcher.

Mas los agentes de la casa Rip y Compañía no habían perdido su pista, como él lo creía; por el contrario, pronto tuvieron la casi certidumbre de que la alquería de Chipogán le servía de asilo. Rip fue en seguida avisado de lo que ocurría, y sabiendo, no solamente que aquel cortijo pertenecía al señor de Vaudreuil, sino también que éste se encontraba en dicha propiedad, no dudó un instante de que el forastero de que le habían hablado era Juan-Sin-Nombre.

Después de dar orden a algunos de sus subordinados para que se mezclasen entre los numerosos invitados de Tomás Harcher, dio parte a Gilberto Argall de lo que sucedía, poniendo éste a su disposición unos cuantos polizontes y un destacamento de voluntarios de Montreal.

He aquí en que condiciones se presentó Rip en el umbral de la puerta, teniendo la certeza de que Juan-Sin-Nombre se hallaba en el número de los hospedados por el cortijero de Chipogán.

Eran las cinco de la tarde, y aun cuando las lámparas no se hubiesen encendido todavía, era aún de día en el interior de la sala.

En un instante Rip recorrió con la mirada todos los asistentes, sin que Juan-Sin-Nombre llamara más particularmente su atención que los demás convidados reunidos en la sala.

Sin embargo, Tomás Harcher, viendo el patio invadido por fuerza armada, es levantó, y encarándose con Rip:

-¿Quién sois? le preguntó.

-Un agente de policía, encargado de una misión por el Ministro del ramo, respondió Rip.

-¿Qué venís a hacer aquí?

-Vais a saberlo. ¿No sois Tomás Harcher, de Chipogán, arrendatario del señor de Vaudreuil?

-El mismo soy, y os pregunto que con qué derecho habéis invadido mi casa.

-Con el que me confiere una orden que me han dado, pues vengo a proceder a una detención.

-¡Una detención!... exclamó el cortijero: ¡una detención en mi casa!... ¿Y a quién venís a prender?.

-A un hombre cuya cabeza ha sido pregonada por orden del Gobernador general, y que se halla aquí.

-¿Cómo se llama?

-Se llama, respondió Rip alzando mucho la voz, o más bien se hace llamar, Juan-Sin-Nombre.

Esta respuesta fue seguida de un largo murmullo. ¡Cómo! ¿Era a Juan-Sin-Nombre a quien Rip venía a prender, afirmando que se encontraba allí?

La actitud del cortijero, de su mujer, de sus hijos y de toda la concurrencia fue con tanta naturalidad la de una estupefacción tan profunda, que Rip estuvo a punto de creer en un error de sus agentes; sin embargo, reiteró su pregunta, y esta vez de un modo más afirmativo.

-Tomás Harcher, repuso; al hombre que busco está aquí, y os intimo a que me lo entreguéis.

Al oír estas palabras, Tomás miró a su mujer, y Catalina, cogiéndole por el brazo, exclamó:

-¡Pero contesta a lo que te preguntan!

-Sí, amigo mío, contestad, añadió el Sr. Nick. Me parece que la respuesta es por demás fácil.

-Muy fácil, en efecto, dijo el cortijero.

Y volviéndose hacia Rip:

-Juan-Sin-Nombre, a quien buscáis, dijo, no está en la alquería de Chipogán.

-Pues yo afirmo que se halla aquí; Tomás Harcher, repuso Rip con bastante frialdad.

-No; os repito que no está. Jamás ha venido por aquí. Ni siquiera le conozco. Pero digo también que si hubiese venido a pedirme asilo, le hubiera recibido, y que si estuviera en mi casa, no le entregaría.

Rip no podía equivocarse respecto a las significativas demostraciones que acogieron la declaración de Tomás Harcher, pues bien se dejaba ver que éste se había hecho el intérprete de los sentimientos de todos los presentes, y que admitiendo que Juan-Sin-Nombre se hubiese refugiado en la alquería, ni uno solo de los huéspedes hubiera sido bastante cobarde para hacerle traición.

Juan, siempre impasible, escuchaba.

El señor de Vaudreuil y Clary ni siquiera se atrevían a mirarle, por temor de atraer sobre él la atención de Rip.

-Tomás Harcher, repuso éste, no ignoráis, sin duda, que una proclama fechada en 3 de Septiembre do 1837 ofrece una prima de seis mil piastras para cualquiera que detenga o dé a conocer el retiro de Juan-Sin-Nombre.

-No lo ignoro, respondió el cortijero, ni nadie lo ignora en el Canadá; pero no se ha encontrado todavía un solo ca-

nadiense bastante miserable para cumplir tan odiosa traición, ni jamás se encontrará.

Rip no se inmutó.

-Tomás Harcher, repuso, si conocéis la proclama del 3 de Septiembre, tal vez no conozcáis el nuevo decreto que el Gobernador general firmó ayer, 6 de Octubre.

-En efecto, no tengo conocimiento de él, respondió el cortijero; pero si es del mismo género que el otro, si provoca a la delación, podéis dispensaros de participárnoslo.

-Sin embargo, lo oiréis, replicó Rip.

Y desplegando un papel rubricado por Gilberto Argall, leyó lo que sigue:

«Se hace saber a todos los habitantes de las ciudades y del campo de las provincias canadienses que les está prohibido dar ayuda y protección al proscrito Juan-Sin-Nombre; y que tiene pena de muerte cualquiera que le dé asilo.

»En nombre del Gobernador general, el ministro de Policía -Gilberto Argall.»

¡El Gobierno inglés se había atrevido a llegar hasta tales extremos, y no contento con poner precio a la cabeza de Juan-Sin- Nombre, amenazaba ahora con la pena capital a cualquiera que le diese asilo!

Este acto incalificable provocó las más violentas protestas por parte de los oyentes, y Tomás Harcher, sus hijos, sus invitados, dejaban ya su sitio para lanzarse sobre Rip, para echarle del cortijo con los agentes y voluntarios, cuando el notario los detuvo con un gesto.

La fisonomía del Sr. Nick se había vuelto muy grave; como todos los patriotas reunidos en aquella sala, experimentaba el horror tan natural que debía inspirar el decreto de lord Gosford, que Rip acababa de comunicarles.

-Sr. Rip, dijo, el que buscáis no está en el cortijo de Chipogán. Tomás Harcher os lo ha asegurado, y yo afirmo que ha dicho la verdad; nada tenéis, pues, que hacer aquí, y mejor hubiera sido que no sacarais de vuestro bolsillo ese fatal documento. Creedme, Sr. Rip; es muy conveniente que no nos impongáis por más tiempo vuestra presencia.

-¡Bien por Nicolás Sagamore! exclamó Lionel.

-¡Si, retiraos al instante! repuso el cortijero, cuya voz temblaba de ira. Juan-Sin-Nombre no está aquí. Pero si viniera a pedirme asilo, a pesar de las amenazas del Gobernador, le recibiría con los brazos abiertos. Y ahora salid de mi casa, salid.

-¡Salid, salid! repitió Lionel, cuya exasperación procuraba en vano calmar el Sr. Nick.

-¡Cuidado, Tomás Harcher! repuso Rip. No os rebeléis en contra de la ley ni de la fuerza encargada de hacerla ejecutar. Agentes o voluntarios, tengo cincuenta hombres a mi disposición, y vuestra casa está cercada.

-¡Salid, salid!

Y este grito era unánime, a la par que amenazas directas a Rip.

-No saldré de aquí, respondió éste, sino después de haber reconocido la identidad de todas las personas que están presentes.

A una señal suya, los agentes agrupados en el patio se acercaron a la puerta, prontos a entrar en la sala, y por el hueco de las ventanas el señor de Vaudreuil y Clary veían a los voluntarios rodeando la casa.

En previsión de una inminente reyerta, los niños y las mujeres, menos la señorita de Vaudreuil y Catalina, acababan de retirarse a las inmediatas habitaciones.

Pedro Harcher, sus hermanos y sus amigos, habían alcanzado sus armas colgadas de la pared; pero, tan inferiores en número, ¿cómo podrían impedir que Rip cumpliera con el mandato que había recibido? El señor de Vaudreuil iba de una a otra ventana para cerciorarse de la posibilidad de que Juan pudiera escaparse por detrás del cortijo, atravesando el jardín; pero por este lado, como por los demás, la huída era de todo punto impracticable.

En medio de todo este tumulto, Juan se quedaba inmóvil al lado de Clary, que no había querido separarse de él.

En el momento en que los agentes iban a invadir la sala, el Sr. Nick intentó un último esfuerzo para llegar a una avenencia.

-Señor Rip, Sr. Rip, dijo, vais a hacer que se vierta sangre, y bien inútilmente, os lo aseguro. Os repito que Juan-Sin-Nombre, que tenéis orden de prender, no se halla en el cortijo.

-¡Y aun cuando estuviera, os repito yo, le defenderíamos hasta la muerte! exclamó Tomás Harcher.

-¡Bien!... ¡Bien!... exclamó a su vez Catalina, entusiasmada por la actitud de su marido.

-No os entrometáis en este asunto, Sr. Nick; replicó Rip, porque podríais arrepentiros por ello más tarde... ¡Suceda lo que suceda, cumpliré con mi deber!... ¡Y ahora, paso... paso!...

Unos diez agentes entraron en la sala, mientras que Tomás Harcher y sus hijos se lanzaban hacia ellos para rechazarlos y cerrar la puerta.

Y, moviéndose de un lado a otro, el notario repetía, sin llegar a hacerse oír:

-Juan-Sin-Nombre no está aquí, señor Rip, os afirmo que no está...

-¡Sí está! dijo una voz fuerte que dominó el tumulto.

Todos se detuvieron.

Juan, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, y mirando de frente a Rip, repuso sencillamente:

-Juan-Sin-Nombre está aquí, y soy yo.

El señor de Vaudreuil cogió al joven patriota de un brazo, mientras que Tomás Harcher y los demás exclamaban:

-¡Eh!... ¡Eh!... ¡Juan-Sin-Nombre!

Este indicó con un gesto que iba a hablar, y hubo profundo silencio.

-Yo soy el que buscáis, dijo, dirigiéndose a Rip. Soy Juan-Sin-Nombre.

Después, volviéndose hacia el cortijero y sus hijos, añadió:

-Perdonadme, Tomás Harcher; perdonadme, mis bravos compañeros, por haberos ocultado quién soy, y os doy las gracias por la hospitalidad que he encontrado durante cinco años en el cortijo de Chipogán. Esta hospitalidad la he acep-

tado mientras no ha podido ser peligrosa para vosotros; no la quiero ya, puesto que hay pena de la vida para cualquiera que me ofrezca un asilo. Sí: recibid las gracias de aquel que hasta aquí fue vuestro hijo adoptivo, y que es Juan-Sin-Nombre para su país...

Un indescriptible movimiento de entusiasmo acogió esta declaración.

-¡Viva Juan-Sin-Nombre! ¡Viva Juan-Sin-Nombre! exclamaron por todos lados.

Luego, cuando cesaron los gritos, dijo Tomás Harcher:

-Pues bien; ahora, puesto que he dicho que defenderíamos a Juan-Sin-Nombre, defendámosle, hijos míos. ¡Defendámosle hasta la muerte!

Juan se interpuso en vano para impedir una lucha por demás desigual. Ningún caso le hicieron; Pedro y los demás hijos mayores se lanzaron sobre los agentes que obstruían la puerta, y los rechazaron, con la ayuda de sus amigos. Cerraron en seguida la puerta, y la atrancaron con los muebles de más volumen. Para introducirse en la sala, y hasta en la casa, era preciso entrar por las ventanas, que se abrían a unos diez pies del suelo.

Rip tenía, pues, que dar un asalto, y como no era hombre que retrocediera, y favorecido además por la oscuridad (la noche había llegado ya), tomó sus medidas para ejecutar su mandato, lanzando a los voluntarios contra la casa.

Pedro Harcher, sus hermanos y sus compañeros, apostados en las ventanas, estaban prontos a empezar el fuego.

-¡Te defenderemos, a pesar tuyo, si es preciso! decían a Juan, que no era ya dueño de detenerlos.

Sin embargo, el cortijero había conseguido que Clary de Vaudreuil y Catalina fueran a reunirse con las demás mujeres y los niños en una de las habitaciones laterales en donde estarían al abrigo de los tiros, no quedando ya en la sala sino los hombres en estado de batirse, unos treinta entre todos, pues no se podía contar con los Mahogannis para defender el cortijo. Indiferentes a esta escena, los indios conservaban su reserva habitual. Este asunto no les incumbía, ni tampoco al señor Nick ni a Lionel, que no tenían por qué pronunciarse en pro o en contra de la autoridad.

El notario, guardándose para no recibir algún tiro, puesto que estaba resuelto a conservar la más completa neutralidad, no cesaba de interpelar a Lionel, que estaba fuera de sí; pero el joven pasante no le hacía caso, queriendo defender a todo trance en Juan-Sin-Nombre, no solamente al héroe popular, sino también al simpático oyente que tan buena acogida había hecho a sus ensayos poéticos.

-¡Por última vez te prohíbo que te entrometas en todo esto! repitió el Sr. Nick.

-¡Y por última vez, respondió Lionel, me admira que un descendiente de los Sagamores rehúse seguirme por los senderos de la guerra!

-Ningún sendero seguiré, como no sea el de la paz, maldito muchacho, y vas a hacerme el favor de marcharte de esta sala, en la que nada bueno te puede suceder.

-¡Jamás! exclamó el belicoso poeta.

Y abalanzándose hacia uno de los mahogannis, se apoderó del hacha que colgaba de su cintura.

Cuando Juan se convenció de que sus compañeros estaban muy decididos a rechazar la fuerza con la fuerza, tomó el partido de organizar la resistencia y la resolución de escaparse durante la colisión, porque, cualquier cosa que sucediera ya, no podía comprometer más al cortijero y a sus hijos, puesto que se habían declarado rebeldes a los agentes de la autoridad.

Pero lo que más urgía por el momento era rechazar a Rip y a su destacamento; después se vería lo que más convendría hacer.

Si los sitiadores procuraban romper las puertas de la casa, esto necesitaría cierto tiempo, y antes de que recibiesen refuerzos de Laprairie o de Montreal, agentes y voluntarios podían ser echados fuera de la puerta principal del patio.

Juan, por lo tanto, se decidió a hacer una salida para despejar los alrededores del cortijo.

Tomó, pues, sus disposiciones en consecuencia.

Al principio de la lucha, una veintena de tiros estallaron de las ventanas de la fachada principal, lo que obligó a Rip y a sus subordinados a retroceder a lo largo de las empalizadas.

Después la puerta se abrió de repente, y Juan salió precipitadamente al patio, seguido por el señor de Vaudreuil, por Tomás Harcher, Pedro, sus hermanos y sus amigos.

Algunos voluntarios yacían ya por el suelo, habiendo también muy pronto heridos entre los defensores del cortijo, quienes, en medio de la oscuridad, se habían lanzado contra los sitiadores.

Empezó una lucha cuerpo a cuerpo, en la que Rip tomó bizarramente parte; pero, a pesar de todo, sus hombres iban

perdiendo terreno, ya llegaban a rechazarlos fuera del patio y a cerrar la puerta principal, les sería muy difícil escalar las altas empalizadas que cercaban el cortijo.

A esto tendían todos los esfuerzos de Juan, perfectamente secundado por sus valerosos compañeros. Tal vez entonces, estando libres los alrededores de Chipogán, le sería posible huir a campo atraviesa, y si preciso fuera, pasar la frontera, esperando el momento oportuno para ponerse al frente de los insurrectos.

Lionel, no hay porqué decirlo, se había mezclado intrépidamente en el grupo de los combatientes, mientras que el señor Nick no quiso salir de la sala, muy decidido a conservar la más estricta neutralidad; pero esto no le impedía desear el triunfo de Juan-Sin-Nombre y de sus defensores, entre los que contaba tantos amigos.

Sin embargo, a pesar de su denodado valor, los habitantes del cortijo no pudieron resistir un nuevo empuje de los agentes y de los voluntarios, cuyo número era mucho mayor que el de los sitiados, que tuvieron que retroceder poco a poco hacia la casa para buscar en ella refugio.

La sala no tardaría mucho, por consiguiente, en ser de nuevo invadida, toda salida cortada, y Juan-Sin-Nombre no tendría más remedio que rendirse.

Y, en efecto, las fuerzas de los sitiados disminuían de un modo sensible; ya dos de les hijos mayores de Tomás Harcher, Miguel y Santiago, así como tres o cuatro de sus compañeros, habían tenido que ser transportados a una de las habitaciones contiguas, en donde Clary de Vaudreuil, Catalina y otras mujeres les prodigaban sus cuidados.

Los sitiadores estaban perdidos sin remedio si algún refuerzo no viniera a sostener a Juan y a sus compañeros, y con mayor motivo porque las municiones iban a faltarles.

De pronto se operó un cambio favorable para nuestros amigos.

Lionel acababa de entrar en la sala, cubierto de sangre a consecuencia de una herida, felizmente poco grave, que le había rasgado un hombro.

El Sr. Nick le vio.

-¡Lionel!... ¡Lionel!... exclamó; ¡no has querido obedecerme!...: ¡Insoportable muchacho! Y cogiendo de un brazo a su joven pasante, quiso llevarle al cuarto de los heridos.

El muchacho rehusó.

-¡No es nada!... ¡no es nada! dijo. Pero ¿es posible, Nicolás Sagamore, que dejéis sucumbir a vuestros amigos, cuando vuestros guerreros no esperan más que una señal de su jefe para socorrerlos?

-¡No!... ¡no!... exclamó el notario. ¡No tengo derecho para ello!... ¡Tomar partido en contra de la autoridad!...

Y, sin embargo, queriendo intentar un supremo esfuerzo, se precipitó en medio de los combatientes para detenerlos con sus exhortaciones.

Esto no le salió bien, pues se vio rodeado por los agentes, que no le economizaron los golpes, llevándoselo en medio del patio.

El instinto belicoso de los guerreros mahogannis no pudo sufrir con paciencia semejante atentado en contra de su jefe. ¡Un Sagamore preso y maltratado por sus enemigos los *Rostros-Pálidos*!

No fue necesario más para que el grito de guerra de la tribu retumbase en el espacio.

-¡Adelante!... ¡adelante, hurones!... vociferó Lionel fuera de sí.

La intervención de los indios cambió bruscamente la faz del combate. Con el hacha en la mano se precipitaron sobre los sitiadores; éstos, cansados por una lucha que duraba hacía más de una hora, tuvieron a su vez que retroceder.

Juan-Sin-Nombre, Tomás Harcher y sus amigos se rehicieron e intentaron un nuevo esfuerzo para rechazar a Rip con su destacamento fuera del recinto. Los hurones los ayudaron, después de libertar al Sr. Nick, que se sorprendió alentándolos con la voz, sino con el brazo, inhábil todavía en el manejo del *tomahawk* de sus antepasados.

Y he aquí cómo un notario de Montreal, el más pacífico de los hombres, se vio comprometido por haber defendido una causa que no importaba ni a los mahogannis ni a su jefe.

Agentes y voluntarios se vieron muy pronto obligados a salir atropelladamente del patio; y como los indios los persiguieron durante una milla o más, los alrededores del cortijo de Chipogán quedaron enteramente libres. ¡Mal negocio, decididamente, que figuraría con pérdida en el próximo balance de la casa Rip y Compañía!

Aquel día la ley no triunfó, pero sí el patriotismo.

FIN DEL CUADERNO SEGUNDO

CUADERNO TERCERO

FAMILIA SIN NOMBRE

SEGUNDA PARTE

I

PRIMERAS ESCARAMUZAS

Lo ocurrido en la granja de Chipogán tuvo gran resonancia, pues la noticia se propagó con suma rapidez por todas las provincias canadienses.

La opinión pública no podía encontrar ocasión más favorable para manifestar sus sentimientos, porque no solamente se trataba de un choque entre los campesinos y la policía, sino que ésta y los voluntarios realistas habían sido derrotados. Pero lo más grave del caso era la circunstancia que hubo de motivar el envío de fuerzas a Chipogán. Juan Sin Nombre había aparecido de nuevo en el país, y noticioso Gilberto Argall de que se hallaba en el cortijo, quiso que a todo trance fuese capturado; mas no pudiendo realizarse su

afanoso deseo, el alma de la revolución, el que representaba la esperanza de la causa nacional, se hallaba libre, presintiendo todos que muy pronto sabría servirse de su libertad con provecho.

¿En dónde se refugió Juan Sin Nombre después de salir de Chipogán? Las más activas, minuciosas y sutiles pesquisas no bastaban para descubrir su retiro, si bien Rip, aun cuando desalentado por el mal éxito de sus gestiones, no desesperaba de tomar algún día su desquite; y como a ello le impelían de consuno el interés personal de salir bien de su empresa y la honra de su casa, era seguro que proseguiría su intento hasta salir vencedor. El Gobierno, que sabía muy bien a qué atenerse respecto de su agente, no le retiró su confianza, antes bien la dio nuevos ánimos. Rip, por lo tanto, comenzó su campaña con bríos, teniendo ahora la ventaja de no caminar a ciegas en la persecución del joven patriota, puesto que habiéndose encontrado frente a frente con él en la granja, le conocía personalmente, y eso le serviría de mucho en lo sucesivo.

Quince días habían pasado, del 7 al 23, desde la escaramuza de Chipogán, y la última semana de Octubre acababa de expirar sin que Rip hubiese obtenido resultado alguno en sus propósitos.

He aquí lo que aconteció.

Al día siguiente de aquel en que se realizaron las escenas de que fue teatro la casa de Tomás Harcher, éste se vio obligado a abandonar a Chipogán; y después de arreglar lo mejor posible sus más perentorios asuntos, se internó con sus hijos mayores en los bosques del condado de Laprairie; y cuando

pudo traspasar la frontera americana, se refugió en uno de los pueblos limítrofes, llamado Saint-Albans, situado en la orilla del lago Champlain, en donde, en completa seguridad, puesto que los agentes de Gilberto Argall no podían allí apoderarse de su persona, esperó a ver el giro que iban a tomar los acontecimientos, no sin valerse desde allí de todos los medios disponibles para tener noticias ciertas.

Si el movimiento nacional iniciado por Juan Sin Nombre tenía favorable éxito; si el Canadá, recuperando su autonomía, se libraba de la opresión anglo-sajona, Tomás Harcher regresaría tranquilamente a su hogar; y si, lo que no era de suponer, la rebelión de los patriotas fracasara, esperaría a que el tiempo lo hiciese olvidar todo, y cuando una amnistía, redimiendo las faltas del pasado, tornase las cosas a su estado normal, volvería del mismo modo a su propio albergue.

Mientras tanto su mujer, muy apta para dirigir la casa, bastaba para cuidarlo todo; y aun cuando en la estación invernal, en que ya se hallaban, los trabajos agrícolas están en suspenso, al llegar los días de cultivo, los intereses del señor de Vaudreuil no sufrirían perjuicio bajo la acertada dirección de Catalina de Harcher.

Pedro y sus hermanos, que estaban con su padre, seguirían ejerciendo su oficio de cazadores en los terrenos próximos a la frontera canadiense, y probablemente antes de medio año podrían empezar de nuevo la pesca en el San Lorenzo, si triunfaba la revolución.

Y en verdad que Tomás Harcher salió a tiempo de su casa para buscar un refugio seguro, pues pocas horas des-

pués de su partida, Chipogán se vio ocupado militarmente por un destacamento de tropa llegado de Montreal; pero como Catalina no tenía que temer nada por su marido ni por sus hijos, más comprometidos que los demás, se mantuvo serena, sabiendo hacerse respetar por los soldados, quienes, sin embargo de tener recomendada la circunspección en todas ocasiones, y la orden de no usar de represalias en el caso presente, por convenir al Gobierno la indulgencia, cometen siempre grandes abusos.

En la villa Montcalm sucedió lo mismo que en la granja; las autoridades vigilaron sin cesar; pero el Sr. Vaudreuil, habiendo hecho causa común con el joven patriota, tuvo buen cuidado de no volver a su morada de la isla de Jesús. Dióse contra él, por el ministro de Policía, una orden de prisión; y el no hubiera huido, le hubieran preso y encarcelado en Montreal, no pudiendo, por lo tanto, unirse después a las filas de los insurrectos. Mas ¿en dónde se refugió? Tal vez en casa de uno de sus amigos políticos; pero lo hizo con tanto sigilo, que fue imposible descubrir dónde se había refugiado.

Clary fue la única persona que volvió a la villa Montcalm, quedando en correspondencia con los Sres. Vicente Hodge, Farran, Clerc y Gramont; y en cuanto a Juan-Sin-Nombre, ella sabía que se hallaba en seguridad al lado de su madre.

Varias veces recibió, por conducto de algunos amigos, cartas suyas, en las que, si bien el proscrito no hablaba más que de política, adivinaba Clary que otro sentimiento se había apoderado del corazón del joven patriota.

Digamos ahora que había sido del buen notario Nick y de su pasante.

Nuestros lectores no habrán olvidado la parte que tomaron los hurones en la refriega de Chipogán, pues sin su intervención los voluntarios no hubieran sido rechazados, y Juan Sin Nombre hubiera caído en poder de los agentes de Rip.

Pero esta intervención de los Mahogannis, ¿quién la había provocado? ¿Fue acaso el pacífico notario de Montreal? No por cierto. Al contrario, todos sus esfuerzos tendieron a impedir la efusión de sangre, y no se precipitó en medio del combate sino para contener a los dos bandos, siendo aquel el instante en que los guerreros de Walhatta se mezclaron en la lucha con el único objeto de defender a Nicolás Sagamore, que, en poder de los sitiadores, corría el riesgo de ser tratado como rebelde. ¿Qué cosa más natural que la conducta de los guerreros indios defendiendo a su jefe? Es verdad que aquella acometida decidió el éxito del combate, dispersando a los voluntarios en el momento en que iban a forzar las puertas. Esto bastaba para que la autoridad hiciese responsable al Sr. Nick de aquel imprevisto desenlace, y, como es de suponer, el Notario temió, por la seguridad. de su persona, creyéndose seriamente comprometido a propósito de una refriega que no tuvo otra causa que una simple detención que nada le importaba. Así las cosas, no quiso ya volver a su despacho de Montreal, y antes de que se apagara el ruido producido por aquella algarada, se dejó llevar sin resistencia al pueblo de Walhatta, consintiendo instalarse en el *wigwam* de sus antepasados.

Su estudio, es verdad, estaría cerrado durante un tiempo cuya duración no era fácil de apreciar; sus clientes sufrirían por su ausencia, y la anciana Dolly se entregaría a la desesperación. Pero ¿qué otra cosa podía determinar? Más valía ser Nicolás Sagamore en medio de su tribu, que el Sr. Nick detenido en las prisiones de Montreal, acusado de rebelión contra los agentes de la fuerza pública.

No tenemos por que decir que Lionel siguió a su principal a aquel pueblo indio, perdido en medio de los espesos bosques del condado de Laprairie; porque habiéndose batido con mucho denuedo en contra de los voluntarios, difícil le hubiese sido eludir la pena reservada a los rebeldes.

El Sr. Nick se lamentaba *in petto* de la situación en que se hallaba; pero Lionel, por el contrario, se alegraba del giro que había llevado el asunto, y lejos de sentir haber tomado la defensa de Juan Sin Nombre, del héroe aclamado por las poblaciones franco-canadienses, esperaba que las cosas no quedarían en tal estado, y que los indios se declararían en favor de los insurrectos.

El Sr. Nick no era ya el Sr. Nick; era el jefe de los hurones, y Lionel tampoco era su pasante, sino el brazo derecho del último de los Sagamores.

Era de suponer, con razón, que el Gobernador general quisiese castigar a los Mahogannis, culpables por haber intervenido en la refriega de Chipogán; pero la prudencia aconsejó a lord Gosford una reserva harto justificada por las circunstancias, porque las represalias hubiesen tal vez exasperado a las poblaciones indígenas dándoles ocasión de ayudar a sus hermanos, y entonces era de temer una sublevación

general que hubiera complicado mucho el actual orden de cosas. El Gobernador general, pues, juzgó conveniente no perseguir a los guerreros de Walhatta, ni tampoco al nuevo jefe llamado a regir el destino de su tribu por derecho de sucesión; así es que el Sr. Nick y Lionel no fueron molestados en su nuevo retiro.

Lord Gosford observaba con extremada atención los trabajos de los reformistas que continuaban agitándose lo mismo en el Alto que en el Bajo Canadá. El distrito de Montreal estaba especialmente sometido a la vigilancia de la policía, que no se daba punto de descanso, esperando de un instante a otro estallase una insurrección en las parroquias cercanas al Richelieu, tomándose, como era natural, medidas para sofocarla en su principio, caso de no poder impedirla; y en esa previsión los soldados de que sir John Colborne podía disponer; fueron a situarse en los confines del condado de Montreal y limítrofes.

Los partidarios de la reforma no ignoraban que la lucha sería muy difícil de sostener; pero esto no era bastante para detenerlos en sus propósitos, porque pensaban que la causa nacional tendría por defensores a todos los franco-canadienses, quienes acudirían a reunirse en masa alrededor de la bandera del reformismo; y, en efecto, éstos no esperaban más que una señal para empuñar las armas, desde que la escaramuza de Chipogán les reveló la presencia de Juan Sin Nombre; señal de que el popular agitador no había dado aun porque las decisiones antiliberales que sin duda iba a tomar el Gabinete británico, no se habían acordado todavía.

Desde el misterioso retiro de Casa Cerrada, en donde vivía con su madre, Juan no cesaba de observar con atención el estado de los espíritus. Durante las seis semanas que iban ya transcurridas, el abate Joann había ido varias veces, en medio de la noche, a conferenciar con su hermano; así es que éste se hallaba muy al corriente de las eventualidades de la política. Lo que él esperaba, como efecto de las tendencias opresivas de las Cámaras inglesas, es decir, la suspensión de la Constitución de 1791, y por lo tanto, la disolución de la Asamblea canadiense, si tal medida se adoptaba, o, la prorrogación de ella en caso contrario, no era todavía más que un proyecto. El joven revolucionario, lleno de ardor, estuvo veinte veces a punto de abandonar Casa Cerrada para recorrer públicamente el condado y excitar a los patriotas, halagado con la esperanza de que los habitantes de las ciudades y del campo se alzarían a su voz, seguro de que todos harían buen uso de las armas de que había provisto a los centros reformistas en su último viaje de propaganda por el San Lorenzo. Los realistas, pensaba él, serían en el primer momento aniquilados por el número, y la autoridad de los opresores terminaría.

El abate Joann le aconsejó abandonara este designio, porque si por desgracia el primer choque producía una derrota, arrastraría consigo toda esperanza para el porvenir; y dicha derrota era de temer, porque las tropas reunidas alrededor de Montreal estaban prontas a marchar a cualquier punto de los condados limítrofes en donde se iniciara la rebelión.

Convenía, pues, obrar con extremada cautela, y valía más esperar que la exasperación pública llegase a su colmo por causa de las tiránicas medidas del Parlamento y las exacciones de los agentes de la Corona. Estas razones eran suficientes para retrasar el movimiento, a pesar de la gran impaciencia que experimentaban los Hijos de la Libertad.

Cuando Juan huyó de Chipogán, contaba como seguro que el mes de Octubre no finalizaría sin que una insurrección general se produjese en el Canadá; y no obstante, el 23 de dicho mes nada indicaba que dicho movimiento estuviera próximo a estallar, cuando de repente la ocasión prevista por el joven patriota se presentó, provocando las primeras manifestaciones.

Según la relación hecha por los tres delegados nuevamente nombrados por el Gobierno inglés, la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes se habían apresurado a adoptar las proposiciones siguientes: empleo de los fondos públicos sin autorización de la Asamblea canadiense; acusación de los principales diputados reformistas; modificación de la Constitución, exigiendo al elector francés un censo doble que al inglés, e irresponsabilidad de los ministros ante las Cámaras.

Estas medidas, tan injustas como violentas, turbaron el país entero y exaltaron los sentimientos patrióticos de la raza franco-canadiense. Era más de lo que los ciudadanos podían sufrir, y naturalmente todos los habitantes de las parroquias de ambas orillas del San Lorenzo acudieron en masa a los *meettings*.

En Laprairie hubo el día 15 de Septiembre una reunión a la que asistieron el delegado francés, que había recibido al efecto órdenes de su Gobierno, y el encargado de negocios de los Estados Unidos, residente en Quebec.

En Santa Escolástica, en Saint-Ours; y en particular en los condados del Bajo Canadá, se pidió la ruptura inmediata de las relaciones con la Gran Bretaña; se provocó a los reformistas para que pasaran de las palabras a los hechos, y se decidió pedir el concurso de los americanos.

Se estableció una caja, en la cual se recogerían las ofrendas que se hicieran, por pequeñas que fuesen, para sostener la causa popular, e inmediatamente se organizaron manifestaciones, en las que se veían banderas con los siguientes letreros:

¡Huid, tiranos! ¡El pueblo despierta! ¡Unión de los pueblos, terror de los grandes! ¡Antes queremos lucha sangrienta que la opresión de un poder corrompido! Una bandera negra, en la que se veía una calavera con huesos puestos en cruz, llevaba inscritos los nombres de Craig, Dalhousie, Aylmer y Gosford, gobernadores hasta la saciedad aborrecidos; y en honra de la antigua Francia, los manifestantes conducían también enhiesta una bandera blanca con el águila americana rodeada de estrellas por un lado, y por el otro el águila canadiense sosteniendo en el pico una rama de arce con este lema ¡Nuestro porvenir! ¡Libre como el aire!

Ya se ve hasta que grado llegaba la sobrexcitación de los espíritus. Inglaterra podía temer que la colonia rompiese de una vez el lazo que la unía a ella. Los representantes de su autoridad en el Canadá turnaron importantes medidas en

previsión de una suprema lucha, si bien aparentaban no ver más que turbulencias de una facción en donde realmente se trataba de un movimiento nacional.

El 23 de Octubre se reunió una asamblea en San Carlos, el mismo pueblo en que Juan Sin Nombre se refugió en casa de su madre y que iba a ser el teatro de acontecimientos tristemente célebres. Los seis condados de Richelieu, de San Jacinto, de Rouville, de Chambly, de Verchères y de Acadia; enviaron sus representantes. Trece diputados debían hablar, y entre ellos Papineau, entonces en el apogeo de su popularidad. Más de seis mil personas, hombres, mujeres, niños, acudieron de diez leguas en redondo y acamparon en medio de una vasta pradera perteneciente al doctor Duvert, alrededor de una columna rematada en un gorro frigio; y para que no se dudase de que el elemento militar hacía causa común con el elemento civil, una compañía de milicianos agitaba sus armas al pie de dicha columna.

Papineau pronunció, después de algunos otros oradores más fogosos que él, un discurso, que pareció acaso demasiado moderado, aconsejando mantenerse en el terreno de la agitación constitucional. El doctor Nelson, presidente de la Asamblea, le respondió en medio de frenéticas aclamaciones, diciendo.. «que había llegado el tiempo de fundir las cucharas para hacer balas.» El doctor Cote, representante de la Acadia, apoyó a su colega con estas enérgicas y excitantes palabras:

-¡Ha pasado ya el tiempo de los discursos! ¡Plomo es lo que ahora precisa enviar a nuestros enemigos!

Trece proposiciones fueron adoptadas, mientras que los *hurrahs* se mezclaban a las salvas de los fusiles de los milicianos.

Estas proposiciones, tales como las resume M. O. David en su folleto *Los Patriotas*, empezaban por una distinción de los derechos del hombre; afirmaban el derecho y la necesidad de resistir a un Gobierno titánico; aconsejaban a los soldados ingleses que desertasen de sus filas; alentaban al pueblo para que rehusara obediencia a los magistrados y a los oficiales del ejército nombrados por el Gobierno, y, por fin, proclamaban la conveniencia de organizarse como los Hijos de la Libertad.

Papineau y sus colegas desfilaron después por delante de la simbólica columna, mientras que todos los jóvenes entonaron en coro un himno adecuado a las circunstancias.

En aquel momento parecía que el entusiasmo no podía llegar más allá, y sin embargo, creció de punto algunos instantes al aparecer en medio de la Asamblea un nuevo personaje.

Éste era un joven de mirada ardiente y apasionada, que, subiendo al pedestal de la columna, dominó a la muchedumbre. En su mano ondeaba la bandera de la independencia canadiense. Algunos le conocieron; pero antes que nadie el abogado Gramont lanzó su nombre al aire, y todos los concurrentes lo repitieron en medio de frenéticos aplausos: «¡Juan Sin Nombre!... ¡Juan Sin Nombre!»

El joven, que acababa de dejar Casa Cerrada, se mostraba en público por primera vez desde la sublevación de 1835, y el entusiasmo fue indescriptible. Después de unir su nom-

bre a los de los que protestaban, desapareció... Mas se le había visto, y el efecto producido fue inmenso.

Estos incidentes ocurridos en San Carlos fueron en seguida conocidos en todo el Canadá. Otros *meetings* se celebraron en la mayor parte de las parroquias del distrito, y en vano fue que el obispo de Montreal, monseñor Lartigues, procurase calmar los espíritus por medio de una pastoral llena de moderación evangélica: la explosión estaba ya cercana.

El señor de Vaudreuil en su retiro, y Clary en la villa Montcalm, tuvieron aviso de ello por dos esquelas cuya letra les era bien conocida; y lo mismo sucedió con Tomás Harcher y sus hijos, reunidos en Saint-Albans, ese pueblecillo americano en donde esperaban con impaciencia el tiempo oportuno para pasar otra vez la frontera.

El invierno se había iniciado ya con ese cambio brusco propio del clima del Norte de América. Las vastas llanuras no ofrecían ningún obstáculo a las ráfagas que llegaban de las regiones polares, y el *Gulf-stream*, yéndose hacia Europa, no les prestaba su agradable calor. Ninguna transición había habido entre los calores del estío y los fríos del período invernal. La lluvia caía sin cesar, a través de la cual se dejaba ver de vez en cuando algún rayo de sol, completamente desprovisto de calórico; en pocos días los árboles fueron despojados por completo de sus hojas, formando en el suelo una espesa alfombra, bien pronto cubierta por la nieve que invadiría todo el país canadiense.

Pero ni la fuerza de las borrascas ni la ruda temperatura de aquel clima eran suficientes para impedir a los patriotas alzarse a la primera señal.

En estas condiciones, para todos desfavorables, una colisión producida el 6 de Noviembre en Montreal puso frente a frente los dos bandos contrarios.

El primer lunes de cada mes los Hijos de la Libertad acostumbraban reunirse en las grandes poblaciones para hacer una manifestación. pública; aquel día los patriotas de Montreal quisieron que tuviera gran resonancia, y al efecto se citaron para dicha manifestación en el centro mismo de la ciudad, en un local vastísimo de la calle de Santiago.

Los miembros del *Dorie-club*, al saber la noticia, hicieron fijar en las esquinas una proclama diciendo: «que había llegado ya la hora de aplastar la rebelión en su principio» y los leales al régimen opresor, los constitucionales y los empleados, fueron invitados para reunirse en la plaza de Armas.

El *meeting* popular tuvo efecto en el día y en el sitio indicado; Papineau se hizo aplaudir calurosamente por su discurso, y otros oradores como Brown; Quinet y Eduardo Rollier provocaron entusiastas aclamaciones.

De repente una lluvia de piedras cayó sobre el sitio en que estaban los manifestantes: eran los serviles que atacaban a los patriotas. Estos, armados sólo con bastones, formáronse en cuatro columnas, se lanzaron a la calle, cayeron sobre los miembros del Dorie-club y los rechazaron vivamente hacia la plaza de Armas. Entonces los tiros empezaron por ambas partes; Brown recibió un violento golpe que le tendió en tierra, y uno de los más acérrimos partidarios de la refor-

ma, el caballero de Lorimier, fue herido en un muslo por una bala.

Sin embargo, aun cuando los miembros del *Dorie-club* habían sido rechazados, no se consideraban vencidos, sabiendo que las tropas les apoyarían, y con gran placer de los demás leales, se dispersaron por las calles de Montreal, rompieron a pedradas las ventanas de la casa de Papineau y saquearon las prensas del *Vindicator*, periódico liberal que combatía desde largo tiempo a favor de la causa franco-canadiense.

Después de esta algarada, los patriotas fueron perseguidos con más encarnizamiento. Ordenes de prisión, expedidas por mandato de lord Gosford, obligaron a los principales jefes a salir precipitadamente de la ciudad, por más que todas las casas se abrieron para darles asilo. El señor de Vaudreuil, que se había batido también, tuvo que volver a su retiro, en donde le había buscado en vano la policía desde la escaramuza de Chipogán.

Lo propio sucedió con Juan-Sin-Nombre, que apareció de nuevo en las circunstancias siguientes:

Después de la manifestación del 6 de Noviembre, algunos ciudadanos notables habían sido presos en los alrededores de Montreal, entre otros el Sr. Demaray y el doctor Davignon, de San Juan de Iberville, a quienes un destacamento de caballería había de conducir al lugar designado el día 22 de Noviembre.

Uno de los más atrevidos partidarios de la causa nacional, representante del condado de Chambly, L. M. Viger, «el hermoso Viger» como se lo llamaba en las filas de los insu-

rrectos, fue avisado del arresto de sus dos amigos, y el hombre que fue a darle la noticia le era desconocido.

-¿Quién sois? le preguntó.

-Poco importa eso, le respondió este hombre. Los prisioneros, encerrados en un coche, van a atravesar la parroquia de Longueuil, y es preciso libertarlos.

-¿Estáis solo?

-Mis amigos me esperan.

-¿En dónde nos reuniremos con ellos?

-En el camino.

-Vamos, pues.

Y así lo hicieron. Los partidarios no faltaron ni a Viger ni a su compañero. Llegaron a la entrada de Longueuil, seguidos de buen número de patriotas que se apostaron a cierta distancia del pueblo; pero habiéndolo sabido el Gobierno, un grueso destacamento de tropa acudió para apoyar a la caballería que escoltaba el coche, y el jefe de la fuerza hizo saber a los habitantes del pueblo que si se unían a Viger, la población sería entregada a las llamas.

-Nada tenemos que hacer aquí, dijo el desconocido, cuando estas amenazas llegaron a sus oídos. Venid...

-¿Adónde? preguntó Viger.

-A dos millas de Longueuil, respondió. No demos pretexto a los tiranos para que se entreguen a las represalias; no nos conviene por ahora.

-¡Partamos! dijo Viger.

Y ambos emprendieron la marcha por los atajos, seguidos de sus compañeros. Al llegar cerca de la granja de Trudeau, se apostaron en un campo, cercano. Ya era tiempo,

pues una nube de polvo que se levantaba a un cuarto de milla, anunciaba la aproximación de los prisioneros y de su escolta.

El coche llegó, y en seguida Viger, avanzando hacia el jefe de la escolta:

-¡Alto! dijo. ¡Entregadnos a los prisioneros, en nombre del pueblo!

-¡A mí! gritó el oficial dirigiéndose a su tropa. ¡Pronto!

-¡Alto! repitió el desconocido.

De repente un hombre se abalanzó para prenderle; era un agente de la casa Rip y Compañía, uno de los que se habían hallado en la refriega de Chipogán.

-¡Juan Sin Nombre! exclamó cuando estuvo frente por frente del joven proscrito...

-¡Juan Sin Nombre! repitió Viger corriendo hacia su compañero.

Y de repente estallaron, con una irresistible alegría, gritos de indecible entusiasmo.

En el momento en que el oficial daba orden de apoderarse de Juan Sin Nombre, fue derribado del caballo por un vigoroso canadiense que había salido al camino, mientras que los demás, ocultos entre el follaje, aguardaban las órdenes de Viger, órdenes que éste multiplicaba con voz de trueno, como si hubiera dispuesto de un centenar de combatientes. Durante aquel tiempo, Juan se aproximó al coche, rodeado por algunos de sus partidarios, tan decididos a defenderla como a libertar a los señores Demaray y Davignon.

Pero, después de levantarse, el oficial mandó hacer fuego, y seis o siete tiros sonaron a la vez. Viger recibió dos balas que le hirieron, pero no mortalmente, pues la una le rozó una pierna y la otra le llevó la última falange del dedo meñique, lo que no le impidió disparar un pistoletazo, que alcanzó en la rodilla al jefe de la escolta.

Entonces se apoderó un gran pánico de los caballos del destacamento; varios de ellos, heridos, se desbocaron, y los soldados, creyendo habérselas con un millar de hombres, se dispersaron por la campiña. Libre ya el coche, Juan Sin Nombre y Viger corrieron a las portezuelas, que abrieron, y los prisioneros fueron llevados en triunfo hasta el pueblo de Boucherville.

Un momento después de la refriega, cuando Viger y los demás buscaron a Juan Sin Nombre, éste había desaparecido, sin que ninguno advirtiera la dirección que había tomado, si bien nadie dudaba de que se le volvería a ver seguramente, cuando empezara la lucha que había de decidir de la independencia canadiense.

II

SAN DIONISIO Y SAN CARLOS

No estaba lejano el día en que estallara la revolución, pues ambos partidos se hallaban ya, puede decirse, frente a frente. Pero ¿cuál sería el teatro de la lucha? Sin duda los condados limítrofes al de Montreal, en los que la efervescencia tomaba proporciones muy inquietantes para el Gobierno, sobre todo en los de Verchères y San Jacinto. Se hablaba muy particularmente de dos de las más ricas parroquias bañadas por el Richelieu y situadas a pocas leguas una de otra: San Dionisio, en donde los reformistas habían concentrado sus fuerzas, y San Carlos, en la que Juan, vuelto a Casa Cerrada, se preparaba a dar la señal del alzamiento.

El Gobernador general había tomado todas las medidas que exigían las circunstancias, y por lo tanto los revolucionarios no podían contar con sorprenderle en su palacio para aprisionarle y sustituir con la autoridad popular la de la Metrópoli. En previsión de que el ataque se iniciara por los partidarios de la dominación inglesa, los defensores de la independencia canadiense se acantonaron en unas posiciones

en que la resistencia podía organizarse en mejores condiciones, y todos sus esfuerzos tenderían a pasar de la defensa al ataque.

La primera victoria obtenida traería en pos de sí el condado de San Jacinto, la sublevación general de las poblaciones ribereñas del San Lorenzo, y por consiguiente el aniquilamiento de la tiranía anglo-sajona desde el lago Ontario hasta la embocadura del río.

Lord Gosford no ignoraba ninguno de estos detalles; pero no disponiendo sino de pocas fuerzas, que seguramente sucumbirían bajo el peso de la insurrección, importábale sofocar ésta en un principio, por un golpe certero en San Dionisio y en San Carlos, lo que se intentó después de la refriega de Longueuil. Sir John Colborne, que tenía la jefatura del ejército anglo-canadiense, lo dividió en dos columnas; la una mandada por el teniente coronel Witherall, y la otra por el coronel Gore.

Este ultimo, después de hacer con rapidez sus preparativos, salió de Montreal el 22 de Noviembre. Su columna, compuesta de cinco compañías de tiradores y de un destacamento, de a caballo, no tenía más artillería que una pieza de campaña. Llegó a Sorel el mismo día por la tarde, y sin descansar apenas; se puso nuevamente en marcha, pues aun cuando estaba el tiempo malísimo y el camino poco menos que impracticable, no titubeó ni un solo instante en proseguir su ruta, en medio de una noche muy oscura. Su proyecto era el de batir a los insurrectos de San Carlos, después de haber derrotado a los de San Dionisio; pero antes de todo

ataque pensaba procederá la detención de cuantos cabecillas pudiese, con ayuda del diputado *sheriff*, que le acompañaba.

El coronel Gore había salido de Sorel hacía algunas horas cuando el teniente Weir, que pertenecía al regimiento número 32, llegó allí para entregarle un pliego cerrado de sir John Colborne. Como el despacho era urgentísimo, Weir se puso nuevamente en camino; y tomando por un atajo se dio tanta prisa, que, llegando a San Dionisio antes que los soldados, cayó en poder de los patriotas. El doctor Nelson, encargado de la defensa, interrogó a este joven oficial y pudo obtener de él la confesión de que el coronel Gore, a marchas forzadas, se dirigía al pueblo, y que llegaría, sin duda alguna, al amanecer del día siguiente.

Sabido esto, puso al detenido bajo la custodia de algunos hombres, recomendándoles que le guardasen las mayores atenciones, y procedió a activar con gran rapidez los preparativos de defensa.

Entre otras compañías de patriotas existían las que se designaban con el nombre de *Castors* y de *Raquettes*, hábiles en el manejo de las armas, y cuya conducta fue en extremo brillante en aquella jornada. Bajo las órdenes del doctor Nelson se hallaban Papineau y algunos otros diputados, el comisario general Felipe Pacaud y los señores de Vaudreuil, Vicente Hodge, Andrés Farran; William Clerc y Sebastián Gramont; quienes; llamados todos por Juan, habían ido a unirse con los reformistas; esquivando, no sin trabajo, las pesquisas de la policía.

Clary de Vaudreuil también se encontraba allí, porque acababa de llegar al lado de su padre, a quien no había vuelto

a ver desde las ocurrencias de Chipogán; pues noticioso éste de que había recaído orden de arresto contra él, tuvo necesariamente que abandonar con precipitación la villa Montcalm, lleno, sin embargo, de inquietud por dejar sola en ella a su hija, expuesta a toda clase de peligros. Así es que cuando resolvió irse a San Dionisio, la propuso que fuera a reunírsele, lo que Clary hizo sin vacilar un instante: máxime cuando no dudaba del éxito definitivo de la insurrección, sabiendo que Juan Sin Nombre iba a ponerse al frente de los patriotas. El señor y la señorita de Vaudreuil estaban, por lo tanto, reunidos en aquel pueblo, bajo la hospitalidad de su amigo el juez Froment, que sigilosamente los albergaba.

Los conjurados de San Dionisio adoptaron una medida a la que Papineau tuvo que someterse, muy a pesar suyo. El doctor Nelson y algunos otros hicieron comprender al valeroso diputado que su sitio no estaba en el teatro de la lucha; que su vida era preciosa en demasía para que la arriesgara sin necesidad, y que debía irremisiblemente salir de San Dionisio y ocultarse en un sitio tan reservado y seguro, que los agentes de Gilberto Argall no pudieran descubrirle.

Y así lo hizo, no obstante el pesar que semejante proceder le producía. La noche entera la pasaron los patriotas fundiendo balas, arreglando municiones y pertrechándose para la guerra.

El hijo del doctor Nelson, sus compañeros, el señor de Vaudreuil y demás amigos, trabajaron también sin descanso; pero desgraciadamente el armamento dejaba mucho que desear, pues los fusiles, sobre ser escasos en número, eran de

chispa, marraban muchas veces, y su alcance no pasaba más allá de un centenar de pasos.

Nuestros lectores no habrán olvidado que Juan, durante sus correrías por el San Lorenzo, había distribuido armas y municiones por todas partes, y que como cada uno de los condados hubo de recibir su contingente en previsión de un alzamiento general, no hicieron depósito de ellas en un punto determinado; cosa que hubiera sido conveniente en San Carlos y en San Dionisio, si hubieran podido prever que era allí donde iba a producirse el primer choque.

Mientras tanto, el coronel Gore avanzaba en medio de aquella noche fría, y un poco antes de llegar a San Dionisio, dos canadienses franceses que cayeron en sus manos le dijeron que los insurrectos no le dejarían atravesar la parroquia, pues lucharían hasta morir.

El coronel, sin dar un instante de tregua a sus soldados, los arengó diciéndoles que la nación inglesa los miraba, que el honor Militar exigía batirse con denuedo, que no tenían que esperar cuartel de los sublevados; y hecho esto, los dividió en tres columnas, colocando una en un bosquecillo que se hallaba al Este del pueblo, otra en la orilla del río, mientras que la tercera, arrastrando consigo su único cañón, continuó su marcha por la carretera.

A las seis de la mañana el doctor Nelson, los señores Vicente Hodge y Vaudreuil montaron a caballo para hacer un reconocimiento por el camino de Saint-Ours. La oscuridad era -tanta, que faltó

muy poco para que los tres cayesen en poder de la vanguardia enemiga.

Retrocedieron inmediatamente, y al entrar en San Dionisio dieron orden de cortar los puentes y de repicar las campanas, para que los patriotas se reunieran, sin perder tiempo, en la plaza.

¡Cuántos eran! A lo sumo setecientos u ochocientos, pocos en número y mal armados, pues mientras unos llevaban fusiles, otros empuñaban hoces, horquillas y picas; pero todos absolutamente decididos a perder la vida antes que permitir la entrada a los soldados del coronel Gore.

Ya reunidos, el doctor Nelson segregó a los que se hallaban en estado de hacer fuego, y los apostó del siguiente modo: en el piso segundo de una gran casa de piedra situada en la orilla del camino, colocó a unos sesenta, y con ellos estaban el señor de Vaudreuil y Vicente Hodge; a veinticinco pasos de allí, detrás de una fábrica de alcoholes cuya propiedad le pertenecía, parapetó a treinta, entre los que se veían William Clerc y Andrés Farran; en el fondo de un almacén, dependiente de la mencionada fábrica, ocultó una docena, en compañía del diputado Gramont. Los demás, reducidos a combatir con arma blanca, se resguardaron detrás de los muros de la iglesia, prontos a precipitarse sobre los sitiadores.

En aquel momento, a eso de las nueve y media de la mañana, tuvo lugar un trágico acontecimiento, nunca bien explicado por nadie.

El teniente Weir, prisionero del doctor Nelson, y a quien algunos hombres acompañaban por el camino, tan luego como divisó la vanguardia del coronel Gore, procuró escapar para unirse a los suyos; mas habiendo tropezado, cayó, y, no teniendo tiempo para levantarse, fue muerto a

sablazos. ¿Quiénes fueron los que le mataron? No se supo jamás.

Presentes ya en el pueblo los soldados, empezó el combate; una de las primeras balas de cañón lanzadas contra la casa de piedra, mató a dos canadienses apostados en el segundo piso, mientras que un tercero, que hacía fuego desde una de las ventanas, fue gravemente herido.

Durante algunos minutos, numerosos tiros sonaron por ambas partes, y los soldados que ofrecían blanco a la puntería pagaron muy caro la imprudente indiferencia con que se exponían al fuego de aquellos «aldeanos»como los llamaban. Pelearon con bizarría; pero fueron diezmados por los defensores de la casa de piedra, y tres de sus artilleros cayeron con la mecha en la mano, al lado de la pieza que servían.

Sin embargo, los proyectiles no chocaban en balde con las paredes, y bien pronto se observó que el segundo piso de la mencionada casa no ofrecía seguridad alguna.

-¡Al piso bajo! exclamó el doctor Nelson.

-Sí, respondió Vicente Hodge; desde allí tiraremos más de cerca sobre las casacas encarnadas.

Bajaron todos, y las descargas empezaron con rapidez.

Los reformistas demostraban un valor sin igual; algunos, intrépidos hasta lo indescriptible, salieron al camino y se batían al descubierto; mas como esto era una imprudencia peligrosísima, el doctor Nelson envió a su ayudante Perrault, natural de Montreal, con orden de que se retiraran; pero cumplió su misión con tan mala estrella, que recibiendo en aquel momento dos balazos, cayó muerto.

Por espacio de más de una hora el tiroteo continuó sin cesar, si bien con gran daño para los sitiadores; quienes tuvieron bastantes bajas, no obstante hallarse resguardados por las paredes y por montones de madera.

Contrariado por esto el coronel Gore, y viendo además que se agotaban sus municiones, mandó al capitán Markman que atacara a los enemigos por retaguardia. Markman lo intentó; no sin perder la mayor parte de sus hombres y no sin que una bala le alcanzara también, derribándole del caballo, teniendo que ser llevado en brazos de sus soldados.

El combate tomaba mal giro para los realistas, quienes en aquel momento oyeron gritos por la parte del camino y comprendieron que iban a ser cercados.

Un hombre acababa de presentarse; un hombre alrededor del cual los francocanadienses se apiñaban, siempre que aparecía, como en torno de una bandera.

-¡Juan Sin Nombre! ¡Juan Sin Nombre! exclamaron, blandiendo sus armas.

Era, en efecto, el joven patriota, que llegaba a la cabeza de un centenar de insurrectos reclutados en San Antonio, en Saint-Ours y en Contrec ur, y con los cuales había atravesado el Richelieu en medio de las balas enemigas.

-¡Adelante, *Raquettes* y *Castors*! exclamó, lanzando a sus compañeros al encuentro de los contrarios.

A su voz, los patriotas cayeron sobre los realistas, visto lo cual por los que aun se mantenían en la casa sitiada, y, alentados por tan inesperado refuerzo, hicieron una salida. El coronel Gore tuvo que batirse en retirada, tomando la dirección de Sorel, dejando varios prisioneros y su cañón en

poder de los vencedores. Contaba unas sesenta bajas entre muertos y heridos, mientras que los reformistas solamente tuvieron que deplorar la muerte de cuatro héroes y curar las heridas a otros cuatro.

Tal fue el resultado de la batalla de San Dionisio.

La noticia de aquella victoria se esparció con extremada rapidez por todas las parroquias ribereñas de Richelieu y por los condados próximos al San Lorenzo.

Era un buen principio para los partidarios del reformismo, pero sólo un principio; así es que Juan, en el momento en que sus parciales se reunían para recibir órdenes de sus jefes, les dijo estas palabras, como atándolas a una nueva victoria:

-¡Patriotas, a San Carlos!

Nuestros lectores no habrán olvidado que este pueblo se hallaba amenazado por la columna de Whiterall.

Una hora más tarde, el señor de Vaudreuil y Juan, después de despedirse de Clary, conocedora ya por ellos del éxito de la jornada, se habían unido a sus compañeros, que se dirigían a San Carlos.

En aquella ciudad iba a decidirse, dos días después, la suerte de la insurrección de 1837.

Merced a la concentración de los reformistas en San Carlos, éste era ciertamente el principal teatro de la rebelión, y por consiguiente hacia este punto fue adonde el teniente coronel Whiterall se dirigió, con fuerzas relativamente considerables; así es que Brown, Desrivières, Gauvin y otros, organizaron una vigorosa defensa. Podían contar, sin duda alguna, con aquella ardiente población, que se había pro-

nunciado ya, expulsando de la ciudad a uno de los notables acusado de ser partidario de los anglo-canadienses; y ¡cosa singular! alrededor de la casa de éste, convertida en fortaleza, fue donde Brown, jefe de los insurrectos, estableció un campamento que debía servir de punto de reunión para las fuerzas de que disponía.

La distancia de San Dionisio a San Carlos no era más que de seis millas, y por lo tanto las detonaciones de artillería se oyeron perfectamente durante la jornada del 23; y antes de que llegara la noche; los habitantes de esta última ciudad supieron que los realistas habían tenido que batirse en retirada hacia Sorel.

La impresión producida por esta primera victoria fue tan grande, que las puertas de todas las casas se abrieron de par en par, dando paso a sus moradores, que salían a la calle dominados por un patriótico delirio.

Tan sólo una no se abrió; ésta era Casa Cerrada; situada en un extremo del pueblo, a la revuelta de la carretera, y por consiguiente algo lejos del campamento. La vivienda de Bridget estaba, por esta razón, menos en peligro que las casas inmediatas para el caso de que la población fuese atacada y forzada por las tropas realistas.

Bridget esperaba los acontecimientos con su acostumbrada resignación, pronta a recibir a sus hijos si las circunstancias obligaran a éstos a ir a pedirle asilo; pero a la sazón el abate Joann visitaba las parroquias del Alto Canadá, predicando en favor de la insurrección, y Juan, no ocultándose ya, había aparecido de nuevo a la cabeza de sus partidarios. Su nombre corría de boca en boca a través de los condados de

San Lorenzo, y por más que la casa de su madre estuviese constantemente cerrada, ese nombre llegó hasta allí, y con él la noticia de la victoria de San Dionisio, a la que estaba íntimamente unido.

Bridget se preguntaba a sí misma si Juan acudiría al campamento de San Carlos; si le haría una visita; si traspasaría el umbral de su casa para decirle lo que había hecho, lo que pensaba hacer, y para abrazarla de nuevo. En realidad esto dependería de las fases que presentara la insurrección; así es que la pobre madre estaba pronta a cualquier hora del día o de la noche a recibir a su hijo en Casa Cerrada.

Cuando lord Gosford supo la derrota de las tropas en San Dionisio, temiendo que los vencedores fueran a reunirse con los patriotas de San Carlos, aumentando así las fuerzas de éstos, dio orden de que la columna de Whiterall retrocediera; pero era ya demasiado tarde. Los correos enviados desde Montreal por sir John Colborne fueron detenidos en el camino, y las tropas, en vez de retroceder, prosiguieron su marcha.

Nada podía ya impedir el choque entre los sublevados de esta población y los soldados de la Gran Bretaña.

Desde el día 24, Juan se hallaba en medio de los defensores del campamento, y con él habían acudido los señores de Vaudreuil, Andrés Farran, William Clerc, Vicente Hodge y Sebastián Gramont.

Dos días antes, Tomás Harcher y sus cinco hijos mayores habían salido de Saint-Albans, y traspasando la frontera americana, llegaron a San Carlos resueltos a cumplir con su deber hasta el fin.

Es preciso que consignemos aquí que nadie dudaba de un éxito definitivo, ni los jefes políticos del partido de la oposición, ni el señor de Vaudreuil y sus amigos, ni Tomás Harcher, ni Pedro, Remigio, Miguel, Tony y Santiago, sus valientes hijos, ni ninguno de los habitantes de la ciudad, sobrexcitados como estaban con el pensamiento de que a ellos se debería el último golpe dado a la tiranía anglosajona.

Sin embargo, antes de atacar a San Carlos, el teniente coronel Witherall mandó a Brown y a sus compañeros un mensaje en el que les decía que, si querían someterse, nada se les haría.

Esta proposición fue rechazada por unanimidad; Brown y los suyos pensaron que cuando los realistas, después de lo ocurrido en San Dionisio, venían con arrogancia y les ofrecían misericordia, era seguro que se sentían incapaces de forzar el campamento.

¡No! No se les permitiría llegar a San Carlos para llevar allí a cabo sangrientas represalias, sino que, en cuanto se presentara la columna de Witherall, sería rechazada, dispersa; y la nueva derrota que esperaba a los realistas, derrota completa esta vez, aseguraría la victoria definitiva. Así se pensaba y se hablaba en las filas de los patriotas.

Y en verdad que los defensores del campamento no eran muy numerosos: un puñado de hombres; pero lo más selecto del partido. Entre jefes y soldados sumaban apenas doscientos, armados con hoces, picas, palos y fusiles de chispa; y para responder a la artillería realista. disponían tan sólo de dos cañones casi inservibles.

Mientras tanto se preparaban a recibirlos; los soldados de Witherall marchaban rápidamente, sin que se vieran detenidos por los obstáculos que el invierno acumula en aquellas regiones; pues estando el tiempo muy frío y la tierra seca, andaban a buen paso, y las cureñas rodaban con bastante facilidad por aquel suelo endurecido.

Los reformistas los aguardaban entusiasmados por su última victoria, electrizados por la presencia de jefes tales cono Brown, Desrivières, Gauvin, Vicente Hodge, Vaudreuil, Amiot, A. Papineau; Marchessault, Maynard, y, sobre todo, de Juan Sin Nombre; ya hemos visto el caso que hicieron de las proposiciones de Witherall, pues a la intimación que les hizo para que se rindiesen y depusiesen las armas, estaban prontos a responder a tiros, a palos, con hoces y con picas.

No obstante, el campamento establecido en un extremo de la ciudad ofrecía ciertas desventajas, que ya no era tiempo de remediar. Si bien se hallaba resguardado de un lado por el río y de otro por un gran montón de árboles cortados que rodeaban la casa Debartzch, en cambio una colina le dominaba por detrás, y los insurrectos canadienses estaban en corto número para ocuparla.

Si los realistas llegaban a tomar posesión de ella, los patriotas no tendrían más abrigo contra los tiros que la casa Debartzch, llena de troneras; pero ¿podría en este caso resistir a un asalto? O lo que es lo mismo: si se viesen reducidos a la condición de sitiados, ¿Brown y sus compañeros tendrían fuerza bastante para sostenerse contra los sitiadores?

A eso de las dos de la tarde lejanos clamores se dejaron oír: después se produjo un gran desorden: un tropel de mujeres, niños y ancianos llegaban a campo traviesa a San Carlos. Eran los campesinos que huían.

A lo lejos se divisaban espesas columnas de negro humo, producidas por las casas incendiadas; las granjas cercanas ardían, y la columna mandada por Whiterall avanzaba en medio de las ruinas y el degüello que señalaba su paso.

Brown detuvo a aquellos de los fugitivos que se hallaban en estado de empuñar las armas, y dejando el mando a Marchessault, se lanzó al camino con el fin de reunir a todos los hombres útiles para combatir. Después de tomar toda clase de medidas que diesen por resultado prolongar la resistencia, Marchessault apostó a sus hombres detrás de los grupos de árboles que protegían el campamento.

-¡Aquí es, dijo, en donde va a decidirse la suerte del país! ¡Aquí es en donde es preciso defendernos!...

-¡Hasta morir! respondió Juan Sin Nombre.

En este momento las primeras detonaciones sonaron muy cerca, y pudo comprenderse que desde el principio los realistas iban a maniobrar con gran ventaja.

Y, en efecto, exponerse al fuego de los insurrectos, que, apostados detrás de los agrupados árboles, habían matado ya algunos soldados, hubiera sido una gran torpeza por parte del teniente coronel Witherall, al cual, disponiendo de trescientos o cuatrocientos soldados de caballería y de dos piezas de artillería, le era muy fácil dominar el campamento de San Carlos y aplastar a sus defensores. No es de extrañar, pues, que, comprendiéndolo así, diese orden de dar la vuelta

a las trincheras, para tomar posición en la colina de que ya hemos hablado.

Este movimiento se ejecutó sin ninguna dificultad. Los dos cañones fueron subidos a la cima, puestos en batería, y el combate empezó con igual energía por ambas partes. Todo esto se hizo con tal rapidez, que Brown, ocupado en reclutar a los fugitivos esparcidos por la campiña, no pudo reunirse con los suyos, teniendo que refugiarse en San Dionisio.

Los patriotas, aunque bastante mal resguardados, se defendían con ardor. Marchessault, el señor de Vaudreuil, Vicente Hodge, Clerc, Farran, Gramont, Tomás Harcher, sus hijos, todos los que tenían un fusil, respondían sin cesar al fuego de los sitiadores. Juan Sin Nombre los animaba sólo con su presencia; mas lo que hubiera sido necesario era un campo de batalla en donde los más valientes pudieran combatir, cuerpo a cuerpo con el enemigo; pero su arrojo estaba paralizado al verse obligados a sostener una lucha en aquellas condiciones.

Si bien los defensores del campamento habían inutilizado a muchos de los de casaca colorada, también habían sufrido pérdidas muy sensibles. Una docena de sus compañeros habían caído heridos unos, y muertos otros. Entre estos últimos se hallaba Remigio Harcher, tendido en un charco de sangre y con el pecho abierto por una bala de cañón. Cuando sus hermanos le levantaron para trasportarlo a la espalda de la casa, era ya cadáver. Andrés Farran, con un hombro destrozado, estaba ya allí, a donde lo habían conducido el señor de Vaudreuil y Vicente Hodge, quienes, des-

pués de dejarle en seguridad, se volvieron a su puesto de combate.

Pero iba a hacerse muy pronto necesario abandonar este último refugio. Los montones de árboles, destruidos por los cañonazos, dejaban libre la entrada al campamento, y el teniente coronel Witherall, habiendo mandado cargar a la bayoneta, hizo «una verdadera carnicería» según los relatos de este sangriento episodio de la insurrección franco-canadiense.

Allí perecieron valientes patriotas, que, agotadas sus municiones, se batían a culatazos, y allí murieron los dos hermanos Herbert, menos felices que A. Papineau, Amiot y Marchessault, quienes llegaron a abrirse paso por medio de los sitiadores, después de una heroica defensa. Allí cayeron también, para no levantarse más, otros partidarios de la causa nacional, cuyo número jamás fue conocido, porque el río arrastró sus cadáveres.

Algunas víctimas hubo a la vez entre los personajes que figuran en esta historia; y si bien Juan Sin Nombre, habiéndose batido como un león, siempre a la cabeza de los suyos en medio de la pelea, no recibió ni una contusión siquiera, otros en cambio, fueron más desgraciados. Después de Remigio, sus dos hermanos Miguel y Santiago, heridos gravemente por la metralla, fueron llevados fuera del campamento por Tomás y Pedro Harcher, y sustraídos de este modo al atroz degüello que siguió a la victoria ganada por los realistas.

William Clerc y Vicente Hodge hicieron también prodigios de valor; veinte veces se les vio en lo más recio del

combate con el fusil en una mano y la pistola en la otra. En medio de la refriega siguieron a Juan Sin Nombre hasta la batería establecida en lo alto de la colina, y en aquel momento hubiera tal vez muerto Juan, si Vicente Hodge no le hubiese librado del tiro que le disparó un artillero.

-Gracias, señor Hodge, le dijo el joven patriota, pero tal vez hayáis hecho mal... Todo hubiera concluido para mí ahora.

Y, en efecto, más hubiera valido que el hijo de Simón Morgaz quedase en el campo de batalla, puesto que la causa de la independencia sucumbía en San Carlos.

Juan Sin Nombre, volviendo a la pelea, divisó al pie de la colina al señor de Vaudreuil, que yacía en el suelo bañado en su propia sangre.

Este había sido derribado de un sablazo cuando la caballería de Witherall daba cargas en derredor del campamento para acabar de dispersar a los insurrectos.

Y entonces, Juan oyó así como una voz interior que le decía: «Salvad a mi padre.»

En medio del humo de la pólvora, Juan se arrastró hasta el señor de Vaudreuil, sin conocimiento, muerto tal vez; le levantó entre sus brazos y se lo llevó a lo largo de las trincheras. Después, mientras que los soldados perseguían a los rebeldes con un encarnizamiento increíble, pudo llegar sin tropiezo hasta el barrio alto de San Carlos, atravesando por entre las casas ardiendo, y se refugió con su carga bajo el pórtico de la iglesia.

Eran entonces las cinco de la tarde, y las tinieblas, lo hubieran dominado todo, a no ser por las llamas que se levantaban terribles por encima de las ruinas de aquel pueblo.

La insurrección, victoriosa en San Dionisio, acababa de ser vencida en San Carlos, no pudiéndose decir siquiera que ambos partidos estaban iguales, no; esta derrota había de tener peores resultados para la causa nacional que ventajas reales había obtenido con su victoria, pues aniquilaba por completo las esperanzas concebidas por los reformistas.

EL triunfo de Witherall fue completo, y los insurrectos supervivientes tuvieron que huir a la desbandada.

William Clerc y Andrés Farran, ligeramente heridos, tuvieron que correr a campo traviesa, y expuestos a mil peligros, consiguieron pasar la frontera, no sabiendo lo que había sido del señor Vaudreuil ni de Vicente Hodge.

¿Qué pasaría ahora a Clary en aquella casa de San Dionisio, en donde esperaba noticias? ¿No tendría que temerlo todo de los vencedores si no huía de allí?

En esto meditaba Juan cuando se hallaba en la iglesia custodiando al señor de Vaudreuil, que si bien no había vuelto en sí daba, sin embargo, algunas señales de vida, pues su corazón latía, aunque débilmente. Con cuidados inmediatos hubiera sido tal vez fácil devolverle la salud; pero ¿dónde y cómo prodigarle estos cuidados? No había que titubear; era preciso transportarle aquella misma noche a Casa Cerrada.

Esta, en efecto, no estaba muy lejos; apenas unos cuantos centenares de pasos bajando la calle principal de la ciudad, y Juan resolvió hacerlo así en cuanto los soldados de

Witherall salieran de San Carlos o acampasen para pasar la noche.

¡Pero el señor de Vandreuil en casa de su madre, en casa de la viuda de Simón Morgaz...! ¿Y si el padre de Clary supiese algún día bajo que techo le había transportado Juan...? Es verdad. Mas él, el hijo del traidor, ¿no se había hospedado en la villa Montcalm...? ¿No había sido compañero de armas del señor de Vandreuil...? ¿No acababa de librarle de una muerte segura...? ¿Por qué no había de recibir los cuidados de una Bridget Morgaz? Y además, ¿quién había de hacérselo saber? Nadie podía despejar el incógnito bajo el que se ocultaba aquella miserable familia.

Resuelto ya Juan a cumplir su proyecto, esperó el momento propicio para ponerlo en ejecución.

Y entonces su pensamiento voló hacia aquella casa de San Dionisio, en la que Clary iba a saber la derrota de los patriotas. Viendo que su padre no regresaba, ¿no pensaría que había sucumbido? ¿Sería posible avisarla de que el señor de Vaudreuil había sido transportado a Casa Cerrada, y librarla a ella también de los peligros que la amenazaban en aquella ciudad quo iba a ser entregada a la venganza de los vencedores?

Estas ideas llenaban de desconsuelo a Juan, cuya alma se hallaba bastante lacerada por los desastres tan terribles que acabara de sufrir la causa nacional. Tantas esperanzas concebidas después de la victoria obtenida en San Dionisio, el alzamiento general de los condados, la insurrección ganando terreno en el valle del Richelieu y del San Lorenzo, el ejército realista reducido a la impotencia, la independencia conquis-

tada, y él, Juan, habiendo compensado con gloria el mal hecho a su país por la traición de su padre, ¡todo se había perdido... absolutamente todo!

¿Todo?... Sin embargo, ¿no sería posible emprender de nuevo la lucha? ¿Acaso había muerto el patriotismo en el corazón de los franco-canadienses porque algunos centenares de patriotas habían sido degollados en San Carlos?... No: Juan empezaría de nuevo su obra; lucharía hasta morir.

Aun cuando estaba ya bien entrada la noche, en la ciudad se mezclaban todavía los ruidosos *hurras* de los soldados con los quejidos de los heridos. Las llamas, con su resplandor siniestro, alumbraban las calles, pues habiendo reducido a cenizas el campamento, se habían apoderado de las casas más próximas, y Juan se preguntaba en dónde se detendría el incendio... ¿Se habría corrido el fuego hasta el extremo del pueblo, y, propagándose las llamas hasta la Casa Cerrada, no encontraría ya a su madre?

Este temor le aterrorizó, no por él, que podría siempre huir al campo, llegar a los bosques en medio de las tinieblas de la noche y estar al amanecer fuera del alcance de sus perseguidores; pero ¿qué sería del señor de Vaudreuil? Si cayese en poder de los realistas, estaba perdido sin remedio, pues ni aun los heridos tuvieron cuartel en aquella sangrienta jornada.

A eso de las ocho, una relativa tranquilidad pareció reinar en San Carlos, ya fuera porque los habitantes habían sido echados de la población, o porque, habiéndose marchado las tropas de Whiterall, se habían refugiado en algunas de las casas que se salvaron del incendio.

Estando las calles desiertas en aquel momento, Juan quiso aprovechar la oportunidad, para lo cual avanzó hasta la puerta de la iglesia, echó una rápida mirada a la plaza, y bajó las gradas del pórtico.

A nadie vio en aquella plaza medio alumbrada por lejanas llamas.

Volvió al lado del señor de Vaudreuil, tendido al lado de un pilar, le incorporó y le cogió en brazos.

Aquel cuerpo inerte era una pesada carga aun para un hombre tan vigoroso como Juan, teniendo que llevarle hasta el recodo del camino cerca del cual se levantaba Casa Cerrada.

El joven atravesó la plaza y se deslizó a lo largo de la pared de la calle más próxima.

Tiempo era ya de que desapareciese, porque apenas anduvo unos cuantos pasos, oyó resonar grandes clamores, al mismo tiempo que el suelo retumbaba bajo los cascos de los caballos.

Era el destacamento de caballería que volvía a San Carlos, pues antes de lanzarlo en persecución de los fugitivos, el teniente coronel Witherall le había dado orden de replegarse sobre la ciudad, designándole la iglesia para pernoctar en ella.

Un instante después, los jinetes se instalaron en la nave principal, tomando desde luego las convenientes precauciones en previsión de alguna nueva algarada; y no solamente se establecieron los soldados en el templo, sino que también los caballos fueron introducidos en él.

Inútil es reseñar las profanaciones a que se entregó aquella soldadesca desenfrenada en un edificio consagrado al culto católico.

Juan continuaba su marcha por la solitaria calle, deteniéndose de vez en cuando, presa del temor que le invadía, a medida que se acercaba a Casa Cerrada, de no hallar más que ruinas.

Por fin llegó, y se detuvo delante de la morada de su madre. El incendio no había cundido hasta allí; la casa estaba intacta, perdida entre la sombra, no dejando filtrar, ni un solo rayo de luz por las ventanas, herméticamente cerradas.

Juan, llevando siempre al señor de Vaudreuil, se halló delante de la reja que cerraba el patio, la empujó, y arrastrándose hasta la puerta de la casa, dio la señal convenida.

Un momento después; Juan y el herido estaban en seguridad en la casa de Bridget Morgaz.

III

VAUDREUIL EN CASA CERRADA

-Madre mía, dijo Juan después de dejar al herido en la cama que su hermano o él ocupaban cuando iban a pasar la noche en Casa Cerrada; madre mía, la vida de este hombre corre peligro, si no se le cuida con esmero:

-Le asistiré con gran voluntad, Juan.

-Si los soldados de Whiterall le descubriesen aquí, tu vida estaría amenazada, madre mía.

-¡Mi vida!... No me importa nada, respondió Bridget.

Juan no quiso decirle que el enfermo era el señor de Vaudreuil, una de las víctimas de Simón Morgaz, para no traer a la memoria de la infeliz viuda, recuerdos infamantes. Más valía que no lo supiera; el hombre a quien daba asilo era, un patriota, y esto bastaba para que tuviese derecho a que se desvelara por él.

Colocado ya el herido en la cama, Bridget y Juan se dirigieron hacia la puerta para escuchar si aún se oía ruido hacia la iglesia, y ver si el camino estaba solitario.

Los últimos reflejos del fuego que consumiera las casas en la barriada alta del pueblo empezaban, a apagarse poco a poco, lo mismo que el tumulto producido por los realistas que habían acabado de quemar, de saquear y de degollar.

Unas veinte casas habían sido reducidas a cenizas; Casa Cerrada, por su posición, había escapado a la venganza de la soldadesca: pero Bridget y Juan, ¿no podían temerlo todo de los vencedores cuando el sol alumbrase las ruinas de San Carlos?

Madre e hijo experimentaron varios sustos durante aquella noche, pues de hora en hora patrullas de soldados y de voluntarios pasaban por delante de la casa vigilando los alrededores de la población, y a veces se detenían a algunos pasos de la verja que cerraba el patio.

¿Sería acaso que los agentes de policía vinieran a practicar pesquisas, ayudados por los soldados? En este caso no era por sí mismo por quien Juan Sin Nombre temía, sino por el señor de Vaudreuil, por el pobre herido a quien hubieran rematado sin piedad en la casa de su madre...

Mas estos temores no habían de realizarse, por lo menos durante aquella noche.

Bridget y su hijo hicieron todo cuanto les fue posible en beneficio del herido, y después ambos se sentaron a la cabecera de la cama para velarle. Hacíanse necesarios ciertos medicamentos. ¿Cómo procurárselos? Era preciso que un médico viese al paciente... ¿Y en dónde encontrar uno a quien se pudiera confiar, al mismo tiempo que la vida de un patriota, los secretos de Casa Cerrada? Examinaron con atención el pecho del señor de Vaudreuil; la herida produci-

da por el sablazo era profunda, extendiéndose en línea oblicua hacia el lado izquierdo; sin embargo, parecía que no había interesado ningún órgano vital, y solamente la pérdida de la sangre era la que ocasionaba la gran debilidad que experimentaba el padre de Clary, debilidad, que podía muy bien hacerle morir de un síncope.

Después de lavar la herida con agua fresca, Bridget la cubrió con un vendaje. ¿Se animaría el enfermo bajo la influencia de los cuidados asiduos que le prodigaba la infeliz mujer y del reposo de que gozaría en Casa Cerrada, si los soldados de Witherall abandonaban el pueblo? Ni Juan ni su madre se atrevían a esperarlo así.

Dos horas después el señor de Vaudreuil, si bien no había abierto aún los ojos, dejó escapar algunas palabras; y era evidente que sólo el recuerdo de su hija lo hacía sostener la vida. La llamaba, tal vez para que le cuidase, o porque se acordase de los peligros que la amenazaban en San Dionisio.

Bridget, teniendo cogida la mano del enfermo, le escuchaba, y Juan, de pie a su lado, procurando impedir que por un brusco movimiento el señor de Vandreuil hiciera que la herida se abriese de nuevo, escuchaba también al mismo tiempo sus palabras entrecortadas por suspiros, temiendo que revelase lo que su madre no debía oír.

El herido articuló un nombre, en medio de frases incoherentes.

Era el de Clary.

-¡Este desgraciado tiene, pues, una hija! murmuró Bridget mirando a Juan.

-Sin duda... madre mía.

-¡Y pregunta por ella!... ¡No quiere morir sin verla!... Si su hija se encontrase a su lado, estaría más tranquilo... ¿En dónde se halla?... ¿No podríamos buscarla y traerla aquí en secreto?

-¡A ella! exclamó Juan.

-Sí... Su sitio se halla al lado de su padre que la llama y que se está muriendo...

En aquel momento el herido, delirante, quiso incorporarse, y después se escaparon de sus labios estas palabras, que demostraban la angustia que estaba sufriendo:

-¡Clary!... ¡sola... allá... en San Dionisio!

Bridget se levantó.

-¡San Dionisio! repitió. Allí es en donde ha dejado a su hija... ¿Lo oyes, Juan?

-¡Los realistas!... ¡En San Dionisio!... repuso el herido. ¡No podrá escapar!... ¡Los miserables se vengarán en Clary de Vaudreuil!...

-¡Clary de Vaudreuil! repitió Bridget.

Después, bajando la cabeza, añadió:

-¡El señor de Vaudreuil aquí!

-Pues bien, sí, el señor de Vaudreuil, respondió Juan; y puesto que él está en Casa Cerrada, es preciso que su hija venga también.

-¡Clary de Vaudreuil! murmuró Bridget.

E inmóvil al lado de la cama en que gemía el herido, miraba a aquel patriota que había vertido su sangre por la causa da la independencia, el mismo que doce años antes estuvo a punto de pagar con su cabeza la traición de Simón Morgaz. Si llegase a saber algún día en que casa había recibido la hos-

pitalidad, que manos habían disputado su presa a la muerte, ¿no le causaría horror? Y aun cuando hubiera de arrastrarse de rodillas, ¿no se apresuraría a huir del infamante contacto de aquella familia?

En un prolongado gemido, el señor de Vaudreuil dejó oír otra vez el nombre de Clary.

-Puede morir, dijo Juan; es preciso que no muera sin haber visto a su hija...

-Irá yo a buscarla, respondió Bridget:

-¡No!... Yo soy el que debe ir, madre mía.

-¡Tú, a quien persiguen por todas partes!... ¿Quieres sucumbir antes de acabar tu obra?... ¡No, Juan; todavía no tienes derecho para morir!... Iré yo a buscar a Clary da Vaudreuil.

-Madre mía, Clary de Vaudreuil rehusará seguiros.

-No lo hará así cuando sepa que su padre está moribundo y que la está llamando. ¿En qué casa vive la señorita de Vaudreuil en San Dionisio?

-En la del juez Sr. Froment... Pero es demasiado lejos, madre mía... No tendréis fuerzas bastantes para ir y volver; ¡son doce millas las que tenéis que andar!... Mientras que yo, partiendo al momento, tendré tiempo suficiente para llegar a San Dionisio y traer a Clary de Vaudreuil antes de que amanezca. Nadie me verá salir ni nadie me verá volver a Casa Cerrada...

-¿Nadie? repuso Bridget. Y los soldados que vigilan por el camino, ¿cómo harás para evitar que te vean? Y si caes en sus manos, ¿cómo podrás escaparte? Aun admitiendo que no te conozcan, ¿acaso te dejarían en libertad? Yo, en cambio,

soy una anciana... no puedo inspirar sospecha. ¿Qué ganarían prendiéndome? Ya hemos discutido bastante, hijo mío; el señor de Vaudreuil quiere ver a su hija...; es preciso, pues, que la vea, y puesto que yo sola puedo traerla a su lado, voy por ella. Juan tuvo que ceder a las instancias de Bridget, porque aun cuando la noche estuviese muy oscura, el aventurarse en los caminos, vigilados por las patrullas de Whiterall, hubiera sido arriesgarse a no cumplir su proyecto, e importaba mucho que Clary de Vaudreuil entrase en Casa Cerrada antes de la salida del sol. ¡Quién sabe si la vida de su padre se prolongaría hasta ese instante! ¿Podría él, Juan Sin Nombre, conocido ya de todos por haberse batido con la cara descubierta, llegar sin tropiezo hasta San Dionisio? ¿Podría volver con Clary de Vaudreuil sin exponerla a caer en poder de los realistas?

Esto último fue lo que le decidió a dejar marchar a su madre; pues en cuanto a él, poco le importaban los peligros que podía correr. Dio a Bridget las instrucciones necesarias para que pudiese llegar hasta la casa del juez Froment, y le entregó una esquelita que debía inspirar entera confianza a la joven, con estas solas palabras: «Confiad en mi madre, y seguidla»

Hecho esto, Juan entreabrió la puerta, cerrándola en seguida después de la salida de Bridget, y fue a sentarse de nuevo a la cabecera de la cama donde estaba el señor de Vaudreuil.

Eran poco más de las diez cuando la viuda de Simón Morgaz emprendió el camino, desierto a la sazón.

El frío glacial de las largas noches canadienses, invadiendo toda la campiña, facilitaba la marcha por la dureza del suelo, y Bridget andaba a buen paso, sin miedo, no obstante aquella oscura soledad que la rodeaba; iba impelida por la voz del deber, y había encontrado de nuevo su antigua energía, de la que tantas pruebas tenía que dar aún.

El camino de San Carlos a San Dionisio le era bien conocido por haberlo pasado muchas veces durante su juventud; lo único que tenía que temer era el encontrarse con algún destacamento, y esto le sucedió dos o tres veces durante la travesía. Pero a una anciana, ¿por qué no habían de dejarla pasar? No sufrió, pues, más que el sonrojo de oír algunas palabras soeces de los soldados, que estaban un tanto alcoholizados. El teniente coronel Witherall no había ordenado reconocimiento alguno en al término de San Dionisio, porque antes de castigar a aquella desgraciada ciudad, deseaba asegurarse de las disposiciones tomadas por los vencedores de la antevíspera, no queriendo comprometer su victoria por un ataque impremeditado.

Esta fue la causa de que durante las dos terceras partes del trayecto, Bridget no tuviera ningún mal encuentro. Las gentes que encontró, y a quienes también adelantó, eran fugitivos de San Carlos que se esparcían por las parroquias del condado, por no tener ya asilo desde que sus casas habían sido entregadas al saqueo y a las llamas.

Pero era demasiado cierto que por donde pudo pasar libremente Bridget, Juan se hubiera visto imposibilitado de hacerlo. Al encontrarse con las patrullas, no hubiera tenido más remedio que salir de la carretera, dirigiéndose a San

Dionisio por algún atajo, siéndole imposible volver a Casa Cerrada antes de que fuera completamente de día. Y si algún piquete de caballería la hubiese detenido, y tal vez conocido, ya sabemos cual sería la sentencia que para él habían de dictar los tribunales de Montreal.

A las once y media de la noche, Bridget llegó a la margen del Richelieu.

La casa del juez señor Froment, que ella conocía bien, estaba situada en aquella orilla, en las afueras de San Dionisio, no teniendo, por consiguiente, que atravesar el río; le bastaba, pues, seguir la ribera durante un cuarto de milla para llegar delante de la puerta de la mencionada casa.

El sitio que recorría estaba completamente desierto, y un profundo silencio reinaba en el valle.

A lo lejos, alguna que otra luz brillaba en las ventanas de las primeras casas del pueblo, entregados sus moradores al reposo, que no turbaba ningún rumor.

Acaso la noticia de la derrota de San Carlos no había llegado todavía a San Dionisio.

Esto pensó Bridget. Clary de Vaudreuil debía ignorarlo, y sería por ella por quien lo sabría; iba a ser, pues, la mensajera de la desgracia.

La viuda de Simón Morgaz subió los peldaños de una escalerita colocada en un ángulo de la casa, y llamó a la puerta; pero viendo que no contestaban, llamó segunda vez.

Al poco rato se oyeron pasos en el vestíbulo, que se alumbró débilmente, y una voz preguntó:

-¿Qué queréis?

-Ver al señor juez.

-No está en San Dionisio, y durante su ausencia no me es lícito abrir.

-Tengo gravísimas noticias que comunicarle, repuso Bridget insistiendo.

-Se las daréis cuando vuelva.

La determinación de no abrir parecía tan formal, que la pobre mujer no titubeó en servirse del nombre de Clary.

-Si el señor Froment no está en su casa, dijo, la señorita Clary de Vaudreuil debe de hallarse en ella, y es preciso que yo la hable sin pérdida de tiempo.

-La señorita de Vaudreuil se ha marchado, le respondieron, después de titubear un instante.

-¿Se ha ido?

Ayer mismo.

-¿Y no sabréis decirme a dónde?

-A reunirse con su padre, sin duda.

-¿Con su padre? repuso Bridget.

Pues bien, de su parte vengo a buscarla...

-¿Mi padre? exclamó Clary desde el fondo del vestíbulo en que se hallaba.

-Clary de Vaudreuil, repuso Bridget bajando la voz; he venido para llevaros al lado de vuestro padre, y Juan es quien me envía.

Y ya los cerrojos de la puerta habían sido quitados, cuando Bridget dijo de pronto:

-¡No... no abráis!... ¡Esperad un momento!

Y bajando apresuradamente, se ocultó detrás de la escalera, pues importándole mucho que no la viese nadie en-

trar en aquella casa, en aquel instante una turba de hombres, mujeres y niños se acercaban siguiendo la orilla del Richelieu.

Eran los primeros fugitivos que llegaban a San Dionisio después de atravesar por medio del campo para no exponerse a malos encuentros en las carreteras. Entre ellos iban heridos, sostenidos por sus parientes o por sus amigos; pobres mujeres arrastrando consigo la familia que les quedaba, y también algunos patriotas que habían podido sustraerse al incendio y al degüello. Muchos de ellos debían de conocer a Bridget, y no queriendo que supieran que había salido de Casa Cerrada, se quedó acurrucada en su escondite hasta que pasaron los fugitivos de San Carlos.

Pero, durante aquellos instantes, ¿qué pensaría Clary oyendo los gritos de desesperación que lanzaban aquellas gentes?

Muchas horas hacía que esperaba noticias, bien fuera de su padre o de Juan, haciéndose la ilusión de que uno u otro se las traerían en persona, en el caso de que no decidieran marchar inmediatamente a Montreal, una vez alcanzada la nueva victoria; pero semejante ilusión no podía sostenerse. A través de aquella puerta que Clary no se atrevía a abrir, tristes gemidos llegaban hasta ella.

Los fugitivos, después de pasar por delante de la casa, siguieron el ribazo hasta que les fuera posible atravesar el río.

El camino estaba ya solitario, por más que se oyera aún lejano murmullo.

Bridget se levantó; y en el momento en que iba a llamar, la puerta se abrió, cerrándose inmediatamente a su paso.

Clary de Vaudreuil y Bridget Morgaz se hallaban frente a frente en una habitación alumbrada por una lámpara cuya luz no podía filtrarse al exterior, por hallarse las ventanas y las persianas herméticamente cerradas. La anciana y la joven se miraban, mientras la criada se mantenía apartada.

Clary estaba muy pálida, y presintiendo alguna desgracia, no se atrevía a preguntar.

-¿Los patriotas de San Carlos?, dijo por fin.

-¡Derrotados! respondió Bridget.

-¿Mi padre?

-Herido...

-¿Moribundo?...

-¡Tal vez!

Clary no tuvo fuerzas para sostenerse, y Bridget la recibió en sus brazos.

-¡Valor, Clary de Vaudreuil! dijo; vuestro padre os llama a su lado... Es menester que partáis, que me sigáis sin perder tiempo.

-¿En dónde está mi padre? preguntó Clary apenas repuesta de su desmayo.

-En mi casa... en San Carlos, respondió Bridget. .

-¿Quién os envía, señora?

-Ya os lo he dicho... Juan... Soy su madre...

- ¡Vos! exclamó Clary.

-Leed, Clary tomó la esquela que le ofrecía la anciana. Era, en efecto, la letra, que tan bien conocía, del joven proscrito.

«Confiaos a mi madre...» decía.

Pero ¿cómo se hallaba el señor de Vaudreuil en aquella morada? ¿Sería Juan quien le había salvado, arrastrándole fuera del campo de batalla para llevarle después a Casa Cerrada?

-Estoy pronta a seguiros, señora, dijo Clary de Vaudreuil.

-En ese caso, partamos sin dilación, respondió Bridget.

No cambiaron una palabra más.

Los detalles de este desgraciado incidente, Clary los conocería más tarde, pues demasiado sabía ya: su padre moribundo, los patriotas dispersados, y la victoria de San Dionisio anulada por la derrota de San Carlos.

Clary se envolvió rápidamente en un abrigo oscuro para seguir a la señora Bridget.

La sirviente abrió la puerta, y ambas mujeres salieron.

Las únicas palabras que pronunció Bridget, señalando hacia San Carlos, fueron éstas:

-Tenemos que andar seis millas, y para que nadie sepa que estáis en Casa Cerrada, es preciso que lleguemos allí antes del amanecer.

Ambas remontaron rápidamente el curso del río por la orilla hasta llegar al camino que va directamente hacia el Norte, por medio del condado de San Jacinto.

Bien hubiera querido la joven andar más de prisa, deseando hallarse cuanto antes a la cabecera de la cama de su padre; pero tuvo que moderar su impaciencia, porque, por más que Bridget llamase en su auxilio toda su energía, no hubiera podido seguirla.

Experimentaron además varios retrasos, porque encontrándose con algunos grupos de fugitivos que iban en sentido inverso, hubiera sido imprudente mezclarse con ellos, quienes tal vez quisieran arrastrarlas consigo hacia San Dionisio. Convenía que no las hallasen; y para evitarlo, Bridget y Clary se apartaban de la carretera, escondiéndose en los matorrales; nadie las veía, pero ellas observaban y oían.

Aquellas pobres gentes avanzaban con gran trabajo, dejando algunas huellas sangrientas en el suelo. Las mujeres llevaban a sus hijos en brazos, los hombres más jóvenes sostenían a los ancianos, que querían echarse en el suelo, abrumados por la fatiga, y morir allí.

Después, oyéndose gritos a lo lejos, el tropel desaparecía en la oscuridad.

¿Acaso los soldados y los voluntarios perseguían aún a aquellos desgraciados que huían de su pueblo, entregado a las llamas, buscando en los campos un abrigo que no hallaban en San Carlos? ¿O era que la columna de Whiterall estaba ya en marcha para sorprender ala luz del alba a los patriotas que huían?

No; eran otros fugitivos que erraban por aquellas tierras, y muchos de ellos hubieran perecido durante aquella noche, si algunas alquerías no hubiesen abierto sus puertas para recibirlos.

Clary, con el corazón angustiado, presenciaba tales horrores; pero, sin embargo, allá en el fondo de su alma no quería desesperar aún del triunfo de la independencia nacional, en cuyas aras su padre acababa de verter su sangre, y por

cuya defensa se encontraba quizás próximo a exhalar su último suspiro.

Cuando el camino quedaba libre; ambas mujeres se ponían de nuevo en marcha, y durante hora y media anduvieron contrariadas por tan difíciles circunstancias. A medida que avanzaban hacia San Carlos, los encuentros con los que huían eran menos frecuentes, pues todos cuantos habían podido escapar estaban ya cerca de San Dionisio, o dispersos por los condados de Verchères y de San Jacinto.

Lo que más tenían que temer en los alrededores de San Carlos eran las patrullas de voluntarios, cuya presencia convenía evitar.

A las tres de la madrugada aún les quedaba que andar dos millas para llegar a Casa Cerrada.

En aquel momento Bridget, agotadas sus fuerzas, se dejó caer al suelo.

Clary quiso levantarla.

-Dejad que os ayude, dijo a la anciana; apoyaos en mi brazo... no debemos ya estar muy lejos...

-Una hora de marcha todavía, respondió Bridget; jamás podré...

-Descansad algunos minutos; después marcharemos otra vez... os apoyaréis en mí... no temáis cansarme, no... soy fuerte...

-¡Fuerte!... ¡Pobre niña!... ¡Bien pronto caeríais también!

Bridget sé incorporó sobre las rodillas.

-Escuchadme, dijo; procuraré dar aún algunos pasos; pero si caigo de nuevo, me dejaréis sola...

-¡Dejaros sola!... exclamó Clary.

-Sí. Lo necesario es que esta misma noche os halléis al lado de vuestro padre...

El camino es recto... Casa Cerrada es el primer edificio que encontraréis en la carretera antes de llegar a la población... Llamaréis a la puerta... diréis vuestro nombre, y Juan os abrirá en seguida.

-No quiero abandonaros en tal estado, repuso la joven. No iré sin que me acompañéis.

-Es preciso que así lo hagáis, Clary de Vaudreuil, respondió Bridget; y cuando estéis ya en seguridad, mi hijo vendrá a buscarme... me llevará en brazos, como lo ha hecho con vuestro padre.

-Os lo ruego, procurad andar, señora Bridget.

Esta consiguió ponerse en pie, pero a duras penas podía arrastrarse; sin embargo, anduvieron así una milla.

Entonces una leve claridad empezó a dibujarse en el horizonte en dirección a San Carlos ¿Sería ya el alba, y no podrían llegar a Casa Cerrada antes que fuera de día? ¡Partid! murmuró Bridget. ¡Partid sin demora, Clary de Vaudreuil!... ¡Dejadme aquí!...

-No es el alba... respondió la joven; son apenas las cuatro... Debe de ser el reflejo de un incendio.

Clary no concluyó la frase, pues el mismo pensamiento acudió a la mente de ambas mujeres. ¿Será quizás que Casa Cerrada esté envuelta en llamas, que el asilo del señor de Vaudreuil haya sido descubierto, y que él y Juan se vean en poder de los soldados de Witherall, si no han muerto defendiéndose?

Este temor produjo en Bridget un supremo esfuerzo de energía, y Clary y ella, apresurando el paso, se acercaron a San Carlos.

El camino formaba recodo en aquel sitio, y poco más allá estaba Casa Cerrada.

Clary y Bridget llegaron hasta la vuelta.

No era la morada que daba asilo al señor de Vaudreuil la que ardía; era un cortijo situado a la derecha del pueblo, y cuyas llamas reflejaban en el cielo.

-¡Allí... es allí! exclamó Bridget, señalando su casa con temblorosa mano.

Algunos minutos más, y ambas encontraban su anhelado refugio.

Pero en aquel momento un grupo de tres hombres apareció en el camino; eran tres voluntarios que se tambaleaban, ebrios de aguardiente y manchadas las ropas de sangre.

Clary y Bridget quisieron evitar su encuentro; pero era demasiado tarde.

Habiéndolas divisado los voluntarios, se precipitaron sobre ellas. Todo había que temer de aquellos miserables, uno de los cuales se apoderó de la joven, procurando arrastrarla consigo, mientras que los demás detenían a Bridget.

De repente, un hombre saltó de entre las breñas a la izquierda de la carretera, y, con un garrote en la mano, de un fuerte golpe tendió en tierra al miserable que maltrataba a la joven.

-¡Clary de Vaudreuil! exclamó después, reconociendo a la joven.

-¡Vicente Hodge!

Y Clary se apoyó en el brazo de su salvador quien también conoció.

Cuando et señor de Vaudreuil cayó en el campo de batalla de San Carlos, Vicente Hodge no pudo socorrerle por entonces, e ignorando que algunos instantes más tarde Juan Sin Nombre se había llevado al herido fuera de todo peligro, volvió después de los últimos tiros, quedándose en los alrededores del pueblo, a riesgo de caer en manos de los realistas. Llagada la noche, hizo lo posible para hallar al padre de Clary entre los heridos y los muertos amontonados, en los límites del campamento; pero habiéndole buscado en vano hasta la hora en que iba a amanecer, se marchaba ya en busca de un asilo, cuando los gritos de Clary, le atrajeron al sitio en que la joven forcejeaba para escapar a un peligro peor que la muerte.

Pero Vicente Hodge no tuvo tiempo para saber que el señor de Vaudreuil estaba en una casa a algunos centenares de pasos del sitio en que se hallaba, porque se vio obligado a hacer frente a los dos bribones que, habiendo soltado a Bridget, y dando desairadas voces, se disponían para atacarle a su vez; y como en el silencio de la noche sus gritos habían sido oídos a lo lejos, cinco o seis voluntarios acudían a apoyarlos. Urgía, pues, que Clary y su compañera se refugiasen a toda prisa en Casa Cerrada.

-¡Huid!... ¡huid! exclamó Vicente Hodge. Ya sabré yo escaparme.

Bridget y Clary echaron a correr cuanto se lo permitieron sus agotadas fuerzas, mientras que el joven, tan resuelto como vigoroso, derribaba a sus agresores, a quienes la em-

briaguez hacia menos temibles; y cuando los vio en tierra, y antes de que los voluntarios llegasen al lado de sus compañeros, saltó como un corzo por entre los matorrales, en medio de los tiros que le dirigieron sin alcanzarle.

Algunos instantes después, Bridget llamaba ala puerta de Casa Cerrada, que se abrió sin tardanza para dar paso a Clary y a la pobre madre, quien cayó desfallecida en los brazos de su hijo.

IV

LOS OCHO DÍAS SIGUIENTES

Casa Cerrada ofrecía, pues, un asilo efímero, quizás el señor de Vaudreuil y a su hija. Ambos se hallaban bajo el mismo techo que la «Familia Sin Nombre», al lado de la mujer y del hijo del traidor; y si aquellos, ignoraban los lazos que unían con Simón Morgaz a la anciana y al joven que arriesgaban su vida por darles hospitalidad, Bridget y Juan no lo olvidaban un solo instante; y lo que más temían era que una desgraciada casualidad descubriera tan vergonzoso secreto a sus huéspedes.

Durante la mañana de aquel mismo día, 26 de Noviembre, el señor de Vaudreuil recuperó algo el conocimiento. Tal vez la voz de su hija, sacándole del amodorramiento, le hizo abrir los ojos.

-¡Clary! murmuró.

-Sí, padre mío... yo soy, respondió la joven, estoy a vuestro lado... No me moveré ya de aquí.

Juan estaba da pie al lado de la cama, oculto en la sombra, como si hubiera querido que no le viesen; sin embargo,

las miradas del herido se fijaron en él, y sus labios dejaron escapar estas palabras:

-¡Juan!.... ¡Ah!... ¡Ya recuerdo!

Después, al ver a Bridget que se inclinaba hacia su cabecera, pareció preguntar quién era aquella mujer.

-Es mi madre, respondióle Juan. Estáis en casa de mi madre; sellar de Vaudreuil, y sus cuidados y los de vuestra hija no os faltarán...

-¡Sus cuidados!... repitió el enfermo con voz débil.. ¡Si... ya me acuerdo... herido... vencido... mis compañeros huidos... muertos tal vez! ¡Ah! ¡Mi pobre país... mi pobre país... más que nunca entregado a la tiranía de sus opresores!

El señor de Vaudreuil dejó caer, de nuevo la cabeza. Y sus ojos se cerraron otra vez.

-¡Padre mío! exclamó Clary arrodillándose; y al cogerle la mano, sintió una ligera presión responder a la suya.

Juan dijo:

-Sería, necesario que un médico viniera aquí. ¿Pero en dónde encontrarle? ¿A quién dirigirnos en una comarca ocupada por los realistas? Puede ser que en Montreal... sí, sólo allí es posible. Indicadme cual es el médico que posee vuestra confianza, e iré a buscarle.

-¿A Montreal? preguntó Bridget.

-Es preciso, madre mía. Bien vale la vida del señor de Vaudreuil que yo arriesgue la mía...

-No es por ti por quien temo, Juan; pero yendo a Montreal puedes ser espiado, y si se sospecha que el Señor de Vaudreuil está aquí, es perdido.

-¡Perdido! murmuró Clary.

-¿Y no lo está con más seguridad si le faltan inteligentes cuidados? repuso Juan.

-Si la herida es mortal, nadie es capaz de curarlo; si no lo es, Dios nos concederá su salvación a su hija y a mí. Su herida proviene de un sablazo, que no ha hecho más que desgarrar las carnes, y el señor de Vaudreuil está debilitado, a mi parecer, por la mucha sangre que ha perdido. Bastará, según creo, aplicarle paños de agua fresca para la cicatrización, que obtendremos con el tiempo. Créeme, hijo mío; nuestro huésped está relativamente en seguridad aquí, y mientras podamos evitarlo, importa que nadie conozca el sitio de su retiro.

Bridget hablaba con una confianza tal, que tuvo por primer efecto devolver a Clary alguna esperanza. Lo que se hacía necesario antes que todo era que ningún extraño entrase en Casa Cerrada; peligraba por ello la vida de Juan Sin Nombre y más aún, la del señor de Vaudreuil. En efecto, a la menor alarma, si bien Juan podía huir a través de los bosques, del condado, y pasar la frontera americana, el herido estaba imposibilitado de hacerlo.

Al día siguiente de la llegada de Clary, el estado del enfermo justificó la confianza que había inspirado a Bridget. Desde que la hemorragia había podido ser detenida, el señor de Vaudreuil estaba, si bien muy débil, en posesión de todo su conocimiento. Lo que más necesitaba era tranquilidad moral, y esa no le faltaría teniendo al lado a su hija; podría entregarse al sosiego que se gozaba en aquella morada, máxime cuando los soldados de Witherall no tardarían en mar-

charse de San Carlos para recorrer el condado, librando así la comarca de su odiosa presencia.

Bridget tomó ciertas disposiciones para instalar a sus huéspedes con alguna más comodidad en su estrecha morada. El señor de Vaudreuil ocupaba la habitación reservada a Joann o a Juan cuando iban a pasar la noche a Casa Cerrada. La otra habitación, la de Bridget, fue destinada a Clary, y ambas mujeres velarían alternativamente a la cabecera del enfermo.

En cuanto a Juan, no había por qué inquietarse, ni tampoco por su hermano, aun cuando por efecto de los últimos acontecimientos el abate Joann se atreviese a ir a ver a su madre. Un rincón de la casa bastaba para ambos.

Además, el joven patriota no pensaba quedarse en San Carlos mucho tiempo, pues tan luego como estuviese tranquilo respecto a la salud del señor de Vaudreuil y pudiera hablar con él sobre las eventualidades futuras, volvería a emprender su tarea, porque a su parecer, la derrota de San Carlos no podía haber consumado la ruina de los patriotas, y sabría él arrastrarlos a tomar su desquite.

El día 26 pasó con mucha tranquilidad; hasta pudo Bridget, sin despertar sospechas, salir de Casa Cerrada, según tenía por costumbre, para procurarse un suplemento de provisiones y alguna poción calmante para el herido.

Desde que los soldados habían salido del pueblo, algunas casas se habían abierto; pero cuántos desastres, cuánta ruina por todos lados, y sobre todo en el barrio alto, incendiado y devastado por la parte del campamento en donde la defensa había sido heroica, pues un centenar de patriotas

habían vertido su sangre en aquel funesto combate, la mayor parte muertos o mortalmente heridos; y en donde unos cuarenta habían caído en poder de los realistas. El aspecto de la población era lamentable, a consecuencia de los excesos cometidos por una soldadesca desenfrenada, a la cual su jefe procuraba en vano contener.

Bridget, al regresar, tuvo el gusto de llevar a Casa Cerrada la noticia de la partida de la columna.

Durante aquel día, el señor de Vaudreuil experimentó alguna mejoría, pudiendo descansar unas cuantas horas; su sueño fue tranquilo; el delirio había cesado, y con él las palabras incoherentes que pronunciaba llamando a su hija. Tenía conciencia de que Clary se hallaba a su lado, fuera de todos los peligros a que se hubiera visto expuesta con la vuelta de los realistas.

Mientras que el enfermo dormía, Juan tuvo que hacer a la joven el relato de los acontecimientos de la víspera y de todo cuanto había pasado desde que su padre la dejó en casa del juez Sr. Froment para reunirse con sus compañeros en San Carlos, y, por fin; en qué circunstancias había encontrado al señor de Vaudreuil cuando lo llevó a Casa Cerrada.

Clary escuchaba con el corazón angustiado, los ojos preñados de lágrimas, haciéndose fuerte contra la desesperación. La desgracia parecía unir más estrechamente a ambos, pues abrigaban las mismas ideas y los mismos sentimientos.

Varias veces durante su relato, Juan se levantó profundamente turbado, queriendo huir de una intimidad que la situación presente hacía más peligrosa todavía.

Después de aquellos pocos días que había pasado al lado de Clary en la villa Montcalm, Juan experimentó sentimientos que quiso alejar de sí, y para conseguirlo contó con los sucesos que se preparaban para entregarse por completo a la tarea que, después del suicidio de su padre, se había impuesto. Y ¡cosa extraña! aquellos mismos acontecimientos eran los que habían llevado a la joven a la de su madre, a la par que le obligaban a él a permanecer en aquel retiro.

Pronto conoció Bridget la naturaleza de los sentimientos que experimentaba su hijo. El espanto que por esto se apoderó de ella fue tan. grande como el de Juan.

¡Él! ¡El hijo de Simón Morgaz!... Sin embargo, la enérgica mujer riada dejó traslucir de sus angustias. ¡Pero cuántos sufrimientos preveía para el porvenir!

Al siguiente día supo el señor de Vandreuil la marcha de los soldados de Witherall, y, sintiéndose con alguna más fuerza, quiso hablar con Juan sobre las consecuencias de la derrota de San Carlos.

¿Qué había sido de sus compañeros Vicente Hodge, Farra, Clerc, Sebastián Gramont; el cortijero Harcher y sus cinco hijos que tan valerosamente se habían batido en la jornada del 25?

Bridget, Clary, y Juan se sentaron, al lado de la cama del señor de Vaudreuil; y accediendo a su ruego, suplicándole que no se fatigase demasiado, Juan empezó, de este modo el relato de lo sucedido:

-Después de luchar hasta lo último, nuestros héroes sucumbieron, agobiados por el número de los enemigos. Uno de mis bravos compañeros de Chipogán, el pobre Remigio,

fue muerto casi al principio de la acción, sin que yo pudiera socorrerle; después Miguel y Santiago, heridos a su vez, tuvieron que abandonar el campo de batalla, llevados por su padre y sus otros dos hermanos. ¿Adónde se refugiaron cuando la lucha se hizo ya imposible? Lo ignoro; mas espero que habrán podido pasar la frontera americana. El diputado Gramont ha caído prisionero, debiendo hallarse ahora en la cárcel de Montreal, y ya sabemos por demás la suerte que le reservan los jueces de lord Gosford. Supongo que los Sres. Farran y Clerc han podido sustraerse a la persecución de la caballería realista; pero en cuanto a Vicente Hodge, imposible me es decir...

-Vicente Hodge ha escapado al degüello, respondió Clary. Al anochecer de aquel funesto día andaba errante alrededor de San Carlos, buscándoos, padre mío. La señora Bridget y yo lo hemos encontrado, y, gracias a él, pudimos escapar de las violencias de soldados ebrios que nos insultaban, y refugiarnos aquí. No dudo de que esté ahora en seguridad en algún pueblo de los Estados Unidos.

-¡Es un noble corazón y un valiente patriota! dijo Juan. Lo que ha hecho respecto a la señorita de Vaudreuil y a mi madre, lo hizo también conmigo en lo más recio de la pelea. Me ha salvado la vida, y tal vez hubiera valido más haberme dejado morir. ¡No hubiera tenido la tortura de sobrevivir a la derrota de los Hijos de la Libertad!

-Juan, dijo la joven: ¿habéis perdido acaso toda esperanza respecto a nuestra santa causa?

-¡Perder la esperanza mi hijo!... respondió Bridget con viveza. Jamás lo creeré...

-¡No, madre mía! exclamó Juan. Después de la victoria de San Dionisio, la insurrección se hubiera extendido por todo el valle de San Lorenzo; pero la derrota de San Carlos me obliga a empezar una nueva campaña, y la empezaré. Los reformistas no están vencidos todavía, y hasta deben haberse organizado de nuevo para resistir a las columnas de sir John Colborne. Mucho he tardado en reunirme con ellos... esta misma noche partiré.

-¿Adónde iréis, Juan? preguntó el señor de Vaudreuil.

-En. primer lugar, a San Dionisio. Allí espero encontrar a los principales jefes con quienes habíamos rechazado con tanta felicidad a los soldados de Gore...

-¡Parte, pues, Juan no te detengas! dijo Bridget, fijando en su hijo una penetrante mirada. ¡Sí, parte; tu sitio no está aquí!... ¡Está allá; en las primeras filas!...

-¡Sí, partid Juan! repuso Clary. Es preciso que aparezcáis de nuevo a la cabeza de vuestros parciales... Que los realistas sepan que Juan Sin Nombre no ha muerto...

La joven no pudo acabar la frase.

El señor de Vaudreuil, medio incorporado, tomó la mano del joven patriota, diciéndole él también:

-¡Partid, Juan! Dejadme a los cuidados de vuestra madre y de mi hija. Si volvéis a ver a mis amigos, decidles que me verán otra vez a su lado en cuanto tenga bastantes fuerzas para abandonar esta morada. Pero, añadió con una voz que indicaba una extremada debilidad, si pudierais tenernos al corriente de todo lo que se prepare... si os fuera posible volver aquí... ¡Ah, Juan!... ¡Tengo tanta necesidad de saber qué

ha sido de todos los que me son queridos... y a quienes quizás no volveré a ver jamás!

-Cuanto ocurra sabréis, señor de Vaudreuil, respondió el joven; y ahora descansad... olvidadlo todo, hasta el momento en que haya que combatir de nuevo.

El consejo de Juan era bueno, pues en el estado en que se encontraba el herido era preciso evitarle la más mínima emoción; acababa de dormirse, y aquel sueño se prolongó hasta media noche; así es que dormía aún cuando Juan salió de Casa Cerrada, a eso de las once, después de despedirse de Clary y de abrazar a su madre, cuya energía no se desmintió ni un solo instante al separarse de su hijo.

Las circunstancias no eran ya las mismas que dos días antes, cuando Bridget no permitió que su hijo fuera a San Dionisio en busca de la señorita de Vaudreuil.

Desde la salida de las tropas de Witherall, el peligro era mucho menor; reinando completa tranquilidad en aquellos pueblos y sus contornos; pues el Gobierno, después de vencer a los reformistas, contemporizaba con ellos y hasta era de extrañar que no procurase completar su victoria lanzando su ejército contra los vencedores del 23, porque si John Colborne no era hombre que retrocediera ante ningún obstáculo; y porque el coronel Gore debía de estar ganoso de vengar su derrota.

Sea lo que fuere, en San Carlos, y por consiguiente en Casa Cerrada, ninguna noticia se tenía ni en pro ni en contra. La confianza se había apoderado nuevamente de los habitantes del pueblo, vueltos la mayor parte a sus hogares y trabajando ya en reparar los desastres causados, por el in-

cendio y por el saqueo. Cuando Bridget salía para comprar algunas provisiones, si bien no preguntaba, escuchaba lo que se decía para comunicárselo después al señor y a la señorita de Vaudreuil. Ninguna noticia grave circulaba en el país, ni ninguna invasión de tropa se hacía temer.

Durante los tres días siguientes al de la partida de Juan, esta tranquilidad no se turbó en el condado de San Jacinto ni en los limítrofes. ¿Creería el Gobierno que la rebelión estaba enteramente sofocada por la derrota de San Carlos? ¿O pensaba solamente perseguir en secreto a los jefes de la oposición que habían dado la señal del alzamiento? Era esto más que probable. Pero lo que nadie estaba dispuesto a admitir; era que los reformistas hubiesen renunciado a continuar la lucha y que se reconocieran completamente vencidos, no quedándoles más remedio que someterse. No. En Casa Cerrada lo mismo que en todo el Canadá, se esperaba un nuevo alzamiento.

El estado del señor de Vaudreuil mejoraba de día en día, y si bien su debilidad era grande, ya la cicatrización de la herida había comenzado a presentarse con franqueza; sin embargo, la convalecencia había de ser larga, y, por lo tanto, algo lejana la época en que estuviese bastante fuerte para abandonar la cama. Al anochecer del tercer día, el enfermo pudo tomar algún alimento, y, habiendo desaparecido la fiebre que lo devoraba al principio, nada grave había que temer, como no sobreviniera alguna complicación.

Durante las muchas horas desocupadas que Bridget y Clary pasaban sentadas a la cabecera de la cama del señor de Vaudreuil, le contaban todo cuanto se decía por fuera, y el

nombre de Juan se pronunciaba muy a menudo en aquellas conversaciones íntimas. ¿Se habría reunido a sus compañeros? ¿Mantendría viva la ansiedad de los reclusos de Casa Cerrada, teniéndoles sin las noticias que tanto deseaban?

Y mientras que Clary, silenciosa y con la vista inclinada al suelo, dejaba vagar su pensamiento, el señor de Vaudreuil no cesaba de prodigar elogios al joven patriota que simbolizaba la causa nacional, diciendo a su madre que debía de estar orgullosa por tener tal hijo.

Bridget, con la cabeza baja, no respondía, o, si lo hacía, era para decir que Juan no cumplía más que con su deber.

Nuestros lectores no se sorprenderán sabiendo que Clary experimentaba una viva amistad, casi amor filial para con Bridget, y que su corazón se había ligado estrechamente al de la viuda. A la joven le parecía natural llamarla «madre mía» y, sin embargo, cuando quería tomar las manos de Bridget en señal de afecto parecía que ésta se apresuraba a retirarlas; y si Clary la abrazaba, volvía bruscamente la cabeza. ¿Qué misterio era éste, que la joven no podía descubrir? Pero la madre de Juan era impenetrable. La situación de ambas mujeres era especial: por parte de una, confianza y afecto casi filial; y por parte de la otra, reserva extremada, y a veces un desvío inexplicable.

En la tarde del 2 de Diciembre hubo en San Carlos alguna alarma, causada por noticias inquietantes, tan inquietantes que Bridget, que las había recogido en varios sitios del pueblo, no quiso comunicárselas al señor de Vaudreuil, con entera aprobación de Clary, que juzgó prudente no turbar la tranquilidad de que tanto necesitaba su padre.

Lo que se decía era que los realistas acababan de derrotar otra vez a los patriotas.

Y, en efecto, el Gobierno no quiso contentarse con haber vencido la insurrección en San Carlos, sino que necesitaba vengar la derrota del coronel Gore en San Dionisio. Si su proyecto salía bien, no tendría ya nada que temer de los reformistas, perseguidos por los agentes de Gilberto Argall y reducidos a dispersarse por las diferentes parroquias del distrito, no quedando después de esto, otra cosa que castigar con las penas más terribles a los jefes del partido insurrecto, detenidos en las prisiones de Quebec y de Montreal.

Dos cañones, cinco compañías de infantería y un escuadrón de caballería habían sido puestos a las órdenes del coronel Gore, quien, acompañado de una fuerza tan superior a la de los patriotas, se presentó en San Dionisio el día 1° de Diciembre.

La noticia de esta expedición, esparcida al principio con cierta vaguedad, cundió aquella misma noche por San Carlos. Algunos habitantes que volvían del campo no tardaron en confirmarla, llegando de este modo a los oídos de Bridget, quien, ocultándola al señor de Vaudreuil, no titubeó en dársela a Clary.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente cual seria la inquietud y la angustia que sufrieron ambas.

A San Dionisio, decían ellas, ha ido Juan a reunirse con sus compañeros para reorganizar la insurrección. ¿Y serán, se preguntaban, bastante numerosos para resistir a los realistas? Si desgraciadamente no es así, se verán, de seguro, vencidos; y una vez entrados los vencedores en la vía de las

represalias, ¿no perseguirán a aquellos sin darles cuartel? ¿No llegarían a proceder a minuciosas pesquisas en los pueblos; ciudades y cortijos de los condados más particularmente comprometidos en la última sublevación? Especialmente San Carlos, ¿no sería sometido a las más rigurosas medidas, tomadas por la policía, y cuyas consecuencias podrían ser muy graves para nosotros? ¿Qué será entonces del señor de Vaudreuil, decía la madre de Juan, en la imposibilidad de ser transportado hasta la frontera americana?

Bridget y Clary pasaron la velada en un continuo sobresalto, pues las noticias que llegaban de San Dionisio eran aterradoras.

El coronel Gore había encontrado la población completamente abandonada; pues sus defensores, ante la eventualidad de una lucha tan desigual, habían decidido batirse en retirada, y los moradores del pueblo huyeron por medio de los bosques, y atravesando el Richelieu, buscaron un asilo en las próximas parroquias. Lo que pasó en San Dionisio, entregado por completo a la soldadesca, si bien los fugitivos no lo sabían, era por demás fácil de imaginar.

Cerrada por completo la noche, Bridget y Clary fueron, como de costumbre; a sentarse a la cabecera de la cama del señor de Vaudreuil, Y varias veces hubo que explicarle el por qué las Calles de San Carlos, por lo regular tan silenciosas, se llenaban ahora de ruido; Clary se ingeniaba cuanto podía para dar a aquellos rumores un motivo que no alarmase a su padre, pero su pensamiento, volando al encuentro de los patriotas, quería indagar si la causa de la independencia había o no recibido un golpe mortal, y si Juan y sus parciales se

habían visto obligados a pasar la frontera o habían caído en poder de los realistas. Y sobre todo él, Juan, ¿habría, podido huir, habría procurado llegar a Casa Cerrada?

La ansiedad que experimentaban las dos, era indescriptible. La joven tenía el presentimiento de que así sucedería, y en ese caso se haría imposible ocultar al señor de Vaudreuil la derrota de los liberales.

Bridget también lo temía, y ambas absortas en el mismo sentir, se comprendían sin pronunciar una palabra.

A eso de las once y media, tres golpes dados en la puerta de Casa Cerrada las sacó de la abstracción en que se hallaban.

-¡Él! exclamó la joven.

Bridget conoció la señal. Sí: era en efecto, uno de sus hijos el que de tal modo llamaba.

La pobre madre pensó que era tal vez el abate, a quien no veía hacía lo menos dos meses; pero Clary no se había equivocado y repetía:

-¡Él es!... ¡Él!...

Y, en efecto, apenas Bridget abrió la puerta, Juan apareció y atravesó rápidamente el umbral.

V

PESQUISAS

Apenas se cerró la puerta cuando Juan apoyando el oído en la cerradura, se puso a escuchar lo que pasaba fuera, haciendo señas con la mano a Clary y a su madre para que no hablasen una palabra, ni se movieran tampoco. Y Bridget, que iba a exclamar: «¿Por qué has vuelto, hijo mío?» quedó muda.

En el exterior, y muy cerca de la casa se oía el ruido de pasos y el hablar de media docena de hombres que haciendo alto delante del portal, decían:

-¡Por dónde se habrá ido! No ha podido detenerse aquí.

-Se habrá escondido en alguna casa de más arriba.

-Lo cierto es que se nos ha escapado, y, sin embargo, estaba apenas a cien pasos de nosotros.

-¡Vamos, que haber dejado escapar a Juan Sin Nombre!

-¡Y, con él las seis mil piastras que vale su cabeza!

-Al oír la voz del hombre que acababa de pronunciar estas últimas palabras, Bridget se estremeció involuntaria-

mente; le pareció que había escuchado en otra ocasión aquella voz, sin poder precisar en donde la había oído.

Pero Juan, sí la conoció; aquel hombre que hablaba era su tenaz perseguidor, era Rip; y si no se lo dijo a su madre, fue por no recordarle el pasado, tan doloroso para ambos.

Por fin el silencio se restableció en la carretera; los agentes de policía se fueron hacia San Carlos, sin sospechar siquiera que el agitador canadiense hubiera podido refugiarse en Casa Cerrada.

Entonces Juan se volvió hacia su madre y Clary, inmóviles en la sombra del pasillo.

En este instante, y antes de que Bridget pudiera interrogar a su hijo, el señor de Vaudreuil, que había comprendido de lo que se trataba, exclamó en alta voz:

-¡Juan ! ¿Sois vos?

Al oírle, todos se dirigieron a la habitación del enfermo, y; profundamente conmovidos, se sentaron a su lado.

-Tengo la suficiente fuerza para saber cuanto ocurre, por desagradable que sea, dijo el señor de Vaudreuil; no me ocultéis nada así lo quiero.

-Todo lo sabréis, respondió Juan.

Y empezó el siguiente relato:

-La otra noche, dos horas después de salir de aquí, llegué a San Dionisio, en donde encontré a algunos de los patriotas que habían escapado del desastre, y con ellos a Marchessault, Nelson, Cartier, Vicente Hodge, Farran y Clerc, que se les habían unido. Se ocupaban de la defensa de la población, cuyos habitantes estaban todos dispuestos a ayudarlos. La animación que sentíamos era mayor que la

fuerza de que disponíamos, y los medios de defensa escasísimos. Ayer supimos que Colborne había hecho salir de Sorel una fuerte columna, al mando de Gore, para saquear o incendiar el pueblo. Ésta llegó por la tarde, y en vano quisimos oponer resistencia... Todos nuestros esfuerzos fueron inútiles. Penetró en San Dionisio, que los habitantes tuvieron que abandonar, y más de cincuenta casas han sido pasto de las llamas. Mis compañeros han debido huir para no ser degollados por esos verdugos y ganar la frontera, en donde se habrán avistado con Papineau y otros en Plattsburg, en, Rouse's Point y en Swanton. Ahora, los soldados de Witherall y de Gore van a invadir los rondados del Sur de San Lorenzo, quemándolo y asolándolo todo, reduciendo a la mendicidad a las mujeres y a los niños, sin escatimarles los malos tratamientos ni las vejaciones de toda clase, pudiendo seguir esos infelices las huellas de las tropas a la luz del incendio... He aquí cuanto ha pasado, señor de Vaudreuil; sin embargo, no desespero todavía; no quiero desesperar de la bondad de nuestra causa.

Un silencio doloroso siguió al relato que Juan acababa de hacer. El señor de Vaudreuil se había dejado caer de nuevo en la cama.

Bridget, mirando fijamente a su hijo, le dijo:

-¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no te has ido con tus compañeros?

-Porque creo que los realistas volverán a San Carlos, que harán pesquisas y que el incendio acabará de devorar lo que queda de...

-¿Y puedes tú impedirlo, Juan?

-No, madre mía.

-En ese caso, te lo repito: ¿por qué estás aquí?

-Porque he querido ver si era posible que el señor de Vaudreuil saliera de Casa Cerrada, que no ofrece ya ninguna seguridad...

-¡Eso no es posible! respondió Bridget.

-Aquí me quedaré, pues, madre mía, y me haré matar defendiéndoos...

-Vuestra vida pertenece al país, Juan, replicó el señor de Vaudreuil, y vuestro sitio está en donde se hallen los jefes de los patriotas...

-Allí también está el vuestro, señor de Vaudreuil. Escuchadme, no podéis permanecer en esta casa, en la que pronto seréis descubierto. Esta noche, media milla antes de llegar a San Carlos, he sido perseguido por unos cuantos polizontes, y no cabe duda de que me han conocido, puesto que les habéis oído pronunciar mi nombre. Registrarán todas las casas del pueblo, y, aun cuando no esté yo, Casa Cerrada no escapará a las pesquisas. A vos es a quien hallarán aquí, señor de Vaudreuil; os arrancarán de este asilo, y ya sabéis que suerte es la que os espera si caéis en sus manos.

-¡Qué importa, Juan, respondió el enfermo; qué importa si habéis podido huir, si habéis podido reuniros con nuestros amigos en la frontera!

-Os suplico que me escuchéis, repuso Juan. Todo cuanto pueda yo hacer en pro de nuestra causa, lo haré; pero ahora se trata de vos; señor de Vaudreuil, tal vez sea posible que podáis llegar a los Estados Unidos, de donde no nos separan más que algunas millas; y una vez fuera del condado

de San Jacinto, estaríais en seguridad. Bien sé que las fuerzas os faltan para andar, aun cuando estuviera yo aquí para sosteneros; pero en un carro, acostado sobre un colchón, podéis soportar ese viaje. Pues bien: que mi madre procure tener un carro con cualquier pretexto, o por lo menos que lo ensaye, y en la próxima noche vos, vuestra hija, mi madre y yo abandonaremos esta morada, pudiendo estar fuera de alcance antes de que los soldados de Gore hayan venido a San Carlos, para hacer aquí lo que han hecho en San Dionisio: un montón de ruinas.

El proyecto de Juan era digno de ser tomado en consideración, pues a algunas millas al Sur del condado el señor de Vaudreuil hallaría la seguridad que no le ofrecería Casa Cerrada en el caso de que los realistas invadiesen el pueblo. Lo que por desgracia aparecía como demasiado cierto era que Juan Sin Nombre había sido visto por Rip y por sus argentes, y que si bien se les había escapado, podían creer, ron algún viso de verdad; que se hubiera refugiado en San Carlos, y en este caso es seguro que harían todo cuanto estuviera de su parte para descubrir su retiro. La situación era por demás comprometida y hacíase necesario a todo trance que no solamente Juan, sino también el señor de Vaudreuil y su hija, abandonasen Casa Cerrada.

En suma: la huida no era imposible, siempre que Bridget pudiera procurarse un vehículo y que el enfermo estuviera en estado de soportar el viaje; pues si su debilidad fuese tal que no le permitiese llegar hasta la frontera, era indudable que encontraría un asilo seguro en cualquiera granja del condado de San Jacinto.

Juan al fin consiguió, con la ayuda de su madre, convencer al señor de Vaudreuil y a su hija. Desgraciadamente no podía pensarse en partir aquella misma noche, puesto que era preciso que Bridget adquiriese un medio cualquiera de transporte; quedando, por lo tanto, aplazada la partida para la noche siguiente.

Llegó el día: Bridget pensó que era mejor obrar francamente, porque nadie se admiraría de que hubiese decidido abandonar el pueblo, que buen número de habitantes había dejado ya.

Su primer pensamiento fue no acompañar al señor de Vaudreuil, a Clary y a Juan; pero su hijo fácilmente le hizo comprender que, una vez anunciada la partida, si los vecinos la volviesen a ver todavía en San Carlos, sospecharían que el carro había debido servir para salvar a algún patriota oculto en Casa Cerrada, que los agentes de policía llegarían a saberlo, y que en su propio interés, como en el del señor de Vaudreuil, estaba no dar motivo para que se procediese a investigaciones.

Bridget así lo comprendió; mas su intención era, después de la pacificación del país, volver a acabar su desgraciada vida en aquella triste mansión, de la que se había propuesto no salir jamás.

De acuerdo ya todos los habitantes de Casa Cerrada, Bridget se ocupó con gran interés en realizar la misión que se le había encomendado; pues aun cuando no hallase más que un carro, bastaría para llegar al condado de Laprairie, no amenazado aún por las tropas realistas.

La pobre viuda, por lo tanto, salió de su casa muy de mañana, provista del dinero necesario para la compra del vehículo; dinero que le había sido entregado por el señor de Vaudreuil.

Durante su ausencia, ni Juan ni Clary se apartaron un momento del lado del enfermo, que, influido por las circunstancias, se creía ya estar asistido de toda su natural energía, y pensaba que ante el esfuerzo que tendría que hacer para soportar las fatigas de aquel viaje, aunque corto, no le faltaría el vigor físico que fuera menester.

Y ciertamente; algo de reacción se había operando en él, a pesar de su debilidad, muy grande aún, pues estaba pronto a ir desde su carera hasta el camino cuando llegase el momento de abandonar a Casa Cerrada.

Parecía estar seguro, de sí mismo, por algunas horas a lo menos; después sería de él lo que pluguiera a Dios, porque nada le importaba perder la vida, con tal de volver a abrazar a sus amigos, de asegurar la tranquilidad de su hija y de ver a Juan en medio de los franco- canadienses, prontos a emprender una lucha suprema.

No había duda; aquel viaje se imponía. Si el señor de Vaudreuil no había de sobrevivir a sus heridas, ¿qué sería de su hija en Casa Cerrada, sola en el mundo, no teniendo más apoyo que el de una anciana? En la frontera americana, en Swanton, en Plattsburg, hallaría a sus hermanos de armas, a sus amigos más adictos, y entre ellos a uno cuyos sentimientos conocía y aprobaba.

Sabía que Vicente Hodge amaba a Clary, y ésta no rehusaría unir su suerte a la da aquel que acababa de arriesgar su

vida para salvarla. ¿A qué patriota más generoso y más ardiente hubiera podido ella confiar su porvenir? Ambos eran dignos uno de otro.

Dios mediante, el señor de Vaudreuil tendría las suficientes fuerzas para llegar a ver cumplidos sus deseos; no sucumbiría antes de sentar el pie en aquel territorio extranjero, en donde los supervivientes del partido reformista esperaban el momento oportuno para empuñar de nuevo las armas.

Tales eran los pensamientos que sobrexcitaban al enfermo, mientras que Juan y Clary; sentados a su cabecera, apenas cambiaban alguna que otra palabra.

De vez en cuando se acercaba el joven a una de las ventanas que daban a la carretera, y cuyas puertas de maderas estaban cerradas, para escuchar si algún ruido insólito turbaba los alrededores.

Bridget volvió después de una ausencia de dos horas; había tenido que tratar con varios vecinos del pueblo para la adquisición del vehículo y de un caballo. Al hablar con ellos, según lo convenido, no ocultó su intención de marcharse de San Carlos, cosa que a nadie hubo de sorprender. Lucas Archambault, propietario de una cercana alquería; había consentido en venderle un carro, que, enganchado ya, había de traer a las nueve de la noche delante de la puerta de Casa Cerrada.

El señor de Vaudreuil experimentó una verdadera satisfacción cuando supo que Bridget había salido bien de su empresa.

-A las nueve partiremos, dijo, y me levantaré para ir...

-No, señor de Vaudreuil, respondió Juan; es inútil que os fatiguéis; os llevaré hasta el carro, en el que pondremos una buena capa de paja debajo del colchón de vuestra cama. Después andaremos muy despacio para evitar las sacudidas, y de ese modo espero que podréis soportar las fatigas del viaje; además, como la temperatura está bastante baja, es preciso que os abriguéis bien, no sea que el frío os haga daño. En cuanto a temer algún mal encuentro en el camino... ¿traéis alguna noticia, madre mía?

-No, respondió Bridget. Pero de un momento a otro se espera una nueva visita de los realistas.

-¿Y los polizontes que me han perseguido hasta San Carlos?

-A ninguno he visto; es probable que sigan una pista falsa.

-Pero pueden volver... dijo Clary.

-Por eso partiremos en cuanto venga el carro, repuso el señor de Vaudreuil.

-A las nueve en punto estará delante de la puerta, dijo Bridget.

-¿Os merece confianza el hombre que os lo ha vendido, madre mía?

-¡Sí! Es un honrado cortijero que habiéndose comprometido, cumplirá su palabra.

Mientras llegaba la hora de la marcha, el señor de Vaudreuil quiso tomar algún alimento que aumentase sus débiles fuerzas; Bridget y Clary, prepararon al instante un frugal almuerzo, que tomaron todos juntos.

El día pasó sin ningún incidente. De cuando en cuando Bridget entreabría la puerta para echar una ojeada a derecha e izquierda. El frío era bastante vivo, y el color aplomado que presentaba el cielo indicaba que la atmósfera estaba en calma, si bien un viento, que empezaba a soplar de Sudoeste, podía resolver los vapores en nieve; y entonces se haría muy penoso el transporte del señor de Vaudreuil, por lo menos, hasta los límites del condado.

Sin embargo, todas las probabilidades parecían declararse a favor de que aquel viaje se hiciera en regulares condiciones y por lo tanto se hallaban muy contentos; pero a eso de las tres de la tarde, cierta alarma, que ese produjo en San Carlos hubo de contrariarlos mucho.

Sonidos, lejanos aún, se dejaron oír en la parte alta de la población.

Juan abrió la puerta, escuchó... y no pudo contener un gesto de cólera.

-¡Trompetas! exclamó. Es sin duda una columna de soldados que se acerca.

-¿Qué haremos? preguntó Clary.

-Esperare respondió Bridget; tal vez no hagan más que atravesar el pueblo.

Juan movió la cabeza.

Y no había otro remedio, hallándose el señor de Vaudreuil imposibilitado de salir en medio del día; era preciso que esperasen todos; como dijo muy bien Bridget, a no ser que Juan se decidiera a huir solo.

En efecto; si salía al instante de Casa Cerrada; si se internaba en los cercanos bosques, tendría tiempo de ponerse

a salvo antes de que los realistas ocupasen el pueblo; mas esto hubiera sido abandonar al señor y a la señorita de Vaudreuil, dejándoles expuestos a los mayores peligros, y Juan no podía, con arreglo a la nobleza de sus sentimientos, ni siquiera pensar en ello. Pero ¿cómo defenderlos si descubrían su retiro?

La ocupación de San Carlos iba a realizarse con suma rapidez. Los soldados que se acercaban pertenecían a la columna más vigilada por Witherall, enviada en persecución de los patriotas, y después de haber recorrido las orillas del Richelieu, iban a pernoctar a San Carlos.

Desde Casa Cerrada se oía el sonido de los clarines, ya más cercano.

Este sonido se apagó al fin. Las tropas habían llegado a la entrada del pueblo.

Bridget dijo entonces:

-No se ha perdido todo. El camino está libre hacia Laprairie; cuando llegue la noche, puede ser que lo esté aún; no debemos cambiar nada de nuestro proyecto. Esta casa no es de las que puedan atraer a los saqueadores; se halla aislada, y es posible que no la visiten.

¿Era de espetar que así sucediera?

Sí; porque aparte de las razones expuestas por la madre de Juan, había otras muchas viviendas más inmediatas al pueblo, en las cuales los soldados de sir John Colborne encontrarían gran pasto que dar a su desenfreno.

Además, en los primeros días de Diciembre anochece temprano, y con el auxilio de la oscuridad tal vez no fuera difícil abandonar a Casa Cerrada sin llamar la atención.

Los preparativos de marcha, pues, no se suspendieron, porque deseaban estar pronto, tan luego como llegase el carro a la puerta; y si el camino se hallaba libre, sólo en una hora tenían tiempo para alojarse tres millas de allí y pedir hospitalidad en alguña de las granjas del condado, si el estado del señor de Vaudreuil así lo exigiera.

La noche llegó sin nueva alarma: algunos soldados que llegaron hasta la parte baja de la carretera, volviéronse atrás, sin que al parecer Casa Cerrada hubiese fijado su atención. En cuanto al grueso de la columna, estaba acampada en los alrededores de San Carlos, dejando oír un tumulto tan grande, que nada bueno presagiaba para la seguridad de los habitantes.

A las seis de la tarde Bridget obligó a Juan y a Clary a que tomasen algún alimento de los que acababa de preparar; el señor de Vaudreuil comió poco, a causado la sobrexcitación en que le tenían los peligros que le amenazaban y la necesidad de hacer frente a ellos; así es que esperaba con impaciencia llegase el instante de ponerse en camino.

Minutos antes de las siete llamaron suavemente a la puerta. ¿Sería
el vecino el vecino que, adelantándose a la hora conveniente, traía el carro? Tal vez; mas de cualquiera manera, sólo una mano amiga podía llamar de modo tan discreto.

Juan y Clary se retiraron a la habitación del señor de Vaudreuil, cuya puerta dejaron entreabierta.

El honrado labrador iba a avisar a la señora Bridget que le era imposible cumplir el compromiso contraído con ella, y la llevaba el dinero que le había dado por el carro, toda vez

que no podía entregárselo porque los soldados ocupaban su alquería, así como todas las demás.

En cuanto al pueblo, estaba cercado y tomadas sus avenidas a larga distancia; de modo que; aun cuando hubiera llevado el carro, la señora Bridget no hubiera podido utilizarlo.

Era preciso; pues, de grado o por fuerza, esperar a que las tropas salieran de San Carlos.

Juan y Clary, lo mismo que el señor de Vaudreuil, oían desde la habitación en que estaban lo que decía Lucas Archambault.

El buen, hombre añadió que la señora Bridget no tenía nada que temer, porque si las casacas coloradas habían vuelto a San Carlos, no era con otro objeto que con el de ayudar a la policía a practicar algunas pesquisas, porque corrían ciertos rumores de que Juan Sin Nombre estaba escondido en el pueblo, y decían los polizontes que emplearían todos los medios posibles para apoderarse de su persona.

Bridget, al oír el nombre de su hijo, no se inmutó siquiera.

Lucas Archambault se retiró después de dar estas noticias, y Bridget, entrando en la habitación en que se hallaban reunidos los de casa, dijo:

-Juan, huye; ¡huye al instante!

-Es preciso, añadió el señor de Vaudreuil.

-¿Huir sin vosotros?

-¡No tenéis el deber de sacrificarnos vuestra existencia! repuso Clary. Antes que nosotros está el país...

-¡No! ¡No partiré! replicó Juan. ¡No quiero dejaros expuestos a las brutalidades de esos miserables!...

-¿Y qué podréis hacer?

No lo sé; pero no me marcho.

La resolución de Juan era tan terminante, que el señor de Vaudreuil no procuró combatirla.

Además, era preciso reconocer que una huida en tales condiciones ofrecía pocas probabilidades de feliz éxito. El pueblo, según lo dicho por Lucas Archambault, estaba cercado; el camino vigilado por los soldados; patrullas de caballería recorrían la campiña; y Juan, conocido ya por la policía, no llegaría a escaparse. Más valía, pues, quedarse en Casa Cerrada.

Sin embargo, éste no era el motivo a que Juan obedecía, y sí el de no poder resolverse a abandonar a su madre ni al señor y señorita de Vaudreuil.

Tomada como irrevocable la resolución de quedarse allí, era preciso ver si la casa ofrecía algún escondite en donde sus amigos pudieran ocultarse en el caso de que los agentes de policía fuesen a registrar; pero el hijo de Bridget no tuvo tiempo para asegurarse de ello porque en aquel instante, rudos golpes, hicieron retumbar la puerta exterior.

El patio que la precedía estaba ocupado por media docena de polizontes.

-¡Abrid! gritaban desde fuera, mientras que seguían llamando. Abrid, o echamos la puerta abajo...

Juan y Clary cerraron vivamente la habitación del señor de Vaudreuil, y entraron en la de Bridget desde donde podían oír mejor cuanto se dijera.

En el momento en que la pobre anciana avanzaba por el pasillo, la puerta de Casa Cerrada voló hecha pedazos, y el corredor quedó alumbrado por la luz de las antorchas que llevaban los agentes de Gilberto Argall.

-¿Qué queréis? preguntó Bridget a uno de ellos:

-Registrar vuestra morada, respondió aquel hombre. Si Juan Sin Nombro se ha refugiado en ella, le apresaremos primero, y después quemaremos la casa.

-Juan Sin Nombre no está aquí, respondió Bridget con calma.

De repente, el jefe que mandaba a aquellos desalmados avanzó vivamente hacia la anciana.

Era Rip: Rip, cuya voz había herido el oído de aquella señora, cuando su hijo entró precipitadamente en Casa Cerrada; Rip, el miserable Rip, que arrastró a Simón Morgaz a cometer el más horrible de los crímenes.

Bridget, espantada, le conoció.

-¡Hombre! exclamó Rip muy sorprendido; ¡pues si es la señora Bridget!... ¡Es la esposa del bueno de Simón Morgaz!

Al oír el nombre de su padre, Juan retrocedió, hasta el fondo de la habitación, en que se hallaba con Clary.

La infeliz viuda aniquilada por esta espantosa revelación; no tuvo fuerzas para contestar.

-¡Vaya con el encuentro!... Señora Morgaz, repuso Rip: ¡en verdad que creía que habíais muerto! ¡Cómo podía yo esperar hallaros en este pueblo, después de doce años!

Bridget seguía callando.

-Vámonos, amigos míos, añadió Rip, volviéndose hacia sus subordinados; nada tenemos que hacer aquí. Bridget

Morgaz es una excelente mujer... no es ella la que quisiera ocultar un patriota... Venid, y continuemos nuestras pesquisas por otro lado... Puesto que Juan Sin Nombre está en San Carlos, ni Dios ni el diablo nos impedirán que lo apresemos.

Y seguido de sus agentes, desapareció bien pronto en el recodo del camino.

Pero el secreto de Bridget y su hijo era conocido ya, pues si bien el señor de Vaudreuil nada había oído, en cambio Clary no había perdido una sola de las palabras pronunciadas por el infame Rip.

¡Juan Sin Nombre era hijo de Simón Morgaz!

Y en un primer momento de horror, Clary, como loca, huyendo de la habitación de Bridget, se refugió en la de su padre.

Juan y su madre se hallaron solos frente a frente.

Ahora Clary todo lo sabía.

Ante la idea de encontrarse en presencia de la joven, en presencia del señor de Vaudreuil, del amigo de aquellos patriotas cuya cabeza cayó por causa de la traición de Simón Morgaz, Juan creyó quo iba a volverse loco.

-¡Madre mía! exclamó; ni un solo momento más, permanezco aquí. El señor y la señorita de Vaudreuil no me necesitan ya para defenderlos. Están seguros en casa de un Morgaz. ¡Adiós!

-¡Hijo mío, hijo mío! murmuró Bridget. ¡Ah desgraciado! ¿Crees tú, acaso, que no he adivinado tu secreto? ¡Tú... el hijo de... amas a Clary de Vaudreuil!

-Sí, madre mía; pero moriré antes de que lo sepa.

Y Juan se lanzó frenético fuera de Casa Cerrada.

VI

EL SEÑOR NICK EN WALHATTA

Después de la escaramuza de Chipogán, o sea la derrota de los agentes mandados por Rip, y de los voluntarios, Tomás Harcher y sus hijos mayores, que habían tenido que refugiarse fuera del territorio canadiense, volvieron a entrar en él para tomar parte en la batalla de San Carlos. A consecuencia de aquel funesto combate, que a Remigio costó la vida, Tomás, Miguel, Tony y Santiago pudieron reunirse con los reformistas en Saint-Albans, uno de los primeros pueblos de la frontera de los Estados Unidos.

Respecto al Sr. Nick, nuestros lectores saben ya que se guardó muy bien de volver a Montreal; porque ¿cómo hubiera podido explicar su actitud en Chipogán? Y por más que gozara en aquella ciudad de cierta consideración, Gilberto Argall no hubiera titubeado un solo instante en perseguirle como rebelde a la autoridad, y le hubieran preso en compañía de Lionel, que habría podido entregarse en la cárcel a sus inspiraciones poéticas.

El buen Notario había tomado, pues, el único partido posible en aquellas circunstancias: seguir a los Mahogannis a Walhatta y esperar, bajo el techo de sus antepasados, que se apaciguasen los espíritus, permitiéndole entonces romper con su papel de jefe de tribu para volver a su estudio.

Pero Lionel no lo entendía así. El joven poeta contaba con que su principal rompería definitivamente con las actas notariales de la plaza del Mercado del Buen Socorro, para perpetuar entre los hurones el nombre ilustre de los Sagamores.

A dos leguas de la granja de Chipogán, en el pueblo de Walhatta, era en donde el Sr. Nick se hallaba instalado hacía algunas semanas. Allí empezó una nueva vida para el plácido Notario; y no basta que lo oigamos, sino que hubiera sido preciso presenciar el entusiasmo que experimentó Lionel viendo la recepción que hicieron al descendiente de los grandes jefes los hombres, los ancianos, las mujeres y los niños de su tribu. Y en verdad que las salvas que acogieron al Sr. Nick, los homenajes que le rindieron, los enfáticos discursos que le fueron dirigidos y las manifestaciones que tuvo que dar en el lenguaje metafórico de la fraseología del Far-West, todo esto era muy propio para ensalzar la vanidad humana. Sin embargo, el excelente hombre se dolía en gran manera de haberse mezclado, aunque involuntariamente, en la refriega de Chipogán; y si bien Lionel prefería al olor del estudio y de los pergaminos, el de las praderas; si la elocuencia de los Mahogannis le parecía superior a la jerga notarial, el Sr. Nick no era de su parecer, resultando de esta dis-

paridad de sentimientos continuas discusiones, muy a propósito para producir entre ellos serios disgustos y enemistad.

El Sr. Nick estaba temeroso de que, exacerbándose cada vez más las pasiones políticas, los hurones hicieran causa común con los patriotas; pues en el caso de que Juan Sin Nombre llamase a los guerreros de su tribu para que le apoyasen, o de que Tomás Harcher viniese a reclamar su concurso en Walhatta, ¿podría él resistirse a prestar el auxilio reclamado? Y ya que estaba seriamente comprometido, ¿qué sucedería cuando marchase a la cabeza de sus súbditos para combatir la autoridad anglo-canadiense? ¿Cómo podría esperar volver a ejercer sus funciones de Notario en Montreal?

Y sin embargo, se decía a sí mismo que como el tiempo arregla todas las cosas, habiendo pasado ya varias semanas desde la refriega de Chipogán, y como ésta se redujo a un sencillo acto de resistencia a la policía, era probable que la autoridad lo hubiera dado todo al olvido. Además, el movimiento insurreccional no había estallado todavía, y nada indicaba que fuese inminente; si la tranquilidad continuaba reinando en el Canadá, el Gobierno se mostraría tolerante y el Sr. Nick podría volver a Montreal.

Pero Lionel ansiaba que tal esperanza no se realizase. ¡Volver al estudio para estar seis horas diarias copiando o compulsando actas!... ¡Más valía ser corredor de bosques o cazador de abejas! ¡Permitir él que su principal abandonase la alta posición que ocupaba entre los Mahogannis! ¡Jamás! El Sr. Nick no existía ya. ¡Era el descendiente legitimo de la antigua raza de los Sagamores! Los hurones no le dejarían,

con seguridad, cambiar el hacha del guerrero por la pluma del Notario.

Desde su llegada a Walhatta, el señor Nick tuvo que alojarse en el *wigwam*, de donde había salido su antecesor para reunirse con sus antepasados en medio de las praderas bienaventuradas. Lionel hubiera dado, de seguro, los mejores edificios de Montreal, hoteles o palacios, en cambio de aquella incómoda casucha en donde, a porfía, todos los muchachos y muchachas de la tribu se apresuraban a servir a su principal. El joven también tenía una buena parte en la adhesión de los Mahogannis, que le consideraban como el brazo derecho del gran jefe; porque cuando éste se veía obligado a tomar la palabra ante el fuego del consejo, Lionel no cesaba de acompañar con apasionados gestos los discursos de Nicolás Sagamore.

De todo esto resultaba que el pasante se hubiera considerado como el más feliz de los mortales si su principal no hubiera rehusado obstinadamente hasta entonces realizar sus más ardientes deseos. El señor Nick no había querido aún revestirse con el ropaje de los Mahogannis, cosa que desesperaba a Lionel, que tantas ganas tenía de verle con el traje de hurón; es decir, con *mocassins* en los pies, plumas rectas, en la cabeza y capa de colores muy vivos, en los hombros. Varias veces el muchacho, habló de ello con el Notario, pero sin ningún éxito; sin embargo, no se desanimaba por tan poco, y volvía a la carga a la primera ocasión.

-Ya llegará a hacerlo, se decía; no le dejaré reinar con su traje de Notario, pues con su larga levita, su chaleco de terciopelo y su corbata blanca, ¿qué parece? No ha perdido

todavía las antiguas costumbres; pero ¡a fe de Lionel! es preciso que las pierda. Cuando abre la boca ante la Asamblea de Notables de la tribu, siempre me parece que va a decir: «Ante nos, Nick, notario en Montreal, y su colega... » Esto no puede durar así. Quiero que vista el traje de los guerreros indígenas; y si para ello no es preciso más que una ocasión, ya sabré yo hacerla surgir. Entonces fue cuando se presentó al espíritu de Lionel una idea muy sencilla.

En algunas conversaciones que tuvo con los principales notables de Walhatta, Lionel adquirió la convicción de que éstos no veían sin gran disgusto que el descendiente de los Sagamores vistiese a la europea; y, cediendo a la inspiración del joven pasante, los Mahogannis decidieron proceder con toda solemnidad a la proclamación de su nuevo jefe, y formaron el programa de una ceremonia a la que serían invitadas las tribus vecinas. Habría petardos, diversiones de varios géneros, festines, y era natural que el Sr. Nick no presidiera tales fiestas sin haberse vestido con el traje nacional.

Este acuerdo fue definitivamente adoptado en la segunda quincena de Noviembre, y el 23 del mismo mes, el día fijado para la ceremonia; de modo que los preparativos había que empezarlos sin pérdida de tiempo para que tuvieran completo éxito.

Si el papel del Sr. Nick se hubiera limitado en aquel día a recibir los homenajes de su pueblo, hubiérase podido guardar el secreto respecto a la ceremonia; pero como tenía que figurar en ella en la actitud y con el traje que convenía al jefe de los hurones, el joven pasante tuvo que avisarle.

Así es que el 22 de Noviembre Lionel celebró con su principal una conferencia en la que la cuestión se trató a fondo, con gran desagrado del Sr. Nick.

En primer lugar, cuando supo que la tribu se preparaba a dar una gran fiesta en honor suyo, empezó por mandar al diablo a todos sus súbditos, incluso a su pasante.

-Que Nicolás Sagamore se digne escuchar los consejos de un Cara Pálida, le respondió Lionel.

-¿De qué Cara Pálida hablas tú? preguntó el Sr. Nick, que no comprendía.

-De vuestro servidor, gran jefe.

-Pues bien: ten mucho cuidado que tu cara pálida no se vuelva de color de remolacha...

Lionel ni siquiera hizo caso de la amenaza, y continuó con más viveza:

-Que Nicolás Sagamore no olvide que le soy muy adicto; que si algún día cayera prisionero de los Sioux, o de los Omeidas, de los Iroqueses o de otros salvajes; si estuviese atado al poste del suplicio, yo sería el primero en defenderle de los insultos y de las uñas de las viejas, y yo también el que, después de su muerte, deportaría sobre su tumba su pipa y su hacha de guerra.

El pobre Notario resolvió dejar que Lionel hablase a su capricho, proponiéndose terminar la conversación de tal modo, que las orejas del pasante llevasen largo tiempo las señales de sus dedos.

Así es que se limitó a responder:

-De modo que se trata de complacer a los Mahogannis...

-Sí, gran jefe.

-Pues bien, ya que no puedo evitarlo, asistiré a esa fiesta.

-Rehusar os hubiera sido imposible, puesto que la sangre de los Sagamores corre por vuestras venas.

-¡Sangre de Sagamores mezclada con la de notario! refunfuñó el Sr. Nick.

Entonces fue cuando Lionel tocó el punto más delicado.

-Está convenido, dijo, que el gran jefe presida la ceremonia; solamente que para presentarse en ella, conforme a lo que exige su alto rango, es preciso que deje crecer en punta un mechón de cabellos encima de su cabeza.

-¿Y por qué?

-Por respeto a las tradiciones.

-¡Cómo...! ¿Exigen eso las tradiciones?

-Sí; y además, si el jefe de los Mahogannis cayera algún día prisionero en la guerra, ¿cómo podría el enemigo sacudir su cabeza en señal de victoria?

-¡En verdad que es delicioso! replicó el señor de Nick. ¿Conque es necesario, que mi enemigo pueda sacudir mi cabeza... cogiéndola precisamente por el mechón de pelo que debo dejarme crecer?

-Es costumbre india, y ningún guerrero rehusaría seguirla. Cualquier otro peinado no caería bien con el traje que Nicolás Sagamore ha de vestir el día de la ceremonia.

-¡Ah! ¿Tendré que ponerme...?

-En él se está trabajando; será magnifico: la casaca es de piel de gamo, los *mocassins* de cuero de *original*, el manto es el que llevaba el antecesor de Nicolás Sagamore, sin contar las pinturas de la cara...

-¿Tendré también que pintarme?...

-Mientras que los más hábiles artistas de la tribu proceden a pintarle el pecho, la espalda y los brazos...

-¡Continúa, Lionel, replicó el señor de Nick apretando los dientes; lo que dices me interesa mucho! ¡La pintura de la cara, del pecho, de los brazos y de la espalda, los *mocassins,* el mechón de cabellos...! ¡Nada olvidas!

-Nada, respondió el joven; y cuando el gran, jefe se muestre a sus guerreros envuelto en el manto que hará resaltar sus ventajas personales, no dudo que las indias se disputen el favor de entrar en su *wigwam*...

-¡Ah! ¿También las indias se disputarán el favor de..?

-¡Y la honra de asegurar una larga descendencia al elegido por el Gran Espíritu!

-¿De modo que es conveniente que me case con una hurona? preguntó el señor de Nick.

-Otra cosa no puede ser para el porvenir de los Mahogannis; y tanto es así, que han elegido ya una *squaw* de alta alcurnia que se consagrará a la felicidad del gran jefe...

-¿Y se puede saber cuál es esa princesa de piel roja que se consagrará...?

-¡Ya lo creo! respondió Lionel. ¡Es digna de unirse a los Sagamores!

-¿Y quién es?

-La viuda del antecesor...

Fue una dicha para las mejillas del joven pasante que estuviera en aquel momento a cierta distancia del señor Nick, pues éste le dirigió un soberbio bofetón, que no llegó a

tocarle, porque Lionel lo evitó dando un paso atrás; así es que aquel tuvo que contentarse con decir esto:

-Escúchame con atención, Lionel: ¡si algún día te atreves a hablarme de todo esto, te alargare de tal modo las orejas, que nada tendrás que envidiar al Asno de David La Gamme!

Después de esta comparación, que le recordaba a uno de los héroes de *El último de los Mohicanos,* de Cooper, Lionel se retiró prudentemente. En cuanto al señor Nick, tan irritado estaba con su pasante como con los notables de su tribu. ¡Imponerle a él para la ceremonia el traje de los Mahogannis! ¡Obligarle a peinarse, vestirse, calzarse y pintarse como lo hicieron sus antepasados!

Y sin embargo; ¿podría el muy aburrido Notario sustraerse a las exigencias de su nuevo estado? ¡Se atrevería a presentarse a la vista de los guerreros con aquel traje, tan ajeno a las costumbres de los salvajes y tan impropio de aquella grandísima fiesta?

Esto no dejaba de darle en qué pensar a medida que se acercaba el día de los festejos.

Felizmente para el heredero de los Sagamores, tan grandes acontecimientos tuvieron lugar en aquellos días, que hicieron abandonar sus proyectos a los Mahogannis.

El 23, una importante noticia llegó a Walhatta.

Los patriotas de San Dionisio, según hemos dicho ya, habían rechazado a loa realistas, mandados por el coronel Gore.

Esta nueva provocó grandes demostraciones de alegría por parte de los hurones, pues ya hemos visto en el cortijo de Chipogán que eran muy adictos a la causa de la indepen-

dencia, y que bastaría la menor ocasión para que se uniesen a los francocanadienses.

No sería esta victoria, así lo comprendía bien el Sr. Nick, la que haría desistir a los guerreros de la tribu, de celebrar las fiestas que se preparaban en honor suyo; pues, al contrario, lo harían con más entusiasmo, y su jefe sería proclamado con toda la pompa que el caso requería.

Pero, tres días más tarde, a las buenas nuevas sucedieron las malas. Después de la victoria de San Dionisio, la derrota de San Carlos.

Cuando supieron a que sangrientas represalias se habían entregado los realistas, y cuales habían sido los excesos cometidos; saqueo, incendios, degüellos, y por fin la ruina de ambas poblaciones, los Mahogannis no pudieron contener su indignación. De esto a levantarse en masa para ir a socorrer a los patriotas, no había más que un paso, y el Sr. Nick temió que este paso se diera.

Entonces él Notario, algún tanto comprometido respecto a las autoridades de Montreal; se preguntó si no iba a comprometerse del todo. ¿Le obligarían a ponerse al frente de sus guerreros y a hacer causa común con los patriotas? En todo caso, y en vista de las circunstancias, no podía tratarse ya de festejarle. Pero nuestros lectores pueden figurarse cómo recibiría a Lionel cuando éste vino a decirle que había sonado la hora de desenterrar el *tomahawk* de sus antepasados y de blandirle en señal de guerra.

Desde aquel día, el único afán del señor Nick fue el de calmar el ardor de sus belicosos súbditos. Cuando éstos acudían a él con el fin de que se declarase en contra de los

opresores, se ingeniaba para no pronunciarse ni en pro ni en contra; conviene, les decía, que no obremos sin reflexionar con madurez el partido que hemos de tomar, y para ello bueno es conocer las consecuencias de la derrota de San Carlos... Los condados estarán tal vez invadidos ya por los realistas... nada se sabe de los proyectos de los reformistas, actualmente dispersos, ni en qué sitio se han refugiado.. ni en dónde podremos reunirnos con ellos... ¿No habrán abandonado por ahora sus planes, esperando mejor ocasión para realizarlos? ¿No estarán los principales jefes en poder de sus adversarios, y detenidos en sus cárceles de Montreal?

Estas eran las advertencias, bastantes razonables en verdad, que el Sr. Nick hacía a sus guerreros, mas éstos no las admitían sin discusión. La ira los arrastraría algún día, y él, como jefe, se vería obligado a ponerse a su frente. Es muy posible que el Sr. Nick pensara en abandonarlos; pero era cosa bastante difícil, porque le vigilaban más de lo que él creía.

Y luego ¿a qué país iría a pasar su desgraciada vida? Le repugnaba abandonar el Canadá, cuna de su familia; y en cuanto a esconderse en algún pueblo de los condados, no le parecía prudente, pues con seguridad los agentes de Gilberto Argall estarían, alerta y hubiera sido arriesgarse a caer en sus manos.

El último, de los Sagamores ignoraba completamente lo que había sido de los principales jefes de la insurrección, porque aun cuando algunos Mahogannis habían ido hasta las riberas del Richelieu y del San Lorenzo, ninguna noticia adquirieron.

Catalina Harcher nada sabía tampoco respecto de Tomás y de sus hijos; nada del señor ni de la señorita de Vaudreuil; nada de Juan Sin Nombre, ni nada de lo que había pasado en Casa Cerrada después de la derrota de San Carlos.

Era preciso, por lo tanto, confiarlo todo al tiempo, y esto no desagradaba al señor Nick, que esperaba así que el espíritu belicoso de sus guerreros se calmase; cosa a que tendían todos sus esfuerzos.

Respecto a todos estos acontecimientos hubo también un nuevo desacuerdo entre el Notario y su pasante, que aborrecía de muerte a los realistas. Las últimas noticias habían llenado de desesperación a Lionel, el cual no hablaba ya con el metafórico lenguaje indio ni de los planes de la guerra, ni de desenterrar el hacha; ni de la sangre de los Sagamores... No pensaba ya más que en la causa nacional, que veía tan comprometida. ¿Qué sería del heroico Juan Sin Nombre? ¿Habría sucumbido en San Carlos? ¡No! La noticia de su muerte habría cundido por todas partes, pues nada hubieran descuidado las autoridades para esparcirla y lo mismo se hubiera sabido en Chipogán que en Walhatta. Pero si sobrevivía a aquel desastre, ¿en dónde se hallaba en la actualidad? Lionel hubiera arriesgado hasta su vida por saberlo.

Pasaron muchos días sin que en nada cambiara la situación. ¿Se prepararían los patriotas a tomar las armas de nuevo? Así se dijo una o dos veces el pueblo de los Mahogannis; mas esta noticia no tuvo confirmación. Se supo, sí, que por orden de lord Gosford se hacían grandes pesquisas en los condados de Montreal y de Laprairie, y, que numerosas patrullas ocupaban ambas orillas del Richelieu, por cuya causa

los habitantes de los pueblos y de las granjas no tenían un instante de reposo; cundió también la noticia de que sir John Colborne tenía prontas sus tropas para mandarlas con gran celeridad a cualquier punto en donde flotara la bandera de la rebelión; de modo que si los patriotas se atrevían a entrar en el Canadá, tropezarían con fuerzas considerables.

El 5 de Diciembre, Lionel, que había ido a recoger noticias hacia Chambly, supo que el distrito de Montreal había sido declarado en estado de guerra, y que el Gobernador general ofrecía cuatro mil piastras a cualquiera que entregara al diputado Papineau; otros premios se ofrecían también por la captura de algunos jefes; entre otros los señores de Vaudreuil y Vicente Hodge. Oyó decir asimismo que cierto número de reformistas estaban detenidos en las prisiones de Montreal y de Quebec; que su proceso se instruía militarmente, y que el cadalso consumiría pronto varias vidas, pues el Gobierno se mostraba inexorable.

Estos hechos, como se ve, eran muy graves. Ahora bien; ¿responderían los reformistas con una última sublevación a las medidas decretadas en contra suya, o perderían por completo el ánimo ante tan severa represión? Tal era el parecer de Sr. Nick, que sabía por experiencia que cuando las insurrecciones no salen bien en el principio, de seguro tienen poco éxito después.

Lionel y los guerreros Mahogannis pensaban todo lo contrario.

-¡No! repetía sin cesar, el pasante al Notario; ¡no! La causa de los patriotas no está perdida mientras viva Juan Sin

Nombre; no desesperemos, pues, de conquistar nuestra independencia.

El día 7 ocurrió un incidente que, excitando hasta el paroxismo el instinto belicoso de los hurones, iba a poner otra vez al Sr. Nick frente a frente de las dificultades propias de su nuevo estado, que creía haber vencido ya.

Se hablaba desde algunos días de la presencia del abate Joann en las diferentes parroquias de la comarca. El joven sacerdote recorría el condado de Laprairie, predicando un levantamiento en masa entre la población franco-canadiense. Su palabra elocuente y entusiasta luchaba, no sin trabajo, con el desaliento que se había apoderado de muchos patriotas después de la derrota de San Carlos; pero el abate Joann era incansable, y ya no razonaba, antes bien suplicaba a sus conciudadanos que estuviesen dispuestos a tomar las armas en cuanto volviesen a aparecer sus jefes.

Y, sin embargo, no sabía que había sido de su hermano, porque antes de volver a sus predicaciones se fue a Casa Cerrada para abrazar a su madre y para tener noticias de Juan; pero aquella triste morada no se abrió para él.

El abate se puso entonces en busca de su hermano; él tampoco podía creer que éste hubiera sucumbido, porque la noticia de su muerte habría cundido mucho; el joven sacerdote pensaba que aparecería de nuevo a la cabeza de sus parciales.

Entonces sus esfuerzos todos tendieron a sublevar a los indios, y en particular a los de la raza hurona, que deseaban intervenir en pro de la independencia del país.

En estas circunstancias el fogoso predicador llegó al pueblo de los Mahogannis, y el Sr. Nick se vio obligado a hacerle buena acogida, no pudiendo resistirse al entusiasmo que produjo entre sus guerreros la presencia de aquel patriota.

-¡Vaya! se decía sacudiendo la cabeza, ¡es imposible que nadie escape a su destino! ¡Si yo sé cómo empezó la raza de los Sagamores, difícil me sería en verdad decir cómo ha de acabar!... ¡Es muy posible que ponga fin a su historia el consejo de guerra anglo-canadiense!

En cuanto el abate Joann llegó a Walhatta, Lionel se mostró como uno de sus más calurosos partidarios, pues no sólo sentía todo el ardor de su propio patriotismo, sino que llamó poderosamente su atención el parecido que existía entre el abate y Juan Sin Nombre: eran los mismos ojos, la misma mirada encendida, casi la misma voz y los mismos gestos. El joven pasante creía ver a su héroe con traje talar y se le figuraba que le oía... ¿Sería una ilusión de sus sentidos? No podía decirlo.

Apenas hacía dos días que Joann se hallaba entre los Mahogannis, cuando éstos pedían unirse a los patriotas que habían concentrado sus fuerzas en la isla Navy, una de las islas del Niágara, a unas cuarenta leguas al Sudoeste. El Sr. Nick se veía condenado, pues, a seguir a los guerreros de su tribu.

Los preparativos de marcha se hicieron con mucha rapidez; los Mahogannis proyectaban, en cuanto salieran de Walhatta, atravesar los condados limítrofes, sublevar a todas las tribus indias, llegar al lago Ontario y desde allí dirigirse al

Niágara, en donde se unirían a los últimos partidarios de la causa nacional.

Una noticia vino a detener aquel movimiento, algunos días por lo menos.

En la tarde del 9 de Diciembre uno de los guerreros hurones que había ido a Montreal trajo la triste nueva de que Juan Sin Nombre, detenido por los agentes de Gilberto Argall en la frontera del Ontario, acababa de ingresar en el fuerte de Frontenac.

Júzguese el efecto que produciría la noticia. ¡Juan Sin Nombre en poder de los realistas!

Los Mahogannis quedaron aterrados, y figúrense nuestros lectores cual sería la emoción que experimentaron cuando, después de saber la detención de Juan, el abate exclamó:

-¡Pobre hermano mío!

Y después:

-¡Pues bien, le arrancaré a sus verdugos!

-¡Permitidme que os acompañe! dijo Lionel.

-¡Venid, hijo mío! respondió el abate Joann.

FIN DEL CUADERNO TERCERO

CUADERNO CUARTO

FAMILIA SIN NOMBRE

I

EL FUERTE DE FRONTENAC

Juan estaba como loco cuando salió de Casa Cerrada. Su secreto, tan bruscamente descubierto; las funestas palabras de Rip, oídas por Clary, que sabía ya que era en la casa de la mujer y del hijo de Simón Morgaz en donde su padre y ella habían encontrado un refugio (y si el señor de Vaudreuil nada había oído de lo quo dijo el agente, no tardaría en saberlo también), todo esto se confundía en su imaginación y le desesperaba.

Permanecer un instante más en aquella casa, le hubiera sido de todo punto imposible; así es que, sin preocuparse siquiera de lo que sucedería al señor y a la señorita de Vaudreuil; sin preguntarse si el nombre infamante de su padre les protegería contra toda persecución ulterior; sin saber si Bridget querría o no vivir en adelante en aquel pueblo, en

donde conocerían pronto su origen, y del que la echarían sin duda alguna, se lanzó a través de los bosques, corrió toda la noche, no hallándose nunca bastante lejos, a su parecer, de aquellos para quienes no podía ser ya sino objeto de desprecio y de horror.

Y, sin embargo; su obra no estaba acabada todavía; su deber era combatir, hacerse matar antes de que su nombre se hiciera público; y entonces tal vez, después de sacrificar su vida por el país, tendría derecho, si no a la estimación de los hombres, a su compasión por lo menos.

La palma se apoderó por fin de aquel corazón, tan profundamente herido, y, con la sangre fría recuperó su enérgico carácter, que ninguna debilidad amenguaría en lo sucesivo.

El joven patriota se dirigía apresuradamente hacia la frontera, con el fin de reunirse cuanto antes a sus parciales, para empezar de nuevo su campaña, insurreccional.

A las seis de la mañana, Juan se encontraba a cuatro leguas de San Carlos, cerca de la orilla derecha del San Lorenzo y en los límites del condado de Montreal. Importábale abandonar cuanto antes aquella comarca, que se hallaba invadida por numerosos destacamentos de caballería, e infestada de agentes de policía. Llegar directamente a los Estados Unidos le parecía impracticable, pues para ello tenía que atravesar, en línea oblicua, el condado de Laprairie, no menos vigilado que el de Montreal. Lo mejor, ciertamente, era remontar el curso del San Lorenzo hasta llegar al lago Ontario, y, atravesando los territorios del Este, bajar hasta los primeros pueblos de la frontera.

Juan resolvió seguir este itinerario y proceder con mucha prudencia, porque las dificultades eran grandísimas. Llegar, a pesar de todo, con más o menos retraso, tal fue su programa, que modificaría según las circunstancias.

En efecto; en los condados ribereños del San Lorenzo, los voluntarios vigilaban sin descanso; la policía hacía incesantes pesquisas, buscando a los principales jefes de los insurrectos, y entre ellos a Juan Sin Nombre, pudiendo el pobre proscrito ver en los carteles pegados en las paredes de las casas la suma que el Gobierno ofrecía por su cabeza.

Sucedió, pues; que el fugitivo tuvo que concretarse a no viajar más que de noche, ocultándose durante el día en chozas abandonadas, o en medio de los más espesos matorrales, costándole mucho trabajo el procurarse algún alimento..

Y con seguridad que Juan se hubiera muerto de necesidad, a no ser por la caritativa compasión de los aldeanos, que allí, como en todas partes, socorren al desgraciado sin preguntar quién es, adonde va ni de dónde viene.

La necesidad de caminar ocultándose le ocasionó inevitables retrasos; pero se proponía recuperar el tiempo perdido; más allá del condado de Laprairie, cuando atravesara la provincia del Ontario.

Durante los días 4, 5, 6, 7 y 8 de Diciembre (mejor sería decir las noches) Juan no anduvo más que unas veinte leguas, y, por lo tanto, apenas se había desviado de la ribera del San Lorenzo, hallándose a la sazón en la parte central del condado de Beauharnais. Pero lo más difícil estaba hecho, porque las parroquias del Oeste y del Sur debían estar menos vigiladas, por hallarse bastante distantes de Montreal. Y, sin

embargo, Juan no tardó en conocer que, en cuanto a él, los peligros eran muy grandes, pues sus huellas habían sido descubiertas en el límite del condado de Beauharnais por unos cuantos agentes de policía. Varias veces su sangre fría hizo que le perdiesen la pista; mas en la noche del 8 al 9 de Diciembre se vio cercado por una docena de hombres; que tenían orden de apoderarse de él, vivo o muerto. El joven patriota, después de defenderse con terrible energía y de herir gravemente a varios agentes, cayó preso al fin.

Y no fue Rip, fue el jefe de policía Comeau el que se apoderó de Juan Sin Nombre. Esta valiosa, y ruidosa captura se escapó de las manos del director de la casa Rip y Compañía, y, con ella seis mil piastras que no figurarían en los libros de entrada de su repugnante casa. La noticia del arresto de Juan Sin Nombre se esparció como el rayo por toda la provincia, pues las autoridades tenían gran interés en divulgarla; así es que al siguiente día no se hablaba de otra cosa en todo el condado de Laprairie, y el día 10 de Diciembre llegó a saberse también en el pueblo de Walhatta. En el litoral norte del Ontario, y a algunas, leguas de Kingston, se halla el fuerte de Frontenac, que domina la orilla izquierda del San Lorenzo, río que recibe las aguas del lago, y separa, en aquel sitio, el Canadá de los Estados Unidos.

El comandante del mencionado castillo era a la sazón el mayor Sinclair, que tenía a sus órdenes, cuatro oficiales y un centenar de hombres del regimiento núm. 20. Esta fortaleza completaba, por su posición, el sistema de defensa de los fuertes Oswego, Ontario y Levis, que habían sido construi-

dos para asegurar la protección de aquel lejano territorio, expuesto en otros tiempos a las depredaciones de los indios.

A Frontenac fue adonde llevaron a Juan Sin Nombre, porque el Gobernador general, informado de aquella importante captura, no quiso que condujeran al joven patriota a Montreal, ni a ninguna otra ciudad de importancia en que su presencia pudiera provocar una sublevación popular. Este temor hizo que lord Gosford mandara desde Quebec la orden de llevar al prisionero al fuerte indicado, de encerrarle y de juzgarle allí mismo, lo que equivalía a una sentencia de muerte.

Con procedimientos tan sumariales, Juan hubiera debido ser ejecutado en las primeras veinticuatro horas; y, sin embargo, sufrió algún retraso su presentación ante el consejo de guerra, que fue presidido por el mayor Sinclair.

He aquí por que:

Nadie dudaba que el prisionero fuese el legendario Juan Sin Nombre, el ardiente patriota que había sido el alma de las insurrecciones de 1832, 1835 y 1837; pero el Gobierno tenía empeño en saber que clase de hombre se ocultaba bajo tal seudónimo o nombre de guerra, pues eso le hubiera permitido escudriñar en el pasado, obtener algunas revelaciones, y sorprender tal vez algunas secretas maniobras, o apoderarse de cómplices ignorados que formaban en las filas de los que combatían por la independencia.

Importaba, por consiguiente, establecer, si no la identidad, por lo menos el origen de aquel ser, cuyo verdadero nombre nadie conocía, y que debía tener gran interés en ocultar. El consejo de guerra dio una tregua antes de proce-

der al juicio, y Juan fue interrogado varias veces respecto a su familia; pero ni siquiera se dignó responder a las preguntas que se le hicieron. Preciso fue renunciar a ello, y el 10 de Diciembre el proscrito se presentó ante sus jueces.

Aquel proceso no daba lugar a discusiones, pues Juan confesaba haber tomado parte en las primeras como en las últimas rebeliones; reclamó los derechos del Canadá, hollados, por Inglaterra, y lo hizo con brío y fiereza en presencia de los opresores. Habló como si sus palabras hubiesen podido ser oídas por el país entero.

Y cuando el mayor Sinclair le preguntó por última vez respecto a su verdadero nombre y a su familia, respondió:

Soy Juan Sin Nombre, de origen franco-canadiense, y esto debe bastaros. ¡Poco importa el apellido del hombre que dentro de poco caerá bajo el plomo de vuestros soldados! ¿Necesitáis acaso un nombre para un cadáver?

Juan fue sentenciado a muerte, y el mayor Sinclair dio orden de que le llevasen otra vez al calabozo; pero para conformarse con lo prescrito por el Gobernador general, mandó a éste un correo a Quebec, a fin de informarle de que el estado civil del prisionero permanecía oculto, y para preguntarle si en tales condiciones debía ejecutar la sentencia o sobreseerla.

Lord Gosford apresuraba los procedimientos de la instrucción de las causas referentes a las sublevaciones de San Dionisio y de San Carlos. Cuarenta y cinco patriotas de los más notables estaban detenidos en la cárcel de Montreal, y once en la de Quebec. El tribunal iba a funcionar con tres jueces, un procurador general y un fiscal que representaba la

Corona; y al mismo tiempo que este tribunal, iba a funcionar también un consejo de guerra, presidido por un Mayor general, y compuesto de quince oficiales ingleses, escogidos de entre los principales que habían ayudado a sofocar la insurrección

Y mientras esperaban un juicio que infligiría a los patriotas las más terribles penas, los prisioneros estaban sometidos a un régimen cuya crueldad ninguna pasión política podía disculpar. En las tres cárceles que tenía Montreal, una la de Jacques Cartier, y otra, la nueva, construida al pie del Courant, estaban amontonados centenares de seres, sufriendo frío, tan rudo en del Canadá, y bastándoles apenas la mísera ración de pan, único alimento que se les daba para que no se muriesen de hambre. Pedían a voz en grito que se les juzgase, prefiriendo una condena, por despiadada que fuese, a las inicuas torturas que experimentaban en la prisión. Pero antes, que compareciesen en el Tribunal, lord Gosford quería que la policía acabase sus pesquisas, para ver si todos los patriotas caían en sus manos.

En estas circunstancias llegó a Quebec la noticia de la captura de Juan Sin Nombre, encarcelado en el fuerte de Frontenac. La opinión universal fue que la causa de la independencia estaba herida de muerte.

Eran las nueve de la noche cuando el abate Joann y Lionel llegaron, el 12 de Diciembre, a la vista del fuerte. Como lo había hecho Juan, siguieron por la orilla derecha del San Lorenzo, que atravesaron después, con gran riesgo de ser detenidos a cada paso; pues si bien Lionel no tenía que temer respecto a su conducta en Chipogán, en cambio

los agentes de Gilberto Argall tenían orden de prender al joven sacerdote en donde quiera que le viesen; así es que tuvieron que tomar algunas precauciones, que retrasaron su marcha.

Además, el tiempo era malísimo; veinticuatro horas hacía que se había desencadenado una de aquellas tempestades de nieve a las que los meteorologistas han dado el nombre de *blizzard*. Estas tormentas producen a veces una baja de treinta grados en la temperatura, es decir, una intensidad tal de frío, que hace numerosas víctimas; habiéndose dado el caso en algunos puntos del Canadá, especialmente en el valle de San Juan, de descender el termómetro hasta 40 o 45 grados bajo cero.

¿Qué esperaba el abate Joann de su viaje a Frontenac? ¿Qué plan había formado? ¿Existía algún medio de comunicación con el prisionero? Y en caso afirmativo, después de una entrevista, ¿sería posible favorecer su huída? Lo que más importaba era tener permiso para penetrar en su celda.

Lionel, lo mismo que Joann, estaba pronto a sacrificar su vida por salvar la del joven patriota; pero ¿de qué medio se servirían para conseguir su objeto? Habían llegado ya a media milla de Frontenac, y se hallaban escondidos en un bosquecillo, cuyo límite estaba bañado por las aguas del lago. Allí, debajo de los árboles, despojados de sus hojas por el cierzo helado, cuyos torbellinos corrían tumultuosamente por la superficie del Ontario, el abate Joann dijo al joven pasante:

-Lionel, quedaos aquí oculto, esperando mi vuelta. Es menester que los centinelas de guardia en la poterna no se

enteren de vuestra presencia en este sitio; voy a procurar introducirme en el fuerte para avistarme con mi hermano. Si lo consigo, discutiremos juntos las eventualidades de una evasión; y si esto fuera imposible, procuraremos ponernos de acuerdo respecto a las probabilidades de una embestida que los patriotas pudieran dar en el caso de que la guarnición de Frontenac fuese poco numerosa.

Para un ataque de ese género hubieran sido necesarios preparativos bastante largos, y Joann ignoraba que la sentencia de su hermano había recaído hacía dos días, y que la orden de cumplirla podía llegar de un momento a otro. El joven sacerdote consideraba esta intentona contra el fuerte Frontenac como un recurso extremo; lo que quería, más que nada, era procurar a Juan los medios de evadirse a la mayor brevedad.

-Señor abate, dijo Lionel: ¿tenéis alguna esperanza de ver a vuestro hermano?

-No podrán rehusar la entrada en el fuerte a un ministro del Señor que va a ofrecer los consuelos de la religión a un prisionero amenazado de pena capital.

-¡Rehusar sería indigno!... ¡Sería odioso!... respondió Lionel. ¡No, no rehusarán!... Id, pues, señor abate... Esperaré con paciencia vuestra vuelta.

Joann apretó la mano del joven, y desapareció por el lindero del bosque.

En menos de un cuarto de hora llegó la poterna del fuerte Frontenac.

Éste, construido en la orilla del Ontario, se componía de un cuerpo central, rodeado por altas empalizadas; al pie del

recinto, hacia el lago, se extendía una estrecha playa, que desaparecía a la sazón debajo de la capa de nieve que se confundía con la superficie del agua, helada en las orillas. Del otro lado se veía una aldea, habitada en su mayor parte por pescadores.

¿Sería posible que Juan pudiera evadirse y huir después a través del campo? ¿Podría salir de su encierro, saltar las empalizadas y burlar la vigilancia de los centinelas? De esto tratarían ambos hermanos si no prohibían a Joann la entrada en el fuerte; y una vez en libertad se dirigirían, acompañados por Lionel, no hacia la frontera de los Estados Unidos, pero, sí al Niágara y a la isla Navy; en donde se habían reunido los patriotas para intentar un supremo esfuerzo en pro de su país.

El sacerdote, después de atravesar la playa en línea oblicua, llegó delante de la poterna, al lado de la que un soldado estaba de centinela, y preguntó por el comandante.

Un sargento salió del cuerpo de guardia, establecido en el interior del recinto de empalizadas, acompañado por un individuo de su compañía; que llevaba una linterna en la mano, pues la oscuridad era muy profunda ya:

-¡Qué se os ofrece? preguntó el sargento.

-Hablar con el comandante.

-¿Quién sois?

-Un sacerdote que viene a ofrecer sus consuelos a Juan Sin Nombre.

-¡Podéis decir al condenado!...

-¿Ha recaído sentencia ya?...

-Anteayer, y ha sido sentenciado a la pena de muerte.

Joann fue bastante dueño de sí mismo para no demostrar emoción alguna y limitándose a responder:

-Este es un motivo más para que no rehúsen al reo los consuelos de la religión.

-Voy a ponerlo en conocimiento del mayor Sinclair, comandante del fuerte, repicó el sargento.

Y se dirigió al edificio central, después de introducir al abate en el cuerpo de guardia.

Éste se sentó en el rincón más oscuro, reflexionando sobre lo que acababa de saber. Estando pronunciada la sentencia ¿ no le faltaría tiempo para la realización de su proyecto? Y sin embargo, si no se había ejecutado en las veinticuatro horas que habían pasado ¿no sería porque el mayor Sinclair hubiese recibido orden de suspenderla? Joann lo creyó así. Pero ¿cuánto tiempo duraría la tregua? ¿bastaría ésta para preparar la evasión del prisionero? El mayor Sinclair, ¿le permitiría la entrada en la prisión? ¿Qué sucedería si no le otorgaba el permiso sino cuando Juan Sin Nombre marchase al suplicio?

Ya comprenderán nuestros lectores las angustias que torturaban al abate Joann ante esa condena, que apenas le dejaba tiempo para obrar.

El sargento volvió, y dijo al sacerdote:

-El mayor Sinclair os espera.

Precedido por el soldado, que alumbraba con el farol, Joann atravesó el patio interior, en medio del que se alzaba el cuerpo central del edificio, procurando, en cuanto se lo permitía la oscuridad, fijarse en la extensión de aquel patio y en la distancia que le separaba de la poterna, única salida del

fuerte, como no fuera escalando las empalizadas. Si Juan no conocía la disposición del fuerte, su hermano quería poder describírsela.

La puerta del castillo estaba abierta; el sargento entró primero, el sacerdote después, y un centinela cerró detrás de ellos.

Subieron por una estrecha escalera que se desarrollaba hasta el primer piso en el espesor de la muralla. Cuando llegaron al descansillo, el sargento abrió la puerta que se hallaba enfrente de ellos y el sacerdote entró en el despacho del comandante.

El mayor Sinclair era hombre de unos cincuenta años, de carácter y modales rudos, muy inglés por su tiesura y muy sajón por la poca sensibilidad que le inspiraban las miserias humanas; por lo tanto, era muy posible que rehusara al sentenciado la asistencia de un sacerdote, ya por esto o ya porqué hubiera recibido órdenes al efecto que no podía infringir. Acogió con poca o ninguna cortesía a Joann; pues ni siquiera se levantó de la butaca en quo estaba sentado, ni soltó la pipa, cuyo humo llenaba la habitación, medianamente alumbrada por una pequeña lámpara.

-¿Sois sacerdote? preguntó a Joann, que estaba de pie delante de él.

-Sí, señor.

-¿Venís para auxiliar al reo?

-Si es que me lo permitís...

-¿De dónde llegáis?

-Del condado de Laprairie.

-¿Allí supisteis su captura?

-Si, señor.

-¿Y también su condena?

-Me lo han dicho aquí a mi llegada, y he pensado que el mayor Sinclair me otorgaría el permiso para ver al preso.

-¡Sea! Os haré avisar cuando sea tiempo, respondió el comandante.

-Nunca es demasiado pronto, repuso Joann, cuando un hombre está condenado a muerte...

-Ya os be dicho que mandaré que os avisen. Esperad en la aldea próxima, en donde un soldado os llevará mis órdenes.

-Permitidme que insista, señor Mayor, repuso el sacerdote. Es muy posible que estuviera yo ausente cuando el reo necesite mis auxilios. Dignaos, pues, permitir que le vea en seguida...

-Os repito que os mandaré aviso, replicó el comandante. Está prohibido que nadie, absolutamente nadie, comunique con el prisionero antes de la hora en que deba cumplirse la sentencia. Espero esa orden de Quebec, y cuando llegue, el reo tendrá todavía dos horas para prepararse a morir; esas dos horas bastarán ¡qué diablo! y las emplearéis como mejor os convenga para la salvación de su alma. El sargento os llevará hasta la poterna.

Ante esta negativa tan rotunda, Joann no tenía otra cosa que hacer más que retirarse; pero no podía resolverse a ello. No ver a su hermano, no poder concertarse con él, era hacer impracticable toda tentativa de evasión. Así es que iba a descender a suplicar para obtener del comandante que revocara

su decisión, cuando la puerta del despacho se abrió, presentándose el sargento en el umbral.

-Sargento, le dijo el mayor Sinclair, acompañad a este sacerdote hasta la salida del fuerte, y no podrá volver hasta que yo le mande buscar.

-Se ejecutará la consigna, señor comandante, respondió el militar; pero si he venido a interrumpiros ha sido para avisaros de que un correo acaba de llegar.

-¿Viene de Québec?

-Sí, mi comandante, y trae este pliego.

-Dádmelo pronto, dijo Sinclair.

Y arrancó, más bien que tomó, el sobre que le presentaba el sargento.

Joann se puso tan pálido y se sintió tan desfallecido, que su palidez y su desfallecimiento hubieran parecido sospechosos al Mayor si en aquel momento hubiera fijado la vista en el sacerdote. . .

Pero la atención toda del comandante estaba fija en aquella carta sellada con las armas de Gosford, y cuyo sello acababa, de romper bruscamente.

La leyó, y después, volviéndose hacia el sargento, dijo:

-Conducid a este sacerdote a la prisión de Juan Sin Nombre, dejadle solo con el reo, y cuando pida salir, le llevaréis hasta la poterna.

Aquella carta era la orden de ejecución que el Gobernador general acababa de enviar a Frontenac. Juan Sin Nombre no tenía ya más que dos horas de vida.

II

JOANN Y JUAN

El abate salió del despacho del mayor Sinclair más dueño de sí mismo que cuando entró. La aterradora noticia de la inmediata ejecución de su hermano no quebrantó su valor, pues acababa de concebir un proyecto que presentaba feliz éxito.

Juan no sabía nada respecto a la orden que acababa de llegar de Quebec, y ¡era a él, a Joann, a quien incumbía la dolorosa tarea de comunicársela!. ¡Tristísima misión! Pero no, no se lo diría. Le ocultaría que tan terrible sentencia tenía que cumplirse en el término de dos horas, porque era preciso que el joven patriota no lo supiera, si había de dar buen resultado el plan que abrigaba el sacerdote. Y, en efecto, no había que contar ya con una evasión preparada de antemano, ni con un ataque del fuere de Frontenac, porque el reo no podía escapar a la muerte sino con la huida inmediata. Si dentro de dos horas se encontraba todavía en su celda, no saldría de ella más que para morir en plena noche, al pie de las empalizadas.

¿Era realizable el pensamiento del abate? Tal vez, si su hermano se conformaba con él. En todo caso, era el único medio posible en las actuales circunstancias; pero para que Juan aceptara era necesario, lo repetimos, que éste no supiera que el mayor Sinclair acababa de recibir la orden de proceder inmediatamente a la ejecución.

El sacerdote, guiado por el sargento, bajó la escalera, pues la celda del prisionero ocupaba un ángulo del piso bajo de la fortaleza en el extremo de un pasillo; el sargento alumbraba con el farol aquel oscuro pasadizo y se paró delante de una puerta estrecha y baja, cerrada exteriormente con dos cerrojos.

En el momento de abrir se acercó al abate, diciéndole en voz baja:

-Cuando queráis marcharos, ya sabéis que mi consigna es conduciros fuera del recinto...

-Ya lo sé, respondió Joann. Esperadme en este corredor; os avisaré.

El sargento abrió en seguida la puerta de la celda.

Reinaba en el interior una profunda oscuridad, y acostado sobre un malísimo petate, Juan dormía tan profundamente que no se despertó ni con el ruido de los cerrojos ni con la entrada de los visitantes. El sargento se aproximó al prisionero para tocarle en el hombro; pero con un gesto el abate Joann se lo impidió.

El militar dejó el farol en una mesita, salió y cerró la puerta con mucha suavidad.

Los dos hermanos estaban solos; el uno durmiendo, el otro arrodillado y rezando.

¡Cuadro conmovedor y sublime, digno de ser representado por el pincel del más inspirado de los artistas!

Joann se levantó después de un instante de oración y miró por última vez a aquel ser, a quien el crimen de su padre había hecho tan desgraciado.

Después murmuró estas palabras:

-¡Dios mío, préstame tu ayuda!

El tiempo apremiaba demasiado para que pudiera perder aunque no fuesen más que algunos minutos; así es que apoyó una mano en el hombro de Juan, quien se despertó, exclamando:

-¡Joann, tú aquí!

-¡Más bajo... hermano!... Habla más bajo, respondió el sacerdote. Pueden oírnos...

Y le hizo señas de que la prisión estaba guardada exteriormente.

Los pasos del sargento se oían, en efecto, tan pronto cerca como lejos de la puerta.

El preso, medio vestido debajo de una manta muy mala que apenas le resguardaba del frío que se sentía en la prisión, se levantó sin ruido.

Ambos hermanos quedaron bastante tiempo abrazados.

Después Juan preguntó:

-¿Nuestra madre?

-¡Ya no está en Casa Cerrada!

-¿No está allí?

-No.

-¿Y el señor de Vaudreuil y su hija, que habían encontrado un asilo en nuestra casa?...

-Estaba vacía cuando he ido últimamente a San Carlos.

-¿Cuándo ha sido?...

- Hace siete días.

-¿Y desde entonces ninguna noticia has tenido de nuestra madre ni de nuestros amigos?

-Ninguna.

¿Qué había pasado? ¿Nuevos registros de la policía habrían ocasionado la prisión de Bridget, del señor y de la señorita de Vaudreuil? ¿O más bien, no queriendo Clary que su padre permaneciese un día más bajo el techo de la familia Morgaz, le habría hecho salir de aquella morada, a pesar de su debilidad y de los peligros que le amenazaban? Y Bridget, su desgraciada madre, ¿había también huido de San Carlos, en donde la vergüenza de su nombre se había hecho pública?

Todo esto pasó como un relámpago por la mente de Juan, e iba a contar a su hermano cuanto había acontecido en Casa Cerrada durante su última visita, cuando éste, aproximándose a su oído, le dijo:

-Escúchame, Juan: no es tu hermano el que está aquí a tu lado, es un ministro del Señor que viene a llenar su caritativa misión cerca de un condenado a muerte. Por este motivo el comandante me ha permitido llegar hasta tu celda. ¡No tenemos un momento que perder... huye al instante!...

-¡Huir! ¿Pero cómo?

-Vistiéndote con mi traje; hay bastante parecido entre nosotros para que nadie advierta la sustitución de persona; además, es de noche, y apenas se fijarán en ti a la escasa luz del farol, ni en el corredor ni en el patio interior. Con el sombrero inclinado sobre los ojos, es imposible que te co-

nozcan. Cuando. hayamos cambiado de ropa, yo me iré al fondo de la celda, y llamaré; el sargento vendrá a abrir según hemos convenido y tiene la consigna de acompañarme hasta la poterna. Abrirá tan luego como oiga mi voz y será a ti a quien conduzca, y no a mí.

-Hermano mío, respondió Juan, ¿has podido creer que consentiré jamás que te sacrifiques por mí?

-¡Es preciso! Tu presencia es más que nunca necesaria para animar a los patriotas.

-Después de nuestra derrota, ¿no han desesperado de la causa nacional?

-¡No! Están reunidos en el Niágara, en la isla Navy, prontos a empezar de nuevo la lucha.

-¡Que lo hagan sin mí, Joann!... El éxito de nuestra causa no depende de un hombre... No quiero que arriesgues tu vida para salvarme...

-¡Es mi deber, hermano mío! ¡Bien sabes cuál es el objeto que nos hemos propuesto alcanzar!... ¿Hemos cumplido ya nuestra misión?... ¡No!... Ni siquiera hemos sabido morir para reparar el mal...

Las palabras de Joann conmovían profundamente al prisionero, pero no le decidían.

El sacerdote repuso:

-¡Escúchame aún! ¿Temes por mi vida, Juan? ¿Por qué? Para mí no es peligroso el quedarme en tu lugar. Cuando me encuentren mañana en esta prisión, ¿qué puede sucederme?... ¡Nada! Aquí no hallarán más que a un pobre sacerdote, en vez de un reo de muerte; ¿y qué quieres que hagan conmigo sino dejarme?

-¡No!... ¡No!... respondió Juan, que batallaba consigo mismo y se sentía influido por el lenguaje excitante de su hermano.

-Ya hemos discutido demasiado, repuso Joann. ¡Es preciso que partas, y partirás! ¡Cumple con tu deber, como yo cumplo con el mío! Tú eres el solo hombre bastante popular en el Canadá para provocar una sublevación.

-¿Y si te hacen responsable de mi huida?

-No me condenarán sin oírme, respondió Joann, ni sin una orden de Gosford, y esto necesitará unos días de tregua, en cuyo tiempo Dios sabe lo que sucederá.

-¿Lo crees así!

-Ciertamente; y creo también que de este modo tendrás tiempo de unirte a tus compañeros en la isla Navy y de traerlos aquí para libertarme...

-¡Hay veinte leguas de distancia, hermano!

-¡Rehúsas, Juan! Pues bien, hasta aquí he suplicado. ¡Ahora mando!... ¡Ya no es tu hermano quien te habla, es un ministro del Señor! ¡Si has de morir, que sea combatiendo por nuestra causa, pues de otro modo nada habrás hecho en la sagrada tarea que te incumbe! ¡Además, si no huyes, me doy a conocer, y el abate Joann caerá bajo las balas anglosajonas al lado de Juan Sin Nombre!...

-¡Hermano!...

-¡Huye, Juan!... ¡Huye!... ¡Lo quiero!... ¡Nuestra madre, lo desea también!... ¡El país te espera!

El desgraciado prisionero, vencido por la ardiente palabra de su hermano, se decidió a obedecer; y en verdad que contribuyó mucho a ello la idea que le asaltó de poder volver

a Frontenac en un breve plazo con algunos centenares de patriotas y dar libertad al que tan noble y generosamente se sacrificaba por él.

-¡Estoy pronto! exclamó.

El cambio de traje se hizo rápidamente, y bajo el ropaje talar hubiera sido difícil conocer al joven patriota.

Hecho esto, ambos hermanos hablaron durante algunos instantes de la situación política, del estado de los espíritus desde los últimos acontecimientos, y después el abate Joann dijo:

-Ahora voy a llamar al sargento; cuando abra la puerta le seguirás sin vacilación alguna y sin temor, pues tiene orden de conducirte directamente a la salida; una vez fuera del castillo no tienes más que atravesar el patio apenas unos cincuenta pasos, y llegarás cerca del cuerpo de guardia, que está a la derecha de la empalizada. Al pasar por delante de los soldados no te inmutes, pues, nuestro parecido garantiza el buen resultado del engaño. En seguida te hallarás en la poterna, y cundo te encuentres al aire libre sigue por la orilla del lago hasta que te halles en el límite de un bosque a media milla de aquí; en donde te puedes reunir con Lionel, que me está esperando.

-¿El pasante del Sr. Nick?

-Sí. Me ha acompañado, y te conducirá a la isla Navy. ¡Ahora, abrázame!

-¡Hermano mío! murmuró Juan estrechando en sus brazos al sacerdote.

El momento de separarse había llegado; Joann llamó en voz alta, y se retiró al fondo de la celda.

El sargento abrió la puerta, y dirigiéndose a Juan, cuya fisonomía ocultaba el ancho sombrero:

-¿Estáis pronto? preguntó.

Juan hizo una señal afirmativa.

-¡Venid, pues!

El soldado cogió el farol, hizo salir a Juan, y cerró la puerta.

¡Cuántas angustias experimentó Joann durante algunos momentos! ¿Qué sucedería si el mayor Sinclair se encontrase en el corredor o en el patio cuando pasara su hermano, si le detuviera y le preguntase cual era la actitud del sentenciado? Si la sustitución de persona era descubierta, el prisionero sería fusilado inmediatamente. Al mismo tiempo pensaba, y esto le desgarraba al alma, que los preparativos de la ejecución debían haber empezado ya, que la guarnición habría recibido las órdenes del comandante, y que el sargento podía hablar de esto guiando a Juan hacia la salida, en cuyo caso éste querría volver a su prisión para que su hermano no muriese en su lugar.

Joann, con el oído pegado a la puerta, escuchaba; pero apenas si los latidos de su corazón le permiten oír los rumores de fuera.

Por fin un ruido lejano llegó basta él y cayó de rodillas, dando gracias a Dios.

La poterna acababa de cerrarse.

-¡Libre! murmuró el pobre Joann:

En efecto; Juan no había sido conocido. El sargento, marchando delante de él con el farol en la mano, le había guiado por el corredor y el patio hasta la poterna, sin dirigirle

la palabra, favoreciéndole mucho la circunstancia de que ni los oficiales ni los soldados eran sabedores todavía de que la ejecución iba a verificarse tan pronto. Cuando llegaron al cuerpo de guardia, Juan volvió algo la cabeza por precaución, y después de pasar el umbral de la poterna, el sargento le pregunto:

-¿Volveréis para asistir al reo en sus últimos momentos?

-Sí, contestó Juan.

Un instante después se hallaba solo y libre.

Pero se alejaba de Frontenac con mucha lentitud; no podía resolverse a dejar aquel sitio; parecíale que un lazo le detenía al lado del fuerte; se reprochaba el haber cedido a las instancias de su hermano para marcharse en su lugar, pues todos los peligros de aquella sustitución se presentaban ahora a su mente con una claridad que le asustaba. Algunas horas más tarde, al llegar el día, entrarían en la prisión; su huida sería descubierta y agobiarían a Joann con malos tratos, si no es que recibía la muerte en premio de su heroico sacrificio.

Estos pensamientos conmovían al pobre proscrito hasta el extremo de impelerle a volver atrás. ¡Pero no! Lo mejor era apresurar el paso, reunirse con sus parciales en la isla Navy y empezar una nueva campaña, apoderándose del fuerte de Frontenac para libertar a su hermano. Las vacilaciones son siempre perjudiciales, se decía; adelante, pues no hay tiempo que perder.

Juan atravesó la playa, dio la vuelta al lago al pie del recinto de empalizadas, y se dirigió hacia el bosque en donde debía encontrar a Lionel. *El blizzard* reinaba en toda su violencia; los témpanos acumulados en las orillas del Ontario

chocaban unos con otros y se hacían tan imponentes como los *icebergs* o bloques de los mares árticos. La nieve caía en torbellinos tan espesos, que no podía caminar con seguridad por en medio de aquellas ráfagas; no sabía si se hallaba en la superficie endurecida del lago o en la playa, y procuraba orientarse andando hacia los grupos de árboles que vagamente distinguía en medio de la oscuridad.

Llegó al fin al bosque.

Era evidente que Lionel no le había visto, porque de lo contrario hubiera salido a su encuentro.

Juan se deslizó entre los árboles, inquieto por no encontrar al joven en el sitio indicado por su hermano, y no queriendo llamarle por su nombre, temiendo comprometerle en el caso en que le oyera algún pescador retrasado.

¿Que hacer, pues, para no perder un tiempo que le era preciso utilizar? Entonces los dos últimos versos de la balada del joven poeta se agolparon a su imaginación, y penetrando en lo interior del bosque, repitió con alguna lentitud:

Nacer contigo, llama loquilla;
morir contigo, fuego fatuo.

Casi en seguida, Lionel, saliendo de un matorral, se lanzaba a su encuentro exclamando:

-¡Vos, señor Juan... Vos aquí!

-Sí, Lionel.

-¿Y el abate Joann?

-¡En mi prisión!... ¡Apresurémonos para llegar pronto a la isla Navy; es preciso que dentro de cuarenta y ocho horas

estemos de vuelta con nuestros compañeros para atacar al fuerte de Frontenac!

Juan y Lionel echaron a andar con toda la rapidez que les permitía el temporal, dirigiéndose al Sur para bajar por la orilla del Ontario hasta los territorios del Niágara.

Era este el camino más corto, y también el itinerario que menos peligros ofrecía, pues a cinco leguas de allí podían atravesar la frontera, hallándose, por consiguiente, al abrigo de toda persecución y siéndoles además fácil llegar con toda prontitud a la isla Navy.

Sin embargo, esa dirección ofrecía el inconveniente de obligar a los fugitivos a pasar por delante del fuerte, pues tenían que retroceder; pero gracias a la mala noche que hacía, y en medio de los torbellinos de nieve, era posible que escaparan a la vista de los centinelas en el momento de atravesar la playa. Ciertamente que si el Ontario no hubiera estado cubierto por los témpanos que el invierno amontona en sus orillas, y si el lago hubiese sido navegable, mejor hubiera sido dirigirse a algún pescador que rápidamente les llevara hasta la embocadura del Niágara; mas esto era impracticable.

Ambos jóvenes marchaban con toda la celeridad de que eran capaces, y estaban a un centenar de pasos de las empalizadas, cuando el ruido de una descarga retumbó en el aire.

No había equivocación posible; fuego de fusilería acababa de estallar en el interior del recinto.

-¡Joann! exclamó el joven patriota.

Y cayó cómo si fuera él el que había sido herido por las balas de los soldados de Frontenac.

Joann había muerto por su hermano y por su patria.

Así era, en efecto; media hora después de la salida de Juan, el mayor Sinclair, según el tenor del pliego llegado de Quebec, dio orden de que se procediese a la ejecución del reo.

Joann fue sacado de la prisión y conducido al sitio en que había de ser pasado por las armas.

El Mayor le leyó la sentencia.

El sacerdote nada le dijo.

Y sin embargo habría podido exclamar:

-¡Yo no soy Juan Sin Nombre!... Soy un ministro del Señor, y he tomado su sitio para salvarle.

Y el comandante hubiera tenido que suspender la ejecución, siquiera fuera para poner este incidente en conocimiento del Gobernador general.

Pero Juan estaba todavía demasiado cerca de Frontenac; los soldados podrían perseguirle, le apresarían de nuevo, le fusilarían, y el abate quería que Juan Sin Nombre muriese en el campo de batalla.

Joann no desplegó los labios; se apoyó en la pared, y cayó pronunciando las palabras de «¡madre, hermano, patria!»

Los soldados no le habían conocido vivo, ni le conocieron tampoco muerto. Se le enterró inmediatamente en una fosa abierta fuera del recinto; y el Gobierno hubo de creer que el héroe de la independencia canadiense había muerto bajo el plomo de sus soldados.

Fue la primera víctima ofrecida en expiación del crimen de Simón Morgaz.

III

LA ISLA NAVY

El primer buque europeo que cruzó las aguas del Ontario en 1663 era francés, al mando de Cavelier de la Salle, quien, después de llegar al límite meridional de dicho lago, en donde edificó el fuerte Niágara, entró en el río de este nombre, cuyo curso remontó hasta tres millas antes de las cataratas. Más tarde otro, construido y botado al agua más arriba de las célebres caídas de agua, fue a desembocar al lago Erié y prosiguió su audaz navegación hasta el lago Michigán.

En realidad, el Niágara no es más que un canal natural, que con una extensión de quince a dieciséis millas, conduce las aguas del Erié al Ontario. Poco más o menos, hacia la mitad de su trayecto, precisamente en el sitio en que el río forma un recodo parecido a una herradura, el suelo aparece cortado casi verticalmente, ofreciendo un desnivel de ciento sesenta pies.

La isla de las Cabras, *Goat Island*, le divide en dos partes desiguales; a la derecha la catarata americana, y a la izquierda

la canadiense, precipitan sus ruidosas aguas en el fondo de un abismo coronado incesantemente por las brumas de un polvo acuoso.

La isla de Navy está situada más arriba de las cataratas, y, por consiguiente, al lado del lago Erié, a diez millas de la ciudad de Buffalo y a tres del pueblo de Niágara-Falls, edificado cerca de las cataratas, cuyo nombre lleva.

En aquella isla era en donde los patriotas habían formado el último baluarte de la insurrección, una especie de campamento colocado entre el Canadá y los Estados Unidos, en el curso del Niágara, límite natural entre ambos países.

Aquellos de los jefes que habían escapado a la persecución del Gobierno después de las acciones de San Dionisio y de San Carlos, habían abandonado el territorio canadiense, pasando la frontera para reunirse en la mencionada isla. Si la suerte de las armas les fuese adversa; si los realistas llegasen a atravesar el brazo izquierdo del río y les echasen de su último baluarte, les quedaría el recurso de refugiarse en la orilla opuesta, en donde sabían que inspiraban profundas simpatías; pero pocos habían de ser sin duda alguna los que pedirían asilo, porque aquella partida suprema la sostendrían, hasta la muerte.

He aquí ahora el puesto respectivo que ocupaban los franco-canadienses y las tropas enviadas de Quebec en la primera, quincena de Diciembre:

Los reformistas, y particularmente los conocidos con el nombre de *gorros azules*, se hallaban en la isla de Navy, que el río no bastaba a defender, pues aun cuando el frío era en extremo vivo, el Niágara permanecía navegable, merced a la

rapidez de su curso. De esto resultaba que las comunicaciones eran posibles por medio de barcas entre la isla y ambas orillas; así es que los habitantes de los Estadas Unidos y los canadienses no cesaban de ir y venir desde el campamento al pueblo de Schlosser, situado en la ribera derecha del Niágara. Muchas embarcaciones pasaban este brazo del río, unas transportando municiones, otros víveres, y otras llenas de pasajeros, que habían acudido a Schlosser en previsión de un ataque, próximo de los realistas.

Un ciudadano de los Estados Unidos, el Sr. Wills, propietario de un vaporcito, *La Carolina*, lo utilizaba para dichos transportes cotidianos, mediante una corta retribución, que los curiosos entregaban con mucho gusto.

En la orilla opuesta, y por consigúiente enfrente de Schlosser, los ingleses estaban acantonados en Chippewa, bajo las órdenes del coronel Mac-Nab. Su efectivo era bastante importante para destrozar a los reformistas reunidos en la isla Navy, si aquellos llegasen a abordar. Numerosas barcas habían sido reunidas en Chippewa para operar un desembarque, que se in tentaría en cuanto el coronel Mac-Nabacabara los preparativos. El principio de esta última campaña en los confines del Canadá y en presencia de muchos ciudadanos de los Estados Unidos, era pues inminente.

Nuestros lectores no se admirarán de que los personajes que más han figurado en las diversas épocas de esta historia se hallasen reunidos en la isla Navy. Andrés Farran, recientemente curado de su herida, lo mismo que William Clerc, habían acudido al campamento adonde Vicente Hodge no

tardó en llegar también. Sólo el diputado Sebastián Gramont, detenido en una de las cárceles de Montreal, no ocupaba un sitio al lado de sus hermanos de armas.

Vicente Hodge, después de proteger a Clary de Vaudreuil y a Bridget, librándolas del atropello de los soldados ebrios que las acometieron cerca de Casa Cerrada, consiguió deshacerse de aquellos vándalos que le rodeaban amenazándoles e internándose en los bosques corrió tanto, que al amanecer estaba, fuera del alcance de los realistas. Cuarenta y ocho horas más tarde llegaba a Saint-Albans, más allá de la frontera, y cuando el campamento de Navy se organizó, fue allí con algunos americanos, entregados en cuerpo y alma a la causa de la independencia canadiense.

Allí se encontraban también Tomás Harcher y sus cuatro hijos Pedro, Tony; Santiago y Miguel, quienes, después de escapar del desastre de San Carlos, no pudiendo volver a Chipogán, porque, no solamente se comprometerían, sino que comprometerían también a Catalina Harcher, se habían refugiado en Saint-Albans, y en los primeros días de Diciembre pasaron todos a encerrare en la isla Navy, resueltos a luchar todavía y a vengar la muerte de Remigio, ocasionada por las balas de los realistas.

En cuanto al Sr. Nick, si el adivino más acreditado del Far-West le hubiera dicho: «¡Oh, tú, Notario real, pacífico por carácter, prudente sin igual, yo te predigo que ha de llegar un día en que has de combatir al frente de una tribu hurona, en contra de la autoridad constituida!», semejante adivino le hubiera parecido digno de estar encerrado en una casa de orates.

Y, sin embargo, Nicolás Sagamore estaba allí, en la isla Navy, a la cabeza de su tribu. No pudo ser de otro modo. Los Mahogannis, en solemne consejo reunidos, habían decidido aliarse con los patriotas, y, naturalmente, un gran jefe por cuyas venas corría la sangre de los Sagamores, no podía quedarse atrás; verdad es que Nick hizo algunas objeciones; mas no fueron tenidas en cuenta, y al día siguiente de la partida de Lionel con el abate Joann, después de apagarse el fuego del Consejo, el Notario, no seguido, sino precedido de unos cincuenta guerreros, se dirigió hacia el lago Ontario para ir a Schlosser.

Ya pueden figurarse nuestros lectores la acogida que hicieron al buen Nick. Tomás Harcher le dio tal apretón de manos, que, durante veinticuatro horas por lo menos, no hubiera podido manejar el arco o el *tomahawk*. La misma bienvenida recibió por parte de Vicente Hodge, de Farran, de Clerc y de todos los que eran amigos o clientes suyos en Montreal.

-Sí... sí... balbuceaba; he creído de mi deber... o más bien esas buenas gentes...

-¿Los guerreros de vuestra tribu?

-Si... de mi tribu..., repetía.

En suma; aun cuando el excelente hombre no demostraba mucha valentía, la ayuda de los hurones era una gran cosa, pues si otras tribus, arrastradas por el ejemplo, seguían el mismo rumbo, las autoridades no podrían dominar el movimiento insurreccional.

Sin embargo, a consecuencia de los últimos acontecimientos, los patriotas habían tenido, que pasar de la ofensiva

a la defensiva; así es que en el caso en que la isla Navy cayera en poder del coronel Mac-Nab, la causa de la independencia estaría completamente perdida.

Los jefes de los *gorros azules* se habían ocupado en organizar la resistencia con todos los medios de que disponían; elevaron trincheras en diversos puntos de la isla; crearon obstáculos para impedir los desembarques; acopiaron grandes partidas de armas, municiones y víveres, que recibía de Schlosser, y todo esto se hacía apresuradamente y con gran celo.

Lo, que más molestaba a los patriotas era el verse reducidos a esperar un ataque, que no podían provocar porque estaban faltos de medios para atravesar el brazo del Niágara; y sin el material necesario, ¿cómo caer sobre el pueblo de Chippewa y dar el asalto a un campamento perfectamente atrincherado en la margen izquierda del río?

La situación era embarazosa, y si se prolongaba mucho, empeoraría de seguro para los patriotas, pues como las fuerzas del coronel Mac-Nab crecían de día en día; y los preparativos para atravesar el río se seguían con grande actividad, hacíanse estériles los esfuerzos de los últimos defensores de la causa franco-canadiense para establecer comunicaciones con los pueblos de las provincias del Ontario y de Québec. En estas condiciones, ¿cómo habían de unirse las parroquias para tomar las armas, y qué jefe se pondría a su frente, ahora que las tropas realistas recorrían los condados del San Lorenzo?

Solamente se sabía de uno que hubiera podido intentarlo con algún provecho, uno sólo, que tenía bastante in-

fluencia para sublevar las masas, y ése era Juan Sin Nombre; pero desde la derrota de San Carlos había desaparecido, y todo hacía creer que había perecido en algún sitio apartado, puesto que no se había dejado ver en la frontera de los Estados Unidos. En cuanto a admitir que hubiese caído recientemente en manos de la policía, creían los patriotas que era imposible, porque las autoridades de Québec o de Montreal no hubieran ocultado semejante captura.

Lo mismo sucedía en cuanto el señor de Vaudreuil. Vicente Hodge, Farran y Clerc ignoraban su paradero. Sabían, sí, que había sido herido en San Carlos; pero nadie vio a Juan llevarle desde el campo de batalla a Casa Cerrada, ni tampoco había llegado a noticia de ellos que hubiera caído prisionero. En lo que concierne a Clary, Vicente Hodge nada supo desde que la salvó de manos de aquellos insolentes soldados, que, maltratándola, querían ofender su pudor.

Juzguen, pues, nuestros lectores cual sería la alegría de los amigos del señor de Vaudreuil cuando el 10 de Diciembre le vieron llegar a la isla Navy, acompañado de su hija y de una anciana que no conocían.

Era Bridget.

¿Qué les había sucedido?

Después de la precipitada fuga de Juan, el mejor partido, que sin duda alguna, en concepto de ellos, podían tomar, era el de quedarse en Casa Cerrada, puesto que el señor de Vaudreuil nada tenía que temer allí.

-¿En dónde hallaría Clary, pensaba su padre, un asilo más seguro?

La villa Montcalm, incendiada por los voluntarios en su expedición a la isla Jesús, no era ya más que montón de ruinas. Además, el señor de Vaudreuil ignoraba todavía el por qué Rip no había llevado a cabo el registro en Casa Cerrada, pues su hija había guardado para sí el secreto de aquella protección infamante; no sabía, por lo tanto, que estaba hospedado en la morada de Bridget Morgaz.

Sin embargo, aun cuando su primera determinación, después de la marcha de Juan, fue la da quedarse algún tiempo más en aquella casa, varió de parecer a las pocas horas, y, temiendo, más por su hija que por él, las consecuencias de una nueva visita de los polizontes, resolvió ponerse en marcha lo antes posible. En virtud de esto, al siguiente día por la tarde, habiendo sabido que los soldados acababan de salir de San Carlos; tomó asiento con Clary y Bridget en el carro del granjero Archambault, dirigiéndose a toda prisa al Sur del condado de San Jacinto, y en cuanto tuvo conocimiento de la concentración de los patriotas en la isla de Navy, se apresuró a llegar a la frontera, en donde se hallaba ahora en compañía de sus buenos amigos.

¿Y cómo consintió Bridget en seguir a Clary de Vaudreuil, que conocía su pasado?... ¡Ah! La desgraciada mujer no pudo resistir a las súplicas de la joven.

Veamos en qué circunstancias se efectuó la partida.

Después de la huída de Juan, comprendiendo Bridget que solamente horror había de inspirar en adelante a sus huéspedes, se retiró a su habitación, llena el alma de dolor y la cabeza de desesperados pensamientos. ¡Qué espantosa noche pasó la infeliz! ¿Ocultaría Clary a su padre lo que aca-

baba de saber? No; le descubriría tan denigrante mancha, y al día siguiente el señor de Vaudreuil no tendría otro afán que el de huir de Casa Cerrada. ¡Sí: huiría; aun a trueque de caer en manos de sus perseguidores, antes que quedarse una hora más bajo el techo de un Morgaz!

Bridget a su vez, también proyectaba la fuga, temerosa de que la reprobación pública le echase de aquella casa y de aquel pueblo, pues las gentes honradas no dan albergue jamás a los traidores. Se iría lejos; muy lejos; pidiendo a Dios la librara cuanto antes de tan odiosa existencia.

Pero al amanecer, la pobre anciana vio a Clary que entraba en su habitación; iba ella a salir para no encontrarse con la joven, cuando ésta la dijo con tono tan triste como afectuoso:

-Señora Bridget; mi padre nada sabe de nuestro secreto; que yo misma quiero olvidar, para acordarme solamente de que, si os considero la más infortunada de las mujeres, os juzgo también como la más honrada, entre ellas.

Bridget no levantó la cabeza.

-Escuchadme, repuso Clary, tengo para vos todo el respeto de que sois digna, y abrigo del mismo modo, para vuestras desgracias, tal compasión, la simpatía a que os habéis hecho acreedora. ¡No!... No sois responsable de ese crimen, que tan cruelmente habéis expiado; aquella abominable traición vuestros hijos la han compensado con creces, y justicia obtendréis algún día. Mientras tanto, dejadme amaros como si fuerais mi madre; y dadme vuestra mano en señal de amistad.

Ante tan tierna manifestación de sentimiento, a que no estaba acostumbrada, la desgraciada mujer apretó la mano de la joven, mientras que sus ojos vertían abundantes lágrimas.

-Y ahora, repuso Clary, nunca se vuelva a hablar de esto, y pensemos en lo que nos conviene. Mi padre teme que vuestra morada no escape a nuevas pesquisas, y quiere que partamos juntas en la próxima noche, si los caminos están libres. Vos, señora Bridget, no podéis ni debéis quedaros en San Carlos, y espero me prometáis que os vendréis con nosotros. Iremos a reunirnos con nuestros amigos, encontraremos a vuestro hijo, le repetiré lo que acabo de deciros, lo que es una verdad superior a todas las preocupaciones humanas y lo que siente mi corazón. ¿Me prometéis seguirnos, señora Bridget?

-Partiré, Clary de Vaudreuil.

-¿Con mi padre y conmigo?

-Sí; y, sin embargo, más valiera dejarme morir lejos, muy lejos, de miseria y de vergüenza.

Clary tuvo que levantar a Bridget, arrodillada a sus pies y sollozando amargamente.

A la siguiente noche los tres abandonaron Casa Cerrada.

Veinticuatro horas después de su llegada a la isla Navy, supieron la nueva tan desesperante para la causa nacional.

Juan Sin Nombre, arrestado por el jefe de policía Comeau, acababa de ingresar en el fuerte de Frontenac.

Este último golpe aniquiló a la pobre madre. No sabía qué había sido del abate, y en cuanto a Juan, lo sabía demasiado... ¡Iba a morir!

-¡Ah! ¡que nadie sepa jamás que fueron hijos de Simón Morgaz! murmuraba la infeliz mujer.

La señorita de Vaudreuil sólo conocía este secreto; pero ¿qué podía decir para consolar a Bridget?

Además, por el dolor que experimentó cuando supo aquella noticia, Clary comprendió demasiado que su amor a Juan no había sufrido alteración alguna, y no veía en él sino al ardiente patriota en peligro de muerte.

La captura de Juan Sin Nombre difundió profundo desaliento en el campamento de la isla Navy, y este resultado había sido previsto por las autoridades, que se apresuraron a esparcir la noticia con intención de que produjera el efecto indicado; así es que tan pronto como llegó a Chippewa el coronel Mac-Nab, dio orden de que se propagase por toda la provincia.

Pero ¿cómo dicha noticia había traspasado la frontera? Lo ignoraban; y lo que más inexplicable parecía era que antes que en Schlosser, se supo en la isla Navy.

Desgraciadamente la prisión de Juan era demasiado cierta, y el joven patriota faltaría a la hora en que iba a decidirse la suerte del Canadá en su último campo de batalla.

En seguida que la noticia se confirmó, los principales jefes de los reformistas se reunieron en consejo el 11 de Diciembre presidiendo el señor de Vaudreuil y asistiendo Vicente Hodge, Andrés Farran y William Clerc.

Se discutió en primer lugar si sería posible intentar algo para salvar al prisionero.

-En el fuerte de Frontenac es en donde le han encerrado, dijo Vicente Hodge; la guarnición es poco numerosa;

con un centenar de hombres, determinados se la puede obligar a rendirse, y es posible llegar allí en veinticuatro horas...

-¡Veinticuatro horas! respondió el señor de Vaudreuil. ¿Olvidáis acaso que Juan Sin Nombre estaba sentenciado antes de que le prendiesen? ¡Esta misma noche era preciso llegar a Frontenac!

-Llegaremos, si es necesario, replicó Vicente Hodge. Siguiendo la orilla del Ontario, ningún obstáculo nos detendrá hasta la frontera del San Lorenzo; y como quiera, que los realistas no serán sabedores de nuestro proyecto, no podrán disputarnos el paso.

-Partid, pues, dijo el señor de Vaudreuil, pero hacedlo con el mayor sigilo. Importa que los espías del campamento de Chippewa no tengan conocimiento de vuestro plan.

Acordada ya la expedición, no fue difícil reunir los cien hombres que habían de tomar parte en ella, pues cada uno de los patriotas hubiera ofrecido sin vacilación su vida a cambio de librar a Juan Sin Nombre de la muerte.

El destacamento mandado por Vicente Hodge pasó a la orilla derecha del Niágara en Schlosser, y andando por terrenos pertenecientes a los Estados Unidos, llegó a eso de las tres de la madrugada a la ribera derecha del San Lorenzo, que a la sazón era fácil de atravesar porque estaba helado.

Apenas cinco leguas los separaban ya del fuerte, y, por lo tanto, antes de que llegase el día podían sorprender a la guarnición y libertar al prisionero; pero Vicente Hodge había sido precedido por un correo a caballo, enviado directamente de Chippewa, y las tropas que vigilaban la frontera

ocupaban la margen izquierda, cortando así el paso a los expedicionarios.

Ante tan inesperado obstáculo fue preciso renunciar a la intentona, pues aun cuando hicieran un superior esfuerzo para forzar la marcha, el ataque del fuerte no sería tan fácil, y esto sin contar con que los realistas, a quienes no podrían vencer, le habían de cortar la retirada, y ni uno solo de los patriotas hubiera vuelto a la isla Navy. ¡Tiempo perdido!

Hodge, altamente contrariado, pero asaz prudente, regresó a Schlosser, convencido de que su proyecto era conocido en el campamento de Chippewa.

¿Qué pasaba, en la isla Navy? Los preparativos necesarios, para la formación de aquel destacamento de cien hombres se habían hecho en completo sigilo. ¿Cómo, pues, el coronel Mac-Nab tuvo oportunamente conocimiento de ello? ¿Existía entre los patriotas uno o varios espías que estuviesen en relación rápida con el campamento de Chippewa? Habían sospechado ya que los ingleses estaban enterados de cuanto se hacía en la isla mas ahora la sospecha de traición se convertía en realidad, puesto que las tropas acantonadas en el límite del Canadá habían sido avisadas con tiempo para impedir el paso de Vicente Hodge y a sus hombres.

¿Estaban vendidos?

Por lo demás, poco importaba el plan de sorprender la prisión; toda vez que hubieran llegado tarde a Frontenac.

En la mañana del 12 se esparció la noticia de que Juan Sin Nombre, había sido fusilado aquella madrugada en el recinto del fuerte.

Los realistas no cabían en sí de gozo; pues muerto el héroe popular, que era el alma de las insurrecciones franco-canadienses, no tenían nada que temer.

El Gobierno inglés estaría tranquilo.

IV

BRIDGET MORGAZ

Otros dos golpes no menos terribles iban a herir al partido nacional y sembrar el desaliento entre los últimos defensores del campamento da la isla de Navy; y en verdad que era de temer que la desesperación se apoderase de los reformistas, ante los escollos que la mala fortuna sembraba a su paso.

En primer lugar, la ley marcial, qua fue proclamada en el distrito. de Montreal, hacía casi imposible toda comunicación entre las diferentes parroquias del San Lorenzo; además, el clero canadiense, sin abandonar sus esperanzas para el porvenir, predicaba la sumisión. El triunfo de la causa

nacional no podía tampoco ser completo sin la ayuda de los Estados Unidos; y como no fuera por parte de los fronterizos, parecía que esa alianza no llegaría a ser efectiva. El Gobierno federal buscaba siempre nuevas disculpas para no apoyar abiertamente a sus vecinos de origen francés. Muchas demostraciones de simpatía, sí; pero nada más. Algunos canadienses también, aun cuando protestaban en contra de los abusos de los gobernantes, trabajaban para apaciguar los espíritus.

Resultaba de aquel estado de cosas, que los patriotas militantes, en el último mes del año 1837 llegaban apenas a un millar de hombres dispersos por el país, y, por lo tanto, en vez de una revolución, la historia no podría mencionar sino actos de rebeldía.

Algunas tentativas aisladas se efectuaron en Swanton. Por consejo de Papineau y de O'Callaghan, una partida de ochenta hombres fronterizos entró en el territorio canadiense; llegó hasta Moore's Corner, y tropezando con cuatrocientos voluntarios resueltos a impedirles el paso, los patriotas se batieron con mucho denuedo; mas fueron rechazados y tuvieron que internarse a toda prisa.

El 14 de Diciembre hubo otra escaramuza en San Eustaquio, del condado de Dos Montañas, situado al Norte del San Lorenzo. Allí, en medio de sus atrevidos compañeros Lorimier, Ferreol y otros, se distinguió por su energía y por su bravura el doctor Chenier, cuya cabeza estaba pregonada. Dos mil soldados enviados por sir John Colborne, nueve cañones, ciento veinte hombres de caballería y una compañía de ochenta voluntarios, fueron a atacar San Eustaquio. La

resistencia de Chenier y de los suyos fue heroica. Expuestos a las balas y a la metralla, tuvieron que hacerse fuertes en la casa rectoral, en el convento y en la iglesia. La mayor parte de ellos, no teniendo fusil, pedían que se lo dieran.

-Tomaréis los de aquellos soldados que matemos; respondió Chenier.

Pero el círculo de los sitiadores se estrechaba cada vez más, y los realistas acudieron al incendio para concluir antes con los patriotas.

Chenier se vio obligado a abandonar la iglesia; una bala le hizo caer; se levantó e hizo fuego otra vez pero un segundo proyectil lo alcanzó en el pecho y cayó de nuevo para no levantarse más.

Setenta de sus compañeros perecieron con él.

Aún se observan los desperfectos que aquella valerosa defensa produjo en la iglesia, y los canadienses jamás han dejado de visitar el sitio en que sucumbió el heroico doctor, cuya bravura se ha hecho proverbial entre ellos: «Valiente como Chenier» se dice allí para ponderar el valor de otro.

Después de vencidos los insurrectos de San Eustaquio, sir John Colborne dirigió sus tropas a San Benito, adonde llegaron al siguiente día.

Era éste un hermoso y rico pueblo, situado a algunas millas al Norte, en el condado de Dos Montañas.

Allí hubo degüello de gente indefensa, que desde luego se sometió sin resistencia de ningún género, pues no era posible que la hicieran sin armas ni elementos de guerra contra aquellas tropas vencedoras en San Eustaquio, que habían sembrado el terror por todas partes con sus horrores

y crueldades, y que además se veían reforzadas por los voluntarios, que en número de más de seis mil hombres, mandados por un General, llegaban de San Andrés.

Esta parroquia fue teatro de actos vandálicos e inhumanos; devastaciones, destrucción, saqueo, incendio, robo, todos cuantos excesos son propios de una soldadesca furiosa que no respetaba ni edad ni sexo, se realizaron allí con tremendo delirio. Profanaron las iglesias, emplearon los vasos sagrados para los más odiosos usos, y ataron al cuello de sus caballos las vestiduras sacerdotales; y es preciso confesar, aunque produzca dolor el decirlo, que si bien los voluntarios tomaron mucha parte en estos crímenes, los jefes no detuvieron tampoco a los soldados, sino que, por el contrario, les dieron varias veces la orden de incendiar las casas de los notables de la población.

El 16 de Diciembre, cuando estas noticias llegaron a la isla Navy, produjeron gran efervescencia. Los *gorros azules* querían atravesar el Niágara para atacar el campamento enemigo, y no sin gran trabajo pudo el señor de Vaudreuil detenerlas; pero tal efervescencia fue debida más a la indignación que produce en toda alma generosa la infame comisión de crímenes y de maldades, que al convencimiento de su poder; y tanto fue así, que aquel primer momento de ira se trocó bien pronto en un profundo desaliento, que ocasionó la deserción de un centenar de patriotas que se refugiaron en los Estados Unidos.

Los jefes también veían disminuir su influencia, y diferían muchas veces entre sí de opinión. Vicente Hodge, Farran y Clerc estaban a menudo en desacuerdo con los demás

compañeros, y aun cuando el señor de Vaudreuil hubiera podido moderar aquellas tendencias de discordia, ocasionadas por lo desesperado de la situación, nunca su influjo hubiera sido determinante, porque si bien no había perdido nada de su energía moral, sufría mucho a causa de sus mal curadas heridas, y sintiendo que sus fuerzas disminuían con celeridad, comprendía que su fin no estaba lejos.

Y esto le atormentaba mucho, pues, a más de los disgustos del presente y de los temores para lo porvenir respecto a su país como patriota, se preocupaba por el abandono en que quedaría su hija tan luego como él muriese.

Andrés Farran, William Clerc y Vicente Hodge, no obstante la oscuridad que sentían en sus espíritus, y a pesar de la desesperación en que se hallaban, que les hacía muchas veces disentir de pareceres, no cesaban de luchar contra el desaliento de sus compañeros. «Si somos vencidos, les decían, esperaremos mejor ocasión para empezar de nuevo; y después de dejar en pos de nosotros el germen de una futura insurrección, nos retiraremos a los Estados Unidos; en donde nos prepararemos para una nueva campaña en contra de los opresores»

-¡No! No hay que desesperar de lo porvenir, proclamaba en alta voz el Sr. Nick; quien además, con aire de hombre convencido, decía al señor de Vaudreuil:

-Aun cuando la rebelión no ha triunfado todavía, las reformas pedidas se realizarán, sin embargo, por la fuerza de las cosas. Tarde o temprano el Canadá recuperará sus derechos y su autonomía, no dependiendo sino nominalmente de Inglaterra. Viviréis bastante para verlo, señor de Vaudreuil, y

algún día nos volveremos a encontrar, con vuestra querida hija, en la villa Montcalm, construida de nuevo, esperando yo para entonces haberme despojado del manto de los Sagamores, que no sienta muy bien en mis hombros de Notario, y volver a mi estudio de Montreal.

Otras veces, cuando el señor de Vaudreuil, devorado por la inquietud, hablaba de su hija con Tomás Harcher, éste le decía:

-¿No formamos acaso parte de vuestra familia, mi amo? Si teméis algo, respecto a la señorita Clary, ¿por qué no la mandáis con una persona de confianza al lado de mi mujer? Allá, en Chipogán, estaría en seguridad y os reuniríais con ella cuando las circunstancias lo permitiesen.

Pero el señor de Vaudreuil no se hacía ilusión sobre su estado, y, sintiéndose enfermo de muerte, resolvió asegurar el porvenir de Clary en las condiciones que había deseado siempre.

Conociendo el amor que Vicente Hodge profesaba a su hija, se inclinaba a creer que Clary participaba de él, no sospechando siquiera que el corazón de la joven latiera por otro. Así es que el señor de Vaudreuil pensó que Clary, reflexionando en la soledad en que la dejaría la muerte de su padre, sentiría la necesidad de un apoyo; y ¿cuál otro más seguro podía desear que el amor de Vicente Hodge, unido ya a ella por los lazos del patriotismo?

El señor de Vaudreuil tomó, pues, la determinación de obrar en armonía con su pensamiento para llegar a la realización de sus más ardientes deseos. Ninguna duda tenía respecto a los sentimientos de Vicente Hodge, y no debía dudar

de los de Clary. Pondría a los jóvenes en presencia uno de otro, les hablaría, uniría sus manos, y de este modo a la hora de su muerte no le quedaría más que un pesar: el de no haber devuelto la independencia a su país.

Así, resuelto y decidido a poner por obra lo pensado, citó a Vicente Hodge para que pasara en su compañía la velada del 16 de Diciembre.

El señor de Vaudreuil ocupaba con su hija una casita edificada en el ribazo oriental de la isla, enfrente de Schlosser. Bridget vivía allí con ellos, y si bien no salía nunca de día, lo hacía al anochecer, absorta en el recuerdo da sus dos hijos: Juan, a quien creía muerto por la causa nacional, y Joann, del que ninguna noticia tenía, pensando tristemente que hallaría quizás en las prisiones de Quebec o de Montreal esperando la hora de morir a su vez.

Nadie la vio jamás en aquella casa en donde el señor y la señorita de Vaudreuil le devolvían la hospitalidad, que habían recibido en Casa Cerrada; y no es que la infeliz anciana temiera que la conocieran y le escupieran su nombre a la faz porque ¿quién hubiera, podido, sospechar que era la viuda de Simón Morgaz? Pero la pobre Bridget se avergonzaba de vivir en casa del señor de Vaudreuil, y la abrumaba el afecto que Clary le demostraba, respetándola a la vez como si fuera su madre.

Vicente Hodge acudió a la cita a las ocho de la noche.

Bridget había salido y andaba errante por la isla.

Los dos patriotas se dieron la mano, y el joven se volvió para saludar a Clary que le tendió la suya.

-Tengo que hablaros de cosas serias, mi querido Hodge, dijo el señor de Vaudreuil.

-En este caso me retiro, replicó Clary, dirigiéndose hacia la puerta.

-No, hija mía, quédate. Lo que tengo que decir concierne a ambos.

Y con un gesto indicó a Vicente Hodge que se sentara cerca de él, y Clary tomó asiento a su lado.

-Amigo mío, dijo el anciano; me queda poco tiempo de vida; lo preveo porque mis fuerzas disminuyen de día en día. Escuchadme, pues, con atención, como si estuvieseis a la cabecera de un moribundo, del que tuvieseis que recoger las últimas palabras.

-Mi querido Vaudreuil, respondió vivamente Vicente Hodge; exageráis...

-Y nos dais mucha pena, padre mío, añadió su hija.

-Más me daríais a mí, repuso el anciano, si rehusarais comprenderme.

Fijó un instante su mirada en ambos, y después, dirigiéndose al joven:

-Amigo mío, repuso, hasta aquí no hemos hablado nunca sino de la causa a la que vos y yo hemos, consagrado nuestra existencia. Por mi parte nada era más natural, puesto que por mis venas, corre sangre francesa y he combatido por el triunfo del Canadá francés, pero vos, que no estáis ligado por vuestro origen a este desgraciado país, no habéis titubeado, sin embargo, en pelear, colocándoos en primera fila entre los patriotas...

-Los americanos y los canadienses ¿no son acaso hermanos? respondió Vicente Hodge; y ¡quién sabe si el Canadá formará parte algún día de la confederación de los Estados Unidos!...

-¡Ojalá, llegue ese día! respondió el señor de Vaudreuil.

-¡Sí, padre mío, llegará, exclamó Clary; llegará, y lo veréis!...

-No; hija mía, no me será dado verlo. ¿Creéis, pues, que nuestra causa está perdida para siempre, porque ahora hemos sido vencidos? preguntó Hodge.

-Una causa cuya base es la justicia y el derecho, acaba por triunfar tarde o temprano, respondió el anciano. El tiempo que a mí me falta no os faltará a vos, que sois joven para ver ese triunfo. ¡Sí, Hodge, lo veréis y vengaréis al mismo tiempo a vuestro padre, muerto en el cadalso por la traición de un Morgaz!

Al oír este nombre, pronunciado tan de repente, Clary sintió una profunda conmoción, y temiendo sin duda que advirtieran el rubor que invadió su rostro, se levantó para apoyar su ardorosa frente en la ventana.

-¿Qué tenéis, Clary? preguntó Vicente Hodge, levantándose a su vez para acercarse a ella:

-¿Te sientes mal? añadió el señor de Vaudreuil, haciendo un esfuerzo para dejar su butaca.

-¡No, padre mío, no es nada!... Un poco de aire bastará para aliviarme.

Vicente Hodge abrió una hoja de la ventana, y volvió a sentarse enfrente del señor de Vaudreuil.

Éste esperó algunos instantes, y cuando Clary volvió a su lado, la cogió una mano, al mismo tiempo que dirigía la palabra a Vicente Hodge:

-Amigo mío, dijo: por más que el patriotismo haya sido el afán constante de vuestra existencia, ha dejado ciertamente en vuestro corazón un sitio para otro sentimiento. Sí, Hodge; sé que amáis a mi hija, y sé también hasta que punto os estima Clary. Moriré más tranquilo si tenéis el derecho y el deber de velar por ella, que quedará sola en el mundo cuando yo muera. Si mi hija consiente, ¿queréis aceptarla por esposa?

Clary había retirado la mano de la de su padre, y, mirando al joven, esperó su contestación.

-Mi querido Vaudreuil, respondió Vicente Hodge; me ofrecéis la realización de la felicidad más grande que haya podido desear: la de unirme a vos por indisolubles lazos. Sí, Clary: os amo hace mucho tiempo y con toda mi alma; pero antes de hablaros de mi amor, quería que triunfara nuestra causa. Las grandes circunstancias que atravesamos, y los últimos acontecimientos, han modificado en gran manera la situación de los patriotas, teniendo tal vez que esperar algunos años antes de empezar de nuevo la lucha. Pues bien, esos años, ¿queréis pasarlos en los Estados Unidos, que casi es vuestro país? ¿Queréis concederme el derecho de velar sobre vos, y de dar a vuestro padre la alegría de llamarme hijo?... Decid, Clary: ¿lo queréis así?

La joven permaneció callada.

Vicente Hodge, bajando la cabeza ante este silencio, no se atrevió a repetir esta petición.

-No contestas, hija mía, repuso el señor de Vaudreuil; me has oído... has escuchado también lo que ha dicho Hodge... De ti depende que pueda llamarme padre, y después de todos los sinsabores que he experimentado en mi vida, que tenga por lo menos, antes de morir, el supremo consuelo de verte unida a un patriota digno de ti, y que te ama.

Entonces Clary, con voz profundamente conmovida, dio esta contestación, que ninguna esperanza dejaba:

-Padre mío, dijo. ¡Tengo para vos el más profundo respeto! Hodge, os profeso mucha estimación y un cariño de hermana; mas no puedo ser vuestra esposa!

-¿No puedes... Clary? murmuró el señor de Vaudreuil, cogiendo por el brazo a su hija

-¡No, padre mío!

-¿Y por qué?

-¡Porque mi vida pertenece a otro!

-¡A otro!... exclamó Vicente Hodge, que no fue dueño de ocultar sus celos.

-¡No seáis celoso, Hodge! replicó la joven. ¿Por qué lo seríais? ¡El que amo, y que nada supo de mi amor; el que me amaba, y que nunca me ha hablado del suyo; no existe ya! Si hubiese vivido, es muy posible que jamás hubiera sido mi esposo; pero ha muerto, ha muerto por su país, y quiero ser fiel a su memoria...

-¡Entonces es Juan!... exclamó el señor de Vaudreuil:

-Sí, padre mío, es él...

Clary no pudo acabar su respuesta.

-¡Morgaz!... ¡Morgaz!...

Tal fue el nombre que se oyó algo lejos, en medio de estrepitosos clamores, hacia la parte Norte de la isla, y precisamente en la orilla del Niágara, en donde se hallaba la casa del señor de Vaudreuil.

Ese nombre ruidosamente pronunciado que completaba el de Juan, hizo palidecer horriblemente a Clary.

-¿Qué tumulto es ése? preguntó el señor de Vaudreuil.

-¿Por qué pronuncian ese nombre infame? dijo Vicente Hodge.

Y levantándose, se dirigió hacia la ventana, abierta todavía, y miró hacia afuera:

Un centenar de patriotas, muchos de ellos llevando antorchas de haya y de abedul, avanzaban por el ribazo, y hombres, mujeres y niños, vociferaban el nombre maldito de Morgaz en derredor de una anciana que no podía escapar a sus insultos, pues apenas podía sostenerse.

Era Bridget.

En aquel, momento Clary se asomó a la ventana, y, distinguiendo a la víctima de aquella manifestación, cuya causa demasiado comprendía, exclamó:

-¡Bridget!...

Y, abriendo bruscamente la puerta, se lanzó fuera, sin responder siquiera a su padre, que la siguió con Vicente Hodge.

La turba de vociferadores estaba apenas a cincuenta pasos de la casa. Arrojaban lodo a la cara de la pobre anciana, la amenazaban, y muchos cogían piedras para tirárselas.

En un momento, Clary de Vaudreuil se halló al lado de Bridget, y cogióla en sus brazos, mientras que los alborotadores repetían con más furor:

-¡Es Bridget Morgaz!... ¡Es la mujer Simón Morgaz!... ¡Muera!... ¡Muera!

El señor de Vaudreuil y Vicente Hodge, que iban a interponerse entre ella y aquellos forajidos, se detuvieron de repente. ¡Bridget, la mujer de Simón Morgaz!:.. ¡Bridget, llevando ese nombre... ese odioso nombre!

Clary sostenía a la infortunada anciana, que acababa de caer de rodillas: con los vestidos rotos y manchados, y los blancos cabellos en desorden, ocultando su cara, daba compasión verla.

-¡Matadme!... ¡matadme!... murmuraba la infeliz.

-¡Desgraciados! exclamó Clary, volviéndose hacia los que la amenazaban. ¡Respetad a esta mujer!

-¡La mujer del traidor Simón Morgaz! repitieron cien voces furiosas.

-Si... la mujer del traidor, respondió Clary; pero es también, la madre de aquel que...

Iba a pronunciar el hombre de Juan, el único tal vez que pudiera proteger a Bridget, cuando ésta, revestida de pronto de toda su energía, se levantó murmurando:

-¡No... Clary... no!... ¡Piedad para mi hijo!... ¡Piedad para su memoria!... ¡No le nombréis!

Entonces los gritos y las amenazas empezaron con más violencia, y el gentío, que aumentaba sin cesar, se hallaba dominado por uno de esos irresistibles delirios que conducen a los más inicuos atentados.

El señor de Vaudreuil y Vicente Hodge procuraron socorrer a aquella víctima, y algunos de sus amigos, atraídos por la gritería, los ayudaron también; pero en vano intentaron arrancar de sus manos a Bridget y a Clary, que no se separaba de la anciana.

-¡Muera!... ¡Muera la mujer de Simón Morgaz! vociferaban aquellos furiosos.

De repente, abriéndose paso por entre el gentío, un hombre apareció, y, amparando a Bridget contra los que se aprestaban a darle los primeros golpes:

-¡Madre mía! exclamó con una voz que si bien potente, reflejaba una indescriptible ternura.

¡Era Juan Sin Nombre!

¡Era el hijo de Simón Morgaz!

V

EXPIACIÓN

¿Y cómo el nombre del traidor fue revelado a los defensores de la isla Navy, y denunciada a la muchedumbre la viuda de Simón Morgaz?

Nuestros lectores no habrán olvidado que cuando Vicente Hodge, a la cabeza de un centenar de patriotas, intentó sacar a Juan Sin Nombre de la fortaleza de Frontenac; encontró en la orilla del San Lorenzo a los realistas, prontos a impedirle el paso; y esto, unido a otros hechos observados por los patriotas, les probaba que en la isla Navy existía algún espía que enteraba al coronel Mac-Nab de cuantos proyectos y de cuantos preparativos de defensa se hacían en el campamento reformista. En vano procuraron buscar dicho espía para librarse de él, pues siempre escapó a las pesquisas que se hicieron hasta en los pueblos de la frontera.

Aquel espía era Rip, que, irritado por los reveses sufridos y que le ocasionaban pérdidas considerables, intentó arreglar sus negocios con un golpe audaz, y recuperar de este modo su perdido crédito. Había salido mal de su campaña

en Chipogán; de donde tuvo que retirarse con todos sus agentes; en San Carlos, ya sabemos también cómo había dejado a Juan Sin Nombre, oculto en Casa Cerrada, la posibilidad de huir, y, en fin, no había sido él, sino los agentes del jefe de policía Comeau, los que capturaron al proscrito.

Rip, decidido a tomar su desquite, y no teniendo ya que ocuparse del «asunto de Juan Sin Nombre» puesto que todo hacia creer que éste había sido ejecutado en Frontenac, resolvió ir disfrazado a la isla Navy, y una vez allí, por medio de señales convenidas con el coronel Mac-Nab, indicar a éste cuáles eran los medios de defensa de los patriotas y cual el punto de la isla más propio para intentar penetrar en ella.

Es verdad que arriesgaba su vida aventurándose de este modo en medio de los patriotas, quienes no le perdonarían si llegasen a descubrirle, antes bien le matarían como a un perro; pero nada le arredraba con tal de llegar a cobrar la suma, bastante grande, que le habían prometido si facilitaba la entrada de los realistas en la isla; cosa que ocasionaría la pérdida de los jefes principales del reformismo y el fin de la insurrección de 1837.

Rip llegó, pues, a Schlosser, se embarcó en *la Carolina* como simple curioso, y entró en la isla Navy.

En realidad, merced a un disfraz bien disimulado, a ciertas modificaciones en el porte, al sonido de su voz, que no era el mismo, el atrevido polizonte desempeñó su papel con desembarazo, no obstante haber allí mucho gente que le conocía, como el señor de Vaudreuil y su hija, Tomás Harcher y los suyos, con quienes se había encontrado en Chipogán, y también el Sr. Nick, a quien con seguridad no es-

peraba encontrar en la isla. Pero, felizmente para Rip, su disfraz era tan perfecto, que nadie sospechó de su persona, y pudo, sin comprometerse, ejercer su espionaje y corresponder con Chippewa siempre que fuese necesario. Él fue quien avisó al coronel Mac-Nab del ataque de Frontenac proyectado por Vicente Hodge.

Una circunstancia, sin embargo, debía perderle.

Hacía ya ocho días que había llegado; y vistiendo lo mismo que los *gorros azules*, se había encontrado varias veces en presencia de Tomás Harcher, del Sr. Nick y de otros varios, a quienes conocía perfectamente; pero no había visto todavía a Bridget, ni podía sospechar siquiera que semejante mujer se hallase en la isla Navy. La viuda de Simón Morgaz entre los patriotas era una de las cosas que menos debía esperar, habiéndola dejado en Casa Cerrada y salvádola de las horribles represalias realizadas en San Carlos, en donde la vio por primera vez después de doce años transcurridos desde la época en que él, Rip, entró en relaciones con el traidor y su familia en Chambly. No era de temer que Bridget, lo mismo que el Notario y que Tomás Harcher, le reconociesen.

Y, en efecto, aquella no le conoció. Él fue el que se hizo traición a sí mismo en una circunstancia que toda su meticulosa circunspección no pudo prever.

Aquella noche, 16 de Diciembre, Bridget salió de casa poco antes de que Vicente Hodge, citado por el señor de Vaudreuil, entrara en ella. Una profunda oscuridad envolvía el valle del Niágara; ningún ruido se oía, ni en el pueblo ocupado por los realistas, ni en el campamento reformista. Al-

gunos centinelas iban y venían por la ribera, vigilando el brazo izquierdo del río.

Sin darse cuenta de adónde iba, Bridget, andando maquinalmente, llegó hasta el extremo de la isla, y allí, después de detenerse algunos momentos, se preparaba para volver atrás, cuando una claridad que se movía al pie del ribazo llamó su atención.

Sorprendida e inquieta, la desgraciada anciana avanzó hasta las rocas que dominan el río en aquel sitio, y vio a un individuo que movía un farol cuya luz había de verse fácilmente desde Chippewa; y, en efecto, otra luz apareció en el campamento enemigo, respondiendo sin duda a las señales que hacía aquel hombre.

Bridget no pudo contener una exclamación de ira al ver este sospechoso cambio de señales.

De -un salto, el hombre del-farol, sorprendido por el grito que acababa de oír, subió a las rocas, y, hallándose enfrente de una mujer, alzó vivamente la luz para verle la cara.

-¡Bridget Morgaz! exclamó.

Sobrecogida un instante en presencia de aquel hombre que sabía su apellido, la pobre mujer retrocedió; pero la voz del que lo pronunció, sin cuidar de disfrazarla, evidenció la personalidad del espía.

-¡Rip!... balbuceó Bridget. ¡Rip aquí!

-El mismo soy.

-¡Rip... haciendo el papel del...

-Y bien, señora Bridget, repuso aquel miserable; lo que yo hago, ¿no lo hacéis vos también? Porque no me explico

que os halléis en el campamento de los patriotas sino para comunicar...

-¡Infame! exclamó Bridget.

-¡Ah! callad, dijo Rip cogiéndola con mucha violencia por un brazo; callad, si no...

Con un leve empujón podía precipitarla en la corriente del Niágara.

-¡Me mataréis, respondió Bridget retrocediendo algunos pasos; pero no será antes de que llame para denunciaros! Y empezó a gritar:

-¡A mí! ¡Socorro! ¡A mí!

Casi en seguida se oyó cierto ruido que indicaba que los centinelas se aproximaban al sitio en que sonaban los gritos.

Rip comprendió que no tenía tiempo suficiente para deshacerse de Bridget antes de que acudieran a sus voces.

-¡Cuidado, Bridget! la dijo. Si decís quién soy yo, a mi vez diré quién sois vos!

-¡Decidlo, pues! respondió Bridget, que no titubeó, a pesar de aquella amenaza.

Y luego, con voz más fuerte, repitió:

-¡A mí, socorro, a mí!

E inmediatamente se vio rodeada por una docena de patriotas, a quienes se unieron otros muchos que acudían de diferentes puntos.

-Este hombre, dijo la anciana, es el agente Rip: es un espía de los realistas.

-Y esta mujer, replicó el polizonte, es la mujer del traidor Simón Morgaz.

El efecto, producido por aquel nombre aborrecido fue instantáneo, o hizo olvidar el de Rip.

Los gritos de ¡Bridget Morgaz!... ¡Bridget Morgaz!» dominaron el tumulto, y las amenazas y las injurias fueron todas para la infeliz mujer. Rip, que nada había perdido de su sangre fría, aprovechó la ocasión, desapareció y atravesando sin duda aquella misma noche el brazo derecho del Niágara, llegó a Schlosser, para refugiarse en el campamento de Chippewa; pues por más que le buscaron con afán, no pudieron encontrarle.

Nuestros lectores saben ahora por qué Bridget se hallaba en medio de una turba exasperada que la conducía en dirección de la casa del señor de Vaudreuil, y no habrán olvidado que en el momento de caer bajo los golpes de la muchedumbre, apareció Juan; que con estas palabras: «¡Mi madre!» reveló el secreto de su nacimiento.

¡Juan Sin Nombre era hijo de Simón Morgaz! En pocas palabras diremos cómo se encontraba el fugitivo en la isla Navy.

Después de la descarga de fusilería que estalló en el recinto de Frontenac, Juan, accidentado, casi muerto, cayó sin movimiento en los brazos de Lionel, pues había comprendido que su hermano acababa de morir por él. Los cuidados del pasante del Sr. Nick le hicieron por fin volver en sí, y puestos en marcha, atravesaron el San Lorenzo por encima del hielo, siguieron la orilla del Ontario y al amanecer se hallaron bastante lejos del fuerte.

Juan, con grandes amarguras en el alma y sin otro cuidado que el de morir o vengarse, resolvió marchar a la isla

Navy, reunirse con los insurrectos; y batirse con los realistas a la desesperada, hasta conseguir la muerte, única cosa que podía librarle de tan azarosa y cruel vida.

Recorriendo los territorios limítrofes del lago adquirió la convicción de que los anglo-canadienses creían haber acabado con él. «Pues bien; se decía; apareceré otra vez a la cabeza de mis parciales y caeré como un relámpago sobre los soldados de Colborne; tal vez esa milagrosa aparición siembre el espanto en las filas enemigas, al par que dé aliento a los «Hijos de la Libertad»

Pero por más que Juan y Lionel se apresuraron para llegar al Niágara, tuvieron que dar muchos rodeos, que fueron la causa de largos retrasos en su marcha. Los peligros a que se vieron expuestos hasta hallarse en la frontera fueron tan grandes, que tuvieron necesidad de abstenerse de viajar de día; así es que no pudieron penetrar en Schlosser hasta el 16 de Diciembre por la noche, y desde allí, sin pérdida de tiempo, se dirigieron a la isla Navy.

¡Y qué cambio tan brusco operóse, al llegar, en los sentimientos de nuestro héroe! El goce de encontrarse entre loa suyos, después de tanta persecución y tantas fatigas, se trocó por la indignación que le produjo el ver a su madre acometida por una turba desenfrenada y al observar que aquellos forajidos no eran otros que los nobles y sufridos patriotas.

Juan se lanzó a defender a su madre; pero era tal el horror que inspiraba el nombre de Simón Morgaz, que los gritos no cesaron, no obstante que los amotinados habían conocido a Juan Sin Nombre. ¡Sí! ¡Reconocieron a Juan Sin

Nombre, al héroe popular a quien casi veneraban y a quien creían muerto bajo el plomo de los ingleses!... Pero la sorpresa se desvaneció, el respeto se convirtió en odio y la gratitud dejó de influir en aquellos seres, pues a las amenazas que lanzaban a Bridget se unieron otras no menos fuertes, dirigidas a su hijo.

Juan estaba impasible. Sosteniendo a su madre con un brazo, rechazaba con el otro a la multitud impetuosa que le acometía. Los señores de Vaudreuil, Farran, Clerc y Lionel en vano procuraban contenerla; y en cuanto a Vicente Hodge, al encontrarse frente a frente con el hijo del que vendió a su padre, del hombre que sabía era amado de Clary, sintió la cólera y el odio invadir su cerebro; pero, rechazando sus ideas de venganza, sólo pensaba en defender a la joven de las hostiles disposiciones que le valían su adhesión a Bridget.

Que tan duros sentimientos de aversión y de venganza se manifestasen respecto a aquella desgraciada mujer, haciéndola responsable de las traiciones de Simón Morgaz, era una solemne injusticia que no se comprende sino viniendo de una muchedumbre que no reflexiona; pero que la presencia de Juan Sin Nombre, del ciudadano que era el alma de la independencia canadiense, no detuviera aquellos excesos, no se podía explicar, después de lo que sabían había hecho por el país.

La indignación que Juan experimentó ante acto tan reprensible fue tal, que, pálido de ira y no rojo de vergüenza, exclamó con una voz que dominó el tumulto:

-¡Pues bien, sí, soy Juan Morgaz, y he aquí a Bridget Morgaz!... ¡Heridnos!... ¡No queremos ni vuestra compasión,

ni vuestro desprecio!... ¡Tú, madre mía, alza la cabeza y perdona a los que te ultrajen! ¡Tú, la más respetable de entre todas las mujeres, lanza al rostro de los que se llaman patriotas tu honradez inmaculada y tus sacrificios por la libertad y la independencia de la patria!

Ante tan valiente actitud, los brazos que amenazaban cayeron; pero las bocas vociferaban todavía:

-¡Fuera de aquí la familia del traidor! ¡Fuera de aquí los Morgaz! Y la muchedumbre apretó el círculo en derredor de las víctimas para expulsarlas de la isla; pero Clary, poniéndose delante de ellas, exclamó:

-¡Desgraciados, escuchad; que no se juzga a nadie sin oírle!

Sorprendidos por la enérgica protesta de la joven, aquellos furiosos se detuvieron.

Entonces Juan, con una voz en que el desdén se mezclaba con la indignación, dijo:

-Todo cuanto ha sufrido mi madre por causa de la infamia que ha recaído en nuestro nombre, es ocioso decirlo; pero lo que ha hecho para compensar los efectos de aquella traición y lavar la afrenta, es preciso que lo sepáis.

Ha criado a sus hijos haciéndoles comprender que tenían que sacrificarse por la patria, y que habían de renunciar para ello a toda felicidad, en este mundo.

«Vuestro padre, nos decía, ha hecho traición a la libertad, y vosotros no debéis vivir más que para devolver al país su independencia» Y después de renegar de un nombre que nos inspiraba gran horror como patriotas y gran conmiseración como hijos, el uno se fue de condado en condado, de

parroquia en parroquia excitando el patriotismo de sus habitantes, mientras que el otro figuraba a la cabeza de los liberales en todas las insurrecciones. Éste se halla delante de vosotros. Aquel, el mayor, era el abate Joann, que se ha sacrificado tomando mi sitio en la prisión de Frontenac, y ha muerto bajo las balas anglo-canadienses.

-¡Joann, Joann muerto!... exclamó Bridget.

-Sí, madre mía; ha muerto como nos has mandado que muramos. ¡Ha muerto por su patria!

Y Bridget se arrodilló al lado de Clary de Vaudreuil, que, rodeándola con sus brazos, mezclaba sus lágrimas a las de la pobre madre.

La muchedumbre, conmovida ante aquella patética escena, no dejaba oír ya sino un sordo murmullo, en el que sin embargo, se notaba todavía el horror que inspiraba el nombre de Morgaz.

Juan repuso con más animación:

-Ya sabéis lo que hemos hecho, no con el objeto de rehabilitar un nombre para siempre infamado, un nombre que la casualidad os ha hecho conocer, y que esperábamos sepultar en el olvido. ¡Dios no lo ha querido! Y ahora que todo lo sabéis ¿responderéis todavía con palabras de desprecio o gritos de odio?

Era tal el horror que había provocado el recuerdo del traidor, que uno de los más furiosos se atrevió a contestar:

-¡Jamás sufriremos que la mujer y el hijo de Simón Morgaz manchen con su presencia el campamento de los patriotas!

-¡No! ¡no!... respondieron los demás; cuya ira tomó nuevo incremento.

-¡Miserables! exclamó Clary.

Bridget se levantó.

-¡Perdónalos, hijo mío! dijo. ¡Es preciso que los perdones!

-¡Perdonarlos! exclamó Juan, cuya exaltación había llegado a su colmo ante tamaña injusticia. ¡Perdonar a los que nos hacen responsables de un crimen que no hemos cometido, y que hemos querido rescatar a costa de nuestra propia sangre! ¡Perdonar a los que persiguen la traición en la mujer y en los hijos, uno de los cuales ha muerto ya por la patria, no pidiendo yo sino verter hasta la última gota de mi sangre en pro de la independencia de mi país! ¡No!... ¡Jamás! Nosotros somos los que no queremos quedarnos con estos patriotas que creen mancharse a nuestro contacto. ¡Ven, madre mía, ven!

-¡Hijo mío! dijo Bridget. ¡El sufrimiento en este mundo es la expiación!

-¡Juan! murmuró Clary.

Algunos gritos se dejaron oír todavía; pero en seguida todos callaron; abriendo paso a Bridget y a su hijo, que se dirigieron hacia el ribazo.

La infeliz madre no tenía ni siquiera fuerzas para dar un paso; esta horrible escena la había aniquilado, y Clary y Lionel iban sosteniéndola, sin poder consolarla.

Mientras que Vicente Hodge, Clerc y Farran permanecieron en medio de la muchedumbre para calmarla, el señor de Vaudreuil siguió a su hija. Como ella, sentía su corazón

rebelarse ante tan grande injusticia, y, contra la abominable preocupación que hacía responsables a los inocentes del crimen cometido por otro. Para él, como para su hija, el pasado del padre se borraba ante la conducta de los hijos; así es que cuando Juan y Bridget llegaron cerca de una de las embarcaciones que hacían al servicio de Schlosser, les dijo:

-¡Dadme la mano, señora Bridget!... ¡Dadme la vuestra, Juan!... ¡Olvidad los ultrajes de aquellos desgraciados! ¡Algún día conocerán que estáis muy por encima de esos oprobios, y os pedirán que los perdonéis!

-¡Nunca! exclamó Juan, dirigiéndose hacia la embarcación, pronta a alejarse de la orilla.

-¿Adónde vais? le preguntó Clary.

-A cualquiera parte, en donde no nos alcance el desprecio de los hombres.

-Señora Bridget, repuso entonces la joven en voz bastante alta para ser oída de todos; os respeto como si fuerais mi madre. Hace poco, creyendo muerto a vuestro hijo, juré ser fiel a la memoria de aquel a quien hubiera yo querido consagrar mi vida entera... ¡Juan, os amo!... ¿Me queréis por esposa?

Juan, pálido de emoción, estuvo a punto de caer a los pies de la noble joven.

-¡Clary! la contestó. ¡Acabáis de darme la única alegría que he sentido desde que arrastro mi existencia maldita! Mas ¡ay! ya lo habéis presenciado; nada ha podido disminuir el horror que inspira nuestro nombre, y no quiero que recaiga sobre vos.

-¡No! añadió Bridget ¡Clary de Vaudreuil no puede ser la mujer de un Morgaz!

-Ven, madre mía, ven, dijo Juan.

Y, cogiendo a Bridget en brazos, la sentó en la embarcación, que se alejó, mientras que la muchedumbre pronunciaba todavía a grandes voces el nombre del traidor.

Al día siguiente, en una cabaña aislada, de los alrededores de Schlosser, en donde había llevado a su madre, Juan, arrodillado a su lado escuchaba sus últimas palabras.

Nadie sabía que en aquella choza se hallaban la mujer y el hijo de Simón Morgaz, que no estarían mucho tiempo, pues Bridget se estaba muriendo. Dentro de algunas horas iba a acabar aquella existencia llena de todos los sufrimientos y de todos los sinsabores que puede experimentar una criatura humana.

Cuando su madre hubiera muerto; cuando le hubiese cerrado los ojos y hubiera visto la tierra cubrir aquel ser tan querido, Juan estaba resuelto a huir del país que la rechazaba; desaparecería, y no volverían a oír hablar de él, ni siquiera cuando la muerte le librara a su vez de tantas penas.

Pero las últimas recomendaciones de su madre iban a echar por tierra su proyecto de abandonar la tarea que se había impuesto de rescatar el crimen de su padre.

He aquí lo que le dijo Bridget con una voz tan débil como es la que se tiene cuando se exhala el último aliento:

-Hijo mío, tu hermano ha muerto, y yo voy a morir también, después de haber sufrido mucho. ¡No me quejo!, ¡Dios es justo!... ¡Era la expiación!... ¡Juan, para que tu obra sea completa, es preciso, que olvides el ultraje que te han

hecho! ¡Es preciso que empieces de nuevo tu tarea!... ¡No tienes el derecho de abandonarla!.. ¡Tu deber, hijo querido, es el de sacrificarte por tu país hasta que caigas!...

No habló más: su alma había abandonado aquel cuerpo en cuya compañía tanto hubo de sufrir.

Juan besó el rostro de su madre y cerró aquellos ojos que tanto habían llorado.

VI

ÚLTIMOS DÍAS

La situación de los patriotas en la isla Navy era por demás critica, y no podía prolongarse mucho tiempo; era ya cuestión de pocos días, o tal vez de algunas horas.

Y, en efecto; si el coronel Mac-Nab intentaba el paso del Niágara, hacíase insostenible el campamento de los sitiados, pues una batería instalada en el ribazo de Chippewa estaba ya concluida, y los *gorros azules* se verían imposibilitados de responder a sus tiros, puesto que no disponían de ningún cañón. Algunos centenares de fusiles, únicas armas que poseían, eran impotentes, contra la artillería realista, y no podrían impedir un desembarque.

Era de sentir que el Gobierno de los Estados Unidos, cuyos habitantes se interesaban por el éxito de la insurrección franco-canadiense, quisiera guardar, con un fin político, la más estricta neutralidad, pues sólo él hubiera podido dar a los reformistas los cañones que necesitaban; pero esto hubiera provocado reclamaciones por parte de Inglaterra en una época en que el menor incidente podía, producir una

ruptura, como, sin embargo, se produjo algunos meses después, según tendremos que manifestar.

Los medios de defensa de la isla Navy eran, pues, en extremo limitados; las municiones y hasta los víveres podían faltar, por más que de éstos habían hecho acopio en Schlosser, Buffalo y Niágara-Falls, valiéndose para ello de las embarcaciones con que podían navegar por el brazo derecho del río, cosa que no les era dado hacer porque el coronel Mac-Nab, enterado por Rip de cuanto pasaba en la isla, había dispuesto algunos cañones en los dos extremos de Chippewa, con el fin de atacar simultáneamente por ambos lados a los insurrectos.

Hemos dicho ya que el vaporcito *Carolina* establecía una rápida comunicación entre el campamento de los patriotas y Schlosser, transportando en particular a muchos curiosos que se apresuraban a hacer una visita a los defensores de Navy.

Esto fue una contrariedad, porque los jefes de aquel puñado de hombres necesitaban de una energía verdaderamente extraordinaria para no abandonar la lucha, toda vez que se observaba desgraciadamente que el número de combatientes disminuía de día en día; pues muchos, perdiendo toda esperanza, y con la esperanza los bríos, se iban a Schlosser para no volver más.

Desde la lamentable escena que terminó por la marcha de Juan, y a la que había asistido el señor de Vaudreuil, no volvió éste a salir de su casa, pues apenas podía sostenerse a causa de la debilidad que le dominaba, y por cuya razón su hija no le abandonaba ni un solo instante. Les parecía a am-

bos que habían sido manchados también con los ultrajes lanzados a la faz de Bridget y de su hijo, y nadie como ellos había sentido los insultos que sus parciales habían arrojado a aquella desgraciada familia, agobiada por el oprobio de un nombre de que habían renegado. Sin embargo, cuando se acordaban del crimen de Simón Morgaz y, de las víctimas que han bien perecido a causa de aquella traición, padre e hija inclinaban la cabeza bajo el peso de una fatalidad contra la que ninguna justicia puede prevalecer.

En casa del señor de Vaudreuil se reunían todos los días sus amigos; pero ninguno de ellos hacía nunca alusión a lo que había pasado. Vicente Hodge, por una discreción dignísima y que la hacía mucho honor, conservaba una extremada reserva, no queriendo dejar aparecer nada que pudiera considerarse como una censura de los sentimientos manifestados por Clary. ¿No había tenido acaso razón aquella valerosa y noble joven, se decía, al protestar contra las odiosas preocupaciones que extienden hasta los inocentes la responsabilidad de los culpables, y que quieren que una herencia de infamia se transmita de padres a hijos, como se transfieren los bienes materiales? La maldad es peculiar del individuó que la siente y practica, sin que ésta ni sus responsabilidades sean a la fuerza transmisibles.

Y Hodge pensaba bien.

Poro volvamos a Juan. Tristísima era la situación de tan heroico joven.

Solo ya en el mundo, sentía rebelarse todo su ser. Joann sacrificado por su país, Bridget muerta por los ultrajes que le habían prodigado... ¿No son bastantes sufrimientos, se pre-

guntaba, para compensar el pasado y lavar aquella mancha que todos denunciaban en su frente? ¡Pues bien, no! Y cuando el pobre proscrito exclamaba: «¡Es injusto! » parecía que la voz de su conciencia respondíale sin demora: «¡Tal vez sea justicia! »

Entonces Juan veía a Clary arrostrando los insultos de la muchedumbre que le perseguía... ¡Egregia joven que había tenido el valor suficiente para defender a un Morgaz! ¡Le había ofrecido unir su existencia a la suya! ¡Pero él había rehusado, y rehusaría siempre! Y sin embargo ¡cuánto la amaba! Cuando se acordaba de todo esto, Juan andaba errante, por la ribera del Niágara como el Nataniel Bumpo de *Los Mohicanos,* que hubiera preferido hundirse en las cataratas antes que separarse de Mabel Denham.

Todo el día 18 lo pasó Juan al lado del cadáver de su madre, envidiando el reposo de que por fin gozaba. Su único deseo era, el de reunirse con ella; pero se acordaba de las últimas palabras pronunciadas por aquella santa mujer, recordándole que su deber era sucumbir a la cabeza de los patriotas, y estaba resuelto a cumplirlo.

Cuando anocheció, noche muy oscura, apenas alumbrada por el blanco de la nieve, Juan dejó la cabaña en que yacía el cuerpo de Bridget, y a algunos centenares de pasos, debajo de los árboles cubiertos de carámbanos, abrió una fosa con su ancho cuchillo canadiense. Solo en la orilla de un bosque, perdido en la oscuridad; nadie podía verle, ni nadie sabría jamás en dónde reposaba el cuerpo de Bridget Morgaz, porque ninguna cruz indicaría su tumba. Si Joann descansaba en algún rincón desconocido al pie del fuerte de Frontenac, su

madre por lo menos sería sepultada en el suelo de los Estados Unidos, en donde había nacido; y él, Juan se haría matar en la próxima refriega, el Niágara arrastraría su cadáver con otros muchos hacia las cataratas, y no quedaría ni el recuerdo de la familia Morgaz.

Cuando la fosa fue bastante profunda para que el cadáver no pudiera sacarse por las fieras, Juan volvió a la cabaña, tomó el cuerpo de Bridget entre sus brazos, lo llevó debajo de los árboles, y después de dar un último beso en la frente de la muerta, la depositó en la tumba, envuelta en su capa de tela del país y la cubrió de tierra. Después, arrodillándose, rezó, y sus últimas palabras fueron éstas:

-¡Descansa en paz, pobre madre!

La nieve, cayendo en tupidos copos ocultó el sitio en que dormía el sueño eterno la que después de una vida de horrorosos sufrimientos, no existía ya.

El pobre proscrito quedó solo en el mundo, sin padre, sin madre, sin familia; llena el alma de virtudes heroicas; y en la frente el estigma de una infamia que no cometiera en vez del laurel de inmarcesible gloria... ¡Pobre mártir! ¡Pobre Juan! ¿Qué podía esperar, a qué ilusiones sonreír, por qué felicidad luchar; ni qué goces ambicionar sobre la haz de la tierra? Sólo le restaba morir, y no tuvo que aguardar mucho tiempo.

En las primeras horas de la mañana del 19 de Diciembre los insurrectos vieron que el coronel Mac-Nab preparábase para atacar la isla, pues grandes barcas estaban dispuestas en fila a lo largo de la orilla y más abajo del campamento de Chippewa. Faltándoles la artillería, los *gorros azules* ningún medio tenían para destruir aquellas embarcaciones antes de

que se pusieran en marcha, ni tampoco podían detenerlas cuando intentaran atravesar el río. Su único recurso era oponerse al desembarque, concentrando sus fuerzas en los sitios más comprometidos, y combatir cuerpo a cuerpo. Mas ¿qué resistencia podrían oponer algunos centenares de hombres contra los sitiadores, si éstos procuraban entrar en la isla por varios puntos a la vez? En este caso, tan luego como los realistas pisaran el ribazo, invadirían muy pronto el campamento, cuyos defensores, no pudiendo ampararse en las pocas embarcaciones de Schlosser, serían degollados antes de que consiguieran refugiarse en la frontera de los Estados Unidos.

Estas eventualidades preocupaban en gran manera al señor de Vaudreuil, y a sus amigos, pues comprendían los peligros de su situación; y si bien es verdad que para evitarlos les bastaba trasladarse a Schlosser mientras el paso del Niágara estaba libre, lo es también que ninguno de ellos quería batirse en retirada sin haberse defendido hasta el último trance. Y tal vez se creían bastante fuertes para oponer una seria resistencia, haciéndose ilusiones de que ofrecía grandes dificultades el desembarque de las tropas realistas.

El Sr. Nick era el único que no se equivocaba respecto al resultado de aquella última lucha; pero su situación al frente de los Mahogannis no le permitía explanar su pensamiento. En cuanto a Lionel, su patriotismo no admitía la idea de una derrota. El pasante no volvía en sí de la sorpresa que le había ocasionado el descubrimiento de la personalidad de su héroe. ¡Cómo! ¡Juan Sin Nombre hijo de un Simón Morgaz!... ¡El abate Joann hijo de un traidor!

-Pues bien, decíase; no por eso son menos buenos patriotas, y la señorita Clary ha hecho muy bien en defender a Juan y a su madre... ¡Ah, y qué valiente joven!... ¡Eso es grande, noble, digno, en fin, de una Vaudreuil!

Así raciocinaba, Lionel, lleno de entusiasmo, no pudiendo creer, que Juan hubiera dejado la isla para no volver jamás. ¡Sí! Juan Sin Nombre volverá, se decía, aun cuando no sea, más que para morir defendiendo la causa de la patria.

Y el pasante reflexionaba muy juiciosamente.

¿Por qué, se preguntaba él, los hijos de Simón Morgaz, a pesar de la traición de éste, no han de ser hombres muy leales, cuando vemos, por el contrario, que el último descendiente de una raza belicosa no tiene ninguna de las cualidades de sus antepasados, cuando la rama de los Sagamores va a extinguirse: ¡oh mengua! en un Notario?

Lo que Lionel pensaba de Juan era lo mismo que lo que Tomás Harcher y sus hijos creían también: ¿No le habían visto consagrarse por entero, al servicio de la causa nacional durante toda su vida? Y tanto heroísmo y tanta virtud, ¿no eran bastantes a borrar el crimen de Simón Morgáz? Esto pensaban, y ciertamente que en presencia de aquella odiosa escena no hubieran podido contenerse, lanzándose en medio de la muchedumbre para hacer justicia por tantos ultrajes. Sí: lo hubieran hecho así; del mismo modo que si a la sazón supieran el paradero de Juan, correrían en su busca y, conduciéndole a presencia de los *gorros azules*, le suplicarían que se pusiera a su cabeza.

Es preciso que digamos, en honor de la verdad, que desde la expulsión de Juan y de su madre un gran cambio se

había operado en los espíritus, y los sentimientos que experimentaban Lionel y la familia Harcher eran ahora los de la mayoría de los patriotas.

A eso de las once de la mañana los preliminares del ataque empezaron, dejándose oír el estampido de las baterías de Chippewa.

Algunas granadas, al estallar, hicieron grandes destrozos y produjeron incendios en distintos puntos a la vez. Era imposible resguardarse de aquellos proyectiles en un terreno llano, cortado por varios setos, sin más amparo que algunos grupos de árboles, y sin otras fortificaciones que unas deleznables trincheras de tierra, disimuladas con césped por parte del ribazo. El coronel Mac Nab procuraba derribar aquellas trincheras antes de intentar el paso del Niágara; pero esta operación, no dejaba de ofrecer dificultades a pesar de la escasez de defensores.

Estos se hallaban reunidos alrededor de la casa del padre de Clary, menos expuesta al fuego de artillería porque estaba situada en la margen derecha del río.

En cuanto se oyeron las primeras detonaciones, el señor de Vaudreuil dio orden de que todos los que no servían para batirse se trasladasen a la frontera, y en su virtud las mujeres y los niños, cuya estancia en la isla se había tolerado hasta aquel momento, tuvieron que embarcarse, dirigiéndose a Schlosser. Este transporte no se hizo sin peligro, pues las bocas de fuego colocadas en los dos extremos de Chippewa podían, tirando en línea oblicua, alcanzar las embarcaciones, cosa que no hubiera sido de extrañar, toda vez que algunas balas llegaron hasta la frontera de los Estados Unidos, y esto

provocó serias reclamaciones por parte del Gobierno federal.

El señor de Vaudreuil procuró por todos los medios posibles que Clary se fuera también a Schlosser para que esperase allí el resultado del ataque; mas ésta rehusó tenazmente.

-Padre mío, dijo: mi deber me manda quedarme, siendo inútil que insistáis.

-¿Y si caigo en poder de los realistas?

-No podrán rehusarme un sitio a vuestro lado en la prisión.

-¿Y si me matan, Clary?...

La joven no respondió; pero, a pesar de lo conmovida que se hallaba; el señor de Vaudreuil no pudo vencer su resistencia; así es que la vieron todos al lado de su padre cuando éste fue a colocarse en medio de los patriotas.

Las detonaciones retumbaban con extremada violencia, y la situación se agravaba por momentos. Los realistas no habían intentado aun el desembarque en la isla, porque en tal caso los *gorros azules*, apostados detrás de las trincheras, hubieran dado aviso.

Delante de la casa se habían reunido Vicente Hodge, Clerc y Farran, Tomás, Pedro, Tony, Miguel y Santiago Harcher, Nick, Lionel y los guerreros mahogannis, fríos y tranquilos como siempre. El señor de Vaudreuil tomó la palabra.

-Compañeros, dijo; tenemos que defender el último baluarte de nuestra independencia. Si Mac-Nab se apodera de él, la insurrección será vencida por completo, y ¡quién sabe

cuándo habrá nuevos jefes y nuevos combatientes para empezar la lucha! Si rechazamos a los sitiadores, si conseguimos sostenernos, no tardarán en llegarnos refuerzos de todos los puntos del Canadá, pues con la noticia de nuestra valerosa resistencia los partidarios de la independencia canadiense recobrarán la esperanza y haremos de esta isla una fortaleza invulnerable, en la que la causa nacional encontrará siempre un apoyo. ¿Estáis decididos a defenderla?

-¡Hasta morir! respondió con calor Vicente Hodge.

-¡Hasta morir! repitieron sus compañeros.

En aquel momento, algunas balas hirieron el suelo a unos veinte pasos de los patriotas y rebotando a lo lejos, hicieron volar un torbellino de nieve.

Ni uno de los *gorros azules* se movió de su puesto; cada cual en el suyo esperaba en silencio las órdenes de su jefe.

El señor de Vaudreuil repuso:

-Tiempo es ya de que nos traslademos a la orilla. La artillería de Chippewa no tardará en enmudecer, pues los enemigos van a intentar forzar el paso. Dispersaos a lo largo del ribazo, al abrigo de las rocas, y esperad, para hacer fuego, a que las barcas estén a buen alcance; es preciso que los soldados de Mac-Nab no consigan desembarcar...

-¡No desembarcarán, repuso William Clerc; y si llegaran a hacerlo, los precipitaríamos en el río!

-¡A nuestros puestos, amigos míos! exclamó Hodge.

-Voy con vosotros, dijo el señor de Vaudreuil; pues mientras no me falten las fuerzas...

-Quédate aquí, Vaudreuil, dijo Andrés Farran; quédate confiado, que a cada instante te daremos noticias.

-No, amigos míos, respondió el anciano; estaré allí adonde debo de estar... Venid...

-¡Sí; acudid, patriotas!... ¡Las barcas han abandonado ya la orilla canadiense!

Al oír estas palabras, pronunciadas con gran energía, todos se volvieron.

Era Juan Sin Nombre..

Durante la noche anterior una barca le había llevado a la isla, en la que nadie hubo de conocerle. Después de ocultarse entre unas rocas enfrente de Chippewa, había observado los preparativos del coronel,sin cuidarse para nada de los proyectiles que caían en el ribazo; y cerciorándose de que los sitiadores se disponían, para forzar el paso, acudió denodado a ocupar un sitio en medio de sus antiguos compañeros.

-¡Bien lo sabía yo! exclamó Lionel.

Clary de Vaudreuil avanzó hasta ponerse junto al joven patriota, al mismo tiempo que Tomás Harcher y sus hijos le rodeaban.

El señor de Vaudreuil tendió su mano a Juan.

Este no la tomó.

-¡Defensores de la isla de Navy, dijo; mi madre ha muerto a consecuencia de los insultos que le habéis hecho sufrir! ¡Yo sólo quedo de aquella familia consagrada al horror y al desprecio! ¡Someteos a la vergüenza de ver a un Morgaz combatir a vuestro lado, y vamos a morir por la independencia de la patria!

Estas palabras provocaron grandes aclamaciones, y todas las manos se tendieron hacia Juan; pero tampoco aceptó ninguna.

-¡Adiós Clary de Vaudreuil! dijo.

-¡Adiós, Juan! respondió la joven.

-Sí; adiós por última vez.

Y precediendo al señor de Vaudreuil y a todos los que como él querían marchar a la muerte, se lanzó hacia el punto del verdadero e inminente peligro.

VII

LA NOCHE DEL 20 DE DICIEMBRE

Las tres de la tarde daban en el campanario de la pequeña iglesia de Schlosser. Una bruma algo densa llenaba el húmedo valle del Niágara, y el frío era intenso. El cielo estaba cubierto de inmóviles nubes, que, a la menor subida de la temperatura, podían resolverse en nieve bajo la influencia de los vientos del Este.

El estampido de la artillería de Chippewa atronaba el aire, oyéndose, en el intervalo de los cañonazos, el imponente mugido de las cataratas.

Un cuarto de hora después de abandonar la casa del señor de Vaudreuil, los patriotas, caminando por en medio de los grupos de árboles o desfilando entre los setos y las barreras, llegaron a la orilla del río.

Algunos faltaban ya. Los unos, heridos por algún trozo de granada, habían tenido que retroceder, mientras que otros estaban tendidos en la nieve para no levantarse más. Veinte se hallaban a la sazón fuera de combate, de los doscientos que quedaban en la isla.

Las baterías de Chippewa habían hecho grandes destrozos en el campo de los patriotas. Las trincheras, que hubieran permitido a los *gorros azules* ponerse a cubierto de las balas, estaban enteramente deshechas, siéndoles preciso tomar posición en la parte baja del ribazo, entre unas rocas bañadas por la impetuosa corriente, desde donde Juan y sus compañeros procurarían impedir el desembarque de los realistas, ínterin tuviesen municiones de que disponer.

Este movimiento había sido visto desde Chippewa, y el coronel, Mac-Nab, que se hallaba bien informado por las reseñas que el espía Rip, refugiado entonces en el campamento de los realistas, con minuciosidad, aumentó los tiros, concentrándolos en los puntos fortificados.

Alrededor de Juan unos treinta patriotas fueron heridos por fragmentos de rocas que el choque de las balas diseminaba a lo largo de la orilla.

El hijo dé Bridget iba y venía por el ribazo, observando las maniobras del enemigo a pesar de las balas que se hundían a sus pies o silbaban por encima de su cabeza, cuando de pronto ve que varias barcas impelidas por vigorosos remeros se destacaban, una detrás de otra, saliendo de la opuesta orilla, favoreciendo su marcha los del campamento de Chippewa con algunas descargas, cuyos proyectiles, pasando por encima de las embarcaciones, caían sobre la isla y rebotaban a lo lejos.

Ni siquiera recibió Juan la menor rozadura.

-¡Patriotas, en guardia! Exclamó.

Todos esperaban, que los contrarios estuvieran a tiro para empezar el fuego.

Los sitiadores iban echados en las barcas, para ofrecer, menos blanco, y sumaban de cuatrocientos a quinientos entre voluntarios y soldados. Bien pronto se encontraron en medio del río y bastante cerca de la ribera, por cuyo motivo, y para no hacerlos zozobrar, la artillería de Chippewa tuvo que suspender su acción.

Inmediatamente que los defensores de la isla observaron esto, comenzaron a hostilizarlos desde las rocas que les servían de parapeto, contestando con sus fuegos a su vez los soldado y sin cesar por ello de manejar, los largos remos de sus embarcaciones.

Como es de suponer, no tardaron mucho tiempo en arribar, y, por consiguiente tuvieron que prepararse ambas partes beligerantes para una lucha cuerpo a cuerpo.

Juan, en medio de una lluvia de balas y al descubierto, mandaba bizarramente a su hueste.

-¡Resguardaos detrás de alguna roca! gritóle Vicente Hodge.

-¿Yo? respondió.

Y con voz retumbante, y dirigiéndose a los sitiadores, que se preparaban a saltar al ribazo:

-¡Soy Juan Sin Nombre! dijo.

Este nombre fue, oído con verdadero estupor por los realistas, que creían que aquel valiente patriota había sido pasado por las armas en el fuerte de Frontenac.

Entonces Juan, precipitándose hacia las primeras embarcaciones, exclamó:

-¡Adelante los *gorros azules*!... ¡A ellos! ¡Mueran los de las casacas encarnadas!

El ataque fue en extremo vivo por ambas partes; sin embargo, los primeros que desembarcaron fueron rechazados, cayendo muchos de ellos al río, que los arrastró hacia las cataratas. Los patriotas, abandonando el abrigo de las rocas, se esparcieron por el ribazo, y se batieron con tal impetuosidad, que la victoria pareció un momento coronar sus esfuerzos, pues las embarcaciones tuvieron que retroceder; mas, pronto los contrarios recibieron refuerzos, y algunos centenares de realistas pudieron tomar pie en la isla. El paso estaba forzado ya, y el número iba a vencer al valor.

Y, en efecto, ante tan numerosos enemigos, los insurrectos tuvieron que abandonar sus posiciones, si bien no las cedieron sin ocasionar bajas importantes, y sin tenerlas también muy sensibles, pues entre otros, Tomás Harcher, Pedro, y Miguel, heridos por las balas, fueron rematados por aquellos feroces voluntarios, que no daban cuartel. William Clerc y Andrés Farran, heridos también, fueron amparados, en el mismo instante por un oficial sin cuya intervención hubieran tenido la misma suerte que Tomás Harcher y sus hijos. Verdad es que el coronel Mac-Nab; había recomendado que, en cuanto fuera posible, no mataran a los jefes, pues, el gobierno tenía empeño en que se presentasen ante un consejo de guerra en Quebec o en Montreal, y a esta recomendación debieron Farran y Clerc el no ser degollados.

Los patriotas, después de batirse como desesperados, juntamente con los Mahogannis, en los cuales hay que admirar la sangre fría y ese desprecio de la muerte, propios de los indios de su raza, tuvieron que huir a través de los grupos de árboles que cubren la isla, defendiendo el terreno palmo a

palmo y casi cercados por el enemigo. Fue un milagro que no mataran veinte veces a Lionel, y que el señor Nick, escapara también ileso, si bien muchos de sus súbditos, los hurones, hubieron de caer para no volver más a ver a sus *wigwams* de Walhatta.

Al llegar cerca de la casa del señor de Vaudreuil, el señor Nick quiso que Clary se embarcase para refugiarse en Schlosser.

-¡Mientras esté mi padre en la isla, no me separaré de él! contestó la valerosa joven.

Sí: estaba decidida a no abandonar a su padre ni a Juan, por más que tenía la convicción de que éste no había vuelto sino para hacerse matar.

A eso de las cinco de la tarde, el señor de Vaudreuil comprendió que la resistencia se hacía ya imposible, porque algunos centenares de soldados eran dueños de gran parte de la isla; siendo, pues, necesario y urgente que los patriotas supervivientes se refugiasen en la orilla derecha del Niágara si querían salvar sus vidas pero el anciano que aconsejaba la retirada, apenas podía sostenerse en pie y tal vez no llegaría hasta su casa, en donde le esperaba su hija para embarcarse con él.

Vicente Hodge procuró arrastrarle consigo; mas en aquel momento el señor de Vaudreuil recibió un balazo en el pecho y cayó diciendo:

-¡Mi hija!... ¡Hodge... mi hija!...

Juan, que acudía, le oyó.

-¡Salvad a Clary! gritó a Hodge.

Pero en aquel instante unos cuantos voluntarios que le conocieron, le rodearon. ¡Qué fortuna para ellos apoderarse del célebre Juan Sin Nombre, y de llevarle vivo al campamento de Chippewa!

Pero haciendo un supremo esfuerzo, Juan abatió a sus pies, a dos de los voluntarios que procuraban cogerle, y desapareció en medio de una descarga que no le alcanzó.

En cuanto a Vicente Hodge, herido gravemente, había caído prisionero, al lado del cadáver del señor de Vaudreuil.

¿Adónde iba Juan Sin Nombre? ¿tenía acaso el pensamiento de sobrevivir, después de que los mejores patriotas habían sucumbido, o se hallaban prisioneros de los realistas?

¡No! Mas la última palabra del señor de Vaudreuil, ¿no había sido el nombre de su hija?

Y puesto que Vicente Hodge no podía ya salvarla, él la salvaría; la obligaría a huir; la llevaría hasta la frontera, y después volvería a hacerse matar en medio de sus compañeros, que luchaban aún.

Clary de Vaudreuil, sola, delante de su casa, oía el tumulto del combate, los gritos de furor y de dolor, mezclados con las descargas de fusilería.

Todo aquel ruido se aproximaba a ella, así como la hería cada vez con más viveza la claridad que se desprendía de las armas de fuego.

Unos cincuenta insurrectos, heridos la mayor parte, se habían embarcado ya, dirigiéndose hacia Schlosser.

De repente, Juan apareció sano y salvo, pero cubierto de sangre, sangre de los realistas después de buscar en vano la muerte, que él dio veinte veces.

Clary se lanzó hacia él.

-¿Mi padre? preguntó.

-¡Ha muerto!

Juan le contestó de este modo, sin miramiento de ningún género, porque era preciso que la joven consintiera en salir de la isla.

El joven héroe la recibió inerte en sus brazos en el momento en que los patriotas volvían a la casa para oponerse a su fuga; pero Juan, saltando como un corzo a pesar de su carga, corrió hacia *la Carolina*, depositó en ella a la joven, y después, levantándose, dijo:

-¡Adiós, Clary!

Y puso un pie en la obra muerta, para saltar otra vez al ribazo.

En aquel instante se oyó una descarga, y Juan, herido de dos balazos, cayó sobre el puente hacia popa, en el momento en que *la Carolina* se alejaba a todo vapor.

Al reflejo de las descargas, el heroico defensor de la independencia del Canadá había sido conocido por los voluntarios que le perseguían a través de la isla y que gritaron, viéndole caer:

-¡Muerto, muerto! ¡Juan Sin Nombre ha muerto!

Estas voces hicieron volver en sí a Clary, que se levantó.

-¡Muerto! murmuró arrastrándose hacia él.

Algunos minutos más tarde, *la Carolina* estaba amarrada en el muelle de Schlosser y los fugitivos que se encontraban a bordo podían creerse en seguridad, bajo la protección de las autoridades federales.

Algunos desembarcaron en seguida; mas como la única posada del pueblo se llenó pronto, y era necesario recorrer tres millas para llegar a las fondas del Niágara-Falls, bajando por la orilla derecha, la mayor parte de aquellos desgraciados prefirieron quedarse en el barco hasta el día siguiente.

Eran entonces las ocho de la noche.

Juan, tendido en el puente, respiraba todavía, y Clary, arrodillada a su lado, sostenía su cabeza y le hablaba. ¡Él no respondía!... ¡Tal vez no la oyera ya!

Clary miró a su alrededor. Pero ¿en dónde podía buscar algún socorro, dado aquel desorden y en un pueblo lleno de fugitivos y de heridos, y en el cual faltaban médicos y medicinas?

Entonces todos los recuerdos de su corta vida se presentaron a la mente de la joven. ¡Su padre muerto por la causa nacional!... ¡El que amaba, moribundo entre sus brazos, después de haber luchado hasta la última hora!... ¡Y ella se hallaba sola, sin familia, sin patria y desesperada!

Después de abrigar a Juan, para preservarle del frío, con una tela embreada que halló a su alcance, Clary, inclinada hacia él, escuchaba si su corazón latía o si un débil aliento se escapaba de sus labios...

A lo lejos, en la orilla opuesta, retumbaban todavía las postreras descargas, cuyo fulgor se veía a través de los árboles de la isla Navy.

El silencio se restableció por fin, y el valle del Niágara quedó tranquilo.

Inconscientemente Clary murmuraba el nombre de su padre, y también el de Juan, pensando ¡oh suprema angustia!

que el joven patriota moría tal vez con la creencia de que sería perseguido más allá de la tumba por la maldición de los hombres; y por esto, la joven rezaba con toda su alma por los dos seres que le eran más queridos.

De repente Juan se estremeció; su corazón latió, más de prisa y Clary le llamó...

Juan no respondió.

Dos horas pasaron así, y el más completo reposo se notaba a bordo de *la Carolina.* Ningún ruido se oía ni en los camarotes ni en el puente. Clary, sola, velaba como una Hermana de la Caridad a la cabecera de un moribundo.

La noche era muy oscura y empezaba a formarse encima del río una espesa niebla, que impidió ver cuatro barcas que, costeando la punta de la isla Navy río arriba, maniobraban sin ruido, dirigiéndose hacia Schlosser.

Estas barcas contenían unos cincuenta voluntarios, mandados por el teniente Drew, que pertenecía al ejército realista.

Este oficial, por orden del coronel Mac-Nab y haciendo caso omiso del derecho de gentes, iba a realizar un acto vandálico en las aguas pertenecientes a los Estados Unidos.

Entre estos salvajes se hallaba un tal Mac-Leod, cuya crueldad trajo graves complicaciones internacionales algunos meses después.

Las cuatro barcas, silenciosamente movidas por los remos, atravesaron el brazo derecho del Niágara y abordaron por el costado de babor a *la Carolina.*

En seguida los voluntarios se subieron cautelosamente al puente, y bajando a los camarotes, se entregaron a un ho-

rroroso degüello de gentes completamente indefensas y entregadas a un saludable descanso.

Los pasajeros, unos heridos y otros dormidos, no pudiendo defenderse, lanzaban gritos desgarradores; pero nada pudo, detener la furia de aquellos miserables, en medio de los cuales Mac-Leod, con una pistola en una mano y un hacha en la otra, aullaba como un caníbal.

Juan no había recuperado el conocimiento y Clary, asustada, se apresuró a ocultarle, ocultándose también ella con una tela embreada que los cubrió a ambos.

Algunos pasajeros pudieron huir, bien saltando al muelle de Schlosser, o tirándose al agua para llegar a algún punto de la orilla, en donde Mac-Leod y sus secuaces no se atrevieron a perseguirlos, pues la alarma había empezado a cundir, por el pueblo, y los habitantes salían ya de las casas para socorrer a aquellos infelices patriotas.

Este acto de salvajismo apenas duró una hora, y buen número de víctimas se hubieran salvado del degüello si el infame Mac-Leod no hubiese estado a la cabeza de los asesinos.

En efecto; aquel miserable llevó en su barca cierta cantidad de materias inflamables, que hizo amontonar en el puente de *la Carolina,* y, en pocos segundos, el casco y los aparejos fueron presa de llamas Al mismo tiempo mandó cortar las amarras, y el buque, vigorosamente empujado hacia el centro del río, fue llevado por la corriente.

La situación de aquellos infelices era espantosa.

Tres millas más allá, el Niágara se hundía en el abismo de las cataratas.

Pensando en esto, cinco o seis desgraciados, exaltados por el terror, se precipitaron en el río; pero alguno solamente pudo llegar a la orilla, luchando con la velocidad de las aguas.

Nunca se supo el número de víctimas sacrificadas por los degolladores del teniente Drew, o ahogados por querer librarse de las llamas. *La Carolina* corría a impulsos de la corriente, como un brulote ardiendo. El incendio ganaba la popa, y Clary, de pie, y en el colmo del espanto, clamaba con angustioso afán y llamaba.

Juan la oyó, por fin, abrió los ojos, se incorporó a medias, y paseó la vista a su alrededor.

Con la claridad de las llamas se podía notar con cuanta rapidez desaparecían las orillas.

Juan vio a la joven a su lado.

-¡Clary! Murmuró.

Si hubiera tenido fuerzas, la hubiera cogido en brazos, y, tirándose con ella a la corriente, hubiera intentado salvarla; pero, no pudiendo ya sostenerse, cayó de nuevo sobre el puente...

El mugido de las cataratas se oía ya a menos de media milla de distancia.

Era la muerte para ella y para él, lo mismo que para las demás víctimas que *la Carolina* arrastraba consigo.

-¡Juan! dijo Clary. ¡Vamos a morir... a morir juntos!... ¡Juan, te amo!... ¡Hubiera estado muy orgullosa de llevar tu nombre!... ¡Sí, Juan; pero Dios no lo ha querido!...

El patriota tuvo la suficiente fuerza para apretar la mano de Clary, y después sus labios repitieron la última palabra que pronunció su madre:

-¡Expiación!... ¡Expiación!...

El barco corría con una velocidad espantosa, costeando *Goat-Island*, que separa la catarata canadiense de la de los Estados Unidos; y en aquel momento, hacia el medio de la herradura que forma el río, allí, en donde la corriente se hunde en una sima verdosa, *la Carolina* se inclinó, y desapareció en el abismo.

VIII

ÚLTIMAS FASES DE LA INSURRECCIÓN

El acto de barbarie cometido por los ingleses, violando el derecho de gentes y conculcando el más rudimentario sentimiento, el de la humanidad, tuvo grandísimo eco en ambos mundos. Las autoridades de Niágara-Falls mandaron instruir expediente. Mac-Leod había sido conocido por algunos de los que pudieron escapar al degüello y al incendio, y además aquel miserable se alababa, en presencia de todo el que quería oírle; de «haber dado buena cuenta de aquellos condenados *yankées*»

Como es natural, se trató de pedir una indemnización a Inglaterra, y se estaba en estas negociaciones cuando, en el mes de Noviembre de 1840, Mac-Leod fue arrestado en las calles de New York.

Mister Fox; representante de la Gran Bretaña, pidió se le entregase aquel individuo, pero el Gobierno federal rehusó la demanda. Las Cámaras de los Lores y de los Comunes obligaron al Ministerio a gestionar la libertad de Mac-Leod, en atención a que no había hecho otra cosa que obedecer a

las órdenes de la Reina; mas el Congreso norteamericano contestó publicando una relación de los derechos que asistían al Estado de Nueva York. Este alegato fue considerado como un verdadero *casus belli,* e Inglaterra tomó sus medidas en consonancia con la situación.

El Parlamento federal, después de hacer que el asesino compareciera ante los Tribunales para responder de su infame conducta, votó subsidios; y la guerra hubiera sido declarada sin duda alguna, cuando Mac-Leod, amparándose en una coartada algo difícil de justificar, pero que permitía echar tierra al asunto, consiguió que le pusieran en libertad.

¡He aquí cómo fueron vengadas las desgraciadas víctimas del horrible atentado de *la Carolina*!...

Después de la derrota de los insurrectos en la isla Navy, lord Gosford estaba en la persuasión de que los reformistas no se rebelarían en adelante contra las autoridades, y además el Gobierno tenía poco que temer ya, estando dispersos o presos en las cárceles de Montreal o de Quebec los principales jefes, y, sobre todo, habiendo muerto Juan Sin Nombre.

Sin embargo, en 1838 se promovieron algunas sublevaciones en diversos puntos de las provincias canadienses.

En el mes de Marzo hubo una nueva intentona, provocada por Roberto Nelson, hermano del que mandaba en San Dionisio, intentona que fue sofocada en su principio. Una segunda tuvo lugar en Napierville, en donde dos mil patriotas, luchando contra seiscientos soldados de sir John Colborne, quinientos indios y cuatrocientos voluntarios, fueron derrotados en la jornada de Odeltown. En el mes de

Noviembre, tercera sublevación. Los reformistas de los condados de Chambly, de Verchères, de Laprairie, de la Acadia, de Terrebonne y de Dos Montañas, en número de doscientos hombres, capitaneados por Brière, los Lorineau, los Rochon y otros, se dividieron en dos partidas, apoderándose la una de un castillo señorial, que en vano defendieron los voluntarios, y haciéndose dueña la otra de un barco de vapor que se hallaba anclado en el muelle del pueblo de Beauharnais

Más tarde, en Chateauguai, los jefes Cardinal, Duquet, Lepailleur y Ducharme, queriendo obligar a los indígenas de Cauchnawaga a entregar sus armas, emprendieron una campaña que abortó. Y, por último, Robert en Terrebonne, los dos Sanguinet en Santa Ana, Bouc, Gravelle, Roussin, Marie, Granger, Latour, Guillermo Prévost y sus hijos, organizaron los movimientos que señalaron el final del periodo insurreccional de los años 1837 y 1838.

Y decimos «el final» porque no puede negarse había sonado ya la hora de las represalias, y el Gobierno metropolitano iba a proceder con una energía tan inhumana como cruel.

El 4 de Noviembre, sir John Colborne, investido a la sazón del mando superior, proclamó la ley marcial, y suspendiendo el *Habeas corpus* en todas las provincias, hizo reunir un consejo de guerra que pronunció sus sentencias con una parcialidad y una ligereza irritantes. Aquel tribunal mandó al cadalso a Cardinal, Duquet, Robert, Hamelin, los dos Sanguinet, Decoigne, Narbonne, Nicolás, Lorimier, Hindelang y

Daunais, cuyos nombres jamás se borrarán del martirologio de la historia franco-canadiense.

A estos nombres tenemos que añadir también los de algunos de los personajes que han figurado en nuestro relato: el abogado Sebastián Gramont y Vicente Hodge, que murió con el mismo valor y por la misma causa que había muerto su padre.

William Clerc falleció en los Estados Unidos a consecuencia de sus heridas.

Farran fue el único que sobrevivió, en el destierro, a sus desgraciados compañeros de armas.

Aparte de los sentenciados a muerte, debemos recordar que cincuenta y ocho de los más notables entre los patriotas fueron condenados al ostracismo.

El diputado Papineau, el hombre político cuya personalidad había dominado todo aquel período de movimientos nacionales, fue más venturoso; pues logró escapar de sus perseguidores, y una larga existencia le permitió ver al Canadá en posesión de su autonomía, si bien no de su completa independencia. Papineau ha muerto hace poco tiempo, en los límites de una vejez justamente honrada.

Réstanos decir lo que fue de Catalina Harcher. De los cinco hijos que acompañaron a su padre en San Carlos y en la isla Navy, dos solamente volvieron a Chipogán después de algunos años de destierro, y desde entonces no han vuelto a salir, de su alquería.

Respecto a los Mahogannis que habían tomado parte en el desenlace fatal de la insurrección, el Gobierno tuvo a bien olvidarlos, lo mismo que al excelente hombre que fue arras-

trado a pesar suyo a inmiscuirse en cosas que no estaban en armonía con su carácter. Así es que el buen Nick, disgustado de las grandezas que los hurones le otorgaban; y que él no había buscado, volvió a Montreal, en donde empezó de nuevo su antigua vida; y si Lionel se sentó otra vez delante de su pupitre en el estudio de la plaza del Mercado del Buen Socorro, bajo la férula de un Sagamore, fue con el alma llena de recuerdos de aquel por quien hubiera con gusto sacrificado su existencia. Ni uno ni otro, ni principal ni pasante, podían olvidar jamás a la familia de Vaudreuil ni a Juan Sin Nombre, rehabilitado por la muerte, y que figura hoy como uno de los héroes legendarios del Canadá.

Para concluir.

Si las insurrecciones habían abortado, no puede negarse que hubieron de sembrar el germen de las reformas que había de fructificar andando el tiempo, y los patriotas no vertieron en vano su sangre para recuperar sus derechos.

¡Que esta lección sirva de ejemplo para cualquier país a quien incumba el deber de conquistar su independencia!

Los gobernadores Sidenham, Bagot, Metcalfe, Elgin, Monck, que la Metrópoli mandó sucesivamente al Canadá, cedieron poco a poco de las pretensiones de la Corona, y después la Constitución de 1867 estableció sobre inquebrantables bases la confederación canadiense. En dicha época fue cuando se trató de la cuestión de la capital a favor de Quebec, optándose al cabo por Ottawa.

Hoy día los lazos que unen a aquella colonia con la Metrópoli son casi nulos. El Canadá es, hablando con propiedad, una potencia libre, bajo el nombre de *Dominión of*

Canada, en donde los elementos franco-canadienses y anglo-sajones viven, en perfecta igualdad. De cinco millones de habitantes que pueblan aquel territorio, la tercera parte pertenece todavía a la raza francesa.

Todos los años una conmovedora y a su vez elocuente ceremonia reúne a los patriotas de Montreal al pie de la columna erigida en la costa de las Nieves en honor de las víctimas políticas de 1837 y 1838. El día de la inauguración, Mr. Euclide Roy, presidente del Instituto, pronunció un discurso, cuyas últimas palabras encierran la enseñanza que puede sacarse de esta verídica historia:

«¡Glorificar la abnegación es crear héroes!»

FIN DE «FAMILIA SIN NOMBRE»